

**DIARIOS DEL PRIMER SIGLO**

EL  
**DIARIO**

de

**Silas**

Historia de una increíble aventura  
que cambió el mundo

**GENE EDWARDS**

(Title page)

EL  
DIARIO

de

Silas

GENE EDWARDS

LOGO

Cells Christian Ministry  
EDITORIAL EL FARO  
Chicago, Illinois

(Copyright page)

Visite el portal Web de  
SeedSowers en [www.SeedSowers.org](http://www.SeedSowers.org)

Publicado por  
Editorial El Faro  
Chicago, Il., EE.UU.  
Derechos reservados

Primera edición en español 2002

© 1998 por Gene Edwards

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida por medios mecánicos ni electrónicos, ni con fotocopiadoras, ni grabadoras, ni de ninguna otra manera, excepto para pasajes breves como reseña, ni puede ser guardada en ningún sistema de recuperación, sin el permiso escrito del autor.

Originalmente publicado en inglés con el título:  
*The Silas Diary*  
Por Tyndale House Publishers, Inc.  
Wheaton, Illinois

El autor tomó el texto de la Epístola del apóstol Pablo a los Gálatas y de las demás citas bíblicas (de Hechos y 2 Corintios) de: *Holy Bible, New Living Translation*, Tyndale House Publishers. Aquí, traducido lo más fielmente posible.

Traducido al español por: Esteban A. Marosi  
Cubierta diseñada por: N. N.  
(Fotografía por: N. N.)

Producto # # #  
ISBN # # #  
Impreso en # # #  
*Printed in* # # #

DEDICATORIA

A  
WENDELL C. HAWLEY  
*Un amigo, un caballero  
y un hombre de honor*

LIBROS DE GENE EDWARDS

(Pídalos en su librería favorita)

DE CONSUELO Y SANIDAD

Perfil de tres monarcas  
Querida Liliana  
El divino romance  
Viaje hacia adentro  
Cartas a un cristiano desolado  
El prisionero de la tercera celda  
Cómo experimentar las profundidades de Jesucristo

Las Crónicas de la Puerta

El principio  
La salida  
El nacimiento  
El triunfo  
El retorno

VIDA DE IGLESIA

La vida suprema  
Nuestra misión: frente a una división en la iglesia  
Cómo prevenir una división en la iglesia  
Revolución: Historia de la iglesia primitiva  
El secreto de la vida cristiana  
El diario de Silas  
Reconsiderando el odre

Cells Christian Ministry  
Editorial El Faro  
3027 N. Clybourn  
Chicago, IL 60618  
EE.UU. de América  
(773) 975-8391

(Mapa)

Roma  
Atenas  
Antioquía (de Pisidia)  
PISIDIA  
Atalia  
Perge  
GALACIA  
LICAONIA  
Iconio  
Listra  
Derbe  
PANFILIA  
CHIPRE  
Salamina  
Pafos  
Mar Mediterráneo  
Antioquía (de Siria)  
Seleucia  
Jerusalén

## P R O L O G O

**M**e acaban de informar que Bernabé está muerto.

Pablo fue muerto a espada hace muchos años.

Timoteo está escondido, enfermo y a punto de morir —no se espera que viva.

En estos días hay mucha controversia en torno al primer viaje de Pablo y Bernabé a Galacia, y respecto a la carta que Pablo escribió a las iglesias de allí. Esta controversia ha crecido hasta convertirse en una tormenta de fuego. ¿Qué hizo que Pablo escribiera esa carta? Sólo algunos de nosotros sabíamos la verdadera historia que había detrás de la carta a los Gálatas. De los que la conocíamos, sólo quedamos Timoteo, Tito y yo. Se desconoce el paradero de Tito. Incluso se teme que esté muerto. Por consiguiente, he decidido terminar la especulación que hay respecto de todo eso —y tal vez la controversia— relatando la historia.

Sólo lamento que Timoteo y Tito no hayan podido estar conmigo para escribir juntos este relato, porque es un drama casi increíble. Pero al leerlo, téngase presente esto: Yo, Silas, he vivido en Galacia. Conozco a los hermanos y hermanas de allí. Sé por lo que han pasado. Yo vi el increíble milagro que la carta de Pablo obró en la vida de ellos, incluso en los momentos más peligrosos para ellos. ¡Yo conozco la historia gálata!

Si usted no recuerda nada más, recuerde que yo estaba sentado al lado de Pablo cuando él escribió esa carta. Además, Bernabé era uno de mis amigos más íntimos. Asimismo, estuve con Pablo noche y día por más de dos años durante su segundo viaje. Escuché varias veces a esos dos hombres relatar la historia de su primer viaje a Galacia. También escuché a Juan Marcos contar su parte de la historia. El me repitió una y otra vez el relato de su naufragio, y también lo oí muchas veces relatado por Pablo y Bernabé. En cuanto a Timoteo, él me contó la parte de la historia que Pablo y Bernabé no vieron —la de los hombres procedentes de Jerusalén que visitaron Galacia. Y a todo esto añadido mi parte y doy testimonio de que todo lo que relato aquí es cierto.

Se han circulado por todo el imperio muchas copias de la carta de Pablo a los Gálatas. Después que usted haya leído todo este mi relato, lo insto a que vuelva a leer esa carta. Me atrevo a decir que la misma resultará ser una epístola totalmente nueva para usted. Ruego a Dios que esta historia, y esta nueva introspección en esa carta afecte profundamente la vida de usted.



---

En realidad, esta historia comienza en aquellos días cuando, por primera vez, algunos de los creyentes fueron a Antioquía de Siria. Lucas nos ha proporcionado una breve descripción de los acontecimientos que tuvieron lugar en Antioquía, incluso aquel día trascendental en que Bernabé y Saulo partieron en su viaje que los llevaría a la provincia de Galacia:

Entre los profetas y maestros de la iglesia de Antioquía de Siria estaban Bernabé, Simón (llamado 'el Negro'), Lucio (de Cirene), Manaén (hermano de crianza del rey Herodes Antipas) y Saulo. Un día en que estos hombres estaban adorando al Señor y ayunando, el Espíritu Santo dijo: "Dediquen a Bernabé y a Saulo para la obra especial que tengo para ellos." Así que, después de ayunar y orar más, los hombres les impusieron las manos y los despidieron.

Cuando los dos comenzaron su viaje, lo empezaron con una caminata descendiendo desde Antioquía hasta el puerto ubicado en la cercana ciudad portuaria de Seleucia. Juan Marcos, el joven sobrino de Bernabé, viajó con Bernabé y Saulo cargando el equipaje de ellos -su comida y su ropa.

Mientras los tres hombres estaban parados en el muelle, esperando que su barco zarpara hacia la isla de Chipre, recibieron una grata sorpresa.

Aquí es donde comenzaré.



## C A P I T U L O

**-P**ero ¿¿qué es eso?! -preguntó Juan Marcos, pareciendo pasmado.

-¡Están cantando! -exclamó Bernabé. -Los hermanos y hermanas... deben haber caminado toda la noche desde Antioquía, tan sólo para venir a decirnos adiós. Sin duda han planeado una regia despedida para nosotros.

Acto seguido unos quinientos creyentes de la congregación de Antioquía de Siria empezaron a llegar al embarcadero, gritando y cantando al venir.

-¡Qué espectáculo! -gritó Saulo al correr hacia ellos.

Los tres hombres se mezclaron con la multitud que los rodeó. Después de varios minutos de bullicioso cantar, todos ellos avanzaron a lo largo del muelle, hasta que llegaron junto al pequeño buque de carga que los había de llevar a Chipre. Los marineros y esclavos se hicieron a un lado a fin de dejar espacio para los alegres intrusos.

-¡Oh, no, no más comida! -gimió Juan Marcos cuando los hermanos y hermanas empezaron a poner golosinas en sus manos. -Tengo tanta comida aquí, que estas bolsas ya pesan más que yo.

-Hagan espacio para estos pasajeros, -gritó el capitán. -Pero que ningún pasajero embarque hasta que yo diga. Este puerto de Seleucia es el de aguas más picadas del imperio. Hasta los marinos más avezados se marean después de unos minutos en uno de estos barcos corcoveantes. -Hizo una pausa, luego añadió: -Zarparemos en unos minutos.

Al oír esas palabras, los creyentes de Antioquía empezaron a cantar un cántico de despedida, al tiempo que los esclavos se desplegaban a lo largo del embarcadero, listos para alejar la nave del muelle empujándola con largas pértigas.

-¡Todos a bordo! -gritó el capitán. -Procúrense un lugar en la cubierta de carga. No se permiten pasajeros abajo. No pueden encender fuegos. Y recuerden, ustedes mismos se proveen su propia comida. -Luego añadió: -Serán unas seis horas hasta Chipre. -Echó una mirada al cielo y murmuró como para sí mismo: -Si el tiempo se mantiene igual.

Marcos luchó esforzadamente para arrastrar su equipaje a bordo, incluso mientras algunos de los creyentes de Antioquía le entregaban todavía más comida. Las velas desplegadas se hincharon

con la temprana brisa matutina. Bernabé y Saulo se apuraron en subir a bordo cuando ya los esclavos comenzaban a usar sus pértigas para empujar la nave y dejarla libre del muelle.

Desde la multitud de creyentes subían gritos de aliento, mientras el barco se deslizaba suavemente entrando en las agitadas aguas de ese puerto artificial. Bernabé, agarrando parte del aparejo, subió balanceándose sobre la baranda de borda del barco y empezó a corresponder las exhortaciones de los hermanos. Los cristianos de Antioquía rugían su aprobación. Saulo sonreía con delectación, en tanto que Marcos seguía luchando con su equipaje.

El carguero encontró la fuerza del viento y comenzó a moverse bajando por el canal excavado en la roca, sacudiéndose como en una tormenta. Los gritos que iban desvaneciéndose se tornaron en cánticos, a medida que el barco se alejaba del puerto de Seleucia y salía hacia el inquieto mar.

—Es mejor que pasen hacia el centro de la nave hasta que lleguemos a mar abierta, —dijo uno de los marineros. —En el canal las mareas hacen que el barco corcovee como un caballo. Para decirle, este puerto nunca debió haberse construido.

—¿Seis horas hasta Chipre? —preguntó Marcos.

—Con buen viento, —respondió el marinero. —Somos el primerísimo barco en salir de Seleucia este año. El tiempo está *demasiado bueno* para principios de marzo. Recuerden lo que les digo: pagaremos por este buen tiempo cuando llegue abril.

—Cinco denarios, —interrumpió el capitán. —Sin comida. Sin agua. Sin ir abajo. La cubierta sola es lo que ustedes compran. Tan sólo si hay una tormenta se les permitirá bajar. Procúrense un sitio en algún lugar entre la carga aquí en la cubierta. ¡Hurten, y los tiraré por la borda!

—El jornal de cinco días por seis horas de navegación, —protestó Juan Marcos. —Eso no es justo.

—Es aceptable, Marcos —explicó Bernabé. —La semana pasada algunos hermanos de Antioquía descendieron y cerraron el trato. Es bastante próximo a la tarifa usual, y barato si consideras que somos la primera embarcación que sale este año.

Juan Marcos contempló por unos momentos sus dos costales repletos y entonces se sentó en uno de ellos. Bernabé sonrió. —Me hago idea de que cuando lleguemos a Chipre, los santos de allí te darán aún más comida. —Marcos gimió, y Bernabé se rió de buena gana. Entonces súbitamente el rostro de Marcos se iluminó. Sin decir palabra, agarró uno de los costales y desapareció con él entre las hileras de carga.

La nave entró de lleno en el mar Mediterráneo, y Saulo y Bernabé observaron intrigados cómo un pequeño bote lleno de jóvenes que remaban furiosamente, venía hacia ellos. Cuando el bote se puso al costado del velero, los jóvenes empezaron a gritar alborotadamente llamando a Juan Marcos. Este se asomó de entre la carga, se precipitó hasta la baranda de borda y se puso a gritar

gozosamente a sus amigos. Uno de los hermanos que venían en el pequeño bote dijo a Marcos, gritando: -Estamos celosos, Juan Marcos. Ojalá tú estuvieras de vuelta en Israel y nosotros en ese barco. -Juan Marcos les replicó al instante, pero sus palabras se perdieron en el viento. Al volverse para regresar, los amigos de Marcos agitaban los brazos y gritaban palabras de aliento.

-¿Tu primer viaje? -preguntó un marinero que había estado observando al pequeño bote.

-Sí, señor, -respondió Marcos. -Nosotros somos seguidores del Mesías hebreo. Ahora vamos para Chipre. Tal vez nos quedemos, pero es igualmente probable que naveguemos de Chipre a algún otro país... este... gentil. Eso depende.

-Mejor no naveguen más allá de Chipre. No ahora. No en abril. La primavera ha llegado muy temprano; los mares están muy apacibles. Los dioses tomarán venganza por este tiempo, puedes estar seguro de eso.

-Su capitán ha dicho lo mismo.

-El invierno no se ha expresado plenamente. Aún le hará la guerra a la primavera.

-Ahora que estamos en mar abierta, -respondió Marcos, -el barco está tranquilo y no es probable que uno se maree. Por casualidad, ¿no tienes hambre?

-Me esperaba que me lo preguntaras, -respondió el marinero. -He visto tu generosidad para con algunos de los otros marineros.

Bernabé y Saulo se habían ido a la proa del barco y estaban contemplando el mar tranquilo. -¡Qué despedida la que nos han dado! -dijo Bernabé.

-Sí; muy agradable para el joven Marcos, contestó Saulo riendo. -Pero esto era de esperar de esos bravos creyentes de Antioquía.

Bernabé continuó, pensativo. -En Chipre la bienvenida no será tan cálida. Para mí, sí, pero para ti quizás no. -Dio una ojeada a su compañero, luego continuó: -Me espero que habrá un grupo bien numeroso que nos saludará, pero será una gente más restringida. Los santos que viven en Chipre son bastante reservados. Ya no es como era al principio -enseguida después de Pentecostés. Cuando los chipriotas que estuvieron en Jerusalén el día de Pentecostés regresaron a Chipre, estaban ardiendo. Les hablaron prácticamente a todos los hebreos que había en la isla. Pero la gloria de Pentecostés se ha desvanecido.

-Parte de esto tiene que ver con la mentalidad insular. Los que viven en una pequeña isla que tiene una reducida población de su propia gente... bueno, tienden a ser muy conservadores. El resto es nuestra cultura. Nosotros los hebreos no somos tan exuberantes como los gentiles en Antioquía. -Bernabé encogió los hombros. -Me olvido de cuán diferente es todo, hasta que dejo Antioquía y vuelvo a estar otra vez entre los hebreos.

-Tengo el presentimiento de que tú y yo vamos a extrañar a los creyentes de Antioquía mientras estamos fuera, -replicó Saulo.

-Saulo, ¿estás preparado para una recepción tibia en Chipre? Muchos de los creyentes aún no están seguros de que te has convertido en un verdadero seguidor del Señor Jesús. Ellos todavía creen que es posible que tú estás entre nosotros tan sólo para aprender nuestros modos de obrar, volverte contra nosotros, y...

-Lo sé -replicó Saulo con firmeza.

-Por supuesto que voy a testificar en tu favor, pero...

-Así como lo has hecho antes tantas veces, comenzando con la primerísima vez que visité Jerusalén.

-Aun así, algunos no creerán ni siquiera mis palabras. Y serás confrontado. Muchos todavía llevan las cicatrices que recibieron durante la persecución cuando atacaste la asamblea de Jerusalén.

Por unos momentos Saulo fijó la vista silenciosamente más allá del agua, luego cerró los ojos. -Sí, estoy preparado, -dijo tranquilamente.

Reflexionando acerca de lo que pudiera haber delante, Saulo volvió a guardar silencio. Recostándose contra un saco de cereal, cerró los ojos. Habían estado despiertos casi toda la noche con un pequeño grupo de creyentes, que los habían acompañado a Seleucia el día antes. Sonrió al pensar en sus alegres cánticos y sus sinceras oraciones. Al poco rato, cuando el sol lo calentó, se quedó ligeramente adormecido.

Varias horas más tarde Juan Marcos reapareció. -¿Tiene hambre alguno de ustedes? Tengo un montón de...

Bernabé se rió, al tiempo que Saulo se incorporó quedando sentado y se frotó los ojos. -¡Un costal está casi vacío! -exclamó Bernabé. -¿Te lo comiste todo?

-¡No! -protestó Marcos. -Se lo di a los marineros y a los otros pasajeros. Tienen suficiente comida como para que les dure una semana, y aún tengo más de lo que puedo levantar, sin contar el costal con los rollos y el otro con nuestra ropa.

-Miren, -dijo Marcos, interrumpiéndose a sí mismo. -Allá lejos. ¡Chipre! ¿Pueden verlo?

-Ojalá yo tuviera los ojos de la juventud, -respondió Saulo pensativamente.

-Mi madre dice que estoy emparentado con la mitad de los hebreos de Chipre.

-Sí, *ciertamente* parece que mi hermana y yo tenemos un montón de parientes allí, -convino Bernabé.

El capitán dirigió la nave hacia la izquierda para navegar al sur de la isla. Bernabé se quedó junto a la borda, absorbiendo la vista de su tierra natal. -Mira allí, Saulo. Estamos pasando bajo la larga península oriental de la isla. Puedes ver la pequeña aldea de Eloea en el lado de sotavento. Muy poca gente vive allí tan lejos afuera, y la mayoría de ellos vive de la pesca en estas aguas poco profundas. Aquellas colinas se llaman montañas Olimpo. En una hora más veremos Salamina, ubicada en una hermosa bahía en la base de la península. El puerto está protegido por la

península, lo que lo hace uno de los puertos más seguros del mundo. Así como uno de los más activos.

—Hablas como un marinero, —dijo Saulo.

—No, sólo como uno que se crió en una familia que vendía cobre. Pero el cobre era siempre embarcado desde el puerto de Salamina, y Chipre es un país lleno de marineros.

Bernabé escudriñaba la distante costa tratando de reconocer sitios que le eran familiares. Finalmente apareció el puerto. Un gran muelle semicircular a la izquierda y a la derecha, que se extendía hasta dentro del mar, parecía abrir los brazos dando la bienvenida. —Los italianos y fenicios —siguió explicando Bernabé — vienen navegando a Chipre bajando del norte. En vez de navegar todo el tramo hasta Egipto, depositan sus mercaderías aquí. Entonces cargan las mercancías que los egipcios dejan en Chipre, y navegan de regreso subiendo del sur. Los egipcios hacen lo mismo. Sean egipcios o romanos, aquí todos venden y compran. Gran parte de las mercaderías que traen los barcos, se compran y se venden allí mismo en el muelle, y luego son transferidas a otro barco. Lo que no se vende inmediatamente, se deja con corredores, mayormente judíos y griegos. Luego ellos venden a los isleños y mercaderes de medios más humildes.

A pesar del sol, un frío viento vespertino empezó a cortar el rostro de Bernabé. Se ajustó la capa y murmuró: —El invierno aún no se ha despedido, ¿verdad? Hay mal tiempo reservado para quienes estén allá afuera.

Cuando el carguero se acercaba a los muelles de Salamina, unos pequeños botes de remo salieron para encontrarse con él. Entonces les lanzaron cabos. Los hombres que venían en los botes agarraron los cabos y empezaron a remar de vuelta hacia el muelle, remolcando el barco.

Marcos miró asombrado el desembarcadero. —¡Miren eso! Nunca he visto tanta mercadería, —susurró.

Todo el muelle estaba cubierto de pacas de algodón procedentes de Egipto, sacos de todas clases de granos y huacales con un metal muy precioso llamado estaño, que venía de la misteriosa isla llamada Bretaña. Había montones de junquillo, pilas de teca y de otras maderas exóticas, además de montones de algarrobas, frutas, vegetales, nueces y semillas. Había rollos de lienzos traídos del Oriente apilados hasta la altura de la vista. Pero sobre todo, había barras de cobre —apiladas en capas cruzadas hasta una altura fuera de alcance. Había armarios y otros muebles finos, para ser vendidos a mercaderes italianos para casas de gente rica de Roma, que estaban bajo cobertizos protectores. Y a todo lo largo del muelle se veían, por todas partes, artesanos que hacían allí mismo y vendían sus artículos.

—Yo no sabía que Italia y Egipto podían producir tanto, —dijo Saulo.

-En realidad, los fenicios tienen rutas comerciales muy largas, -dijo Bernabé. -Navegan alrededor por todo el Mediterráneo parando en cada puerto que hay, comprando y vendiendo. Luego traen aquí todo. Lo que ves aquí, realmente procede de todo nuestro mundo.



Cuando el carguero se aproximó más al atracadero, Bernabé apuntó hacia una muchedumbre de judíos reunidos en el muelle. -Miren, allí están los hermanos y hermanas. Era obvio que Bernabé apenas podía contenerse.

Un momento después los creyentes que estaban en el embarcadero empezaron a cantar un antiguo himno judío de saludo. Los ojos de Bernabé se llenaron de lágrimas. -¡Puedo distinguir su acento chipriota!

Saulo y Marcos empezaron a mover los brazos saludando, pero Saulo ya pudo ver miradas fijas curiosas.

Se habían arriado las velas de la nave, se tiraron cabos a los esclavos de servicio, quienes se esforzaron en arrimar la nave al atracadero. En cuanto bajaron la plancha, los tres hombres desembarcaron y rápidamente se vieron rodeados de bienquerientes. Bernabé empezó a saludar a uno y luego a otro, llamándolos por su nombre y recibiendo calurosos abrazos.

-Este es tu primo, Juan Marcos. Marcos, éste es tu tío abuelo. Este es mi amigo de infancia. Y ¿quién eres tú? Tu rostro me es familiar, pero no recuerdo tu nombre. ¡Cómo has crecido!

Algunos de entre la multitud le gritaban a Bernabé: -Debes quedarte... Te necesitamos aquí... Hay mucho trabajo que hacer... Chipre te necesita mucho... Por favor, quédate.

Saulo se quedó atrás, silencioso y sin que nadie le hablase.

Para gran alivio de Marcos, algunos hermanos jóvenes tomaron su equipaje. -Rollos, ropa y alimentos; tengan cuidado con los rollos y la ropa, -advirtió. Marcos observó con satisfacción cómo esos jóvenes se esforzaban levantando los sacos de alimentos.

Unos minutos después, el grupo de creyentes hebreos guió a sus visitantes fuera del puerto y a través de un laberinto de angostas calles. Pasaron junto al famoso estadio de Salamina, y finalmente su camino los llevó a una callejuela escasamente más ancha que un sendero. Pararon al llegar a una puerta igualmente estrecha.

-Hemos alquilado este cuarto para ustedes tres, hermanos. Hay una estera de dormir para cada uno de ustedes. Vendrán hermanas y hermanos una o dos veces al día para traerles comida y para atender cualesquiera necesidades que tengan. Al anoecer vendrán algunos de los hermanos para reunirse con ustedes y compartir lo que tienen en el corazón con respecto a Chipre. Juan Marcos, las hermanas de la congregación quieren que te diga que han preparado una gran cantidad de alimentos extra para que los lleves, cuando ustedes tres vayan a ir a visitar las asambleas de otras ciudades.

Marcos procuró esbozar una débil sonrisa y un pobre 'gracias', al tiempo que miraba cómo los jóvenes arrastraban por el suelo dos

sacos particularmente pesados. Cuando sus anfitriones se hubieron dispersado, Bernabé, Saulo y Juan Marcos acomodaron sus pocas pertenencias junto a las esteras de dormir.

Cuando ya anochecía, empezaron a llegar hombres de la congregación de Salamina. Después de unos minutos de saludos formales, los hombres empezaron a hablarles a sus visitantes acerca del estado de la fe en Salamina y en todo Chipre.

-Te necesitamos mucho aquí -era el tema que se oía repetidamente. -Ninguno de los doce apóstoles ha venido aquí nunca. Las congregaciones son todas pequeñas, y son débiles. Nos alegra tanto que estés aquí. Por favor, quédate.

-Desde aquellos primeros días después de Pentecostés, cuando todos ustedes regresaron a Chipre, ¿se convirtieron muchos otros isleños? -preguntó Bernabé.

-Al principio hubo muchos. Algunos de ellos todavía están con nosotros. Te interesará saber que todo judío en la isla ha escuchado las buenas nuevas de Jesús. Las congregaciones te necesitan para que hagas regresar a algunos de éstos. Y para que nos hables. Así como para alcanzar a aquellos que nunca han creído.

Saulo se había mantenido silencioso desde que llegó. Sus primeras palabras vinieron directamente al caso:

-¿Cuántos judíos hay en esta isla?

-Por todo, tal vez un millar.

-¿Seguidores del Señor Jesús?

La pregunta resultó ser más difícil de contestar de lo que Saulo y Bernabé habían anticipado. Pero la respuesta fue reveladora.

-En la sinagoga... muchos, tal vez la mayoría, simpatizan con las buenas nuevas del Mesías.

-¿En la *sinagoga*? -preguntó Saulo, pasmado. -¿Y cuántos fuera de la sinagoga?

Los hombres que estaban en ese cuarto se intercambiaron miradas inciertas. -Bueno, verás, los creyentes casi siempre se reúnen en la sinagoga los sábados con todos los demás de la comunidad judía.

-Pero, -se apresuró a añadir uno de ellos, -algunas veces también nos reunimos en hogares.

Saulo repitió la pregunta: -¿Pero cuántos creyentes hay aparte de esos que se reúnen en la sinagoga?

Los chipriotas se miraron uno al otro, sin saber cómo responder. -No lo sabemos; no hemos pensado nunca en estos términos, -fue el consenso de todos.

Hubo un largo silencio. Bernabé trató de asimilar esta noticia, luego se esforzó por hallar una forma de responder. -Hemos estado en Antioquía por un tiempo bien largo, -explicó. -Nos habíamos poco menos que olvidado de que algunos del pueblo del Señor todavía entran en la sinagoga. En Antioquía, aquellos que van a la sinagoga son en *gran* manera opuestos al Camino.

-Oh, eso no es así aquí en Chipre. La sinagoga es nuestro lugar de reunión. Hay algunas *ecclesías* que se reúnen en casas en pueblos pequeños, pero eso es porque no hay sinagogas en las aldeas.

Entonces Saulo se aventuró a hacer una última pregunta, sabiendo que la respuesta habría de dictar todo el curso de la relación de ellos con Chipre. -Díganme, ¿Cuántos gentiles se congregan con ustedes?

-¿Gentiles? -Era evidente que la pregunta de Saulo era bastante inescrutable.

-¿No vienen nunca buscadores de entre las etnias paganas a las asambleas de ustedes? ¿Hay algunos creyentes *gentiles*?

-Bueno, no; no creo que haya, -respondió uno de los hermanos.

-Hay un gentil, me han dicho, en la *ecclesia* de Tamasso, -apuntó otro. -Al menos creo que eso fue lo que he oído decir.

Saulo quedó pasmado por su respuesta. -Todos los creyentes de Chipre... ¿son *todos* hebreos?

Una vez más los hermanos locales se intercambiaron miradas de asombro. -Este... sí. ¿Por qué lo preguntas?

Para que el cuarto no quedara sumido en el silencio, Bernabé cambió el tema. -Entiendo que los hermanos y hermanas de aquí planean reunirse mañana por la mañana temprano. Tal vez todos deberíamos dormir un poco. ¿Vendrá alguno a llevarnos al hogar donde nos habremos de reunir?

-Sí, pero nos vamos a reunir en la sinagoga.

-¡En la sinagoga! Saulo casi se atoró con la palabra.

-Sí, el principal de la sinagoga está muy dispuesto, e incluso puede que venga a la reunión. Saulo, él cree que te ha conocido hace años en Jerusalén. El quería saber si tú alguna vez habías sido estudiante bajo Gamaliel.

Saulo ahogó un gemido.

-Todos esperan que nos hables, Bernabé. Y Saulo, como sabes... bueno, pueden haber preguntas.

-Ya es muy tarde, -observó Bernabé otra vez.

-Antes de irnos, ¿podemos hablarles de nuestros planes para su viaje? Preguntó uno de los hermanos.

-Por supuesto, replicó Bernabé.

-Desde aquí ustedes irán a la ciudad de Citio, en la costa del sur. Es un viaje de dos días con buen tiempo. Los hermanos y hermanas de las *ecclesías* de las poblaciones de Tamasso, Ledra, Kyrentia y Lapithus irán a Citio para estar con ustedes. Todos están emocionados. Ustedes estarán con los santos en Citio durante el sábado y el Día del Señor. Desde Citio continuarán al sur y hacia el oeste a Curio. Hay un sólido cuerpo de creyentes en Curio. De allí seguirán al extremo occidental de la isla, a Pafos, la ciudad capital.

-Uno de los hermanos de Pafos está procurando hacer arreglos para que Saulo tenga una audiencia con el procónsul, Sergio Paulo.



Esperamos que para cuando ustedes lleguen a Pafos, hayan decidido quedarse con nosotros aquí en Chipre. Necesitamos su aliento.

La reunión terminó. Unos minutos después Bernabé, Saulo y Marcos se encontraban solos.

-¡No hay gentiles! ¿Oyeron eso? -Saulo apenas podía creer sus propias palabras. -¡Bernabé, ellos dijeron que no hay gentiles en las asambleas! Un millar de judíos en esta isla, y todos ellos han oído del Señor. Todos los judíos conocen las buenas nuevas de Dios, ¡pero a estos creyentes no les interesa hablarles a los gentiles acerca del Señor!

A menos que reconozcan que los gentiles también han sido elegidos para redención... me temo que no hay mucho que podamos hacer aquí, -suspiró Bernabé. -¡Alentar! Podemos alentar, ¡pero no durante la vida entera! Dios no nos llamó para alentar. El nos llamó para llevar las buenas nuevas a las naciones paganas.

-Me alegra oírte decir eso, -respondió Saulo. -Yo no quería tener que recordarte que cuando estábamos arrodillados en ese cuarto allá en Antioquía con Lucio, Manaén y Simeón, el Espíritu Santo nos envió a los gentiles. *Envío*. A los gentiles. Para declarar a Jesucristo a ellos y traer, incluir en la *ecclesia* a aquellos que creen. *¿Qué estamos haciendo aquí?*

Saulo recalcó sus siguientes palabras: -¡Hemos sido enviados para traer a los gentiles no a un edificio religioso, sino al Cuerpo de El Ungido!

-Yo amo esta isla, -respondió Bernabé. -Mi gente está aquí. Este es mi hogar. He soñado con ver una congregación vibrante, llena de vida en esta isla. Pero hasta que los creyentes de aquí comprendan que las buenas nuevas son para los paganos también, esto no es donde pertenecemos. Me temo que haríamos un gran daño y traeríamos mucha división si procurásemos alcanzar a los gentiles viviendo aquí en Chipre. Habría mucha confusión y perjuicio por todas partes.

-Bueno. Entonces vayamos a los gentiles. Busquemos la forma de llegar a lugares donde ni los gentiles ni los judíos han oído nunca el nombre de Jesús.

Bernabé suspiró. -Así sea. Mañana empezaremos a inquirir respecto hasta dónde exactamente ha llegado el evangelio y dónde no ha avanzado más. *Ese* lugar, dondequiera que el mismo esté, *allí* es donde pertenecemos. Ahora, descansemos un poco. ¡La reunión comenzará al amanecer!

-¡En una sinagoga! -gimió Saulo. -Las sinagogas son donde yo predico a los inconversos y donde me azotan, no donde predico a los creyentes. Dime, Bernabé, ¿cuándo fue la última vez que estuviste en una sinagoga?

-Esteee... Hace como cuatro años, justo antes de dejar a Jerusalén para ir a Antioquía.

-¿Qué estabas haciendo en una sinagoga?

-Pidiendo permiso para hacer copias de algunos de los rollos hebreos que se mantienen guardados bajo llave allí. Yo soy levita, tú lo sabes. Tengo derecho a pedirlo.

-¿Y te dejaron hacerlo?

-¡Por supuesto que no! ¿Y tú? ¿Cuándo estuviste por última vez en una sinagoga?

-En Tarso.

-¿Y qué estabas haciendo en una sinagoga en Tarso?

-Estuve allí por la misma razón que tú estuviste. Después de todo, ¡soy fariseo!

-¿Te dejaron copiar alguno de los rollos?

Antes de que Saulo pudiera siquiera pensar en responder, los dos hombres se echaron a reír.

-Sugiero que no soy suficientemente levita ni tú eres bastante fariseo, para satisfacer a nuestros hermanos judíos.

-¡Cuán afortunados somos! -replicó Saulo.

## C A P I T U L O

**A**ntorchas alumbraban a la oscura sinagoga, desprovista de ventanas, que ahora estaba llena de creyentes que esperaban silenciosos que Bernabé hablara. Por su parte, Bernabé estaba pensando en Antioquía y en la bulliciosa reunión que los creyentes gentiles estaban teniendo allí poco más o menos al mismo tiempo.

Bernabé se puso en pie para hablar.

En breve todos los presentes se sintieron maravillados al contarles Bernabé la historia de la iglesia de Antioquía. Pero cuando les hizo el relato de la conversión de Saulo, en el cuarto reinó un silencio sepulcral. Sólo algunos se atrevieron siquiera echar una mirada a Saulo.

Bernabé terminó la historia de la iglesia de Antioquía y empezó a ministrar a Jesucristo a sus oyentes. Por último, Bernabé presentó a Saulo. Como quiera que Saulo reconoció el problema que su presencia había creado, hizo una sencilla salutación, y a continuación expresó su más profundo pesar por todo el dolor y aflicción que había causado a los creyentes de Jerusalén más de una década antes.

Alguien se levantó y dijo:

—Mi padre murió como resultado de la paliza que recibí en Jerusalén. El recibió esos latigazos en la sinagoga en que tú lo procesaste. Yo lo vi. Luego yo también fui azotado. Treinta y nueve latigazos. —Eran palabras de enojo.

—Por favor, —interrumpió Bernabé.

—No, déjalo que siga, —respondió Saulo.

—No tengo nada más que decir, excepto que requerirá más que palabras de tu boca hacerme creer que eres un seguidor de Jesús.

Siguió un embarazoso silencio, hasta que alguien comenzó un salmo. La reunión terminó, y al parecer todos quisieron salir lo más pronto posible. Algunos se quedaron para hablar con Bernabé. Uno o dos se acercaron a Saulo, se disculparon por el exabrupto, pero luego empezaron a hablar de sus propios sufrimientos a manos de él. Entonces preguntaron si el relato que habían escuchado era

cierto... que si él había sido derribado en el camino y si había visto al Señor.

En ese punto el hombre que había hablado con tanto enojo se acercó a Saulo. Una vez más todos los que quedaban en la sala quedaron en silencio.

-Yo soy Carmi, de la tribu de Rubén.

-Yo soy Saulo, de la tribu de Benjamín.

Carmi le dio la espalda a Saulo y se bajó la ropa hasta la cintura, exponiendo las profundas cicatrices que tenía en la espalda. -Esto es lo que me has hecho, -dijo con amargura. Entonces se volvió y comenzó a marcharse.

-Carmi, espera, -dijo Bernabé con voz imponente y se situó al lado de Saulo.

-No, -protestó Saulo.

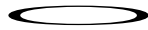
-Calla, -mandó Bernabé a Saulo. -Carmi, ven. -Diciendo estas palabras, Bernabé se puso detrás de Saulo y tiró de su toga. Todos jadearon. Las espaldas de Saulo eran una maraña de cicatrices.

-Damasco. La sinagoga. Las marcas de Saulo, como las de ustedes, vinieron de manos de allegados hebreos. Las espaldas de Saulo están marcadas de cicatrices por la misma razón que las de ustedes, Carmi: por creer que Jesús es el Mesías.

Con un movimiento rápido Saulo volvió a subir su ropa cubriendo sus hombros. -No fue nada, -dijo, -y sólo una vez.

-Luego él tuvo que escaparse de Damasco por los muros ;siendo bajado el un cesto grande! -añadió Bernabé.

Varios de los hombres que aún no le habían hablado a Saulo, vinieron a él y lo abrazaron. Juntos se abrazaban y juntos lloraban. Carmi se escurrió saliendo sin decir palabra.



Temprano a la mañana siguiente, los tres hombres en compañía de otros, se prepararon para partir de Salamina rumbo a Citio. Justo cuando alcanzaron las afueras de la ciudad, llegaron varias hermanas cargando alimentos para el viaje. Atónito, Bernabé les agradeció su atención, en tanto que Marcos hizo muecas al ver el saco que ellas le alcanzaron.

Bernabé señaló hacia Marcos. -Sí, dónselo a mi joven sobrino. El está a cargo de llevar nuestra comida, el agua y la ropa.

-Un tercer saco de comestibles, -refunfuñó Marcos en voz baja.

-Todo el viaje es loma arriba. Su marcha será lenta, pero hay un refugio intermedio entre aquí y Citio, -explicó uno de los hombres. -Tiene varios cientos de años, pero es adecuado. Al viajar, tengan cuidado con los soldados, porque ellos frecuentan esta área. Por otra parte, sus probabilidades de tener un viaje seguro son bastante buenas.

-¿Qué entiendes al decir, bastante buenas? -preguntó Marcos esforzándose por colgar los sacos en sus hombros.

-Los salteadores son bastante raros en Chipre. Además, su viaje los lleva por uno de los caminos más seguros. Es a los soldados a

quienes tienen que evitar, especialmente a los que andan en carros. Ellos pueden mandarles que hagan cualquier cosa.

-¿Aun cuando seas ciudadano romano? -insistió Marcos al echar una mirada a Saulo.

-Sí, Marcos, incluso a un ciudadano romano, -afirmó Saulo.

Los hermanos y hermanas de Salamina caminaron unas millas subiendo por el inclinado camino con sus tres hermanos. Entonces, cuando la pendiente empezó a hacerse más empinada, se despidieron, diciéndoles adiós a los tres viajeros.

-Al parecer dos de esos sacos están más ligeros que ayer, sobrino. ¿Tiene alguna explicación este misterio? -inquirió Bernabé.

Marcos sonrió haciendo una mueca. -Bueno, ¡yo no me lo comí! Digamos que tengo muchos amigos entre los esclavos que trabajan en los muelles.

## C A P I T U L O

**M**irando solemnemente el carro vacío abandonado al borde del camino, Bernabé observó: —El carro de un soldado romano. Ya no le sirve. Está roto, y ha ido por ayuda. Pobre de aquel a quien encuentre primero por ahí. Espero que haya tomado un rumbo diferente al nuestro. Marcos, ve delante de nosotros. Aquí ha habido dos carros. Si ves a dos aurigas que vienen hacia acá en un carro, ven pronto a decírnoslo y nos esconderemos.

Marcos no necesitó incentivo, pero se detuvo para decir: —Eh, estos sacos...

—Déjalos. Nosotros los llevaremos por un rato.

Con eso, Marcos salió andando. A media tarde regresó, asegurándoles a sus dos compañeros que el camino estaba libre.

—Hemos hecho buen tiempo, —dijo Bernabé. —Creo que estaremos en Citio mañana al caer la tarde.

—¿Tú dijiste que las antiguas minas de cobre de tu familia están cerca? —preguntó Saulo.

—Cerca de Tamasso, arriba en las montañas.

—Marcos, ¿ves aquel claro en la falda de esa montaña? No hay árboles, ni vegetación. Mira atentamente y verás también la entrada de una mina de cobre. Algunas de esas minas son propiedad privada. El emperador controla casi todas las demás. ¿Ves allí los soldados? Eso quiere decir que es una mina imperial. Los trabajadores en las minas son todos esclavos, traídos aquí desde todas partes del mundo. Algunos son frigios y galos, pero la mayor parte de los esclavos son soldados de ejércitos extranjeros que perdieron la batalla frente a las legiones romanas. Los han embarcado aquí para que trabajen en las minas. Cuando llegaron a la entrada de la mina, cada esclavo fue desnudado, encadenado y luego conducido allá abajo a las entrañas de la mina. Viven allí en las oscuras cavernas de la mina, sin volver a ver nunca la luz del día. Allí trabajan, allí comen, allí mueren, y hasta los entierran allí. Una vez que un esclavo entra en las minas, nunca más vuelve a ver el mundo exterior otra vez.

En ese momento Marcos alzó la vista nerviosamente. Estuvo a punto de decir algo cuando a la vuelta del camino apareció un carro con dos soldados.

-¿Pueden meternos a la fuerza en las minas? -preguntó Marcos.

-No, siempre y cuando haya un ciudadano romano entre nosotros.

Sintiendo gran alivio por las palabras de Saulo, Marcos susurró: -Gracias a Dios.

-Pero hay mucho que sí pueden hacer, -dijo Saulo, hablando en voz baja.

Detrás del carro venía atado un caballo que tenía los arneses puestos. Frente al carro caminaban dos campesinos y un esclavo, de aspecto adusto pero sumiso, porque uno de los soldados tenía un látigo en la mano.

-¡Alto, allí! -ordenó el soldado que tenía el látigo.

Uno de los soldados era joven. El otro, el que blandía el látigo, era mayor, de complexión robusta, y en las manos, el rostro y el cuerpo había cicatrices de guerra.

-Esos sacos que llevas. ¡Tráelos aquí! -ordenó el soldado más joven desenvainando su espada y haciéndole señas a Marcos que estaba aterrorizado.

Marcos se acercó al carro y le entregó el saco más pesado al guerrero de mayor edad, quien en forma bastante descuidada revolvió el contenido del mismo sacando algunos alimentos y tirándolos al piso del carro.

-¿Qué hay en el otro saco? -gruñó, hablándole a Bernabé.

-Solamente ropa, la de un judío, -fue la sabia respuesta de Bernabé.

El soldado pronunció un juramento de desprecio. -¿Y en el tuyo? -preguntó en tono imperativo a Saulo.

-Herramientas de mi oficio.

Curioso, el soldado más joven bajó del carro y se acercó a Saulo. Metió la mano en el costroso saco y manoseó su contenido.

-¿Pueden tus herramientas reparar cuero rasgado?

-Eso es parte de mi oficio.

El auriga más viejo gritó ásperamente a los campesinos: -Lárguense, -les dijo, al tiempo que dejó caer violentamente su látigo en sus espaldas. -Ya no los necesito.

El soldado romano más joven señaló el camino hacia abajo, por donde los tres hombres acababan de venir. -Caminen delante del carro, -ordenó. -Y háganlo rápido. Tenemos que hacer un trabajo, y se está haciendo tarde.

-Esto es malvado, -dijo Marcos, rabiando de indignación.

-Recuerda lo dicho por nuestro Señor, Marcos. Si un soldado te obliga a llevar carga por una milla...

-Pero es casi medio día de jornada de vuelta a ese carro estropeado. Eso es *siete* millas, no dos. Además, yo oí a los Doce decir que en realidad nadie podía vivir en conformidad con las enseñanzas del Señor.

Silenciosamente, los tres hombres desandaron cada paso que habían dado. Cuando finalmente llegaron de regreso al carro abandonado, de inmediato Saulo se dio a la tarea de arreglar el arnés roto. Transcurrió una hora antes de completar su tarea. Entonces llevó el caballo al arnés y comprobó su longitud y fortaleza. Sin decir palabra, los soldados romanos volvieron sus carros hacia Salamis y se fueron.

-A la verdad, no he estado tan asustado desde Getsemaní, -confesó Marcos. -Jamás llegaremos a Citio mañana al caer la tarde. ¿Qué vamos a hacer?

-Bernabé, dame tu bagaje, -dijo Saulo. -Ve delante de nosotros. Trata de llegar a los hermanos de Citio mañana antes del anochecer. Marcos y yo llegaremos algún tiempo después de ti.

Bernabé hizo una seña afirmativa con la cabeza.

-Pero lleva contigo algún alimento y agua, -añadió Marcos.

Bernabé sonrió y luego añadió: -Tu consideración es de admirar. En unos momentos Bernabé desapareció de la vista de ellos.

-¿Dónde dormirá él esta noche?

-A no ser que halle una posada, tendrá que dormir poco más o menos en el mismo lugar que nosotros.

-¿Dónde es eso?

-Al aire libre. Ahora, apurémonos. Siento que el aire del atardecer va haciéndose mucho más frío que ninguno que hayamos experimentado desde que partimos de Antioquía.

Aquella noche fría un fariseo de Tarso y un joven de Jerusalén pernoctaron al aire libre, en una isla ubicada al extremo oriental del mar Mediterráneo. Durmieron tan sólo de forma intermitente en el frío. Pero ésa no sería la peor de sus noches.



## C A P I T U L O

**P**ara el mediodía del día siguiente, un furioso viento comenzó a soplar desde el norte. —Está entrando una tormenta, —dijo Saulo con una mueca torcida.

—¿Crees que vaya a llover? —preguntó Marcos.

—Yo me había esperado que se demoraría hasta mañana, pero veo que va a ser hoy.

—¿Estamos en peligro?

—Siempre, cuando el tiempo no obedece sus propias señales. Sí, Marcos, tenemos que avanzar lo más rápido que podamos. Encuentra una forma de aligerar tu carga.

Los dos hombres compartieron su último momento claro cuando Marcos vació todo el contenido de uno de los sacos, al tiempo que los truenos y relámpagos se unían a un viento ululante. Al caer la noche los dos hombres estaban viendo indicios de nieve y cellisca.

—No podemos caminar mucho más lejos, Saulo. Apenas si puedo ver el camino.

—O caminamos, o cortejamos la muerte, —respondió Saulo.

—¿Crees que esto sea tan grave?

—Nuestra única esperanza es el refugio intermedio.

Los dos hombres avanzaron en silencio, deteniéndose únicamente para verificar su camino, a veces hallándolo tan sólo por los breves destellos de un relámpago. La temperatura estaba descendiendo.

—Estamos cerca, Marcos.

—¿Puedes ver el refugio?

—No, pero no hay árboles... lo que es una señal segura de que estamos cerca de un refugio intermedio. Apretamos el paso.

La fina lluvia y nieve intermitentes estaban convirtiéndose en una cellisca insoportable. —¡Allí está! —exclamó Marcos de repente.

Respirando ruidosamente, los dos hombres pasaron por la entrada sin guardia. El fulgor de un relámpago les reveló un patio rodeado de tres paredes. La cuarta pared era en realidad una serie de cuartos sin ventanas. —Ciertamente *tiene* varios cientos de años, susurró Saulo.

En el centro del patio se encontraban varios hombres acurrucados muy juntos alrededor de un gran fuego, todos inmóviles y como aplastados. Saulo se acercó al fuego para empezar a calentarse. Enseguida metió la mano en el zurrón que traía consigo y sacó dos chaquetas de cuero que tenían capucha. -Mira, Juan Marcos, ponte esto. -Saulo se puso el suyo, se arrimó al fuego todo lo que pudo, se sentó, con las rodillas bien dobladas y estiró la capucha sobre su cabeza. Entonces, igual que los demás, se inclinó hacia adelante y apoyó la cabeza sobre las rodillas.

En medio de la cellisca aulladora de la tormenta, Marcos se sentía confundido. -Los cuartos, -dijo. -¿Por qué no vamos a esos cuartos?

Uno de los forasteros se levantó, le echó una mirada de mal humor a Marcos, avivó el fuego con un palo y luego se sentó otra vez. Saulo le hizo señas a Marcos para que se pusiera junto a él. -Esos cuartos no tienen puertas -le dijo en voz baja, -no las tienen desde hace al menos cien años. La gente arrancó las puertas un siglo atrás para usarlas como leña. Asimismo, el techo gotea. Además, ningún hombre cuerdo entraría allí. Pueden haber ladrones ahí adentro en espera para cortarte la garganta. O cualquiera pudiera seguirte allí *después* que quedaras dormido. El piso es de tierra y la paja no ha sido cambiada desde hace años. Está sucia más allá de lo imaginable. Pero lo peor de todo es que ¡hay insectos y ratas! Los insectos peores son los piojos. Ahora, siéntate y trata de mantenerte caliente hasta que esta helada pase.

-Pero apesta. El fuego apesta.

-Eso es porque lo que ves ardiendo es estiércol seco. Ahora, siéntate. Haré la primera guardia, tú, la segunda. Duerme un poco.

Marcos se cubrió bien con la chaqueta de cuero, bajó la capucha sobre su cabeza, murmuró algo y quedó en silencio. En breve los hombres iban quedando cubiertos de nieve y cellisca. Tarde en la noche el viento se tornó más cortante y el frío se hizo aún más severo, conforme el fuego se desvanecía. Saulo se levantó y salió del patio para buscar alguna leña. Un largo rato después regresó a un fuego que no era mucho más que rescoldo.

-Economiza... sólo un poco de leña por vez. Aún nos queda una larga noche, -dijo uno de los hombres sentados cerca de él.

Al oír esas palabras, Marcos se puso en pie de un salto, dijo algo acerca de preferir morir de pronto a manos de un ladrón asesino, y a continuación se fue dando traspiés a uno de los cuartos vacíos. Metió la cabeza en uno, luego en otro, desapareciendo finalmente en uno de ellos. Adentro, se recostó contra una de las paredes, bajó la cabeza y la capucha, y esperó que el sueño lo librara de su agonía.

-¿Vas a dejarlo quedarse allí adentro? -preguntó uno de los hombres a Saulo.

-El tiene que aprender. Pero me temo que ha elegido una pobre manera de hacerlo.

Con la primera luz del día, Marcos salió corriendo del cuarto gritando a voz en cuello: -¡Están todos sobre mí! -gritó, sacudiéndose el cabello y pasándose las manos vigorosamente por los brazos y las piernas. -Pero no puedo verlos. ¿Qué son? -preguntó, metiéndose directamente en el humeante rescoldo.

-Piojos, -se rió un anciano.

-¿Qué puedo hacer para librarme de ellos?

-Podrías tratar de ahogarte. No muchos piojos pueden sobrevivir en el fondo del mar.

-¿Hay alguna otra cosa que puedo hacer para librarme de estas cosas? -preguntó Marcos otra vez, riéndose rencorosamente.

-Aféitate la cabeza, -respondió Saulo con franqueza, pero su voz traicionó su diversión.

Los dos hombres recogieron sus pocas pertenencias. Marcos dio a los otros viajeros todo menos lo último de la comida de ellos.

-La próxima vez traeremos una mula, -refunfuñó Marcos al salir los dos al camino ahora cubierto de cellisca y agua.

Al caer la tarde y con un frío más allá de toda descripción, por fin legaron a Citio, donde fueron calurosamente recibidos por los solícitos hermanos y hermanas, quienes los llevaron prontamente al calor de la casa en que habrían de alojarse. Todos, incluso Bernabé, quien había llegado la noche anterior, estaban admirados de que Saulo y Marcos hubiesen arrostrado ese tiempo y sobrevivido.

## C A P I T U L O

**E**n las dos noches siguientes los santos de Kyrentia, Lapithus, Ledra, Tamasso y Citio se congregaron en el *trichnio*, la sala de estar de la casa, para oír a Bernabé y a Saulo. Una y otra vez los dos hombres escucharon la quejumbrosa súplica de los hermanos respecto a que se quedaran en la isla para ayudar a las iglesias.

En la mañana del tercer día llegó un jadeante mensajero desde Pafos. —Vengo del palacio del Procónsul —dijo. —Un pariente de ustedes, un hebreo llamado Kala me envió. El sirve a nuestro muy honorable procónsul, Sergio Paulo. El procónsul desea la inmediata presencia de ustedes, porque su término como procónsul de esta isla finaliza dentro de un mes. El desea escuchar a Saulo de Tarso antes de retornar a Roma. ¿Puede Saulo venir de inmediato?

Bernabé miró a Saulo. —Creo que esto tiene precedencia sobre otros asuntos. Pero nos tomará tres días llegar allá. ¿Es aceptable el domingo? —preguntó al mensajero.

—Llevaré tu mensaje a Kala. Creo que el domingo es aceptable.

—Debemos partir de inmediato, —observó Bernabé. —Pasaremos por Koukhia y llegaremos a la Vieja Pafos para el comienzo del Sabbath. La Nueva Pafos es adyacente a la vieja.

Saulo quedó del todo arrobado. —¡El procónsul de todo Chipre! Muy interesante. Quizá esto sea precisamente lo que nos habrá de ayudar en nuestra decisión en cuanto a Chipre, si hemos de quedarnos o irnos.

Marcos se mantenía callado, sin decir nada. Su única esperanza era que las hermanas de Citio no fueran demasiado generosas en preparar comida para su viaje.

Al cabo de una hora ya los tres hombres se habían despedido y salieron internándose en la brumosa noche, siguiendo el camino que llevaba al extremo occidental de la isla.

En la tarde del viernes, justo antes de comenzar el *Sabbath* al anochecer, los tres hombres llegaron a la vetusta ciudad llamada la Vieja Pafos. "Hay una sola familia de creyentes en la Vieja

Pafos", les habían dicho en Citio. Fue con esa familia con la que se alojaron.

-La noticia de tu posible arribo ha llegado a la sinagoga local, -le dijeron sus anfitriones. -Debes permanecer alejado de la sinagoga de la Vieja Pafos. El principal de la sinagoga, un hombre llamado Shedean, se ha opuesto al Camino desde el principio. Es tan sólo en la Vieja Pafos que la mayor parte de la comunidad judía no ha recibido a su Mesías. Es la ira de ese Shedean contra los creyentes lo que ha estado estorbando. Shedean ha oído hablar de Bernabé y de la conversión de Saulo al Mesías y ciertamente no es de su agrado. Te aconsejamos que no vayas allá.

Saulo estaba inmutable. -Tal vez lo agarremos en uno de sus días buenos, -sugirió.

Temprano en la mañana del *Sabbath*, Saulo se aventuró a ir hasta la puerta de la sinagoga, seguro de que se le daría una audiencia. Después de todo, él era fariseo. Para sorpresa de Saulo, Shedean en persona salió a la puerta. -Saulo, -le preguntó, -¿es verdad que has aceptado la enseñanza de que Jesús es el Mesías?

-Sí. Y no sólo eso, sino que Lo he visto cara a cara en el camino que va de Jerusalén a...

-¡Agárrenlo! -ordenó Shedean. De inmediato aparecieron tres hombres que estaban esperando detrás de la puerta de la sinagoga, agarraron a Saulo y lo arrastraron dentro de la sinagoga. Con la misma rapidez lo empujaron contra un pilar de flagelación de unos tres pies de alto y lo ataron al mismo.

-Saulo de Tarso, vamos a sacar de ti esta mentira a latigazos, -gruñó Shedean. -Que todos vean qué se les debe hacer a aquellos que siguen a un carpintero. -Shedean se colocó directamente delante de Saulo, que estaba sujeto firmemente a la columna de flagelación. -Al ser azotado por tus hermanos hebreos, recuerda que tú ordenaste que cientos de habitantes de Jerusalén fueran azotados en la sinagoga de la ciudad santa, por este mismo crimen del cual ahora eres culpable. Recuerda esto con cada latigazo, y luego apártate de tu perversidad. Regresa a Moisés.

Entonces Shedean le hizo una seña con la cabeza a uno de los hombres que estaban detrás de Saulo. Enseguida apareció un látigo de cuatro correas. El látigo silbó en el aire y halló su objetivo, lacerando la carne de Saulo. Uno por uno, treinta y nueve latigazos semejantes desgarraron las espaldas de Saulo ya marcadas con cicatrices.

La flagelación terminó, y Saulo fue echado fuera de la sinagoga. Tambaleando, regresó a la casa en que estaba parando.

En cinco  
distintas ocasiones  
los judíos  
me dieron  
treinta y nueve azotes.

Fue debido a ese horrible día que los creyentes hebreos de Chipre desecharon toda duda en cuanto a si Saulo era un seguidor de Jesucristo. Juan Marcos, quien más tarde pasó muchos años en Chipre, me dijo que al presente hay muchos creyentes en el Viejo Pafos. Caso de que usted fuera allá, esos creyentes lo llevarán al lugar mismo donde Saulo fue flagelado por su fe. El pilar al que fue atado aún está allí para que todos lo vean.



—Lávame la espalda, Bernabé, y por favor véndala bien, —dijo Saulo al llegar. —Mañana en la mañana no debe haber sangre que rezuma a través de mi túnica. El procónsul de Chipre no debe ver que he sido azotado.

—¡Pero, Saulo! —protestó Bernabé.

—Lo sé, —respondió Saulo. —Cuando quites las tiras de algodón, el dolor será terrible y la cicatrización tendrá que comenzar de nuevo. No importa. No deberá haber ni una gota de sangre que pueda asomar. Que mañana no haya ninguna evidencia de esta paliza.

Kala, el hombre que servía al procónsul, llegó temprano en la mañana del domingo. —Mi señor, Sergio Paulo, te verá al mediodía, —le dijo a Saulo.

— Kala, esta audiencia... ¿cómo es que surgió? ¿Un judío desconocido delante del procónsul romano?

—El es procónsul de la isla, sí, y yo soy un esclavo; pero somos amigos.

—¿Pero, por qué esta audiencia?

—Paulo es un botánico, un científico de no poco renombre. El tiene un hijo que vive en Roma; su hija vive aquí en Chipre, en el palacio. Ella está muy interesada en nuestro Señor Jesús. En cuanto a Paulo, no estoy seguro. El es un pensador, pero por otro lado, parece que las señales juegan una parte importante en su vida. El está intrigado con el relato de tu milagrosa conversión. Tienes una sola cosa que temer, Saulo. Esto es, además de un desfallecimiento debido a tus heridas.

—¿Temer?

—Sí, un pillo llamado Simón, que sirve como consejero de Paulo.

—¡Simón! Sí, he oído hablar de él. Es un impostor... en parte un mentiroso, en parte judío, en parte seguidor de Jesucristo, y en parte un mago, o así alega él. Ese hombre tiene corazón pagano, y la mente de un ladrón.

—Sí, eso es Simón, —convino Kala. —Tú lo describes bien. A veces usa el nombre de Elimas, que quiere decir 'hechicero'. Y otras veces aun dice que se llama Bar-Jesús, o sea, Hijo de Jesús. Probablemente se presentará como tal.

Una ira purpúrea cruzó el rostro de Saulo. —Más cerca de la verdad está que él es el hijo del...

—Ven, debemos apurarnos. Entrar en el palacio es ya una tarea de por sí. Recuerda, Simón es el acompañante de Paulo. No entra en

sus planes perder su empleo como resultado de tu presencia aquí para hablarle al procónsul. Se te opondrá en tu misma cara si...

Saulo no estaba atendiendo. -¿Sabes si Paulo conoce a Claudio personalmente?

-Ah, ¿quieres decir a Claudio, el *emperador*?

-Sí.

-Bueno, yo creo que sí. ¿Por qué?

-¿Lo conoce suficientemente bien como para que me consiga una audiencia con Claudio?

-¿Estás loco?

-No, soy ciudadano romano.

-Saulo de Tarso, un hombre puede muy bien ser ciudadano romano y aún estar loco.

Saulo sonrió. -Un día habré de ver a Roma. Y tal vez al emperador... esto es, si encuentro tiempo para ello. Ahora vayamos para que yo pueda decirle a un gentil, que casualmente es también un procónsul romano, las maravillosas nuevas acerca de Jesucristo.

-Los rumores acerca de ti no son bastante grandes, Saulo.

Saulo se volvió y encaró a Kala. -No olvides nunca, -dijo -que yo he visto a Jesucristo. No como el carpintero de Nazaret. Yo vi al Señor resucitado, ascendido y entronizado. ¿Qué lugar puede tomar un mero procónsul de Roma, o ese Simón, en presencia de semejante gloria? Ahora dime, Kala, ¿cómo llegó Sergio Paulo a recibir el honor de ser hecho gobernador de Chipre?

-Bueno, -respondió Kala, tomando un profundo respiro, -cuando los romanos tomaron a Chipre de los griegos, hubo un descontento general en toda la isla. Entonces el emperador envió un ejército aquí, un ejército supervisado por un hombre designado como *gobernador*, un gobernador que informaba directamente al emperador. Cuando finalmente todo el pueblo de Chipre se asentó y aceptó a sus conquistadores, el emperador transfirió Chipre al senado romano. Ya no habría un gobernador aquí, designado por el emperador. El senado estaba encargado de Chipre, y el senado escogió a alguien llamado procónsul para gobernar la isla. Entonces el ejército fue retirado de la isla. Sucede que este año el procónsul es Sergio Paulo. Sólo espero que el designado senatorial para el año próximo sea un hombre tan bueno como Sergio. Que a Chipre le guste, quienquiera que sea. Chipre no quiere tener que ver más con el emperador ni con su ejército. El pueblo está feliz con ser gobernado por el senado de Roma. Aun una pequeña guarnición de guardias y aurigas es más que suficiente para nosotros.

-Nuestro pueblo en Israel *nunca* ha tenido un procónsul nombrado por el senado, -respondió Bernabé. -Israel siempre ha tenido gobernadores y un gran ejército romano. Probablemente nunca habremos de tener un procónsul. Ahora mismo, oculto bajo la superficie de la paz impuesta por Roma, hay un gran descontento en

todo Israel. Ahora mismo el emperador está enviando más soldados a Israel.

-Por aquí no hay semejante peligro, -dijo Kala riendo. -Aprendimos la lección.

En ese momento los tres hombres entraban en Nuevo Pafos. -¿Ven el puerto? Es nuevo. Fue construido para servir al viejo Pafos, pero una nueva ciudad se formó alrededor del puerto. El pueblo del Viejo Pafos aún está resentido por el puerto y la nueva ciudad. Miren allá arriba, en aquel peñasco en el extremo mismo de la isla. Ese es el palacio del procónsul.

-Entonces lleguemos a tiempo. No debemos hacer esperar a un procónsul. No osemos comenzar una guerra romana, -dijo Saulo riendo.



## C A P I T U L O

-**E**minencia, te presento a Saulo de Tarso, ciudadano romano de nacimiento y varón de gran erudición, que tiene una vasta reputación de poseer introspección en los misterios del Dios de Israel. -Kala hizo una reverencia y retrocedió hasta el distante extremo de la gran sala de audiencia.

Saulo vaciló. Ciertamente, era una típica presentación en corte, pero la misma no le sentaba.

-Así que, tu nombre es Saulo, -respondió Sergio Paulo. -Eso te haría miembro de la tribu de Benjamín, nombrado según el primer rey de Israel, Saúl, hijo de Cis.

Saulo pestañeó, cogido totalmente desprevenido. -Excelencia, me sorprendes y me honras al mismo tiempo. Yo no sabía que tuvieras tanto conocimiento de la historia hebrea. Hay muchos judíos que no conocen estos asuntos de los cuales hablas.

-Estoy interesado en varias de las religiones que existen al este de Bizancio, pero la más intrigante es la de ustedes. Y el celo de tu pueblo, que se ha extendido por muchos siglos, por más de un milenio, es muy impresionante. Estoy profundamente interesado. Lo que es más, ahora corre por ahí un rumor acerca de un Mesías. Pero ven, acompáñanos a mí y a mi hija al salón de banquetes, junto con mis otros invitados. Luego te escucharé, si quieres, porque estoy particularmente interesado en la visión de la cual he oído hablar. Fue cerca de Damasco, ¿cierto?

Conforme se iba sirviendo la comida, Saulo y el pícaro de Simón se cruzaron algunas palabras frías pero corteses. Pero Saulo dedicó la mayor parte de su tiempo a conversar con la hija de Sergio Paulo. Sin duda alguna, ella había oído mucho acerca del Señor Jesús y era sincera en cuanto a su interés en El.

Cuando el convite terminó, el procónsul y sus invitados pasaron al oecus, una amplia sala de estar que daba hacia el mar. De nuevo Sergio Paulo dominó el momento. -Saulo, tu nombre significa 'grande' o 'vasto' en tu lengua nativa, ¿verdad? En mi idioma, *Paulus* quiere decir 'pequeño'. Tal vez, considerando nuestra estatura, deberíamos intercambiarlos el nombre. -Todos se rieron apreciativamente, dado que el procónsul era un hombre alto, en tanto que Saulo no lo era.

Saulo sorprendió a todos con su respuesta. -Una excelente proposición, al menos para mí. Ya no estoy en el mundo de mi propia raza. Hay pocos judíos allí donde espero ir. ¡Entonces, por qué no he de tomar un nombre romano! He estado considerando

precisamente tal cosa. Así pues, con tu permiso, Excelencia, tomaré tu consejo... y tu nombre.

Sergio Paulo mostró sentir un sincero placer en las palabras de Saulo. -No pensé que tomaras seriamente lo que dije, -respondió. -Pero, ¡no faltaba más! Toma mi nombre. Me sentiré honrado. ¿Y he de tomar el nombre de Saulo?

-No, si deseas seguir teniendo una buena posición delante del emperador, -fue la rápida y maliciosa respuesta del apóstol.

-Una agudeza digna de un romano, Paulo de Tarso, -replicó Sergio Paulo. Al oír esas palabras, todos aplaudieron.

-Ahora, al propósito de esta reunión. Paulo, mi amigo Kala me dice que tú alegas haber visto en una visión, o algo por el estilo, a un hombre que resucitó de los muertos. ¿No nos hablarás de ese acontecimiento?

Al ponerse de pie Pablo, Simón Elimas bar-Jesús bostezó y se estiró. Luciendo aburrido, dejó que todos supieran por su semblante, que él habría de tolerar que escucharan a alguien que obviamente era su inferior.

Pablo comenzó con una breve descripción de su infancia, su formación en Jerusalén, el haber oído los rumores de la resurrección de Jesús, y cómo había perseguido el Camino. -Muchos fueron azotados. En aquel tiempo Kala, tu fiel siervo, estaba en Jerusalén. Yo ordené que lo encarcelaran debido a su fe. El se negó a renunciar sus creencias y fue azotado.

Kala hizo señas afirmativas. Simón se estaba poniendo visiblemente nervioso.

-En el camino que va de Jerusalén a Damasco, vi una gran luz. La luz era Jesús, el Mesías, el unigénito Hijo de Dios, a quien vi parado delante de mí... el mismísimo a quien yo perseguía. Me dijo que yo lo habría de proclamar a los gentiles. Entonces fui cegado de repente y conducido a Damasco, donde me hospedaron. Luego...

Simón explotó. -Excelencia, no escuches más. Sus palabras no son más que una fábula. Jesús era un maestro, como te lo he dicho, pero nada más. Y este cuento de haber sido cegado es...

Pablo relampagueó. Señalando directamente a Simón, rugió: -Oh, tú, hijo del Diablo, lleno de toda suerte de engaño y de maldad, enemigo de todo lo que es bueno, ¿no cesarás de trastornar los caminos rectos del Señor? Ahora, pues, el Señor ha puesto su mano de castigo sobre ti, y eres tú quien quedarás cegado.

Por un instante Simón hizo un gesto de desprecio. Después empezó a temblar al quedar sumido en temor. Pasando frenéticamente las manos delante de su rostro, gritó: -¡No, no! ¡Se está poniendo oscuro! ¡Ayúdenme! ¡No puedo ver! Tengan misericordia de mí... ¡Me he quedado ciego!

Luego Simón dio alaridos, se apretó los ojos con los puños y cayó de rodillas, implorando que alguien lo condujera a Pablo. Medio loco de miedo, dio otro alarido y empezó a confesar hechos de maldad y de engaño que horrorizó a todos. Entonces varios

sirvientes y soldados condujeron a Simón fuera de la sala, al tiempo que él seguía implorando poder hablar con Pablo.

Sergio Paulo se puso de pie. -Yo creo, Paulo de Tarso. ¿Osaré obrar de otra manera? Tu Señor ahora es mi Señor.

Entonces la hija del procónsul vino corriendo a su lado y empezó a llorar. -Padre, -le dijo, -¿puedo creer yo también y unirme a ti en tu fe?



Esa tarde al anochecer Sergio Paulo y su hija fueron bautizados, y fue ese acontecimiento lo que determinó para Pablo y Bernabé lo que habrían de hacer. Los creyentes que se congregaban en la asamblea de Nueva Pafos se negaron a permitir que Sergio Paulo, el mismísimo procónsul de Chipre, viniese a la asamblea de ellos. Por último cedieron, pero sólo si él consentía en ser circuncidado.

Pablo estaba furioso. Bernabé se sentía consternado. Al día siguiente, estando solos en su habitación, Pablo confrontó a Bernabé. -Es tu patria y comprendo tus sentimientos. Yo siento el mismo profundo anhelo por Tarso. Estoy ansioso de que se predique las buenas nuevas de Jesucristo en mi ciudad natal. Deseo ver que mis amigos y sus familias sigan al Señor, tanto como tú. Pero afronta esto, Bernabé. La población entera de judíos en esta isla llega apenas a un millar. Todos ellos ya han oído la palabra. Algunos, tal vez todos los que hayan de creer jamás, ¡han creído ya! No hay nada más que hacer aquí. Podrías pasarte la vida entera en Chipre y no cambiaría nada.

-De acuerdo, -respondió Bernabé. Luego confesó: -Una reunión más en uno de estos edificios, y yo...

Pablo, aún animoso, continuó: -Esta gente ni siquiera reconoce que hay gentiles en esta isla. Mira su actitud hacia Sergio Paulo. Requieren que un procónsul de Roma se circuncide. Algún día pienso presentarle el evangelio del Señor al emperador Claudio. ¿Le habré de decir que debe circuncidarse?

Bernabé iba a contestarle, pero Pablo lo interrumpió otra vez: -¿Te acuerdas de aquella reunión que tuvimos en Antioquía? Nos reunimos delante del Señor y le ministramos. Aquel día el Señor nos habló a nosotros, a cinco hombres, separando a dos de nosotros para un ministerio especial. ¿Para hacer qué?

Mostrando una risita ahogada, Bernabé levantó las manos con un gesto de derrota. -Saulo... ¿o es Pablo? ¿Te propones realmente cambiar tu nombre? ¿No es así? Está bien. Hermano Pablo, estoy tan dispuesto como tú a irme de esta isla. Vayamos a lugares donde no se haya escuchado el nombre de Jesucristo, con la esperanza de que en ese lugar encontraremos paganos incircuncisos a quienes podamos proclamar a Jesucristo.

-¿Sabes dónde está un lugar tal?

-¡Sí, lo sé!

Pablo quedó algo desconcertado por la respuesta tan rápida de su amigo.

-La congregación de creyentes más distante de que se tenga conocimiento se encuentra al noroeste de aquí, a tres días en barco. Quizá dos días, con buen tiempo.

-¿Qué ciudad?

-Perga. Un pequeño puerto de mar en la provincia de Panfilia, allá arriba, en Asia Menor. Me han dicho que hay unos ocho creyentes allí, todos ellos judíos. Gente muy, muy amable, se me ha dicho. Pero más allá de Perga, *nada*. ¡Ni una sola congregación en ninguna ciudad! Nadie ha oído hablar nunca de nuestro Señor al norte de ese punto.

-¿Quieres decir, en Galacia?

-Sí, la provincia de Galacia, en el sudeste de Asia Menor.

-¡Muy bien! -exclamó Pablo satisfecho. Averigüemos la fecha de partida del siguiente...

-Hay un barco cargando ahora en el puerto. Ya he puesto sobre aviso a Marcos. La nave saldrá en tres o cuatro días, tal vez antes. Es el primer barco que va a navegar con rumbo al norte desde que terminó el invierno.

-¿Dónde está Marcos? ¿Allá afuera, repartiendo comida?

-No, no esta vez. ¡Está recibiéndola! Los santos de aquí, de Pafos, han preparado toda clase de comida para nosotros, alimentos que no se echan a perder fácilmente.

-¿Y todo esto ha tenido lugar desde que estuvimos con el procónsul?

-¿Por qué no? -respondió Bernabé, mostrando una amplia sonrisa expresiva. -Después de todo, me temía que pudieras apegarte tanto a Chipre que querrías hacerlo tu hogar. -Pablo le tiró una sandalia a Bernabé, y los dos hombres rieron.

-Pobre Marcos, -agregó Pablo. -Conforme nuestra carga por Chipre se aligera, una vez más la carga de Marcos se vuelve más pesada.

-Ahora a dormir, Pablo. Tenemos que levantarnos temprano e ir directamente al puerto... ¡antes del amanecer! Es posible que el barco salga no más tarde que a la salida del sol. Depende de la carga y del tiempo.

## C A P I T U L O

-**H**oy no habrá salida. No en esta nave. El barco está cargado, sí, y la carga bien asegurada, pero la temporada de navegación apenas ha comenzado. Ningún barco ha salido de este puerto desde el otoño pasado. Mi tripulación está esperando una señal de parte de los dioses, un augurio. Un *buen* augurio. Y yo también.

-Tú has navegado en este tiempo en años anteriores, ¿no es verdad? -preguntó Bernabé.

-Sí, pero la primavera llegó demasiado temprano este año. El invierno se desquita de una primavera temprana.

-Hemos oído a otro capitán decir lo mismo justo recientemente, -respondió Pablo.

-Ha sido un sabio hombre de mar, -dijo el capitán al recorrer el mar con la vista. -Son los vientos etesios los que todos tememos. No hay un marino en esta isla que no sepa de un compañero que ha muerto a causa de esos vientos.

Pablo escudriñó el rostro de Bernabé en busca de una explicación. -Son unos vientos que a veces vienen durante esta temporada, -explicó Bernabé. -Entran soplando desde el nordeste. Todo barco que navega metiéndose en esos vientos encara un desastre. Algunas veces las olas llegan a ser como muros gigantes. Cuando esas olas se vienen abajo sobre una nave, esa nave corre un grave peligro. Son pocas las que sobreviven lo peor de esas tormentas. No obstante, es raro ver tales vientos tan tarde en el año.

-Yo los he visto así de tarde en el año, -replicó el capitán. -Y siempre en años con una primavera temprana. Esperaremos aquí mismo hasta que los dioses nos den una buena señal bajo la cual navegaremos. -Al decir esto, el capitán se fue taconeando.

-¿Cuánto tiempo pudiéramos tener que esperar? -preguntó Pablo a Bernabé.

-Un día, una semana. Mientras más esperan, más dispuestos están los marinos a creer que han visto una buena señal. Pero el capitán, a pesar de sus supersticiones, está haciendo una sabia opción. Esta siempre ha sido una isla de hombres de mar. Esta gente respeta las estaciones y los mares. Si bien este mes es abril, todos los hombres de mar temen la posibilidad de los vientos etesios.

-Entonces esperaremos. Entretanto, recorreré estos muelles para ver si puedo hallar a alguien que necesite de mis servicios. Tal vez algún barco o marino tengan algo que necesite ser remendado.

-Y yo regatearé con el capitán nuestro pasaje a Atalia, la población portuaria próxima a Perga. También averiguaré la posibilidad de que podamos dormir en la cubierta del barco esta noche. No queremos perdernos una partida repentina.

-Juan Marcos, ven conmigo. En tanto que el capitán y yo negociamos el precio del pasaje a la provincia de Panfilia, quizá podamos usar algo de esa excelente comida hebrea para conseguir un precio reducido.

-Podríamos negociar con una docena de capitanes y aún tener comida para un mes, -respondió Marcos, meneando la cabeza al contemplar los dos sacos repletos que estaban a sus pies.

Ese día al anochecer, una gaviota moteada se posó en la proa de la nave. Si hubiesen sido dos, o si aquello hubiese ocurrido en cualquier otra parte del barco que no fuese la proa, el incidente habría pasado inadvertido. Pero una gaviota moteada, al anochecer, en la proa del barco, era suficiente señal de que los dioses le estaban diciendo al capitán que largara velas al día siguiente en la mañana.

Lo último del cargamento de la cubierta fue colocado a la luz de la mañana.

Mientras Bernabé y Pablo esperaban en el embarcadero, un anciano se les acercó. -¿Ustedes van a navegar en este barco? -preguntó el anciano con voz desapacible. Pablo movió la cabeza afirmativamente. El anciano escudriñó los rostros de los dos hombres. -¿Ustedes son de esta isla?

-Yo soy de Tarso, que está en los montes Tauro de Siria. Mi amigo es de Antioquía, pero en otro tiempo vivió aquí, sí.

El anciano se quedó mirando a Bernabé. -¿Te meterás navegando en los vientos etesios?

-¿Están soplando ya, señor?

-No están soplando; aún no, -dijo el anciano, lanzando una mano al aire. -¡Pero yo los siento! Puedo decirlo. Tú no puedes sentirlos, pero están soplando. Mañana habrán de soplar más fuerte, y habrá venganza en ellos. Ningún barco que navegue con rumbo norte desde este puerto podrá sostenerse frente a estos vientos. Escúchame. He navegado estos mares desde que era niño. He luchado con-*tra* esos vientos muchas veces, y nunca he ganado. Son pocos los que han visto lo que yo he visto y han vivido para hacer el cuento. -El anciano miró fijamente a Pablo, y le dijo: -Nunca navegues con los vientos etesios. Recuerda bien mis palabras: ¡Nunca con los vientos etesios!

En ese momento, varios esclavos en el muelle empezaron a moverse a lo largo del costado del barco, aflojando los cabos que lo amarraban al muelle. Hecho eso, los esclavos empezaron a empujar el costado del barco con sus pértigas.

-Pueden subir a bordo ahora, -gritó el capitán. -¡Rápido!

Por segunda vez en menos de un mes, tres hombres hebreos subieron corriendo a bordo de un carguero a punto de navegar por

el Mediterráneo. Sin embargo, a diferencia de Seleucia, no había canal artificial para salir al mar. Este era el mar. Inmediatamente los vientos matinales hincharon las velas desplegadas, y el barco se deslizó plácidamente en las tranquilas aguas.

-¡Nunca con los vientos etesios! -gritó el anciano una vez más.

Entonces el capitán se acercó y dijo: -No se les va a proporcionar ni alimentos ni agua. Podrán hacer su cama y dormir entre la carga aquí en la cubierta. Si el mar se pone demasiado borrascoso, o si empieza a llover, se les permitirá ir abajo. De lo contrario...

-Sí, lo sabemos, -interrumpió Marcos. -Ya hemos navegado antes.

Bernabé fue hasta la popa del viejo carguero y se puso a mirar la costa de Chipre que se iba alejando. -Habré de regresar a esta isla si alguna vez mi pueblo abre su corazón -y las iglesias- a los gentiles, -dijo pensativamente.

-¿Tendría alguna gran ventaja?

-¿Qué? -preguntó Bernabé, volviéndose para ver a Pablo.

-En la iglesia de Antioquía, durante estos cuatro años de su existencia, unos pocos judíos han llegado a ser creyentes. Pero ¿les ha sido fácil formar parte de una iglesia gentil informal?

-No, -contestó Bernabé con cautela, dándose cuenta de que había iniciado accidentalmente una conversación muy seria.

-¿Y los judíos que se incorporaron a la congregación de Antioquía, han tratado de cambiar la expresión gentil de la desposada de El Ungido?

-Sí.

-¿Han tenido éxito?

-No.

-¿Y han quedado algunos de ellos profundamente heridos?

Bernabé quedó callado.

-¿Cambiaron los gentiles su modo de ser cultural para satisfacer a los creyentes judíos que vinieron entre ellos? ¿Podrían cambiar, aun cuando procuraran? No. Ellos siempre serán gentiles, no judíos. El modo de ser *gentil* debe prevalecer en una asamblea de gentiles que se congrega en una tierra *gentil*.

-Ahora invirtamos eso, -continuó Pablo. -Las iglesias de Chipre son judías, hebreas hasta la médula. Si hubiesen de venir gentiles a las reuniones de estas iglesias judías, aun cuando con el tiempo excediesen en número a los judíos, todavía estarían en una experiencia judía del cuerpo de El Ungido, ¿no es así?

Bernabé suspiró, sabiendo que cada palabra era verdad.

-Mira a Israel. Mira a los creyentes que huyeron de Jerusalén. ¿Qué hicieron los creyentes que huyeron cuando yo estaba procurando destruir la congregación de Jerusalén? Saliendo de Jerusalén, al entrar en las poblaciones y aldeas de Judea, llevaron consigo la manera de ser de la iglesia de Jerusalén. Eran hebreos con una cultura hebrea en una nación hebrea, que huían a

poblaciones y aldeas hebreas. ¿El resultado? Las iglesias de todas esas poblaciones parecen ser exactamente copias en miniatura de la *eklesía* de la cual venían. Todas se parecen a la congregación de Jerusalén.

-Como quiera que sea, aun si se fueran a aceptar gentiles en las iglesias de Chipre, esas iglesias *nunca* serán iglesias gentiles. Así es como son las cosas. Así es como habrán de ser siempre.

-Pero si se planta una iglesia lo suficientemente lejos, sin que haya cerca otras iglesias que puedan ejercer influencia en ella, y si un renegado inicia esa iglesia...

-¿Te estás refiriendo a Antioquía? -dijo Bernabé con una sonrisa, sabiendo que la congregación de allí era *muy* gentil y *muy* libre y que él mismo era considerado como un renegado por algunos de los creyentes de Jerusalén.

-Mi querido Bernabé, aun hasta el día de hoy no sabemos si la iglesia de Jerusalén acepta a la de Antioquía como una auténtica congregación. Como que no es judía, tú sabes.

-Nunca lo sabremos hasta que Pedro vaya allá. Así es exactamente como es Jerusalén. *Pedro* habrá de decidir.

-No me gusta eso. *Dios* sabe que ésa es una congregación. Y el pueblo es de El, aun cuando su cultura no sea judía. Pero por tu bien, Bernabé, mientras más tiempo permanezca Pedro en Jerusalén, mejor es para ti y para la *eklesía* de Jerusalén. Eres tú el que rompiste filas y dejaste que los gentiles fueran salvos... y no sólo que fueran salvos, sino que se congregaran como el cuerpo de El Ungido.

Bernabé se estremeció en el viento. -Podría ser un día muy oscuro para mí si Pedro fuera a Antioquía. Pedro es mi padre en El Ungido, sabes.

-O pudiera ser un día sumamente glorioso.

-Esa es mi esperanza.

-Si Pedro se pone de parte de los fariseos, no habrá nunca verdaderas iglesias gentiles, -respondió Pablo quedamente. -Y sí, ése será el más oscuro de todos los días.

-Pero ahora mismo estamos yendo a algún oscuro lugar llamado Panfilia para levantar una iglesia gentil. ¡Eso hará *seguramente* que Jerusalén nos ame!

-¿Quieres decir que estamos metiéndonos en un problema aún peor con Jerusalén debido a que vamos a Galacia?

-¡Sí! Sobre todo desde que los fariseos de Jerusalén han empezado a recibir la vida del Señor, y están añadiéndose a la congregación de allí. Esto es algo nuevo. Fariseos en la *eklesía*. Esto podría hacer muy legalista a la iglesia de Jerusalén. He oído decir que hasta Blastinio se considera un seguidor del Señor.

-¡Blastinio! -Pablo quedó estupefacto. No, Blastinio no. Ese hombre haría que Abraham citara la totalidad de las 633 leyes de Moisés antes de estrecharle la mano.



-¿Un improbable converso, eh, Pablo?

-Sí, -respondió Pablo enfáticamente.

-¿Conoces a algún otro converso improbable?

Pablo se rió entre dientes. -Estoy tan escéptico respecto a Blastinio como tu pueblo de Chipre lo estaba con respecto a mí.

Siguió un largo silencio. Un frío viento sopló a través de la cubierta del barco. -Se está poniendo frío. Busquemos un sitio más tibio entre alguna parte del cargamento.

-¿Serán los vientos etesios?

-Espero que no. Esta conversación es suficientemente sombría para mí. Pero, Pablo, a pesar de todo lo que has dicho, te confieso que sigo teniendo esperanza respecto de Chipre.

-Supongo que es bueno que uno de nosotros la tenga. Mi lugar está allá afuera, Bernabé... afuera donde no hay creyentes.

El mar permaneció tranquilo durante el resto del día, pero al caer la noche, el viento se fue haciendo más fuerte, y las olas, cada vez más agitadas. Ahora todos los marineros estaban diciendo por lo bajito una misma frase: -¡Los vientos etesios!

Esa noche el capitán ordenó a los tres hombres que se quitaran de la cubierta y se metieran en la bodega de carga. -Joven, -dijo el capitán con voz severa, -mejor mantienes esos sacos de alimentos pegados a tu pecho. -Marcos pensó equivocadamente que el capitán se refería a algunos marineros ladrones.

Al ponerse más violento el mar, los tres pasaron al centro del barco para prevenir el mareo. A la mañana siguiente Pablo y Bernabé despertaron con los frenéticos gritos de Juan Marcos: -¡Ratas! Aquí abajo tienen ratas tan grandes como perros. ¡Y todas ellas quieren mi comida!

-Puedes atar los sacos a ese cabo que cuelga del cielo raso o llevarlos a la cubierta, -le dijo uno de los marineros. -O bien, dáselos a las ratas.

Rápidamente Marcos se subió encima de la carga, alcanzó el cabo que colgaba de una viga allá arriba, y ató al mismo sus dos sacos.

-¿Y eso las detendrá?

-No, pero así las puedes ver mejor cuando bajan por la cuerda. Entonces pégalas duro con un palo.

-¡Pegarles a las ratas! -exclamó sobrecogido de terror. -¡¿Y qué si caen sobre mí?!

-A menudo sucede, -contestó el marino con una mueca de sonrisa.

Marcos trepó otra vez sobre la carga y recuperó sus costales. -Los voy a llevar a la cubierta. Buscaré un sitio seco en alguna parte allá arriba. Ni las ratas van a salir afuera con esta clase de tiempo.

Lo que vieron los ojos de Marcos al subir a la cubierta, llenó de terror su corazón. El mar se había tornado en montañas de agua, que alcanzaban casi la altura del mástil de la nave. En la cubierta, los marineros trataban frenéticamente de amarrar y

asegurar la carga. Oyó que uno decía -Si la carga se suelta, se correrá y arrancará la baranda de borda.

-La nave va a escorar antes que llegue la noche, -predijo otro.

-No quedará ni un hijo de mujer vivo cuando amanezca, -gritó otro más.

-¿Dónde puedo poner esto? -preguntó Marcos gritando.

-Embútelo en cualquier lugar entre la carga y ve abajo antes de que te mates. Mejor esperas que te mate el mar, que no que seas tú mismo quien te mates.

Marcos metió los sacos de comida debajo de un bulto de carga. El zurrón que contenía los rollos todavía estaba abajo, como también el de las herramientas de Pablo. Al bajar por la escalera, tambaleándose, Marcos le dijo a Bernabé, gritando: -Está terrible allá afuera.

-El mar... ¿son olas o marejadas? -preguntó Bernabé con el semblante tenso.

-Esteee... marejadas, supongo.

-¿Cuán altas?

-Tan altas como la baranda de borda; algunas hasta más altas, y poniéndose todavía más altas.

Bernabé se volvió a deslizarse contra la carga. -¡Es una tempestad etesia!

-Oh, no, -gimió Marcos. -Es lo que dijeron los marineros.

-Tan tarde para una tormenta invernal. Pero este barco es demasiado pequeño para la furia del tiempo invernal. Si recibe de lleno el embate de una tempestad semejante, no es probable que se mantenga a flote.

-¿Qué vamos a hacer? -preguntó Pablo.

-Tal vez la única cosa que podemos hacer es... *morir*.

Si bien tan sólo acababa de anochecer, ya estaba tan oscuro como si fuera medianoche. En breve la lluvia caía a cántaros. Los marineros cortaron las velas y anclaron la nave. La tripulación entera se refugió en la bodega de carga. Hombres y barco quedaron a merced del implacable mar. Las marejadas habían crecido hasta alturas mayores que el mástil del barco.

Para la tarde del día siguiente, la tempestad había desencadenado toda su furia sobre el maltrecho barco. De pronto, una inmensa ola se hinchó alzando la nave muy alto en el aire. Cuando el barco empezó a deslizarse hacia abajo por la marejada, se ladeó y quedó virado sobre su costado de estribor. La carga de la cubierta se soltó de golpe y se corrió violentamente contra la baranda de borda de la banda de estribor, llevándosela por delante y cayendo en el mar. La carga en la bodega también se soltó y comenzó a volcarse contra la banda de estribor.

-¡La carga se ha corrido! Ahora seguramente el barco se hundirá, -gritó el capitán. -¡Todo hombre de mar a cubierta! Aférrense a algo. Tomen cuerdas y ganchos consigo. Cuatro de

nosotros, los más altos, quedaremos abajo. Les alcanzaremos tanta carga como podamos a los de arriba.

-Mis herramientas, Bernabé. Sálvallas, si puedes, por favor. Marcos, vente conmigo, -ordenó Pablo. Justo antes de poner el pie en la cubierta, Pablo se volvió y gritó a Bernabé que estaba allá abajo: -Quienquiera de nosotros que sobreviva, irá a los gentiles. ¡No hay vuelta atrás!

Al ver cómo el barco escoraba, Marcos y Pablo supieron al instante que el barco era ahora una tumba. Habiendo desaparecido la baranda de borda, no había nada entre los hombres y el mar. Todos en la cubierta empezaron a atarse cuerdas alrededor de su cintura, amarrando el otro extremo al mástil central.

-Por aquí, -gritó uno de la tripulación. Los marineros habían retirado la cubierta de la bodega de carga. Los hombres que estaban abajo empezaron a lanzar cuerdas arriba. -¡Halen! -gritaron los de abajo. -Cuando la carga llegue a la cubierta, empújenla fuera de borda.

Esforzándose Pablo junto con los otros hombres en levantar una pesada carga para sacarla de las entrañas del barco, alcanzó a ver a Bernabé. Trató de hablar, pero el ululante viento había terminado toda esperanza de comunicación.

Cuando una marejada gigantesca se desplomó sobre la cubierta, el barco desapareció momentáneamente debajo de la superficie del mar. Cuando finalmente reapareció con gran esfuerzo en la superficie, faltaban varios hombres. El barco escoraba pesadamente a la derecha. La tempestad continuó su furioso embate contra la nave que había osado navegar en sus mares invernales.

Marcos y Pablo, esforzándose por mantener el equilibrio en la considerablemente inclinada cubierta, estaban parados ceca de un gabinete de teca, cuando una inmensa ola envolvió al barco. Pablo sintió un agudísimo dolor alrededor de la cintura. La cuerda amarrada alrededor de su cintura se rompió y él fue arrastrado al hambriento mar. Al salir a la superficie jadeó faltándole aire y miró alrededor. Marcos también se encontraba en el agua.

-¡Agárrate del gabinete, Marcos! -gritó Pablo.

Pablo nadó hacia un pequeño baúl que flotaba, esperando que le pudiera servir para mantenerse a flote.

Bernabé subió gateando a la cubierta. No había nadie allí.

-Desaparecidos. Perdidos para los dioses del invierno, -dijo el capitán al echar un vistazo.

En ese momento un relámpago fulguró. Por un breve instante el mar quedó tan iluminado como si fuese de día.

-¡Miren! -gritó un marinero. -Hay otro barco por allí.

-Es una nave romana. Un barco granero. Es la única clase de barco que navega por los mares que puede sobrevivir esta noche.

-¡Lámparas a la cubierta! -gritó el capitán. -No arderán mucho tiempo, pero quizá los del otro barco nos vean. -¡Lámparas a la cubierta! -gritó otra vez.

Para la mañana la tempestad había descargado su furia. El carguero, prácticamente sumergido, yacía inclinado sobre su costado en un mar sereno. Asidos a los derrelictos, todos respiraban con silencioso alivio cuando la enorme nave romana empezó a acercarse hacia el naufragio. Luego bajaron algunos botes. En breve los marineros del barco granero estaban remando junto al naufragio. Dispersos por todo aquel inmenso escenario marino, había hombres que se aferraban desesperadamente a objetos del naufragio y a piezas de carga flotantes. Aquellos que todavía tenían fuerzas empezaron a nadar hacia el barco salvador. Uno a uno los iban subiendo a bordo. Uno de esos hombres era Bernabé, que aún llevaba colgado del hombro el zurrón.

Durante varias horas los hombres de a bordo y los que estaban en los botes salvavidas buscaron supervivientes. -No queda ninguno más, -convinieron finalmente los dos capitanes. Mandaron que los botes regresaran. El barco granero desplegó las velas y empezó a deslizarse a través del naufragio.

-¡Allí! -gritó Bernabé. -Veo la cabeza de un hombre.

-¡Son tres! ¡Hay tres allí!

Efectivamente, tres o cuatro marineros habían juntado varios gabinetes de madera y se las habían arreglado para permanecer agarrados a ellos durante toda la noche.

-Hay otro hombre por aquí, -gritó uno de los supervivientes.

Era Pablo, agarrado tenazmente a un gabinete. Bajaron una cuerda, que enseguida ataron alrededor de la cintura de Pablo. Pero él no respondió. Entonces su cuerpo flácido fue izado por la borda del barco. Su rostro estaba tan hinchado que Bernabé lo reconoció tan sólo por su ropa. -¿Está Marcos por allí afuera? -le preguntó Bernabé desesperadamente.

Pablo no respondió.

-Llévalo de agua dulce, después sácasela a la fuerza. Puede matarlo, pero de todos modos está muerto, -gritó un marinero.

-Si recobra el conocimiento, llévenlo a mi camarote, dijo el capitán del barco.

Bernabé se asombró por las palabras del capitán. Todos los demás supervivientes habían sido llevados abajo. -¿Por qué? -preguntó, volviendo su macilento rostro hacia el capitán.

El capitán señaló el cordón de piel que Pablo tenía alrededor del cuello. -Igual que yo, ese hombre es ciudadano romano. Nosotros cuidamos de los nuestros.

Hubo otro fuerte grito. -¡Veo uno más! Bernabé corrió hasta la borda del barco.

-Ese está muerto; déjenlo en el mar, -dijo alguien.

-Tal vez no. Ese hombre se las arregló para abrazarse a ese pedazo de mástil.

-Está muerto, te lo digo yo.

-¡Ese es mi sobrino! Súbanlo, -mandó Bernabé con un gruñido. -Un hombre muerto no monta a horcajadas un mástil.

Una última vez se bajó un bote. —Atenle las piernas juntas y súbanmelo con los pies para arriba, —gritó Bernabé otra vez.

Empezaron a subir el cuerpo de Marcos a la cubierta, con la cabeza colgándole hacia abajo. Al venir subiendo, tosió. Bernabé estiró los brazos fuera de la borda y agarró los pies de Marcos, y acabó de subir al joven a bordo, todavía sujetándolo por los pies. Entonces, usando todas las reservas de su gran fuerza, levantó los pies de Marcos por encima de su propia cabeza y empezó a sacudirlo furiosamente. —En la autoridad de nuestro Señor Jesús, yo te digo, Juan Marcos, ¡respira! —rugió Bernabé.

Por la boca de Marcos empezó a salir agua salada a borbotones. Enseguida volvió a toser. Bernabé, aún sosteniendo los pies de Marcos encima de la cabeza, continuó sacudiendo a su sobrino y bramando: —¡Respira! —Entonces Marcos jadeó.

Todavía sosteniendo a Marcos por los pies, Bernabé empezó a girar con él en círculo. Entonces fluyó más agua de él. Bernabé siguió dando vueltas con Marcos, girando en círculos cada vez más rápido, gritando: —¡Respira! ¡Respira! —Un asombrado auditorio de hombres de mar paganos miraba con incredulidad.

Mientras Bernabé seguía girando a Marcos, éste empezó a jadear fuertemente. Por un instante Bernabé dejó a Marcos yacer en el piso de la cubierta, y luego envolvió a su sobrino en sus brazos y se dirigió hacia los predios del capitán.

—¿El es romano? —preguntó uno de la tripulación.

—No, —rugió Bernabé. —El es hijo de un Rey.

Bernabé envolvió a Pablo y a Juan Marcos apretadamente en las mantas más gruesas que pudo hallar a bordo; entonces ordenó que se calentase el cuarto. Después, continuamente mojaba la boca de los dos con agua fresca.

Algunas horas después, Pablo despertó ardiendo de fiebre. —¿Bernabé? —inquirió.

—Sí. ¡Estás vivo, Pablo! Tú que amas tanto a los gentiles, fuiste rescatado por ellos. Estás en el camarote propio del capitán en un barco granero. Dios te ha guardado para que cumplas tu llamado.

—Bernabé, —susurró Pablo otra vez. Bernabé se inclinó para escuchar las débiles palabras de su amigo. —¡Nunca más con los vientos etesios!

Poco después Juan Marcos despertó, tosiendo violentamente. Al ver a Bernabé, sonrió y susurró: —Al menos me libré de los piojos.

Bernabé se rió, luego añadió: —Tengo más noticias buenas, Marcos. Me las arreglé para salvar toda nuestra ropa, los rollos, y las herramientas de Pablo. Pero perdimos tus dos sacos de comida. —Marcos sonrió de nuevo, y luego se quedó dormido otra vez.

Pablo preguntó a Bernabé haciendo señas: —¿Dónde estamos?

-Vamos con rumbo a Atalia, la ciudad portuaria de Panfilia. Está a sólo siete millas de Perge. Atracaremos por la mañana. En cuanto lleguemos, iré a buscar alojamiento, y enseguida un médico.

Tres veces  
he padecido naufragio.  
Una vez pasé una noche entera  
y un día  
como náufrago en alta mar.

## C A P I T U L O

**-E**ste es un hombre joven. Va a vivir, -dijo el doctor. -Hay agua salada en sus pulmones, pero la fiebre habrá de consumirla y hacerla salir en unos días.

-Ahora bien, este otro allí, es un caso muy diferente. En primer lugar, su espalda está muy infectada. ¿Cómo, en el nombre de los dioses, este hombre llegó a estar cubierto de tantas heridas abiertas? Eso solo ya es bastante. Pero también tiene agua en los pulmones. Si se recupera, le va a tomar más tiempo. De ser tú, yo no lo movería para nada. Déjalo que descanse hasta que se ponga bien del todo. Voy a dejar medicinas para los dos; pero voy a hacer algo más, los dejo a los dioses. ¿Dices que tienes amigos aquí en Panfilia?

-Sí, -respondió Bernabé, -en la ciudad capital de ustedes, en Perge. Pero aún no he tenido contacto con ellos.

-Los habrás de necesitar; al menos estos dos los van a necesitar. Durante las próximas semanas le puede ir bien o mal a tu amigo de la... espalda flagelada. No lo muevas de esta posada por un tiempo. A propósito, he visto las marcas de estos latigazos antes. Cuando ustedes los judíos discrepan acerca de sus enseñanzas, no tienen límites, ¿no es así?

Pablo se rió. El doctor sonrió. -No ha perdido su humor. Lo va a necesitar.

Después de irse el doctor, Pablo levantó la cabeza apoyándose en os codos. -No dejes que los creyentes sepan que estamos aquí. Aún no. Conoces la mente de los judíos. Si un hombre está enfermo, eso quiere decir que Dios lo está castigando.

Al oírlo, Bernabé frunció las cejas. -Cuando nos encontremos con ellos, ¿cómo les explicaré nuestra estadía aquí por tanto tiempo sin hacer contacto con ellos? Además, no estoy seguro de que ser

náufragos cae en la categoría de una enfermedad, aun para los judíos más religiosos. Como quiera que sea, mi querido hermano, esos santos de Perge no son solamente judíos. También son tus hermanos y hermanas en El Ungido.

Pablo se volvió a recostar sobre la gruesa estera de paja. —Espero que tengas razón. No deseo ser sermoneado respecto de cuán injustificablemente malo debí ser, dado que estoy enfermo.

—Oh, ellos no harán eso, —respondió Bernabé alegremente. —¡Sólo te van a condenar por no tener bastante fe!

Pablo se rió débilmente, pero su risa se tornó en una serie de dolorosa tos.

A la noche siguiente, la pequeña habitación en que Pablo y Marcos yacían recuperándose, fue visitada por las hermanas y hermanos de Perge. Bernabé había seguido su propio consejo. Durante las dos semanas siguientes, esos amorosos creyentes de Perge cuidaron con solicitud a Pablo y a Marcos, como si no tuviesen ninguna otra cosa en el mundo que hacer.

—Son tan preciosos en El Ungido como se nos había dicho, —observó Pablo.

En los días subsiguientes, Bernabé pasó mucho de su tiempo libre con Ahíra, uno de los hermanos, un hombre gigantesco. Se habían conocido en Jerusalén el día de Pentecostés, unos diecisiete años antes. Ahíra le contó cómo se había formado un grupo de creyentes judíos en Perge de Panfilia. Ahíra era un comerciante que se ganaba la vida comprando y vendiendo mercancías que traían por mar al puerto de Atalia. También comerciaba con mercancías que bajaban por el río Cestro, que fluía a Perge desde el norte. Resultó ser que Ahíra también sabía mucho acerca de la región que se extendía al norte de ellos.

—Somos los únicos creyentes en esta parte del mundo. Yo sé que no hay ninguno más allá de aquí, porque he viajado muchas veces por el camino de Augusto que va a Galacia. Volveré a ir allá en el mes de julio.

—Estamos en abril, —observó Bernabé. —No podemos esperar hasta julio.

—Nunca vayan en abril. Bandas de salteadores llenan las montañas en este tiempo del año. Deben esperar hasta más tarde, —aconsejó Ahíra. Luego añadió: —Pero ahora, es tiempo de trasladar a Pablo y a Marcos a mi casa. Deben poder hacer el viaje de siete millas a mi casa. Cuando vengán, cada uno de ustedes va a tener un cuarto separado.

Ahíra y su familia se mudaron temporalmente de su hogar a la casa de otra familia de la congregación, dejando así toda la casa a los tres hermanos. Y el amado pueblo del Señor en Perge no miró la prueba de Pablo como un castigo, sino como un milagro de la misericordia del Señor.

Después, pasadas unas dos semanas, Pablo y Marcos pudieron levantarse y andar, aunque los dos seguían escupiendo sangre. Cada

día al caer la tarde a Marcos le volvía la fiebre, que le duraba aproximadamente dos horas. El mayor sufrimiento de Pablo era su espalda, donde persistía la infección. Los dos hombres iban recuperando fuerzas muy lentamente.

Una mañana Marcos despertó con una ardiente fiebre. —Una recaída, —gimió. —No creo que me vaya a recuperar nunca. —Una sensación de desesperanza lo había envuelto.

Esa tarde, todavía ardiendo de fiebre, Marcos fue caminando hasta la sala donde Bernabé y Pablo estaban conversando. —¿Puedo hablar? —preguntó. —He oído decir que hay un barco que mañana saldrá de Atalia. —Marcos vaciló. —Su destino es Cesarea.

El corazón de Pablo se abatió.

—Ese barco me puede llevar a Israel en una semana. Hermanos, debo regresar. Creo que me estoy muriendo. Quizás no, pero no les soy útil a ninguno de ustedes.

Al escucharlo, los dos apóstoles quedaron pasmados. Ninguno de los dos habló.

—Tío, debes dejarme ir.

Pablo no se enojó con Marcos, sino que se sintió apesadumbrado al oír su petición. Finalmente, él y Bernabé capitularon ante los deseos de Marcos, aun cuando lo necesitaban desesperadamente. Sin embargo, lo que pasó por la mente de Pablo entonces fue una aprensión por lo que le haría al hombre interior de Marcos el volverse atrás. Pablo temió que Marcos no volvería a tener confianza en sí mismo nunca más si regresaba a Jerusalén.

Bernabé pensó primero en los problemas que la partida de Marcos habría de crear. Luego se preguntó cómo se sentiría su hermana por la renuncia de Marcos. Entonces le dijo una última palabra a Marcos: —¿Estás seguro?

—Sí. No puedo seguir.

—Será difícil, casi imposible, continuar sin ti, Marcos, —dijo Pablo en voz baja.

Marcos bajó la vista.

—Haz como crees que debes hacer, —agregó Pablo. —Pero dime, ¿cómo irás de Cesarea a Jerusalén?

—Tenemos parientes cercanos en Cesarea, —respondió Bernabé.

—Iremos contigo al puerto, Marcos.

—Gracias, Pablo.

Unas horas después dos hombres mayores pusieron las manos sobre un hombre más joven y oraron por él, y lo enviaron de regreso a su patria.

—El pasaje de Marcos se ha llevado una buena parte de nuestro dinero, —dijo Bernabé cuando los dos regresaban a la casa de Ahíra. —Tendremos que tener mucho cuidado con lo que nos queda, hasta que llegemos a una ciudad donde podamos practicar nuestros respectivos oficios.

—Sí, —contestó Pablo reflexivamente. —Y puesto que ahora tendremos que llevar nosotros mismos todo nuestro equipaje, no



podremos llevar mucha comida. De modo que tendremos que tener cuidado tanto con el dinero como con la comida.

-El es joven, Pablo. Su carácter irá formándose.

-Una cosa es cierta... él pertenece a Israel, su lugar es allí y no aquí afuera, -observó Pablo.

-Puede ser, pero vamos a echar de menos su ayuda, -dijo Bernabé mirando hacia el norte donde se veía el camino que llevaba afuera de Perge.

## C A P I T U L O

**-E**se es el tramo de camino más salvaje, más peligroso de todo el imperio, -dijo Ahíra. -Ni siquiera el poder de Roma puede domarlo, -agregó otro hermano. Los cuatro hermanos que vivían en Perge se habían reunido en casa de Ahíra, para aconsejar a Bernabé y a Pablo y para orar con ellos con respecto a su viaje hacia el norte.

-Este es el Camino Real de Augusto. Fue construido por Roma, esto es, por esclavos. El mismo va subiendo, y la meseta a que se llega finalmente, es como mil doscientos metros más alta que aquí abajo donde comienza. Sólo ahora han empezado algunos a viajar por él hacia el norte. Hasta ahora ha estado intransitable por la nieve invernal. Sería prudente de parte de ustedes que esperaran hasta que las guarniciones romanas comiencen a recorrerlo ida y vuelta hasta Galacia.

-Hemos orado buscando la dirección del Señor y creemos que debemos ir ahora, -respondieron los dos de común acuerdo.

-Entonces procuren no viajar nunca solos.

-¿Hay por el camino posadas o refugios intermedios?

-Sí, pero no todos están abiertos. Aún no. De hecho, muy pocos abren en esta época del año. El invierno puede no haber terminado; con frecuencia el invierno se desquita de una primavera temprana.

-Sí, hemos escuchado varias veces ese dicho hasta ahora, -respondió Bernabé.

-Pero los salteadores no son su única preocupación, ni tampoco el tiempo frío.

-¿Y qué, entonces?

-Las crecidas. Avenidas repentinas, inesperadas, impredecibles que descienden no se sabe de dónde. Esas crecidas son legendarias. En ellas se han ahogado muchos hombres que caminaban por esta carretera. Las aguas de la crecida usan el camino como cauce, arrastrando a la gente a su muerte instantáneamente.

Ahíra hizo una pausa, luego dijo: -Una cosa más.

-Oh, no, -dijo Pablo haciendo una mueca.

-Ahíra, por favor, dinos una palabra positiva, -rogó Bernabé.

-Justamente ahora el hielo y la nieve están derritiéndose, así que, aun cuando no haya desbordamientos, los ríos estarán crecidos; puede resultar imposible pasar algunos de esos ríos. De manera que recuerden, viajen con otros.

-Asimismo, después de un día de viaje desde aquí, deberán viajar siempre de noche. Incluso entonces, viajen en completo silencio. Los ladrones y salteadores tienen escondites a todo lo largo del camino. Además, cuando lleguen a una posada o a un refugio intermedio, a menos que haya soldados romanos allí, no entren. Con frecuencia los salteadores atacan los refugios en este tiempo del año. Golpean, roban y secuestran. Se ha sabido que incluso matan. Por tanto, lo que ustedes deben hacer es buscarse algún lugar en el bosque que sea espeso y seco. Duerman allí durante el día. Y en caso de que se queden en una posada, con o sin soldados, recuerden que los ladrones siempre están presentes.

Ahíra respiró profundamente. -En cuanto a esos salteadores, han pasado todo el invierno sin víctimas. Tienen hambre, y eso los hace osados. Eso es lo que hace que esta época del año sea el tiempo más peligroso del año para viajar.

-Cuando agarran a uno, ¿qué es lo que hacen, por lo regular?

-Por lo general se cogen todo, incluso la ropa. A veces retienen a sus víctimas por algún tiempo antes de dejarlos irse. Desde luego, la mayoría de los viajeros lleva poco dinero consigo o no tiene nada. Si tienes dinero, te golpean por ser rico. Si no tienes nada, te golpean por no tener nada. ¡Como quiera que sea, te golpean! Los prevengo, hermanos, esa gente mata a algunos. Y Roma transita poco por esta ruta.

Pablo suspiró.

-El naufragio no luce tan malo, después de todo, -dijo Bernabé.

-Les repito, viajen de noche, escóndanse durante el día, y no pronuncien ni una palabra. Nunca duerman en el camino ni cerca del mismo. Búsqense un terreno elevado. Si oyen un estruendo que suene como un torrente de agua, ¡salgan inmediatamente del camino y corran a un terreno más elevado!

-¿Cuál es la primera ciudad que nos encontraremos?

-Justo después que lleguen al altiplano, se encontrarán una ciudad romana. Muy romana. Dicen que la plaza, o yo debiera decir, las plazas, parecen exactamente iguales a los foros de Roma. El nombre de la ciudad es Antioquía de Pisidia.

-¡Antioquía! Al empezar nuestro viaje dejamos atrás una Antioquía y ahora nos dirigimos a otra Antioquía. Pero esto no es sorprendente. He oído decir que hay dieciséis ciudades en el imperio que se llaman Antioquía.

-En realidad, el nombre de la ciudad es un error. La misma está ubicada como a una milla fuera de la provincia de Pisidia. No

obstante, parece que nadie considera eso. Para todo propósito práctico, cuando uno llega a Antioquía, está en la provincia de Pisidia, -observó Ahíra.

-Ahora, ¿están seguros de que no quieren esperar por una escolta militar o al menos hasta que haya una caravana?

-¿Cuándo sería eso?

-Nadie sabe. En una semana, en un mes. Entre tanto, ustedes podrían quedarse y ayudarnos aquí en Perge.

-Ustedes se han hecho muy queridos para nosotros, respondió Pablo. -Su solicitud por nosotros será recordada siempre.

-Y el amor de ustedes por nosotros y de uno por el otro... bueno, no hemos visto nada en comparación, desde que salimos de nuestro lugar, -añadió Bernabé.

-¿Entonces?

-Hay diez judíos en Perge, y ocho de ustedes ya son creyentes, ¡gracias a Dios! De hecho, la mitad está aquí ahora mismo en este cuarto. En Antioquía... bueno, en Antioquía de Siria, no Antioquía de Pisidia... nuestro Señor nos envió afuera, para que vayamos a los gentiles. Hay miles de gentiles en Antioquía de Pisidia. Y ninguno de ellos en toda esa ciudad, ni uno de ellos, ha oído hablar nunca del Señor Jesús.

-Hemos decidido no esperar más para hacer lo que Dios nos ha enviado a hacer, -añadió Pablo. -Con tu permiso y tus oraciones, partiremos hacia el altiplano gálata mañana mismo.

-Entonces debemos preparar comida para ustedes, comida que no se eche a perder. Podemos...

-Sólo la suficiente para unos pocos días. Tenemos que viajar muy ligeros. Marcos vino con nosotros para ser nuestro portador de equipaje, pero en su ausencia, dos hombres deberán hacer el trabajo de tres.

-Todos iremos un día de camino con ustedes... todos nosotros, los ocho. En ese punto les diremos adiós y los encomendaremos al cuidado de nuestro Señor, -dijo Ahíra.

A la mañana siguiente, antes del amanecer, ocho apreciados santos, que ya habían ayudado tanto a nuestros tres hermanos, dejaron a un lado su trabajo diario y caminaron con los dos hombres hasta la caída de la tarde.

-Ustedes estarán seguros esta noche. Incluso hay sitios a lo largo del camino donde pueden ser recibidos como huéspedes, por un precio. Pero mañana ya no verán más casas a lo largo del camino. Nadie osa vivir a la vista de la carretera... hasta que lleguen a Antioquía de Pisidia.

-Una palabra más. Es acerca de la región de Galacia. Ustedes saben que más de la mitad de toda la gente en el imperio son esclavos. En Galacia la proporción es mayor: como ocho de cada diez son esclavos. Además de eso, los pobres son muy pobres. La gente de las poblaciones y aldeas es especialmente pobre. Y debido a que la mayoría de la gente está en esclavitud, no encontrarán

prácticamente a nadie que sepa leer o escribir. Tengan esto en cuenta al proclamar a Jesucristo. Los pocos que saben leer, y los poquísimos que saben escribir, son los comerciantes griegos y hebreos.

-¿Hay muchos libertos? -preguntó Pablo.

-¿Esclavos liberados? Sí, hay unos pocos hombres liberados, pero mucho menos que los que se pueden hallar en la mayoría de los lugares. Una raza de gente llamada frigios constituye el grupo mayor de personas en Galacia. El término *frigio*, como saben, quiere decir "esclavo" en latín. Son literalmente una raza esclavizada. Consecuentemente, pocos de ellos son alguna vez liberados por sus amos. De hecho, pocos de ellos desean ser libres. En general, los hombres *liberados* viven una vida más dura que los esclavos.

-Hermano Pablo, te va a ser difícil ganarte la vida en Galacia. Hay tantos esclavos, que dominan la plaza de mercado. Ellos siempre trabajan por menos que otros artesanos. De hecho, será una bendición para ti el día que ganes un denario.

-Oh, ¿es que usan monedas?

-Bueno, la mayor parte de la gente, como en todo el imperio, nunca ha visto una moneda... o al menos nunca las usa. Efectúan casi todo mediante trueques.

-Entonces no trabajaré por denarios. Trocaré por mi labor.

-¿Puedes trocar por menos de lo que un esclavo puede trocar?

-No, no puedo. Lo que quiere decir que me moriré de hambre... a menos que alguien esté buscando la mejor calidad de mano de obra en mi oficio.

-Bueno, es hora de decirnos adiós. Te habrá de tomar de cinco a diez días llegar al altiplano, dependiendo del tiempo.

-Hermanos y hermanas, el amor y la solicitud de ustedes han venido del Señor mismo, -dijo Bernabé.

-Ustedes son hombres esforzados, -dijo Ahíra. -Ahora rodeemos todos a nuestros dos locos y pidamos al Señor que los guarde.

Así, pues, oraron. Y se abrazaron. Y cantaron un cántico. Y se dijeron adiós.

Y así aconteció que, en el año sexto del reinado del emperador Claudio, dos apóstoles, o enviados, partieron del lugar más lejano de la tierra en que se sabía que existían creyentes en El Ungido. Se fueron del mapa caminando hacia el norte, entrando en un mundo gentil donde nunca se había escuchado el nombre de Jesucristo. Bien pronto ellos habrían de plantar iglesias entre los paganos incircuncisos... iglesias totalmente diferentes de cualquier cosa jamás vista antes.

Pero no antes de que ambos hombres fueran casi muertos, ¡en varias ocasiones!

## C A P I T U L O

**M**illa quince, según ese marcador romano, —dijo Pablo al señalar un pilar de piedra que estaba junto al camino.

—Aquí es donde debemos empezar a dormir durante el día, —respondió Bernabé. —Probablemente éste es territorio seguro, pero no quiero arriesgarme de que pueda no serlo. Esperemos hasta bien entrada la noche, entonces caminemos hasta el amanecer. Puede que hoy no durmamos, pero mañana estaremos tan agotados, que entonces seguramente dormiremos.

Los dos hombres se internaron profundamente en el bosque, hasta que la tupida maleza hizo imposible ir más lejos. Pablo hizo la primera guardia, sabiendo que le sería difícil dormirse.

Cuando finalmente llegó la noche oscura, se deslizaron silenciosamente de vuelta al camino. Justo antes del amanecer vieron las luces de una posada. Cerca de la misma había carros de soldados romanos enjaezados. —Me espero que no necesiten arneses nuevos, —murmuró Bernabé al entrar los dos al patio.

—Con gusto les daría arneses gratis si se dirigieran al norte.

—Desafortunadamente, los soldados se dirigían al sur. Y la estadía de los dos en esa posada resultó ser el último lugar seguro que habrían de conocer hasta Galacia. Cuando anocheció, pagaron su cuenta y salieron al camino otra vez, después que el posadero les asegurara que no había habido informes acerca de salteadores hasta entonces. —Desde luego, estamos abiertos desde hace sólo dos días, —añadió el posadero.

En una noche tan negra como la muerte, los dos hombres caminaron tan rápido como su resistencia les permitía. Todo sonido extraño, toda sombra los ponía sobre aviso. La alarma que se apoderó de ellos cuando un perro cruzó el camino delante de ellos, les hizo comprender cuán espantosa era la noche. Justo antes del

amanecer, una vez más se escurrieron en la espesura del bosque. Arrancaron malezas y arbustos, palos y hojas y los colocaron alrededor, se acostaron y permanecieron inmóviles, hasta que la protección de la oscuridad de la noche los envolvió otra vez en seguridad.

Ahora el camino era más inclinado, y una delgada y constante corriente de agua fría fluía bajando por el camino, haciéndoles recordar que la nieve invernal aún estaba derritiéndose, y que aún era posible que ocurriesen avenidas. Bien pronto sus pies se entumecieron por caminar en el agua helada. Finalmente se detuvieron para descansar. Los dos tenían los pies acalambrados. Una neblina fría había estado soplando durante toda la noche a través del bosque, haciendo casi imposible hallar un sitio seco para acostarse. No obstante, se metieron en sus capotes de cuero, se sentaron bajo un árbol que goteaba agua, y durmieron a intervalos por un rato.

Poco después siguieron caminando. —Hemos viajado una distancia como la que un caballo puede andar en un día. Eso quiere decir que allá adelante, no lejos de aquí, debe de haber una posada.

Bernabé tenía razón. Había una posada, y el posadero les habló de una caravana que iba con rumbo norte, que debía llegar en breve. Otros dos viajeros estaban parando en la posada: uno era un comerciante griego, el otro, un traficante de esclavos que iba para comprar esclavos en la plaza de mercado de Antioquía de Pisidia.

—¿Habrá guardias con la caravana? —preguntó Pablo al posadero.

—No, probablemente no. Además, es una decisión pobre, si me preguntas, que una caravana vaya tan temprano. No es valor, es estupidez. Es mejor que una caravana sin guardias viaje durante el verano, cuando el estómago de los salteadores está lleno.

—Entonces, no vamos a esperar por la caravana, —dijo Bernabé.

—Eso mismo es lo que nosotros también hemos planeado, —respondió uno de los griegos. —¿Vamos a ir juntos? —Pablo y Bernabé miraron bien a los dos bárbaros, llegando finalmente a la conclusión de que ni siquiera los mejores salteadores podrían imitar a los comerciantes griegos.

—Como quieran. Tal vez cuatro estarán un poco más seguros. ¡Pero francamente, sería mejor si ustedes dos tuvieran cada uno una espada romana y montaran un corcel! —respondió Bernabé sonriendo.

Esa noche los cuatro hombres se pusieron a caminar por la carretera romana que iba subiendo hacia el norte. Pero era demasiado temprano, pensó Pablo, y los dos bárbaros hablaban mucho y muy alto. —Creo que hicimos una elección pobre en cuanto a compañeros de viaje, —susurró Pablo a Bernabé.

Justo antes del amanecer, los cuatro hombres dejaron el camino y empezaron a trepar una colina adyacente, buscando un terreno más alto para dormir y pasar el día. Pero ya a esa altitud más elevada

había menos árboles y los que había, no les proporcionaban la protección de espesura que ellos necesitaban. Por último, los cuatro hombres se quedaron en un pequeño soto de árboles como a mitad de la colina, arrancando y colocando alrededor de sí cuanto maleza les fue posible obtener.

Unos momentos después Bernabé le susurró a Pablo: -Este sitio no es bueno. Necesitamos un lugar más seguro. -Mediante señales, Bernabé y Pablo les hicieron entender sus intenciones a sus compañeros de viaje y subieron a la cumbre de la colina. Después de una larga búsqueda, decidieron entrar a gatas debajo de una gran peña salediza. Escarbando y sacando con las manos polvo y material suelto, se las arreglaron para hacerse suficiente espacio debajo de la roca para dormir allí.

Algunas horas después, unos gritos violentos despertaron a Pablo y Bernabé. Los bandidos habían hallado a los griegos. Los dos apóstoles vieron horrorizados cómo una banda de salteadores golpeaba a sus dos víctimas, las desnudaba y después las arrastraba por los pies cuesta abajo por la colina.

-Esos pudiéramos ser nosotros ahora mismo, -susurró Pablo.

-Supongo que ellos saben que estamos por aquí en algún lugar. Regresarán sin falta para buscarnos. Deja tu zurrón en este hueco. Tenemos que correr; pero tenemos que correr rápido, duro y lejos, -respondió Bernabé.

Los dos hombres salieron a gatas de debajo de la peña, metieron a la fuerza sus zurrónes bien atrás en el hueco, luego corrieron tan lejos y tan rápido como sus fuerzas les permitieron.

Entonces empezó a llover. Luego, después de anochecer y usando el tiempo como protección, regresaron trabajosamente a la peña, recogieron sus costales, volvieron al camino y caminaron hasta la primera luz de la mañana.

-¿Qué es eso? -gritó Bernabé.

-Escucha, -exclamó Pablo. -¡Agua!

Los dos hombres treparon aprisa al terraplén adyacente al camino. Al hacerlo, ya una cabeza de agua más alta que Pablo venía bajando arrolladoramente hacia ellos, convirtiendo el camino en un río. Los dos miraron, con los ojos muy abiertos y en silencioso asombro, la furia de esa avenida que venía no se sabe de dónde.

-¡Un momento más, y estaríamos viajando de regreso a Perge! -dijo Pablo seriamente.

-Y plenamente bautizados, -respondió Bernabé con su mejor humor.

-Hay algo bueno en esto, Bernabé.

-Por favor, no demores en compartirlo.

-Mientras este camino esté inundado, estaremos seguros de los salteadores. Cuando el agua baje, regresemos allá abajo al camino. Un poco de vadeo no nos hará daño.

Bernabé caviló un momento sobre esa idea. -Tienes razón. Solamente a los tontos y a los cristianos se les ocurriría estar afuera con este tiempo.

-Somos buenos candidatos para ambos casos, -replicó Pablo jocosamente. -Como quiera que sea, yo preferiría morir ahogado que morir a palos.

Por último las aguas descendieron como hasta los tobillos, permitiendo a los dos hombres viajar durante dos días a plena luz del día. Pero al término de esos dos días se encontraban agotados, y su comida casi se había acabado. Lo peor de todo era que el tiempo se estaba tornando otra vez invernal.

-El invierno más largo que yo he experimentado hasta aquí, -comentó Bernabé cuando la noche trajo vientos ululantes e indicios de nieve.

-Si hemos de sobrevivir esta noche, mejor nos mantenemos caminando, -dijo Pablo. Envueltos en sus capotes de cuero empapados de agua, los dos hombres continuaron ascendiendo, tambaleantes, por el lodoso camino, a menudo dando traspiés y cayendo en el agua fría.

-Ya pronto tendremos seguridad, -dijo Bernabé, no sabiendo que lo peor de todo se encontraba allí adelante.

He arrostrado peligros  
de ríos desbordados  
y de salteadores.  
He vivido en trabajos y fatiga  
y en dolores  
y en noches de desvelos.



## C A P I T U L O

**-S**i ese marcador romano es correcto, nos encontramos, gracias a Dios, a sólo tres millas de Antioquía. Si lo que dijo Ahíra está bien fundado, debe haber una posada no muy lejos de aquí.

Debilitados, hambrientos y al borde de un colapso, los dos hombres avanzaban trabajosamente.

-Hay un río allá adelante. Puedo oírlo, -dijo Bernabé. -Debe de ser uno de los tributarios del río Antio. Estamos cerca de la frontera de Pisidia. Eso quiere decir que hay albergue más allá de este río... si no nos helamos antes.

Entonces, la peor de todas las escenas posibles apareció ante ellos. El puente que atravesaba el río crecido había sido completamente arrastrado por el agua. No podía haber cruce.

-¡Estamos varados! -dijo Bernabé con voz ahogada.

-¡Mira! -exclamó Pablo.

Alguien, probablemente unos soldados romanos, había tendido una cuerda a través del río, anclándola en cada margen del agua. Como a la mitad, la cuerda estaba sumergida.

-Esa cuerda es nuestra única esperanza de supervivencia, Pablo. Tenemos que cruzar al otro lado o morir. -Pablo hizo una seña afirmativa de avenencia. -Si queremos tener ropa seca cuando lleguemos al otro lado, tendremos que desvestirnos ahora y llevar la ropa en nuestros zurrónes. Pablo, ve tú primero. Lleva tú el zurrón en que están tus herramientas. Tendrás que cruzar usando ambas manos, alternativamente, pero no sueltes nunca la cuerda; si la sueltas, la corriente te arrastrará sumergiéndote. Yo cruzaré

en cuanto llegues al otro lado. Yo llevaré el costal con nuestra ropa. Voy a hacer todo lo posible por mantenerlo fuera del agua, para que tengamos algo seco que ponernos después que hayamos cruzado el río.

Pablo se desvistió rápidamente, enrolló su ropa, la embutió bien hondo en el costal, y puso los rollos encerados encima de la ropa. Entonces agarró la cuerda, se deslizó al helado torrente y empezó a cruzarlo usando una mano y la otra alternativamente. Casi de inmediato perdió pie, pero agarrándose firmemente de la cuerda, se las arregló para llegar trabajosamente a mitad del río. Cuando la cuerda emergió a la vista, Pablo gritó: -La cuerda está deshilachada. Está a punto de partirse. -Frenéticamente, extendió la mano más allá de la parte deshilachada y agarró la otra parte. En ese momento la cuerda se partió, y Pablo fue columpiado por la corriente a la otra margen del río.

Rápidamente Pablo salió del agua y trepó por la ribera. Procuró ver, inútilmente, a Bernabé en la otra orilla. Acto seguido se subió en un árbol arrastrándose, desnudo y helándose. De nuevo procuró ver a Bernabé desde allí. No se necesitaban palabras. Los dos hombres se encontraban en márgenes opuestas de un río crecido, sin ninguna forma posible para que cualquiera de ellos cruzara a la otra orilla. A menos que algo sucediese rápidamente, en breve Pablo estaría muerto.

Con frecuencia  
tirité de frío,  
sin suficiente ropa  
para mantenerme abrigado.

De inmediato, Bernabé se precipitó río abajo por la ribera en busca de un sitio donde pudiese cruzar vadeando. Transcurrió una hora antes de poder llegar al lado de Pablo. Pablo estaba inconsciente en la nieve. Su cuerpo estaba azul y temblaba violentamente. Bernabé envolvió a Pablo con sus brazos y empezó a correr tan rápido como podía, mirando hacia todas partes en busca de un refugio de cualquier clase. En breve llegó a ver un cobertizo de cabras vacío. Entró allí y arropó a Pablo con toda la ropa seca que había en el costal. Pero Bernabé sabía que las necesidades de Pablo estaban mucho más allá de esa pobre ayuda. Envolvió ambos abrigos de cuero alrededor de Pablo y una vez más lo tomó en sus brazos y empezó a correr en dirección de Antioquía de Pisidia.

Unos minutos después Bernabé alcanzó a ver una posada. Cuando llegó allí, irrumpió por la puerta gritando al asustado posadero: -¡Aquí traigo a un hombre que se está muriendo! ¡Quítense de frente del hogar, todos! Rápido, consigan ropa seca. ¡Cualquier ropa! En tanto que esté seca.

Bernabé colocó el cuerpo inerte de Pablo tan cerca del fuego como era posible, mientras otros, sin decir palabra corrieron en

busca de ropa. -¡Posadero! ¿Tienes un cuarto? -gritó Bernabé sin volverse.

-¡Sí!

-¿Está limpio?

-No. Apenas si estamos abriendo ahora, y aún no hemos tenido tiempo...

-Quémalo.

-¿Qué?

-Quema la paja del cuarto, ahora.

-Eso te va a costar.

-Quémala ahora. ¿Oíste?

El posadero agarró una botella de vino y una antorcha encendida, y corrió pasillo abajo, precipitándose en un cuarto vacío. Empezó a derramar el alcohol sobre la inmunda paja. Miró el cuarto por un momento, entonces tiró la antorcha sobre la paja y dio unos pasos atrás. Un momento después el cuarto era un infierno. Varias ratas salieron corriendo precipitadamente; todo lo demás en esa cámara de piedra quedó consumido.

-¡Ahora límpialo! Y pon paja fresca.

-Eso te va a costar.

-¡Hazlo! -tronó Bernabé, aún teniendo a Pablo delante del hogar.

Cuando finalmente el cuarto quedó aseado y preparado, Bernabé dio una última orden. -Todos. Traigan una antorcha encendida y vengán conmigo. Quédense en el cuarto con sus antorchas hasta que el cuarto esté caliente... insoportablemente caliente.

Media docena de antorchas encendidas entraron en el cuarto. Allí, cubierto con un montón de ropas y tendido sobre paja fresca, el tembloroso cuerpo de Pablo empezó a calmarse.

-Consigue un médico, -dijo Bernabé al posadero.

-Tu amigo... es un judío, ¿verdad?

-Sí, un judío.

-Judío o griego, con o sin médico, él va a morir. Además, ningún médico va a salir con este tiempo para venir aquí.

-Dios sólo se lleva a los judíos devotos; este hombre anda en compañía de gentiles. El va a vivir. Ahora búscate a alguien que consiga un médico, y le diga al médico que venga. Pero con médico o sin él, este hombre *habrá de vivir*.

No fue sino a la mañana siguiente que finalmente llegó un médico. Lo que él halló, fue un paciente demacrado. -Este hombre tiene la espalda severamente infectada, fiebre alta, agua en los pulmones y está escupiendo sangre. ¿Qué esperas que yo haga?

-Todo, -dijo Bernabé tranquilamente.

-En cuanto a su espalda yo puedo ayudar. Con respecto al resto de su condición, veo pocas esperanzas. Las fuerzas de este hombre han sido estragadas. ¿Cuál fue la situación por la que él pasó? ¿Prisión? ¿Inanición?

-Un naufragio y el camino de Augusto.

-¿El camino de Augusto? ¿Eres uno de los sobrevivientes de la caravana?

-¿Qué? -preguntó Bernabé confundido.

-Una caravana entera fue víctima de los salteadores, y los mataron. En una posada. Les tajaron la garganta.

-Nosotros oímos que venía una caravana, pero partimos antes de que llegara, -respondió Bernabé sobriamente.

-También hallaron otros dos cuerpos. Creo que eran comerciantes griegos.

-Sí, estuvimos una noche con ellos, -respondió Bernabé.

-El río Cestro también está desbordado. Quizás los dioses están procurando agregar a tu amigo a la lista de los muertos.

-Nuestro Dios es el Salvador de los hombres.

El médico miró atentamente a Bernabé. ¿Tu dios es el Dios de los judíos?

-Sí, nosotros somos seguidores de su Mesías. ¿Pero, cómo lo supiste?

-Las cicatrices en su espalda. Son las treinta y nueve, ¿cierto? Pero él ha sido azotado más de una vez. ¿Dos veces? Debe de ser un hombre rebelde.

-Sabes mucho acerca de los judíos.

-Yo soy temeroso de Dios. Voy a la sinagoga de vez en cuando.

Pablo se agitó. -¿Una sinagoga?

El médico miró a Pablo con incredulidad.

-Pablo, en el nombre de la cordura, duérmete. Olvida tu llamado por un tiempo, -suplicó Bernabé.

-¿Qué día es éste?

-Lunes.

-Yo... nosotros estaremos allí.

-¿Puedes hablar?

-El es un judío que desea más que la sanidad o la vida, predicar acerca de su Señor a gentiles como tú.

-Eso es bastante extraño. ¿Estás seguro? Si los judíos ni siquiera me hablarían.

-Si algún día nos ves en la sinagoga, por favor, no le hables a nadie de la enfermedad de mi amigo.

-Oh, eso, -respondió el médico. -¿La enfermedad es castigo de Dios? De lo que se ve en sus espaldas, tu Dios lo ha castigado bastante. -El médico se volvió y miró a Pablo. Luego se volvió otra vez a Bernabé. -Me sospecho que el próximo *Sabbath* tu amigo estará en la sinagoga... o estará muerto. Yo me inclino a creer esto último.

-Estáte allí. *Yo estaré allí*, -dijo Pablo con gran esfuerzo.

El médico sacudió la cabeza y se fue.

-Eres insufrible, Pablo de Tarso, -observó Bernabé consternado. -Ahora, duérmete.

-Estaré allí.

-¡Por tus funerales! Duérmete.



## C A P I T U L O

**D**urante varios días subsiguientes Pablo casi no hizo otra cosa que dormir. Cuando se despertaba, bebía grandes sorbos de agua, pero se negaba a tomar alimentos. Su fiebre ardió durante cuatro días, bajándole finalmente el viernes en la tarde.

-Tengo que ir... mañana, -dijo. -Ahora, por favor, ve al mercado y compra algunas frutas. -Bernabé objetó la primera demanda, pero estuvo dispuesto a cumplir la segunda.

Al regresar, Bernabé se enfadó al encontrar a Pablo sentado, con su vestido de fariseo extendido en su regazo. Aguja en mano, Pablo estaba reparando las borlas azules que colgaban del borde inferior de su túnica.

-Pablo, puede que seas tan bueno con la aguja y la tela como lo eres con el cuero, pero tus manos tiemblan violentamente. Estás demasiado débil para tratar de hacer esto. Y no vas a ir a la sinagoga mañana.

-Alcánzame tu toga, Bernabé. Mañana deberás lucir como el mejor de los levitas, y yo como el más sano de los fariseos.

Riendo Bernabé levantó las manos y dijo: -Entonces ¿puedo yo, un levita, señalar a este devoto fariseo que ya es la puesta del sol? Y tú, mi querido fariseo, estás sentado allí trabajando. Estás profanando el *Sabbath*.

-Jesucristo clavó el *Sabbath* en la cruz, amigo mío, allá en el Gólgota. -Replicó Pablo pulidamente. -Junto con varias otras cosas, pudiera añadir. -Pablo levantó la vista de su trabajo guiñando un ojo a Bernabé.

-¿Sabe Moisés esto? -preguntó Bernabé como por contradecir.

-Sí, absolutamente. Moisés lo sabe, pero algunos de sus seguidores no.

-¿Y cómo se siente Moisés con respecto a este giro de los acontecimientos, esto es, la crucifixión del *Sabbath*? -continuó Bernabé, tratando de reírse y hablar al mismo tiempo.

-El está muy contento. Este asunto del *Sabbath* era una pequeña carga para él, ¿te das cuenta? Y francamente, ¿dudo que él haya logrado observarlo mejor que tú!

-Si llegas a vivir lo suficiente... aunque dudo que llegues... indudablemente los judíos de esta ciudad te oirán contarles dónde terminó el *Sabbath*.

-¡Sí! -respondió Pablo. -¡Destruído! Junto con algunas otras cosas más.

-Bueno, Pablo, ¿qué otras cosas?

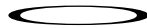
-Oh, -dijo Pablo cantando, sin levantar la vista conforme su aguja entraba y salía reforzando el vestido levítico de Bernabé, -cosas tales como todas las seiscientas leyes de Moisés... y...

-Pablo, te amo entrañablemente, pero estás medio muerto... y, completamente loco. Estás *demasiado* enfermo como para que vayas a la sinagoga. Pero si es que llegas allá, y si te permiten hablar, y si dices cosas semejantes a éstas, puedes estar seguro de que tu otra mitad va a estar muerta antes de irte de allí.

-Ah, muerte... una excelente cura para la locura, -respondió Pablo, sonriendo ampliamente al devolverle a Bernabé su ropa arreglada. -Pero en lo que concierne a Moisés, la ley y todas esas cosas, no tienes por qué preocuparte. No voy a hablar de ellas. No; si se me permite hablar, será acerca de Jesucristo. Ahora, dame algunas frutas. Y después, tengo que dormir más.

Bernabé suspiró. -Sé que irías allá mañana aun si supieras que fuera tu último paso antes de tu sepulcro, ¿no es así?

-Sí, querido hijo de consolación. Y si mañana fallas en despertarme al amanecer, de ahí en adelante serás conocido como 'el hijo del mal genio de Pablo'.



A la mañana siguiente cuando Bernabé se despertó al amanecer, encontró a Pablo tratando fútilmente de levantarse de la cama. Luego de varios minutos de discusión, finalmente Bernabé se aplacó y le alcanzó unas frutas a Pablo, y a continuación lo ayudó a levantarse y ponerse de pie.

Un breve rato después, Bernabé ayudó a Pablo a atravesar el vestíbulo y salir a la luz del día. Era la primera luz natural que Pablo veía en una semana. Pablo se hizo a un lado de Bernabé.

-Pablo, nunca lo vas a lograr, -protestó Bernabé.

-¡Oh, hombre de poca agua salada!

Lentamente los dos hombres se dirigieron hacia las puertas de la ciudad.

(Téngase en cuenta que varios años después Pablo y yo volvimos a entrar en esta misma ciudad. La posada, la sinagoga y la ciudad entera de Antioquía de Pisidia me son muy familiares.)

Si alguna vez usted llega a visitar a Antioquía de Pisidia, verá que es una ciudad propiedad de Roma. Está amurallada y fortificada. Se entra por una puerta grande, desprovista de guardia. Casi inmediatamente se llega al centro de la parte baja de la ciudad. El Foro de Tiberio se encuentra en este nivel inferior. De este espacioso foro salen varias calles laterales, algunas tan anchas como de cinco y hasta seis pies. Cuando se cruza el foro, se puede ver un segundo foro en la parte alta de la ciudad -el Foro de Augusto. (Incidentalmente, Antioquía de Pisidia es la única ciudad del imperio con dos foros.)

Se puede llegar a la parte alta de la ciudad subiendo por una ancha escalinata de doce escalones. Después del último escalón, se pasa por tres arcos. En esta plaza mayor, el Foro de Augusto, hay

un templo de su dios local. Su nombre latino es *Men* –un dios que es mitad hombre, mitad toro. Una de las calles laterales que salen del foro lleva a una gran plaza abierta. Aquí es donde se encuentra la sinagoga judía. En esta sinagoga se congregan hasta cincuenta personas en cualquier día de *Sabbath*.

La sinagoga de Antioquía de Pisidia es típica. Hay banquetas de tres patas dispersas alrededor, y por tres lados de la sala hay bancos pegados a las paredes. Las puertas de la sinagoga se abren alrededor de las nueve de la mañana.

Sin embargo, lo que ocurrió en ese día de *Sabbath* en particular, nunca antes había sucedido en toda la historia. Fue una hora sin precedente. Al mirar atrás a través de todos estos años, tengo que decir que lo que sucedió aquel día en la ciudad provincial de Antioquía de Pisidia, fue un acontecimiento fundamental en la historia de la iglesia. Fue tan importante como Pentecostés, e incluso tan importante como el día en que Pedro predicó en Cesarea en la casa de Cornelio.

Escuché con frecuencia a mis dos amigos recontar lo que sucedió en ese día memorable. Pablo estaba débil hasta el agotamiento, sin embargo él y Bernabé caminaron lentamente hacia el foro superior. Pablo apenas logró subir los doce escalones, con gran dificultad, pero una vez que se aproximaron a la sinagoga, Pablo juntó todas sus fuerzas y entró en la sinagoga casi atléticamente.

Como en la mayoría de las ciudades del imperio, hay unos diez mil a quince mil habitantes en Antioquía de Pisidia. Pocos visitantes de renombre, si acaso, vienen a un lugar tan aislado. Esto era aún más cierto con respecto a la comunidad judía. Raras veces pasaba por allí algún judío de otra ciudad. Hasta las noticias procedentes de Israel eran raras. Pero en este día un fariseo desconocido, vestido con una túnica blanca adornada con borlas azules entró denodadamente en la sinagoga. (¡Pablo podía dárselas con lo mejor de los fariseos si le servía de algo!) Vestido con su túnica religiosa tradicional, lucía muy imponente. Se podía sentir la anticipación que había en el salón en cuanto a qué podrían compartir estos visitantes.

Pablo y Bernabé se sentaron atrás, en el fondo mismo de la sala, ¡una excelente posición ventajosa para descubrir a los temerosos de Dios! Pablo contó unos veinte no judíos, todos sentados en una sección separada, para que no fueran a contaminar a los judíos.

Desde su conversión, Pablo había adquirido una fuerte aversión a los rituales del *Sabbath* de las sinagogas. El servicio, con sus lecturas de Moisés y de los Profetas, estaba desprovisto de toda participación de parte del pueblo, y Pablo consideraba que era un aburrido estudio de una religión muerta y sin sentido. Para Pablo la norma había venido a ser una *eklesía* viviente, llena de participantes animados que platicaban. Con frecuencia yo lo oía decir: "Cuando el pueblo de Dios se congrega, la reunión no debe



ser dominada por persona alguna. La iglesia pertenece a todo el pueblo del Señor." En cuanto a edificios y a un ritual rutinario, Pablo confesó que, para él, estar en tales lugares casi que lo enfermaban. Cuando quiera que él tenía que soportar una reunión tradicional semejante, dejaba que su mente retornara a esas maravillosas reuniones de gentiles, allá en Siria, que fluían libremente.

A pesar de lo enfermo que Pablo estaba esa mañana, su mayor lucha en aquella sala desprovista de ventanas consistió simplemente en permanecer despierto hasta que el ritual terminase. Por último terminó. Pablo respiró profundamente y afirmó su cuerpo. Por costumbre, él y Bernabé serían invitados a que hablasen. Efectivamente, el principal de la sinagoga, mirando a los dos extranjeros, dijo: -¡Hermanos, si tienen alguna palabra de exhortación para nosotros, vengan y hablen! -El propósito de la invitación era un deseo esperanzado de escuchar cualquier noticia reciente, procedente de Jerusalén o alguna otra información de interés para una comunidad judía.

Antes que Bernabé pudiese pestañear, Pablo se puso de pie. Empezó a hablar en forma sencilla, pero su voz fue subiendo de tono conforme comunicaba su excitante mensaje. Sus oyentes quedaron cautivados, especialmente los gentiles temerosos de Dios, a quienes incluyó en forma específica.

Afortunadamente, las palabras de Pablo han quedado preservadas para nosotros. Bastante recientemente se me ha dado un relato escrito de este y otros acontecimientos, según lo anotado por nuestro amado hermano Lucas, el médico de Antioquía de Siria. Cuando leí el relato de Lucas, reconocí inmediatamente su fuente, porque Pablo me había hablado de estas mismas cosas. Incluyo aquí la entera relación que Lucas hace del sermón de Pablo, no sea que de otra manera usted no se entere de su excelente relato:

"Pueblo de Israel y ustedes devotos gentiles que temen al Dios de Israel, escúchenme.

"El Dios de esta nación de Israel escogió a nuestros padres y los hizo prosperar en Egipto. Luego en forma poderosa los sacó de su esclavitud. Los soportó por unos cuarenta años de andar errantes alrededor en el desierto. Luego El destruyó siete naciones en tierra de Canaán y le dio en herencia su territorio a Israel. Todo eso tomó como 450 años. Después de eso, jueces gobernaron a Israel hasta los días del profeta Samuel. Luego el pueblo pidió rey, y Dios les dio a Saúl hijo de Cis, varón de la tribu de Benjamín, que reinó por cuarenta años. Pero Dios lo quitó de ser rey y puso en su lugar a David, un hombre de quien Dios dijo: 'David, hijo de Isaí es un varón conforme a mi corazón, porque él hará todo lo que yo quiero que haga.'

"¡Y es Jesús, uno de los descendientes del Rey David, quien es el Salvador prometido de Israel! Pero antes de que viniera, Juan el Bautista predicó la necesidad de que todos en Israel se volvieran de sus pecados, se tornaran a Dios y se bautizaran. Cuando Juan estaba terminando su ministerio, preguntó: '¿Ustedes

creen que yo soy el Mesías? ¡No! Pero El viene pronto -y yo no soy digno ni siquiera de ser su esclavo.'"

El pueblo de Antioquía de Pisidia nunca había oído hablar de Juan el Bautista, pero cuando Pablo anunció que el Mesías ya había venido y que su nombre era Jesús, ¡una conmoción recorrió a aquella sinagoga! Judíos y gentiles temerosos de Dios, por igual, se inclinaron hacia delante para escuchar cada palabra que decía ese fariseo visitante.

"Hermanos -ustedes hijos de Abraham, y también todos ustedes devotos gentiles que temen al Dios de Israel- ¡esta salvación es para nosotros! El pueblo de Jerusalén y sus líderes cumplieron las profecías condenando a muerte a Jesús. Ellos no lo reconocieron, ni comprendieron que él es aquel de quien los profetas habían escrito, aun cuando ellos escuchan las palabras de los profetas que se leen cada *Sabbath*. No hallaron en él causa justa para darle muerte, pero pidieron a Pilato que de todos modos lo matasen.

"Cuando hubieron cumplido todas las profecías concernientes a su muerte, lo quitaron de la cruz y lo colocaron en un sepulcro. ¡Pero Dios lo levantó de los muertos! Y apareció por un período de muchos días a aquellos que habían subido con él de Galilea a Jerusalén -éstos son sus testigos al pueblo de Israel."

Una segunda ola de conmoción recorrió aquella sala cuando Pablo mencionó la Crucifixión. Todos los presentes habían sido testigos alguna vez de ese horripilante estilo de ejecución romana. Probablemente algunos de los judíos habían oído hablar de la crucifixión de Jesús. Por otra parte, aquellos gentiles nunca habían oído hablar de Jesús, pero escuchaban atentamente cada palabra que decía Pablo. Al hablar, los ojos de Pablo se clavaban en los de su auditorio, y todo sonaba asombrosamente real.

Cuando Pablo dijo que Jesús había sido levantado de entre los muertos después de haber sido crucificado, la gente empezó a susurrar uno al otro. Nunca antes habían oído hablar cosas semejantes, y ¡ciertamente no esperaban oír noticias tales cuando vinieron a su servicio regular del *Sabbath*! Pablo siguió hablando:

"Y ahora Bernabé y yo estamos aquí para decirles estas Buenas Nuevas. La promesa que Dios hizo a nuestros padres se ha realizado en nuestro propio tiempo, en que Dios resucitó a Jesús. Esto es de lo que habla el salmo segundo cuando dice con respecto a Jesús: 'Tú eres mi Hijo. Yo te he engendrado hoy.' Porque Dios había prometido levantarlo de los muertos, para que nunca más volviese a morir. Esto está declarado en la Escritura que dice: 'Les daré las sagradas bendiciones que prometí a David.' Otro salmo explica más completamente, al decir: 'No permitirás que tu Santo vea corrupción en el sepulcro.' Ahora bien, esto no es una referencia a David, ya que después que David hubo servido a su generación, según la voluntad de Dios, él murió y fue sepultado, y su cuerpo vio corrupción. No, fue una referencia a algún otro, -alguien a quien Dios levantó y cuyo cuerpo no vio corrupción."

Las personas devotas que había en la sinagoga, estaban íntimamente familiarizadas con los pasajes de la Escritura que Pablo estaba citando, pero nunca las habían oído aplicadas al Mesías. Así como ciertamente no se les había enseñado que esas profecías ¡ya se habían cumplido! Un cuchicheo empezó a oírse por toda la sala, haciendo que Pablo levantara la mano para acallarlos.

“¡Hermanos, escuchen! Por medio de este hombre Jesús hay perdón para los pecados de ustedes. Todo aquel que cree en él queda liberado de toda culpa y declarado justo para con Dios –algo que la ley judía nunca pudo hacer. ¡Tengan cuidado! No dejen que las palabras de los profetas les sean aplicables. Porque ellos dijeron:

*‘Miren, menospreciadores,  
¡asómbrense y desaparezcan!  
Porque estoy haciendo algo en los días de ustedes,  
algo que no van a creer  
aun si alguien se los contase.’”*

Lo que Pablo hizo aquella mañana fue, hasta cierto punto, un tributo a Esteban. Una buena parte del mensaje de Pablo fue un recuento del mensaje que él había escuchado años atrás, el día que Esteban fue muerto. Fue como si Pablo estuviese pagando una deuda a un hombre cuya influencia en su propia conversión había sido tan grande. Pablo sabía bien que las palabras de Esteban eran poderosas debido a lo que esas mismas palabras le habían hecho a él.

Pero igual que el mensaje de Esteban había provocado la ira de los líderes judíos, Pablo enojó a los líderes de la sinagoga cuando implicó que las palabras del profeta Habacuc eran aplicables a ellos, –¡que ellos eran menospreciadores dignos de desaparecer! Además, se irritaron cuando dijo que la ley judía nunca había podido proporcionar esa libertad de la culpa.

¡Libertad! La mayor parte de los gentiles que había en esa sala eran esclavos. Las palabras de Pablo eran increíbles, pero maravillosas. Y su mensaje de que el Mesías había venido, era aún más maravilloso.

Cuando los líderes de la sinagoga despidieron la reunión, Pablo y Bernabé se dirigieron hacia la puerta. Al hacerlo, los gentiles vinieron a ellos corriendo, haciendo preguntas y siguiendo a los dos hombres afuera al atrio. –Vuelvan el *Sabbath* próximo; díganos más, –suplicaron.

Pablo estaba tanto sorprendido como gozoso, aun cuando eso era exactamente lo que había esperado que ocurriera. Lentamente él y Bernabé se encaminaron hacia el Foro de Augusto, junto con muchos de los gentiles que todavía los seguían. Era como si ellos ya se hubiesen hecho creyentes. Fue una mañana extraordinaria. Al ir Pablo y Bernabé caminando hacia la posada, Pablo les gritó a los

gentiles que había visto en la sinagoga: -¡Por la gracia de Dios, permanezcan fieles!



De algún modo Pablo se las arregló para regresar a su habitación, donde se desplomó sobre el jergón de paja. La fiebre volvió casi de inmediato y continuó durante los siguientes tres días. Pero Bernabé no dudaba que Pablo estaría más fuerte para el siguiente *Sabbath*. Nada alentaba tanto a nuestro hermano Pablo como ver a los gentiles interesarse en Jesucristo.

Nadie vio a Pablo durante aquella semana. A Bernabé se lo vio sólo unas pocas veces en el mercado, porque él estaba ocupado en cuidar a Pablo. Pero el rumor de la presencia de ellos y de lo que habían dicho al pueblo en la sinagoga, se estaba extendiendo por dondequiera.

Un Mesías. Una muerte por crucifixión. Un hombre que se levanta y sale de su propia tumba. ¡Libertad! Libertad de toda culpa. Libertad de *todo*. Era la noticia del año. Todos querían escuchar las estrafalarias pretensiones de estos hombres. Una entera ciudad gentil de las lejanas extensiones de Galacia hablaba acerca de un judío llamado Jesús.

Pablo estaba eufórico. Al amanecer del siguiente día de *Sabbath*, la gente de la ciudad empezó a llenar la pequeña plaza a la que daba la sinagoga. Para las nueve de la mañana, la calle estaba ya totalmente repleta y la gente se volcaba en el Foro de Augusto, esperando ver y escuchar a esos hombres.

-Jamás, -exclamó Pablo. -Jamás me esperé ver nada como esto. -El y Bernabé atravesaron laboriosamente la muchedumbre y finalmente llegaron a la puerta de la sinagoga. Pero la puerta estaba *atracada*.

-No es ninguna sorpresa aquí, -dijo Bernabé.

-Si no nos van a dejar entrar en la sinagoga, le hablaremos al pueblo aquí en la plaza, -dijo Pablo volviéndose para quedar de frente a la multitud.

Pero antes de que pudiera comenzar a hablar, las puertas de la sinagoga se abrieron. El principal de la sinagoga salió y de inmediato empezó a decirle al pueblo, gritando: -Estos hombres mienten. Son falsos. La historia que les cuentan no es cierta. No los escuchen. -Entonces salieron otros más. Uno de ellos le echó una imprecación a Pablo. Otro, a Bernabé.

Pablo empezó a dirigirse a la muchedumbre, pero uno de los líderes de la sinagoga lo empujó a un lado. Al ver eso, la gente que observaba quedó en completo silencio de un extremo de la plaza al otro. Entonces Pablo se volvió y les habló a los hombres que estaban a la puerta de la sinagoga, pero habló en voz tan alta que se oyó por toda la atestada plaza. Centenares de oídos gentiles oyeron cada una de sus palabras.

-Era necesario que este Evangelio de parte de Dios fuera dado primero a ustedes los judíos. Pero en vista de que ustedes lo están desechando, y no se consideran dignos de la vida eterna...

La multitud rugió con risas. Los líderes judíos de la sinagoga estaban fuera de sí por la ira. Pablo acalló a la multitud y continuó. -Puesto que ustedes lo han desechado y no se consideran dignos de la vida eterna... bueno, se lo vamos a ofrecer a los gentiles. Porque así es como el Señor nos ha mandado cuando dijo: "Te he puesto para luz de los gentiles, a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra."

Cuando Pablo mencionó los gentiles, el principal de la sinagoga cerró el puño y lo sacudió amenazadoramente hacia Pablo, pero la muchedumbre rugió su aprobación. Pablo continuó, hablándoles directamente a los hombres que estaban a la entrada de la sinagoga. -Que nunca quede olvidado que el evangelio de Jesucristo llegó a ustedes *primero*. Porque es la voluntad de Dios que los hebreos siempre sean primeros. Pero en este día ustedes han desechado a su propio Señor.

Pablo hizo una pausa, y sus ojos relampagueaban. -Ahora mírennos. De este momento en adelante, nosotros declararemos el mensaje de Dios de salvación y libertad a los gentiles... ¡a los *paganos* incircuncisos e inmundos! -La multitud hizo erupción, ululando, y aplaudiendo, y vitoreando. Y en esa hora, aquellos paganos que estaban ordenados para vida eterna creyeron el mensaje de Pablo.

Pablo le gritó a la multitud: -Sígueme al foro. -Todos corrieron ansiosos al Foro de Augusto. Pablo subió de un salto al pedestal de la estatua de Men que estaba al frente del templo.

-Nos reuniremos otra vez mañana al amanecer. Entonces compartiremos con ustedes más acerca de su Señor. Pero necesitamos un lugar donde reunirnos. ¿Quién tiene una sala para prestárnosla?

-¡Yo tengo una! -exclamó un hombre que en ese momento mismo estaba viniendo a ser un nuevo creyente en Jesucristo. -Abajo por esa calle, la última puerta.

Todos miraron hacia la dirección que el hombre había señalado. -¿Cuál es tu nombre? -preguntó Bernabé.

-Soy el hijo de Júpiter.

Pablo no pudo menos que reírse. Disfrutó de la ironía. La primera persona de la ciudad que respondía abiertamente al evangelio de Jesús, era un hombre que llevaba el nombre del dios pagano preeminente. Pablo estaba gozoso. -Muy bien, hijo de Júpiter, -gritó Pablo alegremente, -¿podemos reunirnos en tu casa mañana en la mañana después del amanecer?

-Sí, pueden.

-Pero, señor, -se oyó una voz. -¿No podríamos reunirnos más temprano? Soy un esclavo. Mis deberes para con mi amo comienzan antes del amanecer y duran hasta el anochecer.

Otros muchos en la multitud estuvieron de acuerdo. Pablo captó el dilema y le sacó el mejor provecho. —¿Podrían venir después de anochecer? —preguntó, reconociendo que como la mitad de la gente de la ciudad eran esclavos.

—Ese es un gran problema, señor, porque ya entrada la noche las calles son muy peligrosas, —se oyó una voz ansiosa.

Por un breve momento Pablo y Bernabé quedaron sin saber qué hacer, en cuanto a cómo solucionar ese problema. Enseguida una voz bramante que vino de la multitud propuso una solución. —¡Esperen! —Un hombre subió denodadamente al pedestal y se puso al lado de Pablo, al tiempo que le susurraba algo. Pablo sonrió aprobativamente y levantó la mano. Le hizo señas al hombre para que hablara. —Mañana por la noche las calles de Antioquía van a estar seguras, —dijo el hombre. —Yo soy jefe de la guarnición de soldados estacionados aquí y pondré una guardia a la entrada al oscurecer. También habrá una guardia tanto en el Foro de Tiberio como aquí en el Foro de Augusto. Ambos atrios estarán también iluminados con lámparas y con antorchas. Frente a la calle que lleva a la casa del hijo de Júpiter habrá otra guardia. Y habrá otra más al lado de la puerta de su casa. Yo también estaré presente. Yo soy Dardano, de la Legión romana. Por los dioses, ustedes estarán seguros.

Pablo estaba asombrado. Soldados de Roma, que nunca protegían a nadie excepto a la élite de la ciudad y que veían la justicia como que era tan sólo para los ricos y los soldados, ahora se proponían proteger esclavos. —Hijo de Júpiter, —dijo Pablo, dirigiéndose a su nuevo anfitrión, —¿podemos preguntarte si tu hospitalidad para con nosotros pudiera extenderse tanto para la mañana como para la noche también?

—Señor, mi corazón late hasta que ya no habite en mi pecho. Mi casa es de ustedes.

—Así sea, —tronó Bernabé al observar cómo la luz de Jesucristo aparecía en un rostro tras otro. Pablo, Bernabé y Dardano bajaron de la base de la estatua.

En ese momento un anciano se abría paso a empujones por entre la multitud hasta que llegó a donde estaba Pablo. Estaba llorando. Pablo reconoció al anciano, porque había estado en la sinagoga la semana anterior. —Tu Dios, —preguntó el hombre en medio de sus lágrimas, —¿él resucitó? ¿El vive?

—Sí, así es.

—¿Lo viste resucitar? —Los ojos del anciano se movían de un lado al otro conforme examinaba el rostro de Pablo y el de Bernabé. Pablo se enderezó. Ese era el momento que Juan Marcos debía estar presente, porque Marcos había visto al Señor resucitado.

—Mi sobrino lo vio morir y estuvo frente a frente de él después que volvió a vivir, —respondió Bernabé.

—Yo también lo he visto cara a cara, —añadió Pablo.

El anciano agarró la ropa de Pablo y le dijo: -Yo voy a morir pronto. ¿Tú lo has visto? ¿Es verdad esto?

-Yo le hablé. Aterrado, pero le hablé. Yo lo había perseguido; yo no creía; mi corazón estaba cerrado para El. Pero El vino a mí desde el cielo, y estando en su presencia, ¡me dejó ciego!

El anciano movió las manos delante de los ojos de Pablo. -¿Por cuánto tiempo estuviste ciego?

-Por tres días.

-¿Y...?

-¡Yo creí!

-¿Y...?

-El está en mí.

-¡En ti! ¿Dónde?

-¡Aquí! -Pablo dio un manotazo en el pecho.

El anciano miró a los ojos a Pablo, luego a Bernabé, y entonces dio un manotazo en su propio pecho. -¡Yo creo... que aquí... también! -replicó, con los gastados ojos bañados en lágrimas. -Te veré esta noche y por la mañana. Hace ya cincuenta y cinco años que sirvo a mi amo. Soy frigio, un esclavo. Ahora que estoy viejo, mi amo me deja dormir hasta que el sol ilumina el horizonte, y mis deberes terminan cuando el sol toca la tierra otra vez.

Pablo tomó las manos del anciano y pasó los dedos por las cicatrices que había en las muñecas del anciano. -Un frigio, -susurró.

-La mayor parte de los esclavos aquí son de mi raza. Casi todos.

-Hermano, ya tú no eres esclavo. En este día has sido liberado por Uno que ahora vive dentro de ti.

-Sí, -dijo el anciano, llorando. -Lo sé.

Los tres hombres se abrazaron y lloraron juntos. Y para su sorpresa, varios otros que estaban alrededor cerca de ellos vinieron y se unieron al abrazo y a las lágrimas.

Unos momentos después Bernabé tuvo que agarrar a Pablo, que casi había desfallecido. -Ayúdame, Bernabé, -susurró.

-Está bien, pero verán que estás enfermo.

-¿Y qué importa? -respondió Pablo susurrando y con una sonrisa. -Los paganos no saben que Dios castiga a los hombres como yo por ser tan pecaminosos.

-Y nosotros no se los vamos a decir, -dijo Bernabé riendo.

Los dos hombres fueron abriéndose paso a empujones a través de la multitud de regreso hacia las puertas de la ciudad. Manos amistosas se extendían para tocarlos conforme iban pasando. -Los veremos antes del amanecer mañana... en casa del hijo de Júpiter, -les gritó Bernabé. -Pasen el aviso a sus amigos.

-Si vivo cien años, no veré nunca una hora más grandiosa que ésta, -dijo Pablo al pasar por las puertas de la ciudad.

-Ni yo tampoco. Y yo vi Pentecostés. Pero tú, amigo mío, no necesitas preocuparte por vivir cien años. No vivirás tanto. ¡No estoy en absoluto seguro de que vivas hasta el amanecer!

-¡Bueno, si yo no he de llegar allá, estate tú allí mañana! En casa de ese hijo de Júpiter. ¡Y dile que él es ahora un hijo del Dios eternamente viviente!

Los dos hombres rieron y lloraron y luego prorrumpieron en acciones de gracias a Dios.

-El hizo todo esto. Dios hizo todo esto, -dijo Pablo más tarde al quedarse dormido. Bernabé se sentó al lado de su amigo que dormía, con una sonrisa en el rostro y lágrimas en los ojos. Pero poco podía haber conjeturado ninguno de ellos lo que les esperaba.

## C A P I T U L O

Cuando a la mañana siguiente Pablo y Bernabé llegaron a la casa del hijo de Júpiter, se encontraron una amplia sala ya llena de ansiosos gentiles. Muchos tenían que estar de pie.

Pablo estaba muy enfermo como para hablar, de modo que ese gozo le cupo a Bernabé. Lo primero que hizo fue enseñarles a todos cómo cantar un salmo. Les encantó.

Entonces, sentado en el suelo, Bernabé les contó su propia historia. La mayoría de esos gentiles nunca había estado en la sinagoga, así que no tenían antecedentes para saber cómo comportarse. Una y otra vez interrumpían a Bernabé con preguntas y comentarios. A él le encantó eso. Su agudeza provocó sonrisas y risas en esa sala llena de gente que raras veces sonreía, aún más raramente se reía, y nunca había cantado. Cuando, finalmente, Bernabé pudo concluir su mensaje, cantaron otra vez. Y otra vez. Pablo estuvo llorando durante toda esa reunión.

Por último, la reunión terminó, o pareció haber terminado, pero nadie se iba. Todos querían estar con los demás tan sólo un poco más. Conversaban sin cesar. Los principales temas de discusión eran con qué frecuencia podían reunirse y cómo vendrían a todas las reuniones. Para una sala llena mayormente de esclavos, no había falta de variedad. La discusión era ferviente. Finalmente, recurrieron a Bernabé y le preguntaron: -¿Puedes venir todas las mañanas y todas las noches? Siempre habrá alguien aquí.

Bernabé y Pablo se miraron maravillados. Pablo preguntó: -¿Todas las mañanas, todas las noches?

-Sí, -respondieron. -De esta manera todos tendrán la oportunidad de participar en las reuniones.



-Muy bien, -convino Pablo. -Y más adelante yo me sentiré más fuerte, y entonces les contaré *mi* historia.

Pablo y Bernabé no podían haberse imaginado nunca que estarían contando su historia y la historia de otros una y otra vez a una gente que no se cansaba nunca de escucharlos... ¡ni de interrumpirlos! Por último, y con renuencia, esa gente empobrecida y ahora llena hasta rebosar de la vida de Dios, salieron del lugar de reunión como liberados... para regresar a su esclavitud, pero no más esclavos en absoluto.

Pablo durmió durante todo el día. Esa noche hubo otra vez antorchas y guardias, tal como Dardano lo había prometido. Y, según lo prometido, Pablo relató su historia. Pero no antes de que esos santos cantaran una y otra vez el salmo que Bernabé les enseñara.

¡Esta no era una sinagoga! Esos nuevos creyentes se levantaban y caminaban de un lado a otro, hablaban unos con otros incluso mientras Pablo hablaba, e interrumpían a Pablo continuamente. Una vez Dardano se levantó, caminó hasta la puerta y les gritó órdenes a los guardias. Todos se rieron, y Pablo no podría haberse sentido más complacido. Al fin había encontrado su verdadero hogar.

Esa noche esos gentiles *casí* paganos, no enteramente cristianos, aprendieron otro cántico más. Se perdió la cuenta de cuántas veces esos apreciados creyentes cantaron esos dos cánticos. Para cuando volví a encontrarme con ellos varios años después, ya cantaban como los ángeles de Belén, y parecían saber de memoria un millar de cánticos.

Conforme transcurrían los días, los nuevos creyentes adquirían habilidad en cuanto a las formas de ayudarse uno al otro para ir a las reuniones. Intercambiaban tareas, tomaban uno el lugar de otro, y se escoltaban unos a otros en grupos a través de la ciudad. Una cosa dominaba su vida sobre todo lo demás: Amaban estar juntos. Cada mañana y cada noche estaban allí más tiempo y platicaban más. Poco a poco se podía notar que sus conversaciones se centraban más en El Ungido.

Pablo continuó recuperándose lentamente. Mientras tanto, nuevas cosas empezaron a tener lugar en la vida de esos creyentes gentiles. Cosas asombrosas.

Pablo y Bernabé se mudaron para otra posada, que estaba dentro de los muros de la ciudad. Un día cuando Pablo volvió a su cuarto, encontró allí una comida preparada para él, bellamente dispuesta en el piso. -Las hermanas, -musitó. -Que Dios las bendiga. -Fue todo lo que pudo decir, porque conocía la pobreza de ellos, y esa comida no era poca cosa. Esa comida, aquel gesto de amor, era algo que esa gente nunca había conocido antes. Su pobreza era demasiado grande, la vida demasiado dura para cosas tales como amabilidad y ser dadivoso. Además, esos queridos creyentes no tenían *nada* que dar. Pablo miró la comida dispuesta en su cuarto, sabiendo el enorme sacrificio que representaba. Si había unos 15,000

habitantes en Antioquía de Pisidia, tal vez 500 de ellos —un puñado de ricos comerciantes griegos y judíos— usaban dinero. Los otros 14,500 traficaban y trocaban. Para ellos una paletada de grano constituía la paga de un día, y era escasamente suficiente para alimentar una familia. Esa comida representaba una dádiva verdaderamente sacrificial de quizás una docena de hogares. Cada hermana había tomado un poco de la porción diaria de grano de su familia, ¡y de puro amor recién adquirido, amor a Jesucristo y de unos a otros, habían creado esa comida!

Pablo se inclinó delante de la comida y lloró. A continuación la saboreó durante más de una hora, al tiempo que daba gracias a Dios y lloraba con cada bocado. El amor de Jesucristo en esos nuevos creyentes estaba hallando una expresión divina desde adentro. Mientras comía, Pablo repetía el nombre de cada creyente de la *eklesía*.

Sólo el pueblo de Dios, que está en la comunidad de la *eklesía*, conoce este profundo e indescriptible amor de uno al otro. Yo no lo he visto en ninguna otra parte.

En una ciudad como Antioquía de Pisidia, donde la mayoría de los habitantes son esclavos, con frecuencia aquellos que son libres están mucho peor que los esclavos, porque los esclavos al menos saben que van a tener comida para comer. Los hombres libertados —los esclavos que han sido puestos en libertad— tienen que ir al mercado cada día al amanecer con la esperanza de encontrar a alguien que necesite sus espaldas y sus manos. Cuando se los contrata, lo que es raro, se les da a escoger el pago: un denario o una simple paletada de grano. Durante el invierno, en los días lluviosos y muchos otros días, los hombres liberados no encontraban trabajo en absoluto.

Durante el transcurso del año, algunos que tienen un cuarto lo pierden, porque no tienen dinero o no les queda nada para trocar. Durante el invierno, algunos truecan por comida todo lo que poseen. En esa región de Galacia, muchos esclavos cuando se les da la oportunidad de ser puestos en libertad, la rechazan. Otros, habiendo sido liberados, al estar al borde de la inanición, se venden a sí mismos de vuelta a la esclavitud. Las privaciones son una constante compañera en la vida de esa gente. Esa es la gente que constituye la comunidad de creyentes de Pisidia.

Un grupo de personas se ha convertido en hermanos y hermanas, y su nueva forma de vida es maravillosa y gozosa. Es una forma de vida nunca antes vista sobre la faz de la tierra. Con todo, Dios dispuso que comenzara en esa pobre y remota región del Asia Menor.

Es asombroso ver, cuando miro atrás, cómo esos santos se cuidan unos a otros. Si un hermano encuentra trabajo en la plaza de mercado y el supervisor necesita más ayuda, ese hermano corre para llamar a otro hermano para que El también pueda trabajar ese día.

Cuando varios hermanos trabajan juntos, trabajan más duro y mejor. Comparten un espíritu de gozo, y a menudo cantan y alaban.

Aun cuando los amos y supervisores no lo entienden, recuerdan a esos hombres que trabajan tan bien juntos. Cuando contratan obreros cada mañana en la plaza de mercado, buscan esos rostros primero. A algunos comerciantes se les ha oído decir: "Tú, hoy tú trabajas. Ve y busca a tus amigos, a esos que llamas *hermanos*, aquellos con quienes te ríes y cantas."

En las reuniones, los hermanos les hablan unos a otros acerca de posibles sitios donde buscar trabajo para ese día. A la noche siguiente les cuentan a *todos* cómo el Señor les ha proveído un trabajo, mientras el resto escucha, se regocija, ríe e interrumpe.

Pero los hermanos no estaban solos en esta nueva forma de atender las necesidades. Esta nueva vida dentro de ellos estaba transformando a todos y todo, y afectaba a las mujeres tanto como a los hombres. Las hermanas de Pisidia empezaron a demostrar solicitud unas por otras, un fenómeno desconocido en el mundo gentil. Cuidan unas de otras de las maneras más inesperadas. En los partos, desde luego, pero también al trabajar juntas al lado del río y en su hogar y habitación. (Aquellas que no tienen hogar y tienen que dormir en el foro, son *especialmente* atendidas.) Cualquiera hermana que enferma, recibe pronta atención durante toda la noche y día.

Con frecuencia he visto a las hermanas trabajar juntas en el campo, cuidando unas los hijos de otras, compartiendo vegetales y grano unas con otras, o limpiando habitaciones juntamente. A veces se reúnen tan sólo para cantar, platicar, llorar, demostrar solicitud o recibirla. Si de alguna manera una se las arregla para tener más de una ración diaria de alimentos, a menudo se reúnen y se preparan una abundante comida, para que todos puedan tener una buena comida ese día.

Todo esto sucedió sin que ni Pablo ni Bernabé les dijeran nunca que *esto* es lo que los creyentes de la *eklesía* hacen en forma totalmente natural juntos.

Asombrosamente, todo lo que yo relato aquí, emergió espontáneamente en el lapso de tan sólo unas pocas semanas después de que recibieran su salvación en El Ungido. En el breve espacio de *cuatro meses* que Pablo y Bernabé estuvieron en Antioquía de Pisidia, esa maravillosa nueva forma de vida había llegado a ser parte natural de toda su vida.

Un incidente que tuvo lugar durante aquellos tempranos días me lo contaron una y otra vez, siempre con risas y gozo. El mismo involucraba a un hermano llamado Epiteo, que era un esclavo frigio. Epiteo tenía un amo severo. Un día él hizo algo que desagradó a su amo, y a la caída de la tarde fue terriblemente azotado. Esa noche, ensangrentado y amedrentado, Epiteo se deslizó silenciosamente en la reunión. Todos reconocieron que él había sido azotado, pero insistieron en que les contara lo que había sucedido. El estaba renuente a hablar, porque se sentía desalentado y muy adolorido.

Pablo empezó a hablarle a Epiteo. La sala quedó en silencio. No sé exactamente qué le dijo Pablo, excepto que empezó a hablarle acerca del elevado lugar que él, Epiteo, tenía en El Ungido. A medida que Pablo continuaba, todos en esa sala comenzaron a vitorear y gritar. Entonces Bernabé, con voz de trompeta que sacudió la sala entera, dio una exhortación a Epiteo. (Un guardia romano vino corriendo al lugar de la reunión pensando que era una sedición. Miró adentro y gruñó: —Oh, son tan sólo ellos.) Todos los santos se pusieron de pie y se agolparon alrededor de Epiteo, voceando exhortaciones y alentándolo y diciéndole cómo Dios lo veía a través de Jesucristo. Pero el momento culminante vino cuando Epiteo comenzó a exhortar a los demás y a reclamar ese lugar alto en El Ungido. De pronto Epiteo pareció ser un rey, y su amo, un esclavo. Todos estaban gritando, alabando y llorando. Fue un tiempo muy glorioso, que terminó en abrazos justo antes del amanecer.

Después hubo una crisis que surgió cuando Dardano recibió órdenes de ir a la guerra.

## C A P I T U L O

**A** Dardano se le ordenó que saliera de Pisidia para unirse a un ejército romano que marchaba a la frontera de las tribus germánicas. Eso dejó a los hermanos y hermanas sin la forma en que habían estado yendo a las reuniones matutinas y vespertinas y regresando a su casa.

Sin embargo, eso no detuvo la ingenuidad de los hermanos. Cuando una reunión terminaba, todos los santos partían juntos, acompañando primero sin novedad a las hermanas cada una a su casa, luego escoltando a los que vivían más lejos. Gradualmente el grupo iba regresando hacia el centro de la ciudad, hasta que los pocos restantes volvían a la casa del hermano hijo de Júpiter. Entonces los dos o tres hermanos que vivían allí cerca iban a sus apartamentos. Si eso no resultaba alguna vez, esos últimos hombres pasaban la noche en la sala del hijo de Júpiter. Yo no sé de ningún hermano o hermana que hayan sido asaltados o lastimados en Antioquía de Pisidia. (Incluso hasta el presente son los santos y no otros los que se atreven a andar de noche por las calles de esa ciudad.)

Desde luego, bien pronto toda la ciudad estuvo hablando de todas estas cosas extraordinarias. Pero no fue eso lo único que captó la atención de la gente de esa ciudad. Un día varios hermanos se encontraron de casualidad en la plaza de mercado. En breve ya estaban riendo y alabando a su Señor. Entonces uno de ellos empezó

a cantar. Todos se le unieron, porque el Espíritu Santo estaba desbordante en ellos. En unos minutos, otros creyentes que oían cantar vinieron corriendo a la plaza y se unieron al grupito. Los de la ciudad nunca habían visto cosa semejante. ¿Cantar en grupo? Era raro que los hombres *sonrieran*. Que se *rieran*, no tenía precedente. ¡Que *cantaran*, simplemente era increíble!

Ese día había comerciantes griegos y judíos de otras poblaciones que estaban en la plaza. Los mismos inquirieron en cuanto a quiénes eran esos hombres y por qué estaban tan gozosos. De ese hecho y de otros relatos contados en la ciudad, la gente de poblaciones y aldeas de hasta cincuenta millas a la redonda empezó a oír acerca de Jesús y de sus sonrientes seguidores.

Entretanto, Pablo se había recobrado totalmente, y empezó a ir a la plaza de mercado para buscar trabajo. Al principio, muy pocos requirieron de su destreza. De hecho, no había manera de que Pablo se ganara el pan o suficientes denarios para mantenerse. Cada día los ricos enviaban algunos de sus esclavos calificados a la plaza de mercado, con la instrucción de que pidieran menos por su trabajo que cualquier hombre libre que tuviese el mismo oficio. El esclavo siempre obtenía el trabajo, y al caer la noche volvía a su amo con granos o con un denario. Como resultado, Pablo, igual que cualquier otro hombre libre, estaba casi siempre obligado a trabajar por menos. Pero Pablo empezó a encontrar trabajo, gracias a los hermanos de la *eklesía*. Los esclavos creyentes que venían a la sala del hijo de Júpiter, empezaron a hablarle cada cual a su amo, acerca de Pablo y de cuán fiable y calificado era. —Es un hombre honrado —decían, —un hombre bueno, altamente calificado, que trabaja rápido y es tan bueno o mejor que cualquier hombre con ese oficio. —A los romanos les añadían: —Y él es ciudadano de Roma.

No pasó mucho tiempo antes de que le llegara trabajo a Pablo, tanto en la plaza de mercado como de las villas de las afueras de la ciudad. Parecía que algunos esclavos estaban haciendo notar a sus amos que en la casa había artículos de piel que necesitaban reparación o cambio, o que se necesitaba urgentemente una nueva tienda o dosel.

Pablo incluso tomó un aprendiz —¡llamado *Bernabé*! ¡Y qué buen y rápido aprendiz resultó ser *Bernabé*! Antes de que los dos fueran azotados y expulsados de la ciudad, Antioquía de Pisidia tuvo dos trabajadores muy buenos que hacían y reparaban tiendas, toldos, arneses, sandalias y otros artículos de piel o de cuero, algodón, lona y pelo de cabra.

Con frecuencia algún hermano o hermana venían para hablar con los dos hombres mientras ellos realizaban su trabajo. Raras veces Pablo o *Bernabé* se vieron en la necesidad de sacar agua ellos mismos. Casi siempre había alguien allí que les traía algo para beber. Al anoecer, cuando los comerciantes y trabajadores recogían y plegaban sus tiendas, por lo general siempre había

alguien dispuesto a ayudarlos a enrollar su lona y llevar sus cosas de vuelta a su habitación.

Cierto día un hermano llamado Timenio vino y se sentó frente a Bernabé y le preguntó: -¿Quieres hablarme de la muerte de Esteban? -Bernabé convino de buena gana en contarle la historia.

-Ahora háblame de tu primera visita a Antioquía de Siria y de cómo fuiste a Tarso para buscar a Pablo, -dijo el hermano. De nuevo Bernabé accedió a la demanda, sin inquirir en cuanto a la razón de la extraña petición.

Entonces, para delectación de Bernabé, Timenio repitió la historia entera de vuelta a Bernabé. A su vez, Bernabé corrigió cualesquiera errores de la narración. Ya para el anochecer, Timenio podía repetirle el relato a Bernabé palabra por palabra.

En general, la gente que vive en Antioquía de Pisidia (y esto es cierto en toda Galacia) es analfabeta, pero eso no quiere decir que son ignorantes. Timenio era constructor de puentes y arquitecto. Podía hablar durante horas enteras sin parar respecto de los detalles, complicaciones y dificultades de construir caminos, puentes y edificios gubernamentales. Era una enciclopedia viviente en esta materia. Nadie sabía más de arquitectura. Enseñaba a aquellos que trabajaban con él, repitiendo los conocimientos y la instrucción que él había aprendido en su juventud, y además, todo lo que había aprendido a lo largo de la vida. Tenía una mente extraordinaria. Con todo, Timenio era un esclavo. Nunca en la vida había tenido en la mano una moneda de su propiedad, ni había dormido en una habitación con menos de diez personas en ella.

Una verdadera sorpresa esperaba a Bernabé al final del día siguiente. Timenio le pidió permiso para repetir la historia una vez más. Bernabé hizo una seña afirmativa con la cabeza, pero él y Pablo quedaron asombrados cuando Timenio comenzó. Estaba contando la historia no en griego ni en latín, sino en su propio dialecto nativo, y eso con gran floreo.

Los dos hombres rieron, luego aplaudieron cuando se dieron cuenta de lo que Timenio había hecho. Aun cuando había pasado el día escuchando a Bernabé contar los relatos evangélicos en griego, ahora repetía los relatos a sus amigos esclavos que sabían tan sólo el dialecto frigio. -Volveré la semana que viene, con el permiso de mi amo, -dijo, -para que me puedas contar más de las maravillosas historias de Jesús.

Otros más venían a la plaza de mercado por la misma razón. Esta es la forma principal de aprender entre los que carecen de instrucción. Bernabé era su repetidor favorito, porque había que ser una persona no corriente para seguir las expresiones y la terminología de Pablo, y repetir todo lo que él decía era más difícil. Pero Pablo fue adaptándose. A veces era muy bueno en presentar los misterios de Dios a manera de simples historias.

(Tenemos que agradecer a Bernabé por ese logro, porque Pablo aprendió eso del ejemplo de Bernabé.)

También venían hermanas, que traían algunas tortitas de mijo, y luego hacían preguntas, contaban relatos de su pueblo y aprendían a cantar salmos de los dos fabricantes de tiendas. Ellas también se sentaban y repetían los relatos que Bernabé les hacía, ¡hasta que podían contarlos tan bien, o *mejor* aún, como él los contaba!

He escuchado a los santos de Pisidia contarme todo respecto de esa primera visita de Pablo y Bernabé a su región. También los he escuchado relatar, hasta los más dolorosos detalles, cómo los dos hombres fueron azotados y expulsados de la ciudad, porque ésa fue una experiencia muy dramática para todos ellos.

## C A P I T U L O

**L**os dos plantadores de iglesias estuvieron en Antioquía de Pisidia cuatro meses. Eso no es mucho tiempo. Recuérdese, que la mayor parte de los santos de esa *eklesía* eran esclavos. Había unos pocos griegos, algunos judíos y varios soldados. No había oficiales de la ciudad ni personas de influencia.

Todos los temerosos de Dios que habían escuchado a Pablo aquel primer día, eran ahora creyentes firmes, y ya no asistían a la sinagoga. Al formar ya parte del cuerpo de El Ungido, y habiendo experimentado su libertad, y habiendo llegado a ser uno con otros en la congregación, estos creyentes no podían soportar la idea de volver a la sinagoga.

Para cuando los dos apóstoles se fueron de Pisidia, había alrededor de cien adultos en la *eklesía*. (Al resto de la ciudad probablemente le parecía como si fueran miles, debido a su exuberancia y a su singular forma de vida.) De ese centenar, sólo seis hombres sabían leer. Y sólo uno de los seis sabía escribir. Recuérdese esto al considerar qué tiempo tan breve estuvieron en Pisidia estos dos hombres para ayudar allí a la *eklesía*. Esos nuevos creyentes no tenían ningún edificio o local, ni rituales, ni líderes a manera de sacerdotes. De hecho, no tenían líderes en

absoluto. Esa era la única 'religión' cuyos adherentes se reunían en hogares. Y esos apreciados creyentes no tenían escritos sagrados, ni judíos ni cristianos, cuando los dos apóstoles se fueron.

¿Pero qué fue lo que terminó la presencia de Pablo y de Bernabé en Pisidia?

Jacob, el principal de la sinagoga, despreciaba a Pablo. Desvariaba constantemente contra él. Pero eso no le importaba mucho a nadie, hasta una mañana en que tres hebreos inconversos se deslizaron en una reunión matutina temprana. ¡Vinieron, observaron, y luego creyeron! Nunca habían visto nada como ese grupo de creyentes que evidenciaban semejante gozo —cantando, compartiendo, interrumpiendo, abrazándose, amando, y luego compartiendo más. Todo eso se centraba alrededor de la persona de Jesucristo, cada uno diciendo cómo lo había experimentado a El ese día. Todo aquello ganó el corazón de los tres hebreos.

Cuando Jacob se enteró de la conversión de esos judíos, se puso furioso. Se figuró exactamente lo que habría de hacer para detener a esa gente. ¡Volvería a los romanos locales contra ellos! La protección romana, la justicia romana, la equidad romana era tan sólo para los romanos, sus soldados, los pudientes y los líderes locales que ellos designaban. A los esclavos y libertos no se los incluía nunca en la justicia romana, ni los líderes de la ciudad se interesaban en extenderle justicia ni protección a esa gente.

Sin embargo, Jacob no se atrevió llevar su contienda directamente a los gobernantes romanos. Ni siquiera fue directamente a los líderes de la ciudad. Fue a las esposas de ellos, que tenían influencia en el culto del dios Men. Usando su posición como líder religioso en la comunidad, Jacob fue a ver a las mujeres distinguidas y empezó a hablarles del peligro que significaba Pablo para la ciudad. Presentó las enseñanzas de Pablo como que socavaban la autoridad del dios local (lo que era cierto), pero él también torcía las palabras de Pablo para que sonaran peligrosas a la estabilidad y bienestar de la comunidad mayor. Las mujeres se alarmaron por ambos cargos. No querían ver reducida su propia influencia como líderes religiosos y estaban temerosas en cuanto a lo que pudieran hacer los gobernantes romanos, si el liderazgo de la comunidad quedaba socavado. Por tanto, esas mujeres llevaron las engañosas palabras de Jacob a sus esposos. Los problemas que surgen en el gobierno local hacen que los gobernantes romanos se sientan molestos. Se ocuparían de este problema con prontitud.

Así pues, cierto día, estando Bernabé sentado trabajando en la plaza de mercado, vinieron unos guardias, lo agarraron y lo llevaron a la fuerza ante los regidores. Otros soldados recorrieron la plaza de mercado en busca de Pablo. Los oficiales de la ciudad ya se habían reunido en la plaza que estaba frente al edificio del ayuntamiento, esperando la llegada de los dos



perturbadores. Bernabé reconoció la gravedad de la situación en cuanto llegó a la plaza. El había oído que algunas mujeres influyentes estaban quejándose respecto de la nueva religión, pero lo sorprendía ver al magistrado de la ciudad sentado en el concilio.

Aún más inquietante era la presencia de dos lictores, parados uno a cada lado del magistrado. Los lictores, que representaban el poder de Roma, eran hombres que azotaban a la gente con varas. A sus pies estaban los *fascas*, un antiguo símbolo de la autoridad romana. Eran haces de varas de madera atadas apretadamente alrededor de un astil de hacha, quedando el hierro del hacha extendido fuera entre las varas. El gobierno local no iba a arriesgar un disturbio religioso en su ciudad, de modo que consiguieron la asistencia de los gobernantes romanos. Era una conclusión predeterminada que Pablo y Bernabé serían azotados.

El proceso comenzó, y la plaza entera estaba llena de ansiosos espectadores.

-Se me dijo que había dos de ellos, -dijo el magistrado. -¿Dónde está el otro?

-Todavía lo están buscando.

-Tú. ¿Cómo te llamas?

-Bernabé.

-¿Eres judío?

-Lo soy.

-Estás enseñando una nueva y extraña religión. Eso está prohibido.

-Pero...

-Te irás de esta ciudad inmediatamente. Te llevarás a tu dios contigo. Quedas proscrito de esta ciudad para siempre. ¡No vuelvas nunca!

-Pero...

El magistrado hizo una seña con la cabeza a los lictores, los cuales tomaron los *fascas* que estaban en el suelo junto a ellos, y empezaron a desatarlos, cada uno escogiendo la más fuerte de las varas. Un soldado agarró a Bernabé por los brazos y lo forzó a doblarse sobre un pilar de flagelación que llegaba hasta la cintura. El pilar estaba manchado con la sangre de anteriores víctimas de esas palizas.

En ese momento un pelotón de soldados encontró a Pablo, que había estado trabajando unas pieles de oveja en otra área del mercado. Los soldados agarraron a Pablo y lo llevaron a la plaza casi arrastrándolo. Pablo alcanzó a ver a Bernabé justamente cuando los lictores se preparaban para azotarlo. De inmediato se llevó la mano al *diptych* que colgaba de su cuello y lo empujó dentro de su toga. Ese díptico pudo haberle evitado a Pablo, un ciudadano de Roma, semejante paliza; pero él no iba a refugiarse detrás de sus derechos para ser eximido de una paliza que ya le estaban administrando a Bernabé.

Un lictor se había colocado por un lado de Bernabé y el otro lictor, por el otro lado. Entre los dos le arrancaron la camisa a Bernabé. Uno de los lictores levantó su vara por encima de la cabeza y la hizo bajar con fuerza sobre la espalda de Bernabé. El populacho chilló con delectación. El otro lictor continuó con un golpe igualmente duro. Pronto los lictores establecieron un ritmo al azotar a su víctima. Con cada golpe las varas silbaban en el aire. En breve las espaldas de Bernabé se pusieron rojas desde la cintura hasta el cuello. Justo antes de que las varas desgarraran la piel, la paliza terminó. Los soldados soltaron los brazos de Bernabé, y él se desplomó cayendo al pavimento, casi inconsciente.

-Tenemos al otro, -dijo uno de ellos.

-Bien. Continúen.

Entonces Pablo fue forzado también a avanzar hasta la misma columna de mármol y a doblarse sobre ella.

-¿Bajo qué cargo? -preguntó Pablo en voz alta.

-Tu compañero te lo dirá cuando halle su lengua, -vociferó el magistrado. La multitud rugió con una risotada.

Uno de los lictores arrancó la camisa de Pablo. Hubo un momento de silencio cuando el lictor y los espectadores vieron las espaldas rugosas de Pablo. El magistrado se inclinó hacia delante para ver mejor. Un murmullo de delectación brotó de la multitud. - ¿A los judíos tampoco les gustas, verdad? -preguntó el magistrado.

Con perverso júbilo reflejado en sus ojos, los lictores agarraron sus varas, determinados a darle a Pablo una paliza que ningún látigo judío pudiese igualar. El primer lictor bajó su vara violentamente sobre la espalda de Pablo. El segundo lictor le pegó con toda su alma. Siguieron así y no pararon cuando su espalda se tornó roja. En breve una rociadura de la sangre de Pablo llenó el aire encima de él y salpicó el rostro de los lictores. Se detuvieron tan sólo cuando Pablo se desplomó hacia delante completamente inconsciente.

Años más tarde Pablo me dijo que justo antes de desmayarse casi gritó: "*Civis romanus sum*" (Soy ciudadano romano).

Tres veces he sido azotado con varas.

El cuerpo de Pablo cayó pesadamente al pavimento. -Sáquenlo de aquí, -ordenó el magistrado. Los soldados acataron la orden. Pero justo antes de que se lo llevaran arrastrándolo, uno de los hermanos, él mismo un soldado, se adelantó e hizo algo muy valeroso. Pasando a la fuerza a los otros soldados, se arrodilló y levantó a Pablo en sus brazos, les echó una mirada desafiante a los soldados, al magistrado y a la multitud, y luego llevó a Pablo cargado a la casa del hijo de Júpiter. Unos minutos más tarde Bernabé entró tambaleando en la misma casa.

Tarde esa noche algo increíble comenzó a manifestarse.

## C A P I T U L O

**E**ra medianoche. La casa estaba repleta. Esa habría de ser la última oportunidad que tenían los creyentes de congregarse con Pablo y Bernabé. Prácticamente todos los creyentes de Antioquía de Pisidia se las habían arreglado para hallar una manera de estar en la casa del hijo de Júpiter esa noche.

Aun cuando la mayoría tuvo que quedarse de pie durante horas, todos escucharon atentamente mientras Bernabé presentaba toda clase de consejos prácticos. Los hermanos y hermanas hacían preguntas continuamente. Después de todo, ésa era una despedida a una *eklesía* joven y frágil que había sido plantada en una ciudad hostil tan sólo cuatro meses antes. Cada minuto contaba. Cada pregunta era importante, y a cada respuesta se la consideraba sagrada. Sin embargo, era obvio que esa apreciada gente creía sinceramente que habría de sobrevivir y aun prosperar. Había incluso como una anticipación en el aire.

Más tarde Pablo entró en la sala, aún sumamente dolorido. Al hablar, añadió instrucciones espirituales, entrelazándolas con la ayuda práctica. Poco a poco los dos hombres se las ingenieron para

dar instrucciones y aliento que permaneciesen después que ellos se fueran. Esa noche empezó a emerger, delante del pueblo del Señor, una manera coherente de sobrevivir en el futuro.

Bernabé finalizó la noche con una exhortación: -Antes de que la mayoría de ustedes fuera bautizada, yo les dije que seguir al Señor Jesucristo los habría de traer a una hora como ésta. Y así, la misma ha llegado. Ahora ustedes son proscritos sociales en su propia ciudad. La gente los mira extrañada en el mercado; se mofa y habla mal de ustedes. Si aún no lo han hecho, lo harán. Rumores, rumores ultrajantes, llenarán esta ciudad en lo que concierne a ustedes. Para algunos de ustedes, sus amos tendrán serias preguntas acerca de qué es lo que hacen cuando están con los otros creyentes. Otros de ustedes encontrarán más difícil que antes ser contratados en la plaza de mercado. Hermanas, ustedes sentirán el aguijón del rechazo cuando estén en la ciudad o junto al río. Permanezcan juntas tanto como sea posible. Reciban su fortaleza del Señor y una de la otra.

-Hermanos, es su responsabilidad, no de un hombre ni de un grupo de hombres, sino de todos ustedes, dirigir y guiar a la iglesia. Miren a Jesucristo, quien es su sola cabeza. El está vivo. El está en ustedes. El puede dirigir su cuerpo. Los dejamos sin líderes designados. Pero ustedes tienen mucha experiencia en estar juntos y en trabajar juntos. Ustedes ya sabían que un día habrían de quedar solos, porque se lo hemos advertido con frecuencia. Los hemos preparado para esta hora.

-Finalmente, recuerden que a menudo les hablé de la difamación, el látigo y la vara experimentados en Jerusalén, pero recuerden también el gozo que experimentaron sus compañeros creyentes de allá de Judea cuando pasaron por pruebas similares. Incluso cuando yo les contaba sus historias, ustedes se preguntaban si algún día habrían de ser tenidos por dignos de tales sufrimientos y de semejante gozo por causa del Señor Jesucristo. Esa hora ha llegado. Ahora Pablo y yo tenemos que despedirnos de ustedes. Por orden de las autoridades, tenemos que irnos de esta ciudad.

-El Señor Jesús los ha tenido por dignos a ustedes, y El está morando en cada uno de ustedes. El es la Cabeza de la iglesia. El es victorioso, y su cuerpo es victorioso. El sol va a salir pronto. Aquí se ha echado un buen fundamento: su nombre es Jesucristo. Hermanos y hermanas, ustedes pueden lograrlo. Ustedes no necesitan más ayuda externa, y no necesitan líderes adentro.

Esos hermanos y hermanas de Antioquía escucharon con gozo estas cosas. Años más tarde me hablaron de aquella noche. Fue con un sentido de orgullo que me refirieron las palabras de Bernabé y cómo *todo* eso vino a ser verdad.

Cuando Bernabé hubo terminado su exhortación, todos los santos se arrodillaron juntos alrededor de él y de Pablo, y empezaron a elevar oraciones en voz baja. Las oraciones se fueron convirtiendo

en cánticos susurrados. Luego todos fueron saliendo, yéndose por las calles.

Afuera dos soldados, ambos creyentes, estaban esperando. Uno de ellos dijo con irónica severidad: -Enemigo de Roma, es mi deber escoltarte hasta el límite de esta provincia.

Pablo sonrió. -Es una buena escolta. -Los dos hermanos devolvieron su sonrisa.

Esa noche todos los miembros del cuerpo de Jesucristo de Antioquía de Pisidia se deslizaron por las puertas de la ciudad y salieron al camino. De inmediato brotó un cántico. Todos empezaron a reírse de su propio denuedo. Se remontaron vítores. Siguieron gritos. Fervientes exhortaciones en alta voz llenaban la oscuridad. Por cerca de una hora se elevaron cánticos, llamando la luz de la mañana. Luego vinieron abrazos, lágrimas, y más exhortaciones. Pablo pronunció la última palabra. Fue como un trueno lleno de gozo y de esperanza.

-Los dejamos para El Ungido solamente. Los dejamos a ustedes, el cuerpo, para su Señor, la Cabeza. Ustedes no tienen escuela como tienen los paganos. Ustedes no tienen edificios como tienen los hebreos. Ustedes tampoco tienen libros como los ilustrados tienen. -Pablo hizo una pausa. Sus ojos parpadearon. -Y poco bien que tales libros les harían, ¡ya que la mayoría de ustedes no sabe leer! -Todos se rieron, y después vitorearon.

-A diferencia de otras religiones, nosotros los dejamos sin líderes, sin sacerdotes. Los dejamos sin rollos de escrituras. ¡Y no se molesten en pensar que la sinagoga los va a dejar usar los de ellos! -Todos se rieron estruendosamente. -Los dejamos a la confraternidad, tanto a los hermanos como a las hermanas, a la unidad y cordialidad que ustedes ya conocen tan bien, y a la tremenda realidad de ser parte del cuerpo de El Ungido. Los dejamos al amparo de su amor de unos por los otros. Los dejamos para la sala de la casa del hijo de Júpiter.

El hijo de Júpiter gritó una bienvenida a todos. -Ustedes pueden reunirse allí y también vivir allí si fuera necesario. - Esto también fue recibido con un rugido de aprobación.

-Pero sobre todo, -continuó Pablo, -los dejamos al Señor que mora en ustedes, al Señor que ustedes conocen y que experimentan a diario. ¡Los dejamos al Señor Jesucristo solo!

Entonces, para delectación de todos, Pablo se inclinó con dificultad y se quitó las sandalias. Teniendo ambas sandalias en las manos, empezó a sacudirlas furiosamente una contra la otra. (Todos recordaron lo que ellos dos les habían dicho acerca de las palabras de Jesús.) Todos empezaron a aplaudir. Bernabé batió sus sandalias contra el marcador de millas romano que estaba junto al camino. La escena era de regocijo; los santos estaban eufóricos.

Lo que siguió, no puede describirse. Si usted ha experimentado un momento tal, no necesita explicación alguna, y si no ha tenido esa experiencia, ninguna descripción sería adecuada. Resulta

suficiente decir que los dos hombres que habían plantado la asamblea de Antioquía de Pisidia, partieron esa noche en medio de un increíble regocijo. Cuando Pablo y Bernabé se fueron andando por el camino de Augusto, los santos regresaron a la ciudad para seguir adelante como la expresión viviente de El Ungido en esta tierra. Estaban sin líderes y solos, y se encontraban a cientos de millas de cualesquiera otros creyentes; de hecho, nunca habían visto ninguna otra congregación, ni ningunos otros seguidores de El Ungido.

Pero la aventura sólo había comenzado.

## C A P I T U L O

**-P**ablo, este camino lleva de regreso hacia nuestro hogar en Siria. Tu cuerpo no puede aguantar mucho más de esto. Hemos plantado una asamblea en medio de una nación pagana. ¿Qué opinas? ¿Nos atrevemos a entrar en otra ciudad, o debemos regresar a casa?

Por un momento Pablo guardó silencio. Entonces exclamó: —Sólo una iglesia gentil. Tan sólo una. ¿El evangelio de Jesucristo y su *eklesía* habrán de ser hallados en una sola ciudad? ¿Entre todos los gentiles de este mundo, una sola *eklesía*? Hay más de setenta y cinco millones de almas en el imperio, y sólo un testimonio gentil de creyentes que se congregan en su nombre. Entre todos los incircuncisos, ¿habrá tan sólo un testimonio?

—En Judea y Galilea hay menos de un millón de almas, sin embargo varios centenares de poblaciones y aldeas ya tienen congregaciones de creyentes. Además, hay once hombres en Israel para que planten más iglesias. Once hombres para un millón de personas. ¡Nosotros somos dos! En todas las naciones paganas, tan sólo dos hombres han sido enviados para plantar iglesias gentiles.

Sólo dos plantadores de iglesias para más de *setenta y cinco millones* de almas. Y todo lo que hemos hecho ha sido plantar una *eklesía*, y ésa única está en una oscura ciudad de una provincia poco conocida. ¿Las naciones paganas no se merecen algo mejor?

—Pero Pablo, ésta que plantamos es una hermosa expresión de la desposada de El Ungido... tan hermosa como cualquiera en la tierra.

—Sí, cierto. Tal vez la más hermosa de todas. De modo que ¡haya más de ellas!

—Pablo, es verdad que somos tan sólo dos, pero *uno* de nosotros está muy apaleado.

Las palabras de Bernabé le recordaron a Pablo el ardiente dolor de la cicatrización en la espalda. Antes de responder, Pablo sofocó una tos. —Está bien, tomemos el camino de Augusto. ¿Iremos a la derecha o a la izquierda?

—Si doblamos a la derecha, nos llevará de regreso a casa.

—Bernabé, —dijo Pablo, pensativamente, —¿cuál es la ruta más segura a Antioquía de Siria... por barco o por carretera?

—¿Lo dices en serio? Por este camino.

—Entonces regresemos a casa, como tú sugieres. Pero podemos viajar hacia el este, así como hacia el sur. Hay muchas ciudades, ciudades gentiles, a lo largo del camino. A unas sesenta millas de aquí está una pequeña ciudad llamada Iconio. Me han dicho que hay una sinagoga allí. Veamos qué puede traernos eso.

—¿Cómo sabes que hay una sinagoga allí?

—Yo soy de Tarso. Mi padre y otros que eran amigos de mi familia iban de Tarso a Iconio.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Correcto. Pero la situación de los judíos no ha cambiado en Iconio. Lo sé. Pregunté a uno de los hebreos de Pisidia. Y un comerciante griego viajante lo confirmó. ¡Hay una sinagoga en Iconio! Esa es la capital de la provincia gálata de Licaonia, y se encuentra sólo a sesenta millas de aquí.

Bernabé arqueó una ceja. —Sea, pues, Iconio. Y gracias, Pablo, por dejarme saber lo que hemos decidido hacer.

—No hay de qué, Bernabé. Y cuando nos vayamos de Iconio, no vaciles en preguntarme de nuevo.

—¡Muy bien! Pero en la primera posada limpia a que lleguemos, tú tienes que reposar.

—No, los dos tenemos que descansar. ¡Tú también tienes una espalda de criminal ahora!

Los dos hombres se encaminaron hacia el sureste, internándose en el corazón de una región de más gentiles. El camino era ancho, el tiempo casi perfecto y la tierra fértil. Los lados del camino estaban salpicados de casas y, en ocasiones, incluso de una posada decente. En lontananza se podían ver los montes Tauro.

En el quinto día del viaje, los dos hombres llegaron a una bifurcación del camino. Las señales romanas del camino indicaban que el camino de la izquierda, que se dirigía ligeramente hacia el

norte, llevaba a Iconio. El camino de la derecha, llamado el Camino de Sebaste, iba hacia el sureste hacia Listra, Derbe, y eventualmente hacia Siria.

-Pablo, ¿querrías reconsiderar el asunto y tomar la vía de la derecha? Nos llevará a casa más pronto.

-Tomemos el camino de la izquierda. No se aparta mucho de nuestra ruta. Cuando el Señor lo permita, volveremos por aquí mismo. Piénsalo, es otra ciudad en que nunca se ha escuchado el nombre de Jesucristo.

-Me pregunto, ¿qué nos espera allí? ¿Látigo o vara?

-Cualquiera que sea, ¡al menos no tenemos que preguntarnos qué sensación producen!

Y así, mis dos amigos tomaron a la izquierda, hacia Iconio.



## C A P I T U L O

**Y**o fui a Iconio tan sólo dos años después de que Pablo y Bernabé llegaron allí la primera vez.

-¿Qué diré acerca de Iconio? La he visitado dos veces. Ubicada en un valle, los muros de la ciudad pueden verse a lo largo de millas antes de llegar allí. Es una ciudad próspera, debido a los fértiles llanos que la rodean. Los dioses locales son Adonis y Cibeles. La población judía es numerosa. Caso que usted la visite, encontrará que Iconio es una población de habla griega rodeada de un mundo de habla latina. Pocos romanos viven allí. La ciudad está situada entre las regiones de Frigia y Licaonia. Una cadena de montañas se extiende a sólo seis millas al norte. Dos picos excepcionales -fuente de muchas fábulas- contemplan la ciudad.

Pablo y Bernabé entraron en la ciudad tan inadvertidamente como les fue posible. Sin embargo, no permanecieron inconspicuos por mucho tiempo, y finalmente causaron el mayor alboroto que se diera en esa ciudad en cien años. No obstante, todo comenzó tan inocentemente. Los dos hombres se encaminaron a una posada que les habían recomendado y se quedaron allí esperando el Sabbath. Levantándose temprano, se pusieron una vez más sus respectivos vestidos judíos y se dirigieron a la sinagoga. Una vez más, se le preguntó a Pablo si quería hablar. Pablo, que se había criado en una ciudad griega, se puso en pie. El hablaba perfectamente en griego, pero pasó a hablar en hebreo e incluso hizo algunas citas en latín. Todos quedaron impresionados. Había gentiles temerosos de Dios presentes, todos ellos deseosos de escuchar las palabras de Pablo. Más adelante muchos de ellos vendrían a ser creyentes, como también muchos de los hebreos.

Igual que antes, bien pronto los líderes de la sinagoga se pusieron furiosos porque su edificio fuese usado por hebreos para convertir a paganos incircuncisos a cierta espuria fe judía. Y lo mismo que en Pisidia, en breve la ciudad entera oyó hablar de esos hombres que declaraban que un dios había muerto, había vuelto a vivir y había perdonado a los hombres sus pecados. Pero, a diferencia de como había ocurrido en Pisidia, la ciudad quedó dividida desde el principio mismo. En la plaza de mercado se veían cada día por lo menos a uno o dos que suscitaban controversias respecto de esos dos hombres y de su mensaje.

Durante casi los cuatro meses enteros que Pablo y Bernabé estuvieron en Iconio, trabajaron en la plaza de mercado. Cada mañana y cada noche se congregaban con los santos, que poco a poco llegaron a ser como cincuenta o sesenta. Como la mitad eran

esclavos; el resto había nacido libre, no que fueran esclavos liberados. No obstante, la pobreza era similar a la de otros lugares semejantes.

Ya he hablado de los maravillosos acontecimientos de Antioquía de Pisidia. Los creyentes de Iconio experimentaron el mismo gozo. Sólo que ellos cantaron más, teniendo una herencia más rica en cánticos, como le es propio al pueblo griego. Los iconios eran del todo tan exuberantes en su fe como eran los de Pisidia.

Pablo y Bernabé estaban muy conscientes del tiempo relativamente breve que habían estado en Pisidia, por lo que profundizaron sus mensajes en Iconio casi desde el principio. Asimismo advirtieron a los hermanos y hermanas, que probablemente ellos dos no habrían de estar mucho tiempo con ellos. A la vista de esa posibilidad, los dos apóstoles compartieron palabras muy prácticas junto con su revelación espiritual.

Una cosa que mis dos amigos habían aprendido, era que esos gentiles, pobres y analfabetos, podían comprender asuntos espirituales profundos sin saber nada acerca de Israel, ni de la religión hebrea ni de nada más de las costumbres judías.

Pablo centraba su mensaje en nada más que Jesucristo. Bernabé contaba relatos acerca de Jesucristo y de la persecución y sufrimiento que había en Judea, pero también añadía cautivadores relatos de lo que había acontecido en Antioquía de Pisidia. A los iconios les encantaba mucho escuchar todo eso, y hacían votos de que hallarían alguna forma de visitar a los santos de Pisidia. (Aun cuando Antioquía se encuentra a bastante menos de cien millas de distancia, muchos de ellos nunca habían oído hablar de ella. Así es la naturaleza provincial de la gente que tiene que labrarse su existencia con no más que el equivalente de cincuenta a cien denarios al año.)

Pablo y Bernabé mantenían un ojo avizor respecto de todo viajero que venía de Pisidia, esperando recibir noticias acerca de los creyentes de allí. Pablo incluso tenía la esperanza de que un día algunos de los creyentes de Pisidia viniesen a Iconio para dar y recibir aliento.

Fue un hermano llamado Onesíforo, un griego, quien brindó su hogar para que los creyentes se congregaran. Como el número de creyentes allí en Iconio crecía, Onesíforo fue lo bastante generoso como para quitar una pared interior de su casa y hacer espacio para una congregación más numerosa.

Abundaba el gozo. Igual que los de Pisidia, los creyentes iconios eran ruidosos y bulliciosos, prontos para reír y para interrumpir. Una vez Bernabé comentó: "En Galacia yo intercalaba un breve mensaje entre dos horas de interrupciones." Pero no se entiendan mal mis palabras. Tanto a Bernabé como a Pablo les gustaba la forma gentil de congregarse. Esos gentiles informales ayudaron a Bernabé (y tal vez incluso a Pablo) a adquirir una más profunda comprensión de la libertad en El Ungido. Dos años

después, cuando visité a esos iconios, ellos me libraron de cadenas que yo ni siquiera sabía que llevaba.

Bien pronto la tensión originada en la ciudad empezó a aumentar. Para el cuarto mes ya era obvio para todos los creyentes, que en breve alguna clase de violencia habría de hacer erupción en la ciudad. Los líderes de la sinagoga ejercían mucha presión sobre los líderes de la ciudad, para que tomaran acción en contra de esos dos extranjeros intrusos. La hostilidad en la plaza de mercado también crecía. Hacia el final, a Pablo y Bernabé les pareció prudente quedarse del todo fuera del mercado. Se corrían rumores de que los magistrados de la ciudad mirarían hacia el otro lado en caso de que estos alborotadores sufriesen daño. Ese rumor no escapó a los oídos de algunos de los santos. Bernabé fue rápidamente informado.

Cuando Bernabé entró en la habitación en que él y Pablo se alojaban, dijo: -Hay tres maneras de ser echados fuera de una ciudad. Hemos experimentado dos de ellas. Mejor no aprendemos la tercera.

Pablo levantó la mirada interrogativamente. Su frente se arrugó. -Látigos y varas suman dos. ¿Cuál es la otra? -inquirió.

-Piedras.

-¿Qué...?

-Existe un complot para apedrearnos, mi hermano. Vendrá en cuestión de horas.

-¿Quién?

-En Chipre fue el mundo *religioso*. En Pisidia fue el mundo *civil*. Aquí en Iconio parece que es una combinación de ambos. - Pablo estuvo a punto de decir algo, pero Bernabé continuó: -Sería mejor irnos inmediatamente.

Los dos hombres recogieron sus pertenencias, se ocultaron hasta que anocheció, y entonces, de acuerdo a un arreglo previo, se fueron a la casa de uno de los creyentes. Las dos noches siguientes se reunieron con la congregación en reuniones clandestinas. Luego, en las horas previas al amanecer, se congregaron con todos los creyentes igual que habían hecho en Pisidia. Cada momento estuvo cargado de instrucciones, sugerencias prácticas y exhortaciones -todas centradas en El Ungido. Las horas que esos hombres pasaron juntos fueron tiempos muy graves, pero siempre estuvieron acentuadas por un espíritu alegre y festivo.

Una de las últimas cosas que Bernabé sugirió al pueblo del Señor, fue que hicieran contacto con los creyentes de Pisidia tan pronto como fuera posible. Entonces añadió: -Antes de que por último lleguemos de vuelta a nuestra propia patria, esperemos que también tengan asambleas hermanas por el sur y por el este, así como por el oeste.

Pablo no podía sentirse más complacido que escuchar a su compañero decir esas palabras. -Oren para que se abra una puerta

en Listra, —añadió Pablo. —Allí no hay sinagoga. Ahora bien, eso podría estar a nuestro favor o en contra. Como quiera que sea, no tenemos medios claros para hallar una audiencia con los ciudadanos de esa ciudad.

Onesíforo respondió: —Aquí en Iconio, más que en Pisidia, el Señor ha estado contigo dando señales a su pueblo. Por medio de ti, en nuestra ciudad el Señor ha sanado a muchos que estaban enfermos, ciegos y a punto de morir. Muchos de los que están en esta sala fueron añadidos a la congregación porque vieron esas maravillas inexplicables o fueron ellos mismos los beneficiados de esos milagros. Pediremos al Señor Jesús que haga lo mismo por ti en Listra y en cualquier ciudad que escojas para entrar en ella.

Sus palabras fueron sencillas, casi infantiles, pero las mismas habrían de ejercer influencia sobre el método de operación de Pablo en días futuros. Y entonces, la reunión terminó con oración. Yo he tenido el privilegio de oír cómo oraban esos iconios. Quisiera yo que todos los hombres, en especial aquellos que tienen una formación religiosa, pudieran escucharlos. Las palabras que decían eran sinceras, sorprendentemente personales, y sin ninguna entonación religiosa ni frases trilladas.

El escenario de su partida no era nada diferente del de Pisidia. Durante la noche, acompañados por la mayoría de los hermanos y hermanas hasta fuera de la ciudad, Pablo y Bernabé se escurrieron de Iconio. Una vez más, se fueron dejando esa pequeña iglesia sin rollos de Escrituras, sin líderes, y sin un edificio. Y no regresarían tampoco por mucho tiempo.

Los creyentes iconios fueron rechazados por sus conciudadanos; eran pobres, y prácticamente todos eran analfabetos. La mayor parte de ellos eran esclavos, aunque había no pocos libres y algunos libertos, y unos pocos eran comerciantes. Todos habían sido paganos impíos tan sólo cuatro meses antes. Eran esta clase de personas quienes les dijeron adiós a los únicos dos cristianos que habían conocido jamás. Pero el poder del Espíritu Santo que moraba en ellos, había hecho que se enamoraran de Jesucristo y después que se amaran unos a otros y demostraran solicitud unos por otros.

¿Podría sobrevivir esa gente, privada de toda ayuda exterior y con tan poco que ofrecer unos a otros? Nosotros probablemente habríamos dicho que era imposible. Estoy seguro de que habríamos hablado así si hubiésemos conocido las crisis que ellos habrían de arrostrar durante varios años subsiguientes. ¡Aún no sé cómo sobrevivieron! ¿Cómo podría comunidad alguna de creyentes sobrevivir aquello por lo que ellos pasaron? (Creo que hasta Bernabé y Pablo habrían convenido en que su supervivencia sería imposible, bajo circunstancias tan graves como aquellas por las cuales más tarde ellos pasaron.) Pero aquella noche sus corazones estaban despreocupados y llenos de esperanza, mientras un centenar de almas cantaban y gritaban un bullicioso adiós.

Al irse de Iconio aquella noche, Bernabé y Pablo sólo procuraron escapar de la violencia. Pero no habrían de ser tan afortunados en la ciudad siguiente.

## C A P I T U L O

Con frecuencia he oído a Pablo y a Bernabé contar el relato de lo que les sucedió al llegar a las puertas de la ciudad de Listra. De todo lo que les aconteció en sus muchas aventuras, ésta fue siempre su narración favorita. Cada vez que los escuché contarla, me reí incontrolablemente.

Listra se encuentra como a treinta millas al suroeste de Iconio y está ubicada en las márgenes del río Koprut. Si usted visita esta ciudad, lo primero que capta su vista es un magnífico templo pagano inmediatamente afuera de la ciudad. Ese templo está dedicado al dios llamado Zeus (Júpiter) y a un hombre llamado Augusto César. Es asimismo ese templo el que metió a Pablo y a Bernabé en tantos problemas. De hecho, casi le costó la vida a Pablo.

Hay romanos en Listra, pero no son muchos. Esta ausencia de una numerosa clase gobernante romana ha permitido que los griegos acaudalados controlen la ciudad. Pero incluso ellos no suman más que unos cientos. No hay sinagoga en la ciudad. Por consiguiente, Pablo sabía que no podría emplear su acostumbrada cuña para entrar en esta ciudad. Los pocos hebreos que había en Listra adoraban sólo en un *proseuche*, esto es, se congregaban infrecuentemente junto al río Koprut.

Al acercarse Pablo y Bernabé a la ciudad, la primera singularidad que notaron, fue el lenguaje. No entendían ni una sola palabra de lo que cualquiera decía, porque escuchaban el dialecto licaonio local. Pero eso no desanimó a Pablo. Cuando ya estaban cerca de la ciudad, empezó a predicarle en griego a un grupo de personas. Aun mientras hablaba, se preguntaba si alguno lo entendería. *"Les estoy hablando a personas que probablemente nunca han visto a un hebreo, o ni siquiera han oído hablar de uno, —pensó—. Este es verdaderamente territorio pagano.*

Uno de los que escuchaba muy atentamente a Pablo era un tullido. Fue en ese momento que Pablo recordó el comentario de Onesíforo, en cuanto a que las señales y prodigios habían hecho que muchos fueran añadidos a la congregación de Iconio. —¡Levántate! —dijo Pablo al tullido. Para asombro de todos, ¡el hombre se puso en pie de un salto y empezó a caminar! Resulta muy importante mencionar que ese tullido había oído hablar de la fe judía, era realmente temeroso de Dios y creyó a Pablo. Ese tullido era bien

conocido en Listra, y cuando la multitud lo vio caminando, todos empezaron a gritar en su dialecto local. Pablo y Bernabé no tenían ni idea de lo que estaban diciendo, pero de una manera típica Pablo aprovechó el momento. Miró atentamente al tullido sanado, tomó la mano del hombre y empezó a hablar otra vez.

Lo que Pablo no sabía —pero todo ciudadano de Listra sí conocía— era una antigua fábula griega acerca de esa ciudad. Según esa leyenda, cierta vez el dios Júpiter (Zeus) vino a Listra acompañado del dios Mercurio (Hermes). Tocaron a la puerta de un millar de casas buscando alojamiento, pero nadie en la ciudad les demostró hospitalidad. Tan sólo una persona, un anciano llamado Filemón, que vivía en una cabaña de techo de paja en las afueras de la ciudad, les abrió su casa. Filemón y su esposa Baucis los invitaron a entrar y les ofrecieron frutillas y cerezas. Luego Júpiter y Mercurio le dijeron al anciano y a la mujer que abandonaran la ciudad. Entonces cubrieron la ciudad con agua pero ¡convirtieron la cabaña de la pareja de ancianos en un templo! La leyenda también decía que algún día Júpiter habría de retornar a Listra para probar otra vez la hospitalidad del pueblo. A la luz del milagro que Pablo había realizado, la multitud infirió que ¡Júpiter y Mercurio habían regresado!

Algunos mensajeros corrieron inmediatamente al templo de Júpiter para avisar a los sacerdotes. Pablo y Bernabé estaban en medio de toda esa conmoción, preguntándose por qué la gente estaba corriendo precipitadamente hacia el templo pagano, en tanto que otros caían postrados a sus pies.

Bernabé estaba horrorizado. ¡La gente se estaba inclinando delante de él! El empezó a protestar a voz en cuello, lo que sirvió tan sólo para convencer al pueblo aún más de que ¡él era Júpiter! Entonces, al mirar hacia el templo, la confusión de Bernabé se remontó. Saliendo del templo había sacerdotes que traían a rastras un toro detrás de ellos. Resultó ser que los sacerdotes estaban a punto de sacrificar el toro como una ofrenda a ellos.

Finalmente, al comprender lo que estaba ocurriendo, mis dos amigos judíos recurrieron a una de sus propias costumbres nativas. Horrorizado, Bernabé comenzó a rasgarse el vestido y a lanzar polvo al aire, gimiendo y protestando. Enseguida Pablo se le unió ha-ciendo lo mismo.

Toda esa conmoción vació prácticamente la ciudad. Todos querían ver a Júpiter —¡o burlarse de los que querían verlo! Pablo, que había estado preguntándose cómo habría de lograr tener un auditorio en Listra, tenía una ciudad entera a sus pies. El único problema era que la gente pensaba que él era Mercurio y ¡quería adorarlo! Pese a la barrera lingüística, Pablo gritó: —Amigos, ¿por qué están haciendo esto? ¡Nosotros somos tan sólo seres humanos igual que ustedes! Hemos venido a traerles las Buenas Nuevas de que deben convertirse de estas cosas sin valor, —Pablo señalaba con la

mano hacia el templo de Júpiter- y volverse al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay. En tiempos pasados El permitió a todas las naciones andar en sus propios caminos, si bien nunca se dejó a sí mismo sin testimonio. Siempre ha habido sus recordatorios, tales como enviarles lluvia y concederles buenas cosechas y dándoles alimento y alegría de corazón.

Había allí algunos comerciantes griegos entre la muchedumbre, los cuales procuraron traducir las palabras de Pablo. Finalmente la verdad se hizo evidente. Los defraudados sacerdotes regresaron al templo y la mayor parte de la gente empezó a dispersarse.

Ese día se hallaba entre la multitud un muchacho de dieciocho años, llamado Timoteo. Era de ascendencia mixta: su padre era griego y su madre, judía. Timoteo, su madre Eunice y su abuela Loida eran casi las únicas personas de esa ciudad enteramente familiarizadas con el judaísmo. Cuando Timoteo escuchó el mensaje de Pablo, reconoció que Pablo y Bernabé estaban hablando de su Dios -el Dios que él había conocido durante toda su vida, gracias a los relatos que su madre y su abuela le habían enseñado de las Escrituras.

Timoteo corrió para buscar a su madre. Ella, a su vez, invitó a Pablo y a Bernabé a su casa a comer. Esa familia judía escuchó gozosa que el Mesías había venido, de modo que invitaron a amigos y parientes a que viniesen a escuchar a estos visitantes que les hablarían acerca de Jesús. Luego un reducido grupo de nuevos creyentes empezó a reunirse regularmente en la pequeña casa de Eunice y su familia. Eunice rebosaba de alabanza porque Dios había enviado a dos hombres a esa región tan lejana para que les hablasen con respecto al Mesías.

La asamblea de Listra era de una cultura totalmente distinta de la de Iconio, igual que las reuniones de Iconio eran diferentes de las que efectuaba la iglesia de Antioquía de Pisidia. En breve los cristianos de Listra elaboraron un gran repertorio de cánticos. Eunice y Loida sabían muchos salmos hebreos y prontamente los tradujeron a la lengua licaónica. Usando la música tradicional local de Galacia que hiciera juego con los salmos traducidos, elaboraron un salterio oral para los que se congregaban.

Eunice introdujo nuevos cánticos con melodías familiares casi semanalmente. Esa gente era analfabeta, pero tenía buena memoria. Cantaban los cánticos con gran entusiasmo, pero también usaban las palabras para instruir y alentar unos a otros en sus reuniones, que con frecuencia se prolongaban hasta altas horas de la noche. Yo he tenido el privilegio de reunirme con esa amada gente. Ellos se ponen de pie y pronuncian enérgicas palabras de aliento unos a otros. Su unidad y su solicitud de unos por otros están entre las más fuertes que yo haya conocido nunca. Señaladamente, Listra es una ciudad más pobre que Iconio y Antioquía, pero los creyentes no están menos bien informados en su relación viviente con El Ungido.

Usted quedará sorprendido al enterarse de que la persona más callada, más inadvertida en las reuniones era nuestro hermano Timoteo. El no decía nada, permanecía casi completamente fuera de vista. Nunca, ni una vez, le habló ni a Bernabé ni a Pablo. Ellos apenas sabían que él existía. Muy poco se daba cuenta cualquiera de cuánto y qué bien estaba absorbiendo ese joven. Dos años después, cuando finalmente empezó a hablar, el joven Timoteo era un volcán en erupción.

Pablo y Bernabé pudieron permanecer en Listra como por un poco más de cuatro meses, predicando allí y también en las aldeas cercanas. Inadvertidamente permanecieron en Listra demasiado tiempo. El hecho de su presencia allí llegó a oídos de los líderes de la sinagoga hebrea de la cercana Iconio. Eso resultó ser desastroso. Eran los mismísimos hombres que habían logrado proscribir a Pablo y Bernabé de Iconio. Ahora estaban determinados a ver que sucediera lo mismo en Listra.

Los líderes judíos de Antioquía de Pisidia también oyeron esas noticias, de modo que viajaron hasta Iconio para encontrarse con los líderes religiosos en la sinagoga a fin de encontrar una forma de silenciar a esos impertinentes predicadores. Se sintieron ultrajados en particular al enterarse de que una judía tan devota como Eunice había abrazado el cristianismo.

Entonces maquinaron un sencillo plan. Cuatro hombres de Antioquía y cinco de Iconio viajarían a Listra, irían a ver a los funcionarios dirigentes de la ciudad para prevenirlos con respecto a aquellos peligrosos extranjeros. Los nueve hombres juraron no irse hasta que hubiesen vuelto a Listra en contra de los maestros visitantes. Lograron hacer eso con los funcionarios de la ciudad y luego repitieron sus advertencias a los romanos. Entonces llevaron sus inquietudes a la plaza de mercado. Su interpretación de los acontecimientos que habían tenido lugar en Antioquía y en Iconio, hizo que esos dos vagamundos lucieran como revolucionarios sediciosos y bribones mentirosos.

Teniendo a los líderes de la ciudad sobre aviso, los acusadores se volvieron a los sacerdotes del templo de Júpiter. Sus vehementes palabras tuvieron éxito, de modo especial en vista de que los sacerdotes aún se sentían avergonzados por haber pensado que Bernabé y Pablo eran dioses. Bien pronto, un grupo de hombres enfurecidos corrió precipitadamente a donde Pablo estaba trabajando, lo agarraron y empezaron a golpearlo. Alguien le lanzó una piedra y otros siguieron el ejemplo. Al volverse Pablo para escapar, una piedra le pegó en la nuca. Entonces cayó, inconsciente. Esa piedra puede muy bien haberle salvado la vida, porque sus atacantes creyeron que él estaba muerto. Consecuentemente, le tiraron sus restantes piedras con menos furia que al principio. Cuando hubieron terminado su obra asesina, arrastraron el cuerpo de Pablo fuera de las puertas de la ciudad y



lo dejaron hecho un ovillo en una zanja. Habiendo cumplido su obra, la turbamulta se dispersó.

Para entonces, Eunice, Loida y algunos otros creyentes habían llegado al lugar. Todos prorrumplieron en lamentos al ver el magullado y sangrante cuerpo de Pablo tirado allí inmóvil junto al camino. Estaban horrorizados, sin saber qué hacer.

Entonces llegó Bernabé y se arrodilló junto a su amigo. Pegó su rostro contra los ensangrentados labios de Pablo para sentir si había algún signo de aliento. -¿Pablo? -gimió. -Pablo, ¿me puedes oír? ¿Estás vivo?

Un sordo gemido apenas perceptible escapó de los labios de Pablo. -Los apedreadores, ¿se han ido?

-¡Pablo! ¡Estás vivo! Sí, se han ido. -Bernabé acunó la cabeza de Pablo y empezó a enjugar la sangre de su rostro. -No trates de moverte, Pablo. Estás malherido.

-Sí, duele, -susurró Pablo con voz ronca, -pero no puedo dejar que crean que me han matado. -Entonces, haciendo un gran esfuerzo, se sentó, al tiempo que se tocaba cuidadosamente las heridas de la cabeza. Era como si hubiese resucitado de los muertos. Para sus amigos, que creían que estaba muerto, él bien pudo haber resucitado. Su rostro tenía cortaduras y estaba hinchado, magullado y manchado de sangre. Sus vestidos estaban rotos, y él estaba cubierto de polvo y de sangre de pies a cabeza, ¡pero estaba vivo! Espanto y gozo se mezclaban en el corazón de todos. Fue en ese momento que Pablo mostró su espíritu indomable. Con gran esfuerzo, se puso en pie, tratando infructuosamente de sonreír con los labios partidos. -Bueno, Bernabé, hemos experimentado el látigo, las varas y ahora las piedras. Eso como que cubre todo, ¿cierto?

Bernabé sonrió con alivio. -Bueno, queda siempre la hoja.

-Sí, pero no hay quien sobreviva a eso, -respondió Pablo con argucia.

Aunque sus enemigos creían que habían logrado silenciarlo, Pablo insistió en volver a la ciudad. De manera que Bernabé y los otros lo ayudaron a regresar a la casa de Eunice, donde Pablo lavó sus heridas y descansó un rato. Después, si bien apenas podía moverse, ¡Pablo convocó a toda la congregación a una asamblea! Bien pronto todos se reunieron en la sala de estar de la casa de Eunice, y Pablo les habló a lo largo de la noche. Por último, cuando el resplandor rosado del amanecer comenzó a alumbrar el cielo por el oriente, Pablo y Bernabé oraron con sus apreciados amigos. Luego, acompañados por todos los creyentes, salieron de la ciudad. Al pasar por el sitio donde Pablo había sido echado sin ningún miramiento tan sólo algunas horas antes, les dijeron adiós con las manos y partieron con rumbo a Derbe. Uno de los que caminaron con ellos esa mañana hasta la salida de la ciudad fue Timoteo, todavía el callado observador.

Pablo y Bernabé estuvieron en Listra menos de cinco meses. Habían llegado a una ciudad pagana, en la cual el nombre de Jesús no había sido escuchado nunca y sólo un puñado de judíos conocía al Dios viviente, al Dios de la creación. Con todo, dejaron atrás una iglesia vibrante, una *eklesía* de creyentes que demostraban solicitud unos por otros y se complacían en adorar a su Señor con cánticos y con palabras. Hasta este mismo día me siento cautivado por el pensamiento de que esos dos hombres pudiesen plantar allí la congregación de Jesucristo y que lo hiciesen tan bien en un tiempo tan breve. Concedido, no tuvieron otra alternativa, pero dejaron una grey joven, indocta, analfabeta y sin liderazgo. No obstante, se fueron confiados en que la *eklesía* no sólo sobreviviría, sino que también crecería en el Señor.

Y recuérdese que toda la furia de Satanás estalló sobre esta iglesia apenas dos años más tarde. No tengo la menor idea de cómo sobrevivieron ese furioso y brutal ataque.



Medio caminando y medio cojeando, con Bernabé a su lado, Pablo pudo viajar unas pocas millas ese primer día. Los dos hombres pasaron la noche en una posada y luego siguieron hacia Derbe. Una congregación más esperaba ser plantada por esos dos intrépidos plantadores de iglesias.

Derbe queda como a sesenta millas al este de Listra. Se distingue sólo porque Antipáter (amigo de Cicerón) nació allí. En caso de que usted vaya a visitar Derbe, sepa que allí hay una sola posada. La *eklesía* es pequeña y la gente es increíblemente pobre.

La congregación de Derbe puede ser recordada como la iglesia más oriental que Pablo haya plantado nunca. Si él hubiese querido hacerlo, habría podido pasar fácilmente más allá de Derbe y seguir hasta Tarso, su ciudad natal. Ciertamente tenía toda la razón para considerar hacerlo, puesto que entonces él era un desastre físico; pero a decir verdad, tal pensamiento no pasó por su mente.

La fundación de la iglesia de Derbe fue la única que no conoció violencia. No experimentaron persecución alguna. Como resultado, Pablo y Bernabé pudieron haber permanecido en Derbe por un largo tiempo (como algunos hacen hoy en día), pero ellos habían observado que Dios, en su soberano uso de las circunstancias, les había permitido quedarse no más de cuatro o cinco meses en las otras tres ciudades. Ellos tomaron eso como el plan de Dios: cuatro o cinco meses en una ciudad. Levantar y dejar una iglesia en un espacio de menos de medio año. Pablo siguió este plan a lo largo de la mayor parte de su ministerio. Este asombroso hecho me tiene pasmado hasta el día de hoy.

Fue en Derbe donde nuestro amado hermano Gayo se hizo creyente. Unos siete años después, Gayo vino a ser uno de los ocho jóvenes que Pablo entrenó para que continuaran la obra del Señor entre los paganos, después que él se hubiese ido. Pablo llamó a estos hombres, provenientes de varias iglesias, para que lo acompañaran

a plantar iglesias. Más tarde Gayo, Timoteo y los otros plantaron iglesias entre los paganos en otras tierras. Pero eso tuvo lugar mucho después de la historia de los gálatas. De hecho, es el relato de lo que ocurrió en Efeso.

En tanto que Pablo y Bernabé estaban en Derbe, distintos hermanos procedentes de las cuatro iglesias comenzaron a visitarse unos a otros. La fiesta de Baco se celebraba cada año en toda Galacia. Aprovechándose de esa semana de festividades, dos hermanos de Antioquía de Pisidia salieron para visitar a Pablo y Bernabé y a la joven *eklesía* de Derbe.

Por supuesto, a lo largo del camino visitaron a Iconio, por lo que cuatro hermanos de Iconio decidieron acompañarlos a Derbe. Los seis hombres tomaron hacia el este en la confluencia de la Vía Augusta y la Vía Sebaste.

Los santos de Listra se enteraron de todo eso, de modo que alquilaron una carreta y enviaron a cinco hombres para que se unieran al grupo cuando el mismo pasara por Listra en su viaje hacia Derbe. Justo antes de que aquella carretada de once hermanos llegara a Derbe en el tercer día del festival, la asamblea entera, habiéndose enterado de que venían, salió a encontrarse con ellos. Por primera vez los creyentes de Derbe se encontraban con hermanos de las otras tres congregaciones. Los otros se conocían desde hacía sólo algunos días, no obstante, conversaron todo el día y casi toda la noche, compartiendo relatos y aventuras de sus respectivas *eklesías*. Se reían, se regocijaban y se exhortaban unos a otros. Por último, cuando el festival pagano del vino se acercaba a su conclusión, los hermanos se arrodillaron, oraron, lloraron y se despidieron unos de otros.

He oído a algunos de los santos de Derbe decir que aquél fue el momento más grande de su vida. Las cuatro iglesias de Galacia quedaron fortalecidas.

Si bien ninguno de ellos lo comprendió en ese momento, algo *muy* importante aconteció durante aquella visita. Fue algo sencillo, pero que más adelante resultó ser de extrema importancia. Como resultado de esa reunión de algunos creyentes de cada una de las cuatro iglesias de Galacia, ahora había hermanos de todas esas iglesias que habían llegado a conocer a *Timoteo*. Dos años después aquel sencillo hecho jugó un importante papel en la supervivencia de esas cuatro iglesias.

Justo antes de que esa carreta partiese de Derbe, Pablo y Bernabé anunciaron que en breve ellos habrían de regresar a Antioquía de Siria, su punto de partida. Aquellos hermanos de Iconio y Pisidia los instaron a que eligieran un camino de regreso que los llevara a través de sus ciudades, pero los dos apóstoles se mostraron renuentes. Sería más corto el camino si siguiesen por tierra hacia el este, y los dos hombres, recordando el naufragio, querían regresar por tierra más bien que por mar. Además había otro problema: Ellos eran proscritos en Pisidia y en Iconio, y los

odiaban en Listra. Pero los hermanos de Iconio y Pisidia hablaron con tanto entusiasmo respecto de su visita, que al fin cedieron. Entonces los hermanos empezaron a discutir cómo meter de *contrabando* a Pablo y Bernabé en sus ciudades. Pablo se mostró reservado con respecto a entrar otra vez en Listra, pero después de escuchar los planes para tan sólo una tal posibilidad, no pudo menos de estar de acuerdo.

—Pero esta vez asegúrense de que sea Bernabé el que reciba cualesquiera pedradas en calidad de regalos de esos buenos ciudadanos de Listra, —añadió.

—Si salimos de Listra vivos, me propongo llevarme una piedra de éstas conmigo para enseñársela a la iglesia, allá en Antioquía de Siria, —dijo Bernabé.

—Una *sin nada* de mi sangre en ella, —replicó Pablo.



Habían pasado ya casi dos años desde que Pablo y Bernabé partieran de Siria. Los dos esperaban regresar al hogar y poder descansar, aun cuando Derbe misma había resultado ser el comienzo de un tiempo de sanación, en particular para Pablo. Sin embargo, durante todo ese tiempo él no se había recuperado nunca completamente de sus muchas ordalías.

Después de permanecer unos cuatro meses en Derbe, los dos hombres iniciaron su viaje de regreso volviendo sobre sus pasos, pasando de nuevo por Listra, Iconio y Antioquía de Pisidia. A Pablo se le aseguró plenamente que habría de tener un seguro retorno a través de esas tres ciudades. Lo que él realmente temía ahora, era tener que repetir ese largo y peligroso viaje por mar desde Perga hasta Siria.

Cuando finalmente Pablo y Bernabé partieron de Derbe, se despidieron haciendo cariñosas y afectuosas señas a los miembros del cuerpo de El Ungido de esa ciudad.

Cinco días después, a unas diez millas de Listra, Pablo y Bernabé vieron una carreta cargada de grano que venía hacia ellos. Conforme a lo planeado, los dos treparon a la carreta y se metieron entre el grano hasta quedar ocultos. Entonces la carreta dio la vuelta y se dirigió hacia Listra.

Cuando Bernabé contaba este relato, a menudo comentaba: —Llegamos a Listra disfrazados de una hogaza de pan. —El único comentario de Pablo era: —Prefiero una canasta damascena.

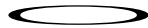
Por una semana los dos hombres estuvieron reuniéndose con los santos de Listra, pero siempre en lo más oscuro de la noche. Ambos se regocijaron viendo cómo la iglesia de Listra había crecido en tamaño y en la comprensión del amor cristiano que los creyentes mostraban tener. Oraron juntos y leyeron las Escrituras (Bernabé aún tenía consigo los preciosos rollos). No tenían forma de saber si volverían a verse alguna vez, de modo que Pablo y Bernabé les dieron instrucciones con respecto a diversos asuntos.

Pero Pablo y Bernabé aprendieron tanto o más de esas iglesias, como lo que las iglesias aprendieron de ellos. (Por cierto que esto ha sido verdad en mi propia vida.) En cada ciudad, los dos hermanos pudieron ver toda una nueva forma en que la *eklesía* se podía expresar. Esa expresión única, local y variada se había originado debido a que cada una había quedado por su propia cuenta, para descubrir su propia forma natural de funcionar en el cuerpo de El Ungido. Cuando se quedaban solos, los hermanos se reunían casi todos los días, y las hermanas también se reunían. El cuerpo entero también se congregaba con frecuencia, por ningún otro propósito sino para estar juntos. Otras veces se reunían para planear reuniones futuras —con frecuencia para hacer nada más que comer juntos. Y reír juntos.

Todos participaban, y había una variedad interminable. Habían aprendido bien lo que habían escuchado de expresar a Jesucristo. Como resultado, una nueva y fresca *eklesía* emergió en cada una de aquellas cuatro ciudades, cada una única en su género con respecto a las otras. Además, eran diferentes de todo lo que este mundo había visto jamás.

En El Ungido no hay cosa tal como judío o gentil, rico o pobre, varón o hembra. Y en esas congregaciones del cuerpo de El Ungido, los esclavos que han conocido a Jesucristo son los más libres de toda la gente del mundo.

Sus reuniones, todas integradas por gente que había sido pagana sólo unos meses antes, estaban siempre llenas de gozo, risa, participación, cantar espontáneo, e interrupciones... siempre interrupciones.



Justo antes de partir de Listra, Pablo y Bernabé sorprendieron a todos constituyendo algunos hombres como ancianos, o guardianes, caso que la iglesia experimentase una crisis mayor y necesitase a tales líderes.

—¿Qué han de hacer los ancianos? —preguntaron ellos.

—¡Muy poco, esperamos! —respondió Bernabé. —Ellos, y todos ustedes, esperamos, seguirán adelantando como son. Pero caso que haya una crisis, caso que haya incertidumbres de importancia, caso que haya una confusión muy seria, acudan a estos hombres. De lo contrario, continúen así como están.

En vez de irse de Listra de la misma forma que habían llegado, escondidos entre una carretada de grano, los dos hombres esperaron hasta medianoche y tranquilamente salieron caminando por las puertas de la ciudad, sonando con sus sandalias los escalones de piedra del templo de Júpiter al pasar junto al mismo.

Bernabé, como había dicho que haría, recogió una piedra, la puso en su mochila y la llevó todo el viaje de regreso a Siria. A Pablo no le pareció muy buena esa idea y no ocultó su menosprecio respecto a esa piedra en particular.

Había muchísimo más peligro en atreverse a entrar en Iconio que en Listra, puesto que los dos habían sido confinados oficialmente de esa ciudad. Eran considerados criminales. De ser descubiertos dentro de la ciudad, les costaría una prisión de por vida o incluso la muerte.

Igual que en Listra, los hermanos de Iconio salieron a recibirlos. Vistieron a los dos apóstoles con ropa de filósofos griegos errantes y esperaron que oscureciera. Entonces, acompañados por dos soldados romanos que eran creyentes, todo el grupo entró caminando con denuedo en Iconio.

Celebraron todas las reuniones en lo más oscuro de la noche. Aquí, igual que en Listra, el Espíritu Santo escogió ancianos, hombres que eran renuentes a dirigir, pero que tenían la confianza de los demás santos, caso que surgiera alguna crisis. Pablo y Bernabé pasaron tan sólo cinco días en Iconio, porque estaban agudamente conscientes de que pronto su presencia sería conocida si permanecían más tiempo.

Un gran número de hermanos acompañó a Pablo y Bernabé cuando salieron de Iconio y a lo largo de todo el camino a Antioquía de Pisidia. Se había formado un íntimo nexo entre estas dos *eklesías*, a pesar de la gran distancia que las separaba.

Cuando ese grupo de hombres se aproximaba a Antioquía, se les acercó un carro. Estaba vacío, excepto un hermano que guiaba los caballos. Por un momento los apóstoles quedaron confusos en cuanto a cómo un carro vacío podía pasarlos sin novedad por las puertas y entrarlos en la ciudad. Pero sólo unos momentos después de llegar el carro, otros hermanos empezaron a aparecer como por encanto. En cuestión de una hora, más de veinte hombres se habían reunido con ellos en el camino. Esa noche Pablo y Bernabé pasaron por las puertas de Antioquía de Pisidia apretados en el centro de un carro cargado con unos veinte hombres, todos tratando de lucir muy solemnes pero haciendo un gran esfuerzo por no reírse.

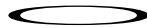
Igual que habían hecho en Listra e Iconio, Pablo y Bernabé alentaron a los creyentes de Antioquía a permanecer en la fe, recordándoles que habían de entrar en el reino de Dios a través de muchas tribulaciones. Asimismo, Pablo y Bernabé constituyeron ancianos y oraron por ellos con ayunos, los encomendaron al cuidado del Señor, en quien habían creído.

Después de una semana de mucho aliento y fortalecimiento que vino a todos y de todos, los dos cansados transeúntes empezaron a hacer preparativos para ese traicionero viaje de salida de Galacia, que incluía descender de la meseta y entrar en las tierras bajas de Panfilia. Su destino era la ciudad de Perga y la cercana aldea de Atalia que era puerto de mar. Entonces un temor invadió el corazón de ambos hombres al mirar el camino. Sólo podían pensar en salteadores, lluvia, nieve, inundaciones, en dormir en los bosques, y en las sucias posadas. Pero los santos de todas esas cuatro *eklesías* habían pensado en cosas mejores. Todos juntos les

dieron a sus apóstoles un regalo de lo más maravilloso y apreciado.

Durante dos meses los santos de Derbe, Listra e Iconio habían estado ahorrando su grano, sus gallinas y sus vegetales. Luego trocaron todo eso por unas monedas de plata que enviaron a los creyentes de Antioquía de Pisidia mediante los hermanos de Iconio. Los santos de Antioquía también se las arreglaron para trocar su grano ahorrado por dos monedas de plata adicionales. Con todas esas monedas los hermanos de Antioquía compraron pasaje para Pablo y Bernabé a Perga: ¡dos asientos en un carro que iría acompañado por una guarnición de soldados romanos! Y hasta quedó suficiente plata para que pudiesen comprar alimentos y hospedaje en las posadas a lo largo del camino.

En tanto que Pablo y Bernabé se maravillaban por esa generosidad, los hermanos que habían costado su pasaje les recordaron las instrucciones normales: -Ustedes van a viajar en el carro mientras el terreno sea llano. Para la seguridad tanto del carro como de los caballos, ¡nadie viajará en el carro cuando el mismo suba o baje una colina!



Una resplandeciente mañana más de un centenar de hermanos y hermanas emergieron de Antioquía de Pisidia, cantando y gritando adioses a sus cariñosamente amados plantadores de iglesias. Pablo y Bernabé terminaron su obra en Galacia en medio de cantos, alabanzas, vítores y oraciones en voz alta. -Al empezar, un grupo de creyentes de una ciudad llamada Antioquía nos envió y despidió con gozo y cantando. Los creyentes de otra Antioquía nos están enviando de regreso de la misma manera, -observó Bernabé.

Bernabé no podía dejar de mirar a los curiosos soldados que nunca habían visto esclavos sonrientes, y mucho menos que gritaban de gozo. Desde el principio y durante todo el viaje, los soldados trataron a los dos hombres con una medida extra de respeto.

Cuando la caravana llegó al lugar donde unos dos años antes la corriente se había llevado el puente, Pablo y Bernabé bajaron del carro, se arrodillaron, y dieron gracias al Señor por su solícita mano y por *todo* lo que había sucedido después de aquel horrible día. Más tarde pasaron silenciosamente, montados en el carro, junto al lugar donde habían sido testigos de la paliza de sus dos compañeros de viaje griegos.

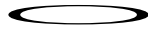
Trataron de identificar sitios donde habían dormido en los bosques y el lugar en que la inundación casi los había atrapado. Pero todo había cambiado. Era primavera, los días eran claros, el tiempo cálido y los campos estaban verdes, sin mencionar la ausencia de salteadores en presencia de las espadas romanas.

Por último, nuestros dos hermanos llegaron de vuelta a Perga, para comunicar a los amados santos de allí los acontecimientos y regocijarse con ellos en todo lo que Dios había hecho. Permanecieron allí más tiempo de lo que se habían propuesto,

porque eran pocos los barcos que navegaban de Atalia a Antioquía de Siria. (Pablo y Bernabé rehusaron navegar primero a Chipre. —A Antioquía o a ningún lugar, —dijeron, —y ciertamente no otro viaje a Chipre.) Sin embargo, finalmente encontraron pasaje en una gran nave de carga que habría de ir directamente con rumbo a Seleucia, el puerto de Antioquía de Siria.

Sentados en el hogar de Ahíra, los hermanos y hermanas de Perga habían escuchado el relato de Pablo y Bernabé y lo recibieron con gran delectación. Después de oír lo que los dos dijeron acerca de las cuatro nuevas iglesias, estaban determinados a subir a Galacia y conocer a sus nuevos hermanos y hermanas.

Desde esa vez, cada año a fines de verano o principios de otoño un numeroso grupo de santos de Perga se une a una caravana y va a Pisidia a pasar una semana con los santos que se reúnen en Galacia. En ocasiones, algunos de los hermanos y hermanas de las iglesias de Galacia han bajado también para reunirse con los creyentes de Perga. Como resultado de todo esto, la congregación de Perga empezó a inclinarse más hacia las iglesias gentiles que hacia las congregaciones hebreas de Chipre más formales. Al presente, la *eklesía* de Perga, se me dice, es mayormente de carácter gentil.



¿Qué realizaron mis dos amigos durante su viaje de dos años?

En primer lugar, cambiaron la dirección misma de la fe. Ahora había creyentes gentiles e iglesias gentiles. Y aquellas *eklesías* eran como ninguna otra cosa en la tierra. *Sin comparación alguna.* Sus asambleas eran distintas de las de cualesquiera otros creyentes de todo el mundo. Esas apreciadas almas gálatas no conocían prácticamente nada de las tradiciones hebreas, ni siquiera de la historia de los judíos. Ellos son, le digo a usted, realmente únicos. La manera en que aman, la forma en que se cuidan y la forma en que llevan a cabo sus reuniones, simplemente no se pueden explicar. Hay que presenciarlas.

Bajo la soberanía de Dios, las iglesias de la parte central de Asia Menor habían sido plantadas al alcance de las iglesias de la parte occidental de Cilicia. Pablo y Bernabé nunca se dieron cuenta del significado de ese hecho, pero más tarde la proximidad geográfica de esas iglesias gentiles salvó la vida de innumerables creyentes judíos cuando huyeron de Israel, su tierra natal. Dios estuvo obrando de maneras que ninguno de nosotros conocía entonces. Ni tampoco podíamos haber comprendido.

Mientras Pablo y Bernabé estaban en Galacia, los hermanos y hermanas de Antioquía de Siria habían empezado a extenderse y plantar iglesias en ciudades al norte y al oeste de Antioquía. Con el tiempo, de esas iglesias la que quedaba más al norte ¡no estaba muy lejos de Derbe! Un pequeño evento, uno podría pensar, pero miles de hermanos judíos que huían de Judea, tuvieron que seguir esa misma ruta. Al ir avanzando con rumbo norte hacia la pequeña



provincia de Asia, esos judíos eran atendidos por los creyentes gentiles incircuncisos en el norte de Siria —y en *Galacia*!

¿Qué otra cosa habían hecho esos hombres? Habían demostrado que la gente pobre, analfabeta, carente de edificios y de libros —creyentes que se congregaban en salas de estar de hogares y que no tenían siquiera una copia de las Escrituras hebreas— podían conocer al Señor que mora en el creyente y amar a ese Señor igual que cualquiera.

En una palabra, existían cuatro iglesias totalmente fuera de la comunidad judía. Eso, como veremos, hizo estallar una verdadera tempestad de fuego.

## C A P I T U L O

**A**ntes de irse de Galacia, Bernabé había escrito una carta a la iglesia de Antioquía de Siria, para decirles a los santos de allí que él y Pablo estaban vivos y que, finalmente, estaban partiendo de regreso. Pero con frecuencia las cartas escritas a lugares distantes nunca llegaban, y así fue en este caso. La congregación de allí no tenía idea de que Pablo y Bernabé estuvieran regresando. Cuando los dos hombres llegaron al puerto de Seleucia, no había nadie allí que les diera la bienvenida. Los dos anduvieron solos y en silencio las dieciséis millas hasta Antioquía, preguntándose qué efecto podría producir su inesperada llegada. —Ellos ni siquiera saben que estamos vivos, —murmuró Bernabé.

Al entrar en Antioquía caminando y al pasar a la ancha calle central, miraban para todos lados buscando ver algún rostro familiar. Finalmente, un hermano joven los vio. Entonces, a un momento de sorpresa lo siguió un grito de alegría. —¡Bernabé y Pablo han regresado! ¡Vivos! Sanos y salvos, alegres y contentos.

A medida que la noticia de su regreso corría por toda la ciudad, todos querían saber: —¿Cuándo podremos verlos? ¿Cuándo podremos escucharlos?

Para entonces la congregación de Antioquía ya contaba varios miles y era la segunda *eklesía* más grande del imperio. Por esa razón, la iglesia raramente intentaba congregarse todos juntos en un lugar. Naturalmente, siempre se esperaban con ansiosa expectación semejantes reuniones, y las mismas eran ocasiones de gran refrigerio y atronadora alabanza.

Hallar un sitio donde todos los creyentes se congreguen, siempre es un problema en Antioquía. Una de las esclavas, llamada

Dora, era una confidente de su ama, quien estaba por irse de visita a Roma. Igual que había hecho varias veces en el pasado, esta rica señora romana convino en permitir que todos los creyentes se congregaran en el huerto de detrás de su hogar, una villa enclavada en una de las colinas justamente en las afueras de la ciudad.

La reunión comenzó tres horas antes del amanecer, con antorchas colocadas a lo largo del muro del huerto. Me contaron que fue una escena muy bella. Bernabé y Pablo llegaron temprano e iban abrazando a todos los que veían, conforme atravesaban la multitud. El primer cántico pareció sacudir la tierra. Alguien les recordó que bajarán la voz, no fuera ser que despertaran a los acaudalados vecinos; no obstante, los gritos de gozo llegaban hasta los cielos cuando Bernabé se puso en pie para hablar.

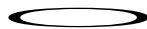
Bernabé habló durante tres horas, haciéndoles brotar las lágrimas a todos (así como también carcajadas) y, finalmente, provocando una estruendosa ovación. A su vez Pablo habló tan sólo unos minutos, mayormente aclarando algunos de los comentarios de su amigo, puesto que Bernabé se había centrado en contar las proezas de Pablo. Se sabía que Pablo habría de hablar a la mañana siguiente. La reunión terminó con un cántico que salió flotando sobre la ciudad de Antioquía.

A la mañana siguiente, otra vez mucho antes del amanecer, Pablo tuvo a los creyentes cautivados durante unas cuatro horas. Luego empezaron las preguntas. Bernabé se unió a Pablo conforme los dos añadían relatos a las preguntas.

-Me sentía tan bien por estar de vuelta, -me comentó Pablo.

La reunión terminó cerca del mediodía, con un almuerzo servido en el bosque un poco más arriba de la villa. Muchos se quedaron hasta el anochecer, escuchando, compartiendo y contándoles a los dos hombres todo lo que había sucedido en Siria durante su ausencia de dos años.

Una profunda satisfacción invadió el corazón de todos. Cuando la iglesia de Antioquía envió a estos dos hombres, bajo la dirección del Espíritu Santo a cumplir una misión, todas las cosas obraron para bien para la gloria de Jesucristo. Su Señor había sido proclamado entre los gentiles, en lugares donde nunca lo habían conocido. Un hermano habló por todos cuando dijo: -Desde la venida de Moisés no se había conocido semejante cosa entre las naciones paganas. ¡Y nosotros desempeñamos una parte en ello! -Los inconversos habían oído el evangelio y habían respondido con gran gozo.



Durante los meses subsiguientes Pablo y Bernabé descansaron. El completo restablecimiento de Pablo vino muy lentamente y con muchos retrocesos. Para dejar que su amigo descansara, Bernabé se dedicó a su nueva habilidad de talabartero en la plaza de mercado de Antioquía.

No pasó inadvertido entre los santos de Antioquía el hecho de que sus dos plantadores de iglesias estaban dotados de un raro don —la habilidad de *poner a un lado su ministerio*. Por más de un año, los dos hombres simplemente tomaban su lugar en la vida diaria de la *eklesía*, sin descollar más que los más sencillos de los hermanos. No esperaban tener un trato especial, y no parecían ser los hombres que por dos años habían sido como leones.

En breve llegó a oídos de la iglesia de Jerusalén el hecho de que Bernabé y Pablo habían plantado cuatro iglesias allá en Galacia —y que ninguno de esos creyentes gentiles había sido circuncidado. La reacción a eso fue bastante mixta. Algunos recibieron con gozo la noticia, en tanto que a otros les pareció que Bernabé y Pablo habían cometido una herejía, que habría de llevar a terribles consecuencias. ¡Yo lo sé! Yo vivía en la ciudad santa al tiempo que esa noticia llegó a Jerusalén.

Algunos de la familia de Dios en Jerusalén empezaron a atacar a Bernabé. —¿Por qué se envió a Bernabé a Antioquía de Siria? El fue enviado a Antioquía para que evaluase la situación de allí e informase de regreso a los Doce. Ahora hay una así llamada iglesia en Antioquía que se ha vuelto mayormente gentil. ¡Y vean lo que ocurrió a continuación! Escuchamos relatos acerca de su ida a Galacia y que ha levantado otras así llamadas iglesias, acompañado por un hombre que incluso puede no ser un verdadero creyente. Peor aún, algunos se atreven a llamar a estos hombres 'apóstoles'. ¡Oímos decir que los creyentes de Antioquía ni siquiera asisten a los servicios de la sinagoga! Bernabé debería regresar aquí a Jerusalén y dar cuenta de sus acciones no autorizadas.

¿Por qué buscó Bernabé a un renegado converso judío procedente de una ciudad gentil para que lo ayudase en Antioquía? Como algunos lo veían, Bernabé, Pablo y la *eklesía* de Antioquía habían producido resultados desastrosos para el reino de Dios. Además, sin consultar a Pedro, incluso se atrevieron a andorrear por ahí, metiéndose en el corazón mismo de la región más pobre, más vil y más inmundada del paganismo, y han permitido que infieles gentiles incircuncisos siguiesen al Mesías judío.

Los hombres que hablaban de esta manera, suponían que Bernabé había desobedecido deliberadamente a Pedro. Personalmente, yo creo que procuraban deliberadamente difundir dudas acerca de Bernabé.

El líder de esa facción de crítica era un hombre increíblemente talentoso, que tenía gran influencia en Jerusalén. Fue ese mismísimo hombre quien eventualmente demandó que Pedro fuese a esa renegada *eklesía* de Siria y contuviese a esos dos falsos 'apóstoles'.

Muchos de los creyentes de la iglesia de Jerusalén no sabían de esas acusaciones y rumores, porque los promotores dirigían a Pedro y a los otros apóstoles casi todo lo que decían. Después de todo, Pedro era la clave de la dirección que el evangelio habría de tomar. De modo que esos hombres demandaron de Pedro que se trajera

a Bernabé, a Pablo, a Antioquía y a Galacia bajo las alas de la congregación de Jerusalén. Asimismo demandaron que se detuviera ese 'nuevo' evangelio, que se corrigiera a las iglesias de Galacia, y que se cambiaran sus prácticas. —Y que todos esos paganos inmundos debían ser circuncidados, —añadieron enfáticamente.

No le dejaron a Pedro ninguna otra alternativa sino hacer *algo*. —Reprende a esos hombres. Cambia esas iglesias. Si rehúsan ser cambiadas, repúdialas.

Pedro mostró poco interés en las preocupaciones de esos hombres, pero no quería ver a la iglesia de Jerusalén involucrada en una gran controversia. Esa iglesia había sufrido bastante. La visita que Pedro había hecho años atrás a la casa de Cornelio y la visión que había tenido con respecto a que todas las cosas estaban limpias, lo habían afectado profundamente. No obstante ello, a veces nuestro hermano Pedro podía quedar desmedidamente afectado por presiones que le ponían.

Pedro recurrió a algunos de los hermanos en busca de consejo y ellos le sugirieron que fuese a Antioquía y viera todo directamente. Pedro convino en ello.

Hemos llegado ahora a ese punto de la historia de Galacia, que ha causado tanta controversia entre las iglesias: *¿Qué fue lo que ocurrió cuando Pedro estuvo en Antioquía? ¿Qué fue lo que más tarde hizo que Pablo escribiera una carta tan radical, como la que escribió, a las cuatro iglesias de Galacia?*

Para poner fin a todos estos malentendidos, ahora contaré lo que sucedió realmente en Antioquía y qué cosas increíbles ocurrieron en Galacia.

## C A P I T U L O

—¡P edro va a venir! ¡Pedro, el primer apóstol del Señor, viene a Antioquía! —Era la noticia más excitante que la iglesia de Antioquía hubiese recibido nunca. Pablo y Bernabé estaban gozosos —así como preocupados.

La iglesia de Jerusalén estaba constituida mayormente por judíos que se habían convertido en creyentes en Jesús como el Mesías. Como resultado, allí la *eklesía* era de cultura judía. Pablo sabía que algunos de los líderes de Jerusalén eran escépticos en cuanto a la idea misma de que los gentiles llegaran a ser creyentes —a menos que primero se convirtieran al judaísmo. El se preguntaba si Pedro habría de aceptar a los creyentes gentiles como verdaderos hermanos y hermanas en El Ungido.

Bernabé también estaba preocupado, pero por una razón distinta. Pedro había sido el mentor de Bernabé. Era difícil no querer a Pedro. El era el líder natural de todos los santos. Tenía un gran poder de parte de Dios, tenía un genio agudo y obviamente el Señor lo había escogido para dirigir. Y sí que dirigía. Bernabé consideraba a Pedro como el hombre que le había dado a Jesucristo. Bernabé amaba a Pedro y lo respetaba grandemente.

Pero había un problema. Bernabé había dicho: —Algunos de los creyentes de Jerusalén creen que mi trabajo con ustedes, gentiles, aquí en Antioquía, es un acto de desobediencia. Sin embargo, Pedro ha tenido todo el tiempo para censurarme, y nunca lo ha hecho. El podía haberme dado instrucciones por carta. Pero nunca lo hizo.

Que yo sepa, Pedro nunca ha dicho una palabra poco amable respecto de Antioquía, ni acerca de lo que yo he hecho aquí.

Estas fueron palabras de Bernabé —y sus esperanzas— al procurar explicar a los hermanos de Antioquía qué pudiera significar la venida de Pedro. Bernabé estaba con razón aprensivo, porque a pesar de sus elevadas esperanzas, muchos fariseos y escribas de la iglesia de Jerusalén se oponían a la congregación de Antioquía. Tenían poco bueno que decir de Bernabé, y aún menos del hermano Pablo.

Los hermanos de Antioquía escucharon el comentario de Bernabé y no quedaron sorprendidos en absoluto al oír que Pablo aún era una fuente de controversia en Judea. Ese hecho era bien conocido, aun cuando, por lo general, se lo mencionaba con buen talante entre los creyentes de Antioquía.

Pablo tuvo una respuesta: —Yo no creo que Pedro ve las actividades de Bernabé como un acto de desobediencia. Como negligencia, tal vez, pero no como desobediencia. —El comentario de Pablo produjo risas. Enseguida añadió: —Cuando Pedro venga y perciba el mover del Espíritu Santo entre ustedes y vea que ustedes son hombres y mujeres que viven mediante la vida divina, comprenderá la voluntad de Dios en lo que concierne a los gentiles.

No obstante las palabras de Pablo, y a pesar del gozo que fluía por entre la congregación por motivo de la inminente llegada de Pedro, había una cierta aprensión en el aire. Los gentiles querían desesperadamente ser recibidos como hermanos por las congregaciones de Judea, porque sabían que eran hermanos.

Pablo los instaba: —A pesar de lo que se diga, no olviden nunca cuán perfectamente Jesucristo los ha escogido y los ha recibido.

La llegada de Pedro fue inolvidable. Algunos hermanos estuvieron esperándolo por dos días junto al camino fuera de Antioquía. Al ver a Pedro y a sus acompañantes caminando hacia ellos, un hermano rápidamente montó a caballo y volvió a la ciudad para anunciar que Pedro se encontraba a sólo unas millas de allí. Conforme a lo planeado, prácticamente todos los de la *eklesía* de Antioquía salieron corriendo para encontrarse con Pedro y saludarlo.

Al ver a Pedro en la distancia, todos empezaron a cantar para él. Pedro se regocijó en gran manera. Como uno que lo conoce, no me es difícil imaginarme lo que él hizo. Pedro empezó a correr hacia ellos, gritando: —Cristianos, cristianos, —un nombre que los inconversos de Antioquía les habían puesto a los creyentes. Hasta ese momento, los creyentes nunca habían sabido exactamente cómo debían reaccionar al ser llamados 'cristianos'. Pero al oír que Pedro los llamaba cristianos (un nombre que ellos ni siquiera se daban cuenta de que él conocía), de repente aquello vino a ser un encomio más bien que un insulto.

Los hermanos y hermanas estallaron en risa y se abalanzaron hacia él con gritos de gozo. De pronto Pedro quedó rodeado apretadamente por un millar de personas que voceaban saludos de bienvenida y tirándole flores. Pedro fue recibido y admitido del todo por los creyentes de Antioquía. Después de eso no hubo ni un momento (hasta la llegada de los fariseos procedentes de Jerusalén) en que Pedro pronunciara siquiera una palabra de crítica a alguno. Había amor, amor ilimitado por todos lados. Repito: Hasta que los fariseos de Jerusalén llegaron, Pedro nunca pronunció una palabra negativa con respecto de Antioquía.

Temprano cada mañana Pedro le predicaba a la congregación. Los creyentes también se reunían en las noches, porque en Antioquía no es peligroso salir a la calle. (Antioquía es quizás la única gran ciudad en la tierra donde esto es cierto —porque las grandes avenidas de la ciudad están alumbradas con antorchas todas las noches). Pedro resultó ser un incomparable narrador. Entretenía a los santos con relatos del tiempo que estuvo con Jesús, la persecución en Jerusalén y el nacimiento de las muchas iglesias de Judea y Galilea. Y se las ingeniaba siempre para hacerse la víctima en todos los relatos.

—Soy el hombre a quien más abrazan en la tierra, —dijo una noche, comentando la forma desembarazada de los gentiles de expresar su afecto.

Pero fue cuando Pedro empezó a orar por los enfermos que la ciudad entera se conmovió. El número de los que se añadían al Señor crecía cada semana. El amor que la congregación sentía por Pedro y su respeto por él, crecían sin límites.

Hay que decir aquí que cuando Simón Pedro estuvo en Antioquía, se le dio plena libertad de hacer lo que quisiese, de decir lo que deseara y de guiar la iglesia en cualquier forma que quisiese. Sin embargo, él no expresó ni una palabra de corrección. Todo lo que dijo e hizo, hablaba de aceptación total. Ha de saberse también, que hubo muchos nuevos convertidos en Antioquía mientras Pedro estuvo allí, y ni uno solo fue circuncidado.

Después de estar Pedro en Antioquía seis semanas, anunció que recorrería la costa de Siria hacia el norte (rumbo a Cilicia) y visitaría las nuevas iglesias de esa región. Tomaría a Bernabé y a Pablo y estaría fuera como por un mes. Su propósito era fortalecer, consolar y alentar esas jóvenes *eklesías*, sanar a los enfermos y proclamar a Jesucristo a los que no eran creyentes.

Yo siempre he creído que fue la providencia de Dios que Pedro hiciera ese viaje, para que él no estuviese en Antioquía cuando los fariseos llegasen. (Ellos llegaron a Antioquía justamente después que Pedro partió.)

Es importante que se entienda lo que ocurrió a continuación.

## C A P I T U L O

**L**a noticia de la llegada de Pedro a Antioquía y de su exuberante reacción a los creyentes gentiles, llegó de regreso a Jerusalén. Los escribas, sacerdotes y fariseos de la *eklesía* de Jerusalén se oponían a la obra de Antioquía y no les gustó esta última noticia. ¡De modo que un grupo de esos fariseos partió para Antioquía!

Uno de esos hombres era el brillante líder mencionado anteriormente. Era un hombre de gran influencia en Jerusalén. Nunca he conocido a nadie del todo como él. Probablemente usted nunca ha oído ninguna mención de él, pero eso es porque más adelante Pablo tomó la decisión de no hablar nunca de ese hombre y de no prevenir nunca de su venida a las iglesias. De hecho, yo estaba con Pablo el día mismo que él tomó esa decisión. Ese hombre llegó a ser el enemigo declarado de Pablo, pero usted no encontrará ninguna referencia a él en los escritos de Pablo.

¿Pero de quién hablo? Del infame Blastinio Drachrachma. El era el fariseo que llevó ese grupo de fariseos y escribas a Antioquía.

Antes de partir de Jerusalén, Blastinio fue a Jacobo, el hermano de Jesús, y le dijo que viajaría a Antioquía para visitar a los santos. A continuación le pidió a Jacobo una carta de presentación y recomendación para la iglesia de Antioquía, un



gesto usual cuando un miembro de un cuerpo visita otro. De modo que se escribió la carta de presentación.

¿Firmó en realidad Jacobo mismo la carta? Hasta el día de hoy yo no lo sé. Ese fue un detalle que nunca se aclaró. (Yo creo que Jacobo la firmó, pero él no tuvo idea de cómo Blastinio habría de usarla para causar semejante daño enorme entre los gentiles.)

Después de obtener la carta, Blastinio partió hacia Antioquía, tomando consigo otros siete hombres, todos ellos fariseos o escribas. Eran los hombres más celosos por la ley de Moisés que había en la *eklesía* de Jerusalén.

Resulta difícil describir a Blastinio. Era alto y delgado. Su rostro era austero. Pero en esto yace el enigma. Cuando era necesario, él podía parecer afectuoso y comprensivo. Podía tornar cualquier debate a su favor, sin parecer nunca austero. Siempre se sentaba erguido. Rara vez hablaba durante conversaciones corrientes. La mayor parte del tiempo permanecía en silencio. Pero cuando hablaba con respecto a temas de su interés, no tenía igual. Hablaba pausadamente. Tenía una misteriosa habilidad para hacer que hasta una observación ordinaria sonara como un comentario profundo. En consecuencia, la gente estaba pendiente de cada palabra suya. Aun cuando estaba desprovisto de todo humor, tenía muchos seguidores. Yo nunca conocí a nadie tan fanáticamente poseído de la ley judía. Su voluntad de hierro lo hizo ser la esencia misma de uno que creía que todos los hombres debían obedecer toda la ley —y que uno podía realmente tener éxito en semejante pretensión. El podía hacer que todo hombre que lo escuchara, creyese que la ley se *podía* obedecer y que se *debía* obedecer. Sobre todo, Blastinio estaba determinado a plegar la voluntad de todos los demás hombres a la suya, y poseía el don de hacerlo.

Blastinio se enojó tanto cuando vio la "así llamada iglesia" (sus palabras) de Antioquía, que le hizo una promesa solemne a Dios de que seguiría a Pablo todo el resto de su vida y haría todo lo que estuviese en su poder para destruir el ministerio de Pablo. Dondequiera que Pablo plantara una iglesia, Blastinio lo habría de seguir y la enseñaría a obedecer la ley de Moisés. Y si no podía persuadir a esas congregaciones a volverse a la ley, las destruiría. Blastinio estaba a tal punto obsesionado. Vivía y respiraba para destruir totalmente el evangelio gentil, así como todas las *eklesías* gentiles. Ese empeño lo poseía. Desafortunadamente, él era el único hombre en Israel que tenía la habilidad de hacer precisamente lo que se había propuesto hacer.

Pablo había conocido a Blastinio años atrás cuando ambos se sentaban a los pies del gran maestro Gamaliel. En aquel entonces, Pablo mismo era un celoso de las tradiciones judías, pero incluso él quedaba enervado por la determinación controladora y la naturaleza carismática de Blastinio.

De modo que Blastinio vino a Antioquía, trayendo consigo una flamante carta de presentación de parte de Jacobo y de la iglesia de Jerusalén. Llegó un día después que Pablo, Bernabé y Pedro habían partido con rumbo norte. La iglesia de Antioquía, si bien no lo sabía, ahora estaba a merced de un hombre que poseía el magnetismo de Pedro y la perspicacia de Pablo. Si usted puede entender a este hombre, puede entender lo que ocurrió realmente en Galacia. Entonces podrá entender por qué más adelante Pablo escribió esa polémica carta a las cuatro iglesias de Galacia.

Así, llegamos al drama que había de conmover a todas las iglesias —esa famosa y dramática confrontación entre Pablo y Pedro en Antioquía y la igualmente famosa confrontación en Jerusalén.

## C A P I T U L O

**L**a iglesia de Antioquía de Siria recibió con los brazos abiertos a Blastinio. En sólo unos días él se ganó la iglesia de Antioquía. Sus maneras seductoras, su piedad, su sabiduría y su proceder resultaban atrayentes para todos aquellos que tenían cierta inclinación religiosa entre los que lo habían conocido. (Desgraciadamente, él no fue el último hombre talmente dotado.)

La congregación de Antioquía se sintió de modo especial bendecida por haber recibido otra importante visita procedente de la *eklesía* de Jerusalén. Estaban seguros de que habían hallado plena aceptación de los creyentes hebreos. Al poco tiempo Blastinio y sus amigos ya hablaban en las veinte o treinta casas en que se congregaba la *eklesía*.

Blastinio comenzó su instrucción poniendo énfasis en las profecías de las Escrituras hebreas que hablaban de un Mesías venidero. A todos les gustaba el tema. Gradualmente avanzó hacia la necesidad de obedecer las leyes y ordenanzas de Moisés. Ese fue su primer paso hacia su conclusión de que era esencial la obediencia a la circuncisión. Sus incisivas palabras, su piedad y su intelecto se ganaron a todos, sin que siquiera se dieran cuenta.

Por un mes entero Blastinio se expresó en Antioquía. Cuando quiera que se mencionaba el nombre de Pedro, Blastinio era pródigo en alabanzas. Pero sólo hablaba con condescendencia de Bernabé. Y no decía una sola palabra cuando era el nombre de Pablo el que se mencionaba. Su silencio era poderoso. Se las arregló para sembrar dudas en el corazón de casi todos en lo que concernía a Pablo, pero sin pronunciar ni una sola palabra con ese fin. Tal era el poder de Blastinio.

Durante todo ese tiempo, Pedro estuvo recorriendo la región del norte. Había dicho que estaría regresando a Jerusalén en breve después de su viaje al norte de Siria, de modo que los creyentes de Antioquía planearon una gran fiesta de despedida para él. Todos los de la *eklesía* habrían de estar allí para honrar a Pedro.

Entretanto, Blastinio había llegado al punto en que sintió que podía requerir que los incircuncisos fueran circuncidados. Eso fue exactamente lo que hizo, e inmediatamente aquello originó una controversia. La iglesia quedó sumida en confusión. En unos días más, la iglesia pudo haber quedado dividida.

Fue en ese momento que Pedro y Bernabé regresaron. (Pablo se había detenido en una de las iglesias al norte de Antioquía.) En cuanto Blastinio se enteró de que Pedro estaba de vuelta en

Antioquía, demandó una reunión con él. Durante todo ese día y hasta bien entrada la noche, Blastinio y sus acompañantes presionaron a Pedro en lo que respecta a las enseñanzas de la ley. Pedro estaba estremecido. Igual estaba Bernabé. Igual estaban también los otros creyentes en la sala.

Pablo llegó de vuelta a Antioquía a la mañana siguiente, el día del banquete de despedida para Pedro. De inmediato los hermanos de Antioquía fueron a hablar con Pablo. —Pablo, han venido unos líderes procedentes de la iglesia de Jerusalén. Nos han estado enseñando cosas que no conocíamos ni hemos oído nunca. Fueron enviados por Jacobo, el mismísimo hermano del Señor Jesús. ¿Es cierto lo que ellos dicen?

Pablo quedó completamente inmóvil. Su rostro se puso ceniciento. —¿De parte de Jacobo? —su voz carraspeó de emoción.

—Sí.

—¿Quiénes son ellos, estos maestros que vinieron mientras estábamos ausentes? ¿Es Juan? ¿O alguno de los Once? ¿Hay entre ellos algunos fariseos?

—No de los Once.

—Pablo mostró alivio. —¿Entonces, quiénes?

—El líder, el que ha enseñado a todos, se llama Blastinio Drachrachma.

Pablo se agarró la frente y empezó a temblar. Uno de los creyentes que estaba cerca de Pablo lo oyó susurrar: —Señor, no. Líbrame de semejante hombre.

Componiéndose, Pablo dijo: —Siéntense. Déjenme escucharlo todo.

Toda aquella mañana y entrada la tarde, Pablo escuchó a los hermanos que le contaban lo que había ocurrido en el transcurso de ese mes. Una cosa estaba clara. Todos en aquella sala estaban atemorizados. Era como si los cimientos de su vida estuviesen desmoronándose.

—Estoy mirando el rostro de ustedes. Veo en su rostro algo que nunca he visto antes. —Pablo hizo una pausa. —Al menos no entre los gentiles.

—¿Y qué ves?

—Culpabilidad. Un sentido de culpabilidad. Un sentido de incompetencia. Un sentido de indignidad. Que ustedes sienten que son de una categoría inferior a otros en el reino de Dios. ¡Que Jerusalén es más cristiana que Antioquía! —Pablo proyectó hacia adelante su quijada y entonces articuló cada palabra que pronunció: —¡Tal es el poder de la ley!

—Todo hombre que pone su esperanza en la obediencia a la ley, se sentirá siempre inadecuado, sintiendo siempre que debe esforzarse más para agradar a Dios. Siempre estará inseguro en cuanto a si Dios está complacido con él o no. ¿Cómo es que sé esto? Yo lo he probado. Y Pedro lo ha probado. Y Bernabé también. Todos terminamos con un abrumador sentido de fracaso. Ahora, en medio de la libertad que ustedes han recibido de Jesucristo, ha

aparecido un evangelio viejo e imposible. Es la "buena nueva" que no es buena nueva en absoluto. Nosotros, que conocemos lo supremo de Dios... ¿retornaremos a algo que nunca nos dio esperanza?

—Es hora de la comida de despedida de Pedro, —observó uno de los hermanos. —Va a empezar pronto.

—¿Ellos... están aquí todavía? ¿Participarán de la comida?

—¡Sí, pero no comerán con nosotros!

Los ojos de Pablo flamearon. —¡Oh, ya veo! Eso es porque *ustedes* son creyentes de segunda clase. Ustedes son menos importantes que los hijos hebreos de Dios. ¡Ustedes no son más que unos pobres e inmundos paganos incircuncisos! ¡Cómo se atreven a pensar que son dignos de sentarse con un hijo de Abraham! ¡Cómo se atreven a pensar que podrían sentarse con Blastinio Drachrachma!

Los hermanos quedaron pasmados. Entonces, al comprender el sarcasmo de Pablo, de repente entendieron lo que ese Blastinio les había hecho.

—Tengo dos preguntas que hacerles, —vociferó Pablo. —¿Se ha sometido alguno de ustedes a la circuncisión?

—No. Tuvimos algunas reuniones bien largas acerca de esto. Finalmente decidimos esperar hasta que Pedro regresara, para poder preguntarle qué debíamos hacer.

—¡Esperar a Pedro! —exclamó Pablo, poniéndose en pie. —¡¿Y quién es Pablo?! ¿Somos menos apóstoles que Pedro? ¿Es el hombre quien define el evangelio? —La sala quedó sumida en silencio. Nadie había visto nunca tan enojado a Pablo.

—Mi siguiente pregunta: ¿Ha rehusado Pedro alguna vez comer con ustedes mientras ha estado aquí?

—No.

—¿Pero Blastinio sí ha rehusado?

—¡Sí! —se oyó la respuesta de un hermano que gradualmente estaba despertando a una confianza mayor.

—¿Se sintieron avergonzados porque él no comió con ustedes? ¿Se sintieron inferiores?

Por un largo momento hubo silencio. Finalmente, un hermano respondió: —Eso es exactamente como me sentí.

—Pero nunca más, —dijo otro, con una voz fuerte.

Sin decir ni una palabra más, Pablo salió de la sala, con los ojos echando llamas.

Hoy, tantos años después, nuestro hermano Pablo es recordado mayormente por dos cosas: Una de ellas es lo que él le dijo a Pedro aquella tarde; la otra, lo que escribió en su carta a las cuatro iglesias de Galacia. Usted podrá pensar que esas dos acciones eran características de Pablo, pero exactamente lo contrario es cierto. Esos fueron momentos excepcionales de su vida. Yo lo recuerdo como un hombre solícito, como uno que lloraba —lloraba tan a menudo, que resultaba enervante. Pablo tenía una pasión, una ternura, una paciencia extraordinarias con el pueblo de Dios, que no he visto en ningún otro hombre.

Al mirar atrás a aquellos días de Antioquía –y luego, de Jerusalén– aquél fue un tiempo que definió el evangelio mismo, y le doy gracias a Dios que Pablo se esforzó en ser denodado. Simplemente Pablo no hacía estas cosas. El se negó a sí mismo para venir a ser ese hombre por una hora. Lo sé, porque yo lo había visto llorar, temblar, totalmente anonadado en cuanto a cómo había de ayudar las iglesias, cuando las mismas encaraban diversas crisis. Yo vi a Pablo estar perplejo, incluso cuando estaba seguro.

Ahora contaré el relato entero de lo que sucedió en aquel banquete. No los rumores que usted pueda haber oído, sino la verdad.

Pero debo decir primero que los hermanos que habían pasado el día con Pablo, exhalaban un suspiro de alivio cuando lo vieron salir de esa sala bramando y dirigirse hacia el aposento del banquete. Hasta ese momento todos los corazones habían estado llenos de temor. Todos temían que Bernabé y Pablo llegasen a convenir con Blastinio. Cuando ese día Pablo salió de la sala, algunos sonreían, algunos lloraban. ¡Pero todos los que estaban allí, reconocieron que habían encontrado su campeón de *sólo por gracia!*

## C A P I T U L O

**E**l banquete de despedida se celebró en un gran aposento arrendado, el salón más grande disponible en Antioquía. ¡Había cerca de dos mil personas allí al tiempo de ese inolvidable momento!

Pablo abrió la puerta y entró, después que los demás ya habían entrado en el salón del banquete. Recorrió con la vista el salón y lo que vio, le hizo hervir la sangre. Vio a Blastinio y su grupo de creyentes circuncidados, sentados en la parte de atrás del aposento, separados de los gentiles. Y vio a Bernabé, parado en el centro del salón.

Fue un momento de intenso drama. Los que estuvieron presentes allí aquella tarde, me han dicho que pudieron ver cómo en realidad Bernabé luchaba dentro de sí mismo. Todos los ojos en aquel silencioso aposento estaban enfocados en él, viendo cómo trataba de decidir si se había de sentar con sus hermanos gentiles o con el grupo de la circuncisión. Por un instante pareció que se iría a sentar con los gentiles. Pero entonces cedió. Se volvió hacia el fondo del salón y se sentó al lado de... Pedro. Pedro, que ya había cedido a una vieja debilidad: la aceptación... presión para conformarse... temor de qué pensarían de él otros. ¡Pedro estaba sentado junto a Blastinio!

Cuando Bernabé se sentó, una potente voz rompió el silencio, como la del chasquido de un relámpago que cae cerca. Pablo empezó a atravesar el salón dirigiéndose directamente a donde estaba Pedro. Yendo, hablaba, tronando cada palabra al caminar.

Nadie en ese enorme aposento podía creer a sus ojos ni a sus oídos. —Simón Pedro —gritó Pablo caminando despacio, muy agonizantemente despacio, hacia el fondo del salón. Pedro se volvió, pasmado, con una mirada que nadie podía interpretar.

—Simón Pedro, ¿cómo es que...? —Pablo aún no estaba a mitad del salón, caminando despacio, deliberadamente. Todos deseaban que de alguna manera él llegase allí más rápido. Pablo estaba involucrando a todos los presentes en esa confrontación, con su lento andar, su voz atronadora y su porte sereno. Su intención era que todos los creyentes que había en ese salón oyeran todas y cada una de sus palabras, y también que nadie olvidase el más ligero detalle.

Bernabé inclinó la cabeza. Blastinio estaba lívido. Pedro estaba tan sereno como Pablo, su rostro aún inescrutable. Todos los ojos estaban enfocados en Pablo.

—Simón Pedro, ¿cómo es que tú has comido con los gentiles cada día hasta hoy... hasta que este grupo de fariseos de Jerusalén llegó? Hasta que ellos vinieron, tú comías con los gentiles. Comías con hombres que no están *circuncidados*. Comías con hombres que son *inmundos*. Ahora tú, y todos los hebreos de esta congregación, rehúsan comer con ellos. Tú no te sentarías con hombres que son incircuncisos. No te sentarías con los inmundos. ¿Eres mejor que aquellos que son incircuncisos?

Pablo clavó los ojos en Bernabé. —¿Lo eres tú, Bernabé?

Enseguida volvió a dirigirse a Pedro: —Tengo una pregunta para ti, Pedro. Tú eres judío, ¿no es cierto? —(Pablo aún no había llegado hasta la mesa de Pedro; la tensión era extremada.) —Sí, tú eres judío, pero no vives como un judío. ¡Pedro, tú vives como un gentil!

—¿Y por qué vives como un gentil? Yo te voy a decir por qué, Pedro. ¡Es porque fallaste en tu esfuerzo de vivir como un buen hebreo! Tú sabes que fallaste. Nunca lograste vivir en conformidad con las demandas de las leyes judías. Tú no puedes vivir como se supone que un hebreo ha de vivir. —Pablo hizo una pausa, pero no le quitó la vista a Pedro. Luego añadió: —Ni tampoco puede Bernabé.

La tensión que había en ese aposento era increíble. Algunos empezaron a llorar. Finalmente Pablo estaba llegando cerca de la mesa de los circuncisos, pero nunca bajó la voz, y nunca perdió su increíble calma. Entonces miró directamente a un hombre a quien no había visto en unos veinte años, y le dijo: —¡Y, Blastinio, tampoco... puedes... tú!

Ahora Pablo había acortado ya la distancia entre sí y Pedro, y se detuvo con el brazo extendido y un dedo frente al rostro de Pedro. Continuó hablando en una voz suficientemente alta para que todos en ese gran salón pudieran oírlo: —Puesto que tú, judío de nacimiento, has descartado las leyes judías y estás viviendo como un gentil, ¿por qué estás tratando de hacer que estos gentiles obedezcan las leyes judías que tú abandonaste? Tú y yo somos judíos de nacimiento, no 'pecadores' como los gentiles. Y no obstante, nosotros cristianos judíos sabemos que somos justificados delante de Dios, no haciendo lo que la ley manda, sino por la fe en Jesucristo. De modo que nosotros hemos creído en El Ungido Jesús, para que seamos aceptados por Dios debido a nuestra fe en El Ungido... y no porque hayamos obedecido la ley. Dado que nadie habrá de ser salvo nunca por obedecer la ley.

Cuando hubo terminado con Pedro, Pablo hizo algo de lo más maravilloso. Este hombre, ardiendo de furia, dio la vuelta y miró a los ojos a todos sus amados amigos gentiles. Una tranquila sonrisa se dibujó en su rostro. (¡Estaba tan sereno que hería!)



Hizo una seña afirmativa con la cabeza. De alguna manera, con ese sencillo gesto y unas lágrimas que lo acompañaron, Pablo pudo decir a un millar de gentiles: "Está bien; ustedes no son inferiores a nadie. Todo está bien."

Todavía sereno y aún andando lenta y deliberadamente, Pablo caminó hasta una mesa rodeada de gentiles de aspecto desaliñado y se sentó. Entonces con una voz que probablemente pudo haberse escuchado todo el viaje hasta Jerusalén, dijo: -¿Me pueden alcanzar un poco de *puerco* asado?

Hubo un instante de aplastante silencio, que fue roto por una espontánea risotada. Incluso algunos de los gentiles empezaron a aplaudir.

A Blastinio lo consumía un odio no mitigado. El había quedado eclipsado, y Pablo había ganado de vuelta el corazón de los gentiles. Y para empeorar las cosas, Pablo había terminado toda la batalla en una ovación de risas. Blastinio no pudo haber conocido una humillación mayor. Fue en ese momento de ciega rabia que Blastinio le declaró la guerra a Pablo. Aquella fue una guerra que duró toda la vida de ellos.

Llegó a ser proverbial describir aquella tarde en estos términos: "¡La última vez que la iglesia de Jesucristo había visto semejante drama fue en la Resurrección!"

A la mañana siguiente Pedro partió de Antioquía. El grupo de Blastinio se esfumó, pero nadie sabía que en realidad ellos permanecieron en la ciudad casi toda una semana, después de esos acontecimientos. Luego emergieron para confrontar a Pablo.

Mucho antes de que Pedro llegase de regreso a Jerusalén, la noticia de lo que había ocurrido en Antioquía llegó a oídos de la *eklesía* de Jerusalén. Había rumores por dondequiera. Y esos rumores persisten hasta el día de hoy. Pero ahora yo puedo decir exactamente cuál fue la reacción de Jerusalén. ¡Lo sé, porque en ese tiempo yo estaba en Jerusalén! Léanse cuidadosamente mis palabras.

## C A P I T U L O

"¡Pablo reprendió a Pedro!"

El rumor se esparció como fuego de pradera en la *eklesía* de Jerusalén. Cuando lo oí por primera vez, quedé estupefacto. "¿Pablo reprendió a Pedro? ¡Ciertamente no! Nadie reprende a Pedro."

Simplemente no podía creerlo. ¿Cómo podía el más grande apóstol ser reprendido por un ex perseguidor de la iglesia de Jesucristo —un hombre acerca de quien ya había mucha duda y sospecha? ¿Se había atrevido ese hombre a reprender a la persona misma que el Señor Jesucristo había escogido como líder de los Doce?

"¡Pablo reprendió a Pedro!" Y esta frase era seguida de la desconcertante afirmación de que "¡lo reprendió en presencia de unas dos mil personas!"

No puedo decir cuán escandalizado estaba yo, cuán escandalizados estábamos todos nosotros. De una cosa yo estaba seguro: ¡Este hombre, Pablo, no tenía lugar en la obra de Dios! En ese momento, yo no habría acompañado a Pablo ni para cruzar la calle. Dudo que lo habría dejado entrar por la puerta de mi cuarto. Y dudo que la iglesia de Jerusalén lo habría recibido como un hermano en El Ungido. Ni se nos cruzaba por la mente que alguna vez sería recibido nuevamente por las iglesias de Judea. Pablo había cometido el imperdonable insulto. Nadie habría podido convencerme entonces de que en breve los apóstoles le estrecharían la mano a Pablo, lo abrazarían, le darían el ósculo de amor cristiano y lo enviarían a predicar el evangelio de Jesucristo a las naciones paganas.

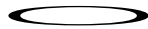
Ni siquiera un arcángel me habría persuadido de que yo, de entre todos, habría de ser un día el compañero y colaborador de Pablo en levantar congregaciones de *gentiles*.

Pablo estaba acabado, y yo lo sabía. Esas eran las percepciones de todos los creyentes de Jerusalén. ¡Hasta que llegó Pedro! Y hasta que también llegó una carta de la *eklesía* de Antioquía.

Fue entonces que nos enteramos de lo que Blastinio había hecho cuando fue a Antioquía con la carta de Jacobo. De repente comprendimos que esa patraña podía tener dos caras.

Cuando los creyentes de Antioquía escribieron a la *eklesía* de Jerusalén, no sabían dónde estaba Blastinio. Además, habiendo sus amigos fariseos regresado a Jerusalén, rehusaron decir a dónde él había ido. (En realidad, pasarían meses antes de que alguno de nosotros oyera dónde había ido Blastinio y qué había hecho.) Todos empezamos a preguntarnos si, en lo que concernía a esta trama, no había más que lo que habíamos supuesto primero.

Sígame ahora según relato toda la historia, ya que nunca antes se habían revelado plenamente algunos aspectos de esta situación.



Después que Pedro partió de Antioquía, hubo una mordaz confrontación entre Blastinio y Pablo. Para entonces Bernabé había vuelto al lado de Pablo. De modo que un fariseo procedente de Tarso y un levita de Chipre, confrontaron a un grupo de fariseos y escribas procedentes de Jerusalén ¡durante un día entero! Ninguno cedía. Fue una furiosa confrontación.

Inmediatamente después de esa batalla de palabras, Blastinio desapareció del todo. Al día siguiente los hermanos de Antioquía se reunieron para discutir lo que habían de hacer. Estuvieron reunidos por dos días y dos noches orando y hablando, sin tomar alimentos. En ese aposento los hermanos que eran judíos se arrepintieron de sus vacilaciones, Bernabé entre ellos. (Fue ese día, creo, que Bernabé vino a campar por sus respetos, porque cuando más adelante vino a Jerusalén, era un león entre los hombres. Lo sé. Yo estaba allí y lo observé.)

La decisión a que llegaron finalmente los hermanos, fue en sí una simplicidad. "Nosotros vivíamos en paz y con gozo. Entonces estos hombres vinieron de Jerusalén y crearon una gran crisis entre nosotros. El problema vino de Jerusalén. Por tanto, el problema debe ser presentado en Jerusalén y, esperamos, debe ser *resuelto* en Jerusalén."

Entonces los hermanos de Antioquía escribieron una carta a los ancianos de Jerusalén. Asimismo dirigieron esa carta a toda la iglesia de Jerusalén. Fue una carta bien corta. Al menos el mensaje era breve, pero la carta fue firmada o 'marcada' ¡por todos los hermanos de Antioquía!

"Hombres que alegaban haber venido de parte de Jacobo", decía la carta, "han trastornado la fe en Antioquía. Vamos a enviar una delegación de hombres de la *eklesía* de Antioquía. Solicitamos que ustedes que son líderes en la iglesia de Jerusalén, reciban a estos hombres como hermanos en El Ungido, y les rogamos que nos den instrucciones en estos asuntos.

"La delegación incluye a nuestro amado hermano Bernabé, y a Pablo, y a un gentil llamado Tito. Todos ellos son mensajeros de la *eklesía* que se congrega aquí en Antioquía."

Se escogió a uno de los hermanos para que llevara esa carta a Jerusalén a caballo y a toda velocidad. De hecho el hermano llegó a Jerusalén tan sólo un poco después de que Pedro llegara y antes de que el grupo de la circuncisión hubiese llegado. Cuando el mensajero procedente de Antioquía llegó a Jerusalén, halló a Pedro y le entregó la carta.

Las palabras de Pedro, cuando recibió la carta de manos del jinete, fueron bien breves: —Entregaré esta carta personalmente a los apóstoles. Díganles a sus delegados que serán recibidos calurosamente, y este asunto será plenamente tratado.

Cuando el jinete regresó a Antioquía, inmediatamente los hermanos escribieron otra carta y la enviaron nuevamente con un emisario a caballo a Jerusalén. En esa carta simplemente se estimaba cuándo los apóstoles, allá en Jerusalén, podían esperar que llegaran los hermanos de Antioquía.

¿Y dónde estaba Blastinio? Sus amigos fariseos habían regresado a Jerusalén. (Estaban muy ocupados reinventando los acontecimientos de Antioquía.) Pero ¿dónde estaba Blastinio? Ninguno de los de su grupo lo decía. Pasaron muchos meses antes de que supiéramos la terrible verdad.

El último día que pasó en Antioquía, después de su confrontación con Pablo, Blastinio tomó una audaz decisión. Lo que él hizo, es casi imposible de creer. Ninguno de nosotros, ni siquiera Pablo, podía haber conjeturado lo que haría Blastinio. Pero su acción demostró la medida del odio que le tenía a Pablo, su obsesión con la ley de Moisés y su empeño en destruir el ministerio de Pablo, —sin importar a dónde fuera Pablo y sin importar cuándo fuera allí.

Cuando Blastinio terminó su debate con Pablo, comprendió cuán formidable era su enemigo que él había jurado destruir. (También Pablo comprendió que se había encontrado con un hombre que era del todo su igual.) Uno de estos hombres permanecía inmóvil en pro de la ley, de los preceptos, las demandas, las buenas obras y El Ungido. El otro permanecía firme simplemente por El Ungido.

Ese día Blastinio Drachracha salió de esa reunión y ¡partió con rumbo a Galacia!

En su mente Blastinio podía ver esas cuatro iglesias de Galacia. Podía verlas plantadas por dos presuntuosos que no comprendían el evangelio judío. Se estremecía al pensar que los creyentes de esas iglesias eran incircuncisos. De manera que Blastinio llegó a la conclusión de que aquéllas no eran congregaciones de cristianos, sino de paganos. Pero aún más irritante era para él la idea de que aquellas iglesias incluso existieran. Estaba seguro de que esa gente no tenía la vida divina. Por tanto, infirió, alguien debía ir a Galacia y circuncidar a esa gente o —caso de que eso no resultara— ¡destruir aquellas iglesias!

El día siguiente al debate, casi todos los fariseos partieron de regreso a Jerusalén. Todos supusieron que todos ellos regresarían a Jerusalén, pero eso no fue lo que sucedió.

Blastinio les dijo a sus seguidores lo que había decidido hacer. Hasta ellos quedaron desconcertados. Pero éstas fueron sus instrucciones: -Váyanse de Antioquía. Regresen a Jerusalén. Entonces encárguense de que el verdadero evangelio triunfe en Jerusalén. Díganles a todos que Pablo ha profanado al Señor insultando a Pedro y desechando la ley de Moisés. Díganselo a todos, creyentes e inconversos. Que la ciudad oiga. Que todos los hombres sepan despreciar a Pablo. Pero yo no voy a ir con ustedes. Cuando ustedes partan con rumbo sur hacia Jerusalén, yo viajaré hacia el norte a Cilicia y luego seguiré a Galacia.

-¿Vas a ir a Galacia? -preguntaron sus amigos con incredulidad. -¿Vas a visitar aquellas cuatro iglesias paganas? ¿Por qué?

La respuesta de Blastinio fue clara y conclusiva. -Llevaré conmigo a Zebulún el escriba. Iré a Galacia y seguiré los pasos de Pablo y visitaré las cuatro ciudades. Me encargaré de que todos los que se congregan en esos cuatro lugares, escuchen lo que este falso apóstol ha hecho. Llevaré la carta de presentación de Jacobo; y llevaré un cuchillo y, con él, el verdadero evangelio. Esos gentiles paganos de aquellas iglesias espurias oirán de mí el verdadero evangelio. Si alguno rechaza mis palabras, haré todo lo que esté en mi poder para destruirlo. Pero creo que eso no será necesario. Pablo está equivocado y yo estoy en lo cierto. La verdad habrá de triunfar. Ahora bien, no dejen que Pablo sepa que he ido a sus gentiles. Voy a necesitar tiempo, pero no dudo que Galacia entrará en el redil.

Entonces, en presencia de todos aquellos fariseos, Blastinio hizo un juramento escalofriante. Fue un juramento digno de los dagueros que, algunos años después, juraron quitar la vida de Pablo: -Delante de Dios todopoderoso, a quien sirvo de todo mi corazón, dedico mi vida de aquí en adelante a hacer que el mensaje de Pablo sea destruido. Juro al Dios que amo, que iré a dondequiera que Pablo plante iglesias gentiles. Lo seguiré hasta los confines de esta tierra, hasta el día que Dios lo hiera de muerte. A dondequiera que yo lo siga, le diré a toda congregación gentil que él comience... les diré la verdad de Dios. Los llevaré a Abraham y a Moisés, o haré todo lo que esté en mi poder para destruirlos. Así habrá de ser mientras yo viva.

Sus amigos murmuraron algunas oraciones y partieron prontamente. Zebulún, tan sólo ligeramente menos celoso por la ley y por todo pequeño detalle de ella que Blastinio, comenzó a preparar todo para el largo y arduo viaje a Galacia.

Les recuerdo que Pablo no supo nada de ese viaje a Galacia. Y fue sólo un año más tarde que él se enteró del juramento que Blastinio había hecho. Todavía ahora parece increíble que Pablo, Bernabé y Tito estuviesen yendo con rumbo a Jerusalén, al mismo

tiempo que Blastinio estaba yendo hacia Derbe, Listra, Iconio y Antioquía de Pisidia. Luego, al mismísimo tiempo que Pablo estaba en Jerusalén reuniéndose con los apóstoles y abogando por la sola gracia de Jesucristo, Blastinio estaba en Derbe proclamando su evangelio de El Ungido y la circuncisión.



Pablo, Bernabé y Tito llegaron a Jerusalén tarde una noche. Puesto que los ancianos estaban esperando su llegada, ya habían planeado una reunión cerrada para la mañana siguiente. Jacobo me invitó a que asistiera a esa reunión junto con los apóstoles, con él mismo, con los ancianos de la iglesia de Jerusalén, y con varios otros hermanos. Nos reuniríamos con los hermanos de Antioquía y seguiríamos reunidos, sin importar cuánto tiempo nos tomara, hasta que ese conflicto se resolviera plenamente. ¿Ha habido alguna vez, o habrá de nuevo alguna vez una asamblea tan trascendental? Yo creo que no. (Incidentalmente, me sentí tanto sorprendido como honrado por ser invitado a esa reunión. Ahora bien, por qué fui invitado, todavía no estoy seguro.)

La sala era pequeña y estaba repleta. Cuando entré, me desconcertó ver algunos de los rostros en esa sala. Muchos fariseos que habían insistido en estar allí, estaban presentes. (Varios de ellos habían estado en Antioquía, y resultó ser que ellos constituían el verdadero problema.) Se les dijo que podían entrar y sentarse, podían incluso hablar, pero no formar parte de la deliberación ni de las decisiones finales que se habían de tomar en ese asunto. Noté inmediatamente que Blastinio no estaba presente, pero no pensé nada en *por qué* no estaba allí. Por cierto que nunca soñé que estuviese en Galacia.

Había más tensión en la sala —y más hombres nerviosos— que lo que yo me hubiese esperado nunca. Sentí compasión por los ancianos de la iglesia de Jerusalén, porque habían sido constituidos tan sólo recientemente.

Pablo, Bernabé y Tito (el hermano de Lucas) optaron por sentarse en un rincón. Yo había visto a Pablo sólo una vez antes —varios años después de su conversión. Predicó el evangelio durante aquella breve visita suya a Jerusalén. Pero habían pasado muchos años, y ciertamente entonces era más conocido por su celosa persecución de los creyentes anterior a su conversión. Asimismo había transcurrido mucho tiempo desde que yo había visto a Bernabé la última vez. Y ver a un griego —Tito— en medio de tantos judíos, era muy extraño. Al parecer Tito disfrutaba de todo ese asunto. Era un joven que amaba a su Señor, como llegué a descubrir, y andaba casi con desenvoltura. Sabía que era un creyente.

Pero la mayor parte de nosotros estábamos mirando a Pablo y a Pedro. ¿Habría otra explosión entre ellos? ¿Quién se revelaría como el más piadoso en palabras y actitud? Para sorpresa nuestra, resultó que nada en absoluto sucedió entre ellos. ¡Era como si el incidente de Antioquía nunca hubiese acontecido!

Pedro inició la reunión. Comenzó con una petición de que ninguno de nosotros comentáramos esas reuniones con nadie. Todos sabíamos que eso habría de ser difícil, porque todos los creyentes de Jerusalén querían saber qué estaba pasando. No obstante, es tan sólo ahora, en mi vejez, que puedo contar lo que sucedió en esa sala durante aquellos pocos días siguientes.

Durante un día entero escuchamos a Bernabé relatar su historia de cómo años atrás había partido de Jerusalén —a petición de Pedro— y viajado a Antioquía, y de los primeros cuatro años en la vida de la *eklesía* allí.

Yo disfruté escuchando el relato de Bernabé. El y yo habíamos sido añadidos al Señor el mismo día —el día de Pentecostés. Habíamos sido íntimos amigos (junto con Felipe, Esteban y Agabo) durante aquellos primeros siete años. Nos sentábamos juntos día tras día en el pórtico de Salomón, escuchando a los Doce relatar sus años de vivir con el Señor en Galilea.

A propósito, Bernabé había anotado todo lo que pudo. Su joven sobrino Marcos se sentaba al lado de él, y más tarde hizo una copia de las anotaciones de Bernabé. Años después, Marcos se sentó con Pedro durante días enteros, anotando todo lo que Pedro le decía acerca del Señor. Luego Marcos escribió un relato completo acerca de la vida del Señor. Pero, desde luego, la mayoría está familiarizada con ese relato.

El Bernabé que yo escuchaba ahora, no era el Bernabé con quien me había formado años atrás en el pórtico de Salomón. Este hombre tenía sus propias convicciones; era dueño de sí mismo. En el pasado su admiración y reverencia de Pedro y de los Doce había sido ilimitada. Ahora estaba preparado para pararse resueltamente frente a estos hombres, de ser necesario, a fin de ensanchar la comprensión que *tenían* del evangelio. Y hacía esto por su profundo amor por los gentiles. Aquella sola experiencia suya de retornar a la esclavitud de la ley, el día que se sentó con Blastinio, lo había hecho libre de verdad.

Al hablarnos ese día, Bernabé le dio un gran crédito a Pablo por la obra realizada en Antioquía y, aún más, por la obra de Galacia. Asimismo puso énfasis en hacer frecuentes citas de los mensajes que Pablo había predicado. Allí comencé a ver a Pablo desde un punto de vista totalmente diferente. Y también la mayor parte de los hombres que estaban en aquella sala, excepto, desde luego, los fariseos que habían estado en Antioquía.

Lo que ocurrió después de esa reunión, vino a ser un bulliciosamente jocoso relato que a todos nos gusta contar. Ya era tarde cuando Bernabé terminó, y acordamos reunirnos otra vez a la mañana siguiente. Bernabé, Pablo y Tito volvieron al lugar donde estaban parando. Unos minutos después Bernabé salió afuera precipitadamente. A continuación se oyó un alarido y algo de forcejeo, ¡y Bernabé volvió a entrar en el cuarto arrastrando a un fariseo agarrado por la nuca! —¡Estaba atisbando en nuestro cuarto

por la ventana! —dijo Bernabé airado. —¿Qué estabas haciendo allí, pegado a nuestra ventana?

Como por unos veinte minutos el reo estuvo inventando una excusa tras otra, ninguna razonable.

—Nos dirás la verdad, o la dirás delante de Jacobo, —dijo Bernabé con determinación.

El hombre palideció. —Este... Queríamos descubrir si Tito había sido circuncidado, —admitió finalmente.

—Que ¿qué? —exclamó Bernabé.

Sentado en su estera, Tito cayó hacia atrás incrédulo. Bernabé hacía su mejor esfuerzo para no reírse, pero estaba perdiendo la batalla. Pablo estalló en risa. Tito se quedó con los ojos muy abiertos y sin palabras.

—¡Espionando a un hombre para ver si está circuncidado! —dijo Bernabé, levantando las manos consternado.

—¡Lo último de la ley! —rugió Pablo, aún riendo.

Para entonces, Tito estaba indignado. —¿Quién te mandó?

—Nadie.

—Tú dijiste: *Nosotros*.

En ese momento el fariseo se puso en pie de un salto y se lanzó afuera, internándose en la noche. Tito corrió tras él, pero estaba demasiado oscuro como para tratar de perseguirlo. Entonces Tito gritó tras él: —Soy tan irreprochable como era Abraham el día que Dios lo declaró justo, y tengo tanta piel como tenía él!

Bernabé y Pablo, parados en medio de la calle, estaban desternillados de la risa. Tito, aún indignado, procuraba mostrar una mueca de sonrisa. Ese incidente llegó a ser parte de las narraciones folklóricas de los cristianos gentiles.

Bien pronto la noticia de lo que había ocurrido, llegó a todo oído en Jerusalén. La mañana siguiente Tito contó varias veces el relato. Al empezar a contar de nuevo el relato a los apóstoles, ellos estaban apesadumbrados. Pero para cuando Tito terminó, les corrían las lágrimas, por haber reído tanto. Hasta Jacobo mostraba un esbozo de sonrisa. Hubo disculpas desde todos lados en la sala, y los perturbadores estaban muy a la defensiva.

Cuando se dio comienzo a la reunión ese día, se pidió a Pablo que hablara. El ya había despertado una tremenda curiosidad en Bernabé y en Tito, porque había entrado en la sala con un pequeño paquete en las manos.

Debo decir que al levantarse Pablo para hablar, yo aún estaba muy escéptico. ¿Quién era este hombre? Casi todos en esa sala compartían mi escepticismo respecto de este judío procedente de una ciudad griega. A pesar de su breve visita realizada años atrás, él nos era casi completamente desconocido, excepto que los fariseos lo aborrecían. Más allá de eso, sólo rumores. Pero antes de que Pablo pudiera comenzar, Bernabé dijo en voz alta: —Mi hermano Pablo es un hombre tan excelente como el mejor que haya andado entre nosotros. La mayor parte de lo que ustedes conocen de



él es de oídas. Escúchenlo a él. Escúchenlo bien, porque es su hermano.

Entonces Pablo empezó a hablar: -Ustedes conocen demasiado bien mi anterior carrera como celoso fariseo. Yo hacía todo lo que podía para destruir la iglesia. Iba casa por casa, sacaba a hombres y mujeres y los arrastraba para meterlos en la cárcel. Algunos de ustedes fueron azotados o golpeados como resultado de mi celo, y ahora les pido perdón.

-Incluso recibí autorización para ir a Damasco y hallar a los seguidores del Camino y traerlos encadenados a Jerusalén, para ser castigados. Pero al ir yo por el camino acercándome a Damasco, de repente una luz muy brillante proveniente del cielo me rodeó. Caí al suelo y escuché una voz que me decía: "Saulo, Saulo, ¿por qué estás persiguiéndome?"

-¿Quién eres, Señor? -pregunté. Y él respondió: "Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues." Los que estaban conmigo vieron la luz, pero no entendieron la voz.

-Yo dije: "¿Qué he de hacer, Señor?" Y el Señor me dijo: "Levántate, y entra en Damasco, y allí se te dirá todo lo que has de hacer."

-Yo quedé ciego por la intensa luz y tuve que ser conducido a Damasco por mis compañeros. Un hombre llamado Ananías vivía allí. Era un hombre piadoso en su devoción por la ley, y tenía buen testimonio de todos los judíos de Damasco. Luego él vino a mí, y acercándose, me dijo: "Hermano Saulo, recibe la vista." ¡Y enseguida pude verlo!

-Entonces él me dijo: "El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad y veas al Justo y oigas su voz. Has de llevar su mensaje por todas partes, diciéndole a todo el mundo lo que has visto y oído. Y ahora, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando el nombre del Señor."

Todos habíamos oído ya el relato, pero esta vez el mismo vino del propio Pablo. Quedamos cautivados. Verdaderamente este hombre había conocido al Señor.

Pablo continuó su relato: -Inmediatamente después empecé a predicar en Damasco, y muchos de nuestra propia gente de allí quedaron convencidos de que Jesús es el Mesías. Pero luego los líderes judíos decidieron matarme, por lo que me escapé de allí, ¡siendo bajado en una canasta grande por el muro de la ciudad a través de una abertura!

-En vez de regresar enseguida a Jerusalén, me fui a Arabia, donde el Señor me hizo pasar por un tiempo de soledad purificadora. Luego, de Arabia regresé a Damasco, y finalmente volví acá a Jerusalén tres años después de mi conversión. Pasé quince maravillosos días aquí con Pedro y Jacobo. -Pablo señaló hacia ellos con la cabeza. -Al principio ellos fueron un poco cautelosos, pero me hablaron durante días, sin parar, acerca de la

vida de nuestro Señor y de su ministerio. Después viajé atravesando Siria y volví a mi ciudad natal de Tarso en Cilicia.

—Unos años más tarde visité a Jerusalén otra vez. Algunos de ustedes recordarán esa visita, aun cuando la misma fue bastante breve. Ustedes estaban comprensiblemente atemorizados de mí, pero Bernabé testificó por mí de que yo era de verdad un hermano en el Señor. Pero esa visita quedó truncada cuando algunos de los judíos de habla griega amenazaron mi vida, así que regresé a Tarso.

—Algunos años después, cuando Pedro envió a Bernabé a Antioquía, Bernabé viajó a Tarso y me pidió que lo ayudase en Antioquía. Me complació hacerlo, y pasamos allí un maravilloso año juntos en el ministerio. Yo participaba de la vida diaria de la iglesia y trabajaba cada día en la plaza de mercado como talabartero y reparador de tiendas.

—Yo no hacía allí nada excepto lo que todos los hermanos hacen. Otras cosas que hice, vinieron por vía de invitación de los hermanos. Durante todo ese tiempo yo me sentaba a los pies de Bernabé, aprendiendo de él las cosas que él aprendió de ustedes. —Hubo señales de aprobación por toda la sala.

—Fue durante ese tiempo que la *eklesía* de Antioquía nos pidió a Bernabé y a mí que les trajéramos a ustedes aquella su dádiva de cereales acá a Jerusalén. Pero eso fue durante el tiempo de la persecución bajo Herodes Agripa. Prácticamente todos ustedes se encontraban escondidos, de manera que nunca tuvimos la oportunidad de reunirnos con la *eklesía* entera aquí.

—Esta es mi cuarta visita, —dijo. —Luego añadió: —Confío en que no habrá persecución esta vez... al menos no de ustedes. —Esa ironía produjo sonrisas.

—Eso es todo, excepto que quiero recalcar que siempre me he ganado mi pan con el trabajo de mis manos.

Entonces Bernabé lo interrumpió: —Una y otra vez Pablo me pidió que le contara todo acerca del día de Pentecostés y acerca de la iglesia de Jerusalén, y cómo se sentían los creyentes cuando él los perseguía. Quería entender todo desde el punto de vista de la *eklesía*. Yo le expliqué todo lo que pude en cuanto al evangelio, incluso todo lo que ustedes me habían dicho respecto de los años que pasaron con Jesús. También le leí a Pablo todo lo que yo había anotado al escucharlos a ustedes en el pórtico de Salomón. Como todo buen alumno, él me repetía todo lo que yo le decía. Hermanos míos, Pablo me hizo lo que Silas, Esteban, Felipe y yo mismo les hicimos a ustedes. Me acribilló a preguntas. —Los apóstoles, rememorando al joven y vehemente Bernabé, hicieron señas de afirmación con la cabeza y sonrieron.

Nuestro enfoque de Pablo estaba cambiando. Sólo los fariseos seguían atrincherados.

Entonces aparecieron algunas hermanas y nos sirvieron una suntuosa comida. Mientras yo comía, no pude dejar de mirar alrededor a los hombres presentes en esa sala. Me preguntaba si

Pedro había perdonado ya totalmente a Pablo, y yo no tenía indicios de lo que Jacobo estaba pensando.

Cuando la reunión empezó de nuevo, Tito habló de su conversión y crecimiento en El Ungido. Varios hombres no habían estado en la reunión de la mañana, pero habían oído hablar de la aventura que Tito había tenido la noche anterior. Le pidieron que contara otra vez la anécdota. El la contó, y yo respiré más tranquilamente al ver cómo Pedro bramaba riéndose.

Esa tarde, ya casi al anochecer, Pablo empezó a hablarnos de los dos años que él y Bernabé habían pasado en Galacia. Nos estremecimos cuando mencionó que había recibido treinta y nueve latigazos en Chipre. El relato del naufragio fue más que conmovedor, y la narración de las horripilantes experiencias que vivieron en el camino que va de Perga a Pisidia, nos horrorizó a todos. Nos estremecimos otra vez cuando nos contó cómo los dos habían sido apaleados con varas en Antioquía de Pisidia.

Al contar los relatos, Pablo siempre ponía a Bernabé en el centro. A su vez, Bernabé decía no tener nada que ver con eso. El insertaba su propia reminiscencia de los acontecimientos y ponía a Pablo en primer plano. Al avanzar la noche, aquello vino a ser una historia relatada por dos hombres. Permanecimos sentados en silencio, excepto por nuestros sollozos y lágrimas.

Esos doce hombres, todos los cuales habían experimentado persecución, sabían que ellos *nunca* habían pasado por un dolor tal, como el que Pablo y Bernabé ahora describían. ¡Estaban impresionados!

El recuento de Bernabé del apedreamiento de Pablo nos conmovió profundamente, pero entonces uno de los fariseos puso en duda si todos esos relatos eran ciertos. Por primerísima vez vi a Bernabé encenderse de ira. De un tirón se quitó la camisa y preguntó con los dientes apretados: -¿Ves esta espalda? No es nada comparada con la de Pablo. No te honraré mostrándote las cicatrices de Pablo. Pero mira su rostro, ¡hay bastantes cicatrices allí!

-Ninguno de nosotros ha pagado tan costosamente, -dijo Juan en voz baja.

-Te creemos, hermano Pablo, -dije con voz ahogada.

-Yo también creo, -dijo Pedro. -Pero hay algunos aquí que, como Tomás solía ser, sólo creen lo que ven, Pablo.

Pablo, con los ojos llenos de lágrimas, rogó: -Por favor, Pedro, yo preferiría que no.

-Sí, Pablo, -susurró Pedro.

Siguió el silencio más alto que yo haya oído nunca. Pablo se volvió y, asintiendo a la petición de Pedro, se quitó la camisa.

Ninguno de nosotros habrá de olvidar nunca ese momento. Pedro sollozó, lo mismo que todos nosotros, excepto los fariseos. Pronto Pablo se puso la camisa otra vez, se sentó, y hundió la cabeza entre las manos.

Bernabé rompió el embarazoso silencio. —Pablo fue azotado más de una vez, sufrió naufragio en las frías aguas del Mediterráneo por una noche y un día, y fue apaleado con varas. —Hizo una pausa. —Cerca de Pisidia, desnudo y medio congelado, casi murió. —De nuevo hizo una pausa. —Después, fue apedreado. Con todo, nunca lo he oído quejarse. Debió de haber estado amargado o enojado, o al menos haber tenido el buen sentido de irse a casa. Pero no, nada de eso. En vez, él siempre estuvo ansioso de predicar a Jesucristo. Además, Pablo predica a su Señor con una profundidad y una energía que nunca he escuchado en ningún otro hombre.

El rostro de Bernabé era como un pedernal, y sus ojos ardían como fuego. Mirando fijamente a los escribas y fariseos, se sentó.

Pablo pidió una última palabra. Fue entonces que abrió ese misterioso paquetico que traía consigo, y sacó un rollo. Era parte de una Escritura hebrea. ¿Cómo se las había arreglado para conseguir una Escritura sagrada? ¿Y cómo se las había ingeniado para obtener permiso para traerla a un lugar como éste? Porque las Escrituras se encontraban sólo en las sinagogas, donde se guardaban cerradas en fuertes cajas de madera y de cobre. Cuando abrió el rollo, pasaron una antorcha a su lado. Pablo se esforzó por leer en esa pobre luz. —Tal vez alguien que tenga ojos más jóvenes... —sugirió.

Tito se puso de pie al instante. —Oh, si es hebreo, —dijo, y se volvió a sentar, sonrojado. Todos se rieron entre dientes. La mayor parte de los que estaban en la sala tenían más de cuarenta años, edad más allá de la cual los ojos de la mayoría de los hombres no eran ya lo suficientemente fuertes para leer. Para sorpresa de todos, un escriba se adelantó, tomó el rollo y empezó a leer:

“Después de estas cosas vino la palabra de Jehová a Abram en visión, diciendo: No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande.

Y respondió Abram: Señor Jehová, ¿qué me darás, siendo así que ando sin hijo, y el mayordomo de mi casa es ese damasceno Eliezer? Dijo también Abram: Mira que no me has dado prole, y he aquí que será mi heredero un esclavo nacido en mi casa.

Luego vino a él palabra de Jehová, diciendo: No te heredaré éste, sino un hijo tuyo será el que te heredaré. Y lo llevó fuera, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia. Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia.”

Este relato les era familiar a todos. Cuando el escriba terminó, Pablo empezó a hablar tranquilamente. —Abraham era nativo de Babilonia. Hoy, según nuestras normas, él habría sido llamado un gentil... al menos hasta ese momento en que fue declarado justo. El era un gentil y todavía no estaba circuncidado y no tenía

conocimiento de la ley de Moisés (porque Moisés no aparecería por otros cuatrocientos años), no obstante ¡Dios lo declaró justo!

Era una conclusión efectiva. Pero un fariseo, viendo cómo la reunión estaba cambiando a favor de Bernabé y de Pablo, dijo abruptamente: —Sí, pero Dios tomó a Abraham por los cabellos de su cabeza y lo llevó cuatrocientos años en el futuro y lo hizo sentarse a los pies de Moisés.

Un embarazoso silencio llenó la sala. Pedro tosió, esforzándose por disimular una risotada. Juan ni siquiera trató. Soltó la carcajada. Un momento después, estalló la risa en la sala. Creo que fue en ese momento que los hermanos empezaron a ver la simplicidad del problema y la ridiculez de demasiada erudición (o quizá de demasiada religión).

Fue el siempre austero Jacobo quien dio término a la reunión. Cuando nos fuimos, todos sabíamos que al día siguiente se habría de decidir todo. Jacobo había dicho que todos participaríamos en la discusión de los asuntos. Después, se tomaría una decisión.

Aun cuando todo esto ocurrió hace ya tantos años, yo aún preferiría no recordar la reunión siguiente.

## **C A P I T U L O**

**A**l día siguiente no comimos ni un bocado de comida. El grupo de la circuncisión atacó a Pablo, atacó a Bernabé, atacó a Antioquía, y fue especialmente vitriólico con respecto a las cuatro iglesias de Galacia.

Bernabé y Pablo contestaron cada palabra. Con frecuencia Pedro o Juan tuvieron que intervenir para mantener el orden. Se citaron tantas Escrituras que ya la cabeza nos daba vueltas. Pero ninguno de los que estaban presentes en esa reunión pudo discrepar con este hecho: Pablo de Tarso tenía una comprensión de Jesucristo y del evangelio, que estaba tan bien fundamentada, como la de cualquier otro hombre en esa sala. ¡Yo ya no ponía más en duda ese hecho!

Bernabé y Pablo habían cambiado nuestro corazón, nuestra mente y nuestro prejuicio —y habían reducido los rumores a nada. Verdaderamente eran unos leones entre los hombres.

Finalmente el debate terminó. Mi estómago estaba hecho un nudo. Yo temía lo que había de venir. Dos hombres en esa sala tenían la llave al futuro del evangelio. Yo no tenía la menor idea con respecto a en qué posición estaban uno y el otro. Los otros once sí, pero Pedro y Jacobo no habían revelado nada de sus creencias fundamentales en este asunto.

Pedro rompió la tensión. Sus palabras me maravillaron: —Hermandos, todos ustedes saben que hace algún tiempo Dios me escogió de entre ustedes para predicarles a los gentiles, para que ellos pudiesen oír las Buenas Nuevas y creer. Dios, que conoce los corazones, confirmó que El acepta a los gentiles dándoles el Espíritu Santo, lo mismo que nos lo dio a nosotros. No hizo ninguna distinción entre nosotros y ellos, porque El también purificó sus corazones por medio de la fe. ¿Por qué ponen ustedes en tela de juicio el modo de obrar de Dios, cargando a los creyentes gentiles con un yugo que ni nosotros ni nuestros padres pudimos llevar? Nosotros creemos que todos nosotros somos salvos de la misma manera, por el favor especial del Señor Jesús.

Recuérdese lo que ocurrió en Antioquía, donde Pablo reprendió a Pedro en el banquete. Pedro tenía la debilidad de derrumbarse bajo la presión de los hombres. Pero tuvo una mayor fortaleza en que pudo romper con sus errores, confesar su debilidad, arrepentirse, y alcanzar un denuedo que ninguno del resto de nosotros tenía. Ahora bien, en el crisol del debate efectuado aquí entre los fariseos por un lado y Pablo y Bernabé por el otro, ¡Pedro citó a Pablo! Usó el mismo argumento que Pablo le había lanzado en la sala del banquete allá en Antioquía. Verdaderamente el Señor había obrado en el alma y el espíritu de este hombre durante esos días.

Cuando Pedro terminó, creí que el asunto había quedado resuelto. Me olvidé de Jacobo —el hombre a quien María había llevado en su matriz y se había criado en la misma casa con Jesús, un hombre que lucía tan semejante a Jesús que resultaba aterrador.

Si usted nunca ha conocido a Jacobo, le podría ser difícil entender la influencia que él tenía en Jerusalén. Para muchos, el hermano de Jesús tenía un rango superior al de los Once. Tal es el poder del parentesco en nuestra cultura, ¡y Jacobo era pariente de Jesús! Y cuando mirábamos a Jacobo, ¡su semblante era portador del rostro de nuestro Señor! Nunca se subestime ese factor. Además, Jacobo era un hombre de legendaria piedad. Pasó su vida en oración, incluyendo en su vida de oración el particular hábito de no ponerse nunca una esterilla debajo de las rodillas. Algunos conjeturaban que era su forma de arrepentimiento por haberse demorado en creer en su medio hermano como el Mesías.

Mi corazón se detuvo cuando Jacobo aclaró la garganta. Me puse a orar. Oh, cómo oré: "Amado Señor, que esta gente se someta a la gracia." Esa oración cambió mi vida, porque mi propia vida tenía cadenas que yo no podía ver. Tal es el caso de muchos celosos judíos que están por El Ungido y por las leyes y los rollos.

Ciertamente usted ha oído lo que Jacobo dijo. Su mente había saltado sobre un centenar de aspectos y había descendido todo el trayecto a las cuestiones prácticas del momento. Al resto de nosotros nos tomó un minuto comprender a Jacobo. Ninguna pregunta. Ninguna cuestión. Sólo una forma práctica de resolver este asunto.

-Hermanos, -dijo, -escúchenme todos. Pedro les ha hablado acerca de la ocasión en que por primera vez Dios visitó a los gentiles para tomar de ellos un pueblo para Sí. Y esa conversión de gentiles concuerda con lo que los profetas anunciaron. Por ejemplo, está escrito:

*Después de esto volveré  
y reedificaré el tabernáculo de David,  
que está caído;  
y repararé sus ruinas,  
y lo volveré a levantar,  
para que el resto de los hombres  
busque al Señor,  
y todos los gentiles, sobre los cuales  
es invocado mi nombre,  
dice el Señor, que hace conocer  
todo esto desde tiempos antiguos.*

-Por lo tanto, mi opinión es que debemos dejar de inquietar a los gentiles que se convierten a Dios, excepto que les escribamos y les digamos que se abstengan de comer carne sacrificada a los ídolos, de la inmoralidad sexual y de consumir sangre o de comer carne de animales estrangulados. Porque estas leyes de Moisés han sido predicadas en las sinagogas judías en cada ciudad cada sábado por muchas generaciones.

Pablo lloraba abiertamente. Sus lágrimas movieron a Bernabé a llorar también. Varios de los apóstoles se unieron a ellos. Ahora Pablo tenía once nuevos amigos.

Alguien se levantó, fue hasta donde estaba Pablo, y lo abrazó. Entonces todos se unieron a él. Esto es, todos, excepto el grupo de los de la circuncisión, los cuales salieron con paso majestuoso no bien Jacobo terminó de hablar.

Esa noche al ir caminando hacia nuestras habitaciones, como una veintena de nosotros entrelazamos nuestros brazos y empezamos a cantar conforme caminábamos. Pablo no podía contener su euforia. Y en los días subsiguientes lo escuché prorrumpir en gritos de gozo docenas de veces. Incluso en el camino de regreso a Antioquía él prorrumpía súbitamente en alabanzas al Señor.

La noticia de esa decisión se esparció por Jerusalén esa misma noche. Antes del amanecer ya casi toda la iglesia la había escuchado. Ese día la iglesia entera se reunió y le preguntó a Pablo si quería hablar. Yo creo que él consideró eso como el más alto honor que hubiese recibido nunca. Al fin Pablo de Tarso había sido plenamente aceptado por los demás apóstoles y por los miles de santos de Jerusalén.

Pablo y Bernabé quisieron regresar a Antioquía inmediatamente. Con todo, antes de partir los ancianos decidieron que dos hermanos de Jerusalén también debían ir con ellos a Antioquía, para que confirmaran los acontecimientos que habían tenido lugar en

Jerusalén y para que dieran fe de la autenticidad de la carta que Pablo y Bernabé portaban.

Judas Barsabás fue elegido para ser uno de esos mensajeros. Para mi sorpresa, yo también fui elegido. Hasta el día de hoy no sé cómo se hizo esa selección. Fue uno de los más altos honores que recibí en mi vida. Por otro lado, al mirar atrás veo que mi ida a Antioquía dio inicio a una serie de acontecimientos que casi me costaron la vida —¡varias veces!



La carta que Jacobo sugirió, fue escrita, y luego firmada por todos los que habían estado en la reunión del concilio. Incluso a mí se me permitió firmar esa carta. Entiendo que la carta aún existe y está atesorada por la iglesia de Antioquía. Hay más de veinte nombres en ella, ¡incluso el ilegible garabato de Pedro!

Cuando todas las firmas quedaron puestas en el rollo, Juan lo colocó en un pequeño estuche de piel y me lo entregó. En el rollo estaba escrito este mensaje:

"Esta carta procede de los apóstoles y ancianos, hermanos de ustedes, de Jerusalén. Ha sido escrita para los creyentes gentiles de Antioquía, Siria y Cilicia. ¡Saludos!

"Entendemos que algunos hombres de aquí los han inquietado a ustedes y los han turbado con su enseñanza, pero ellos no tenían tales instrucciones de parte de nosotros. Por lo que nos ha parecido bien, habiendo llegado unánimemente a un acuerdo en cuanto a nuestra decisión, enviarles a estos representantes oficiales, junto con nuestros amados Bernabé y Pablo, que han arriesgado su vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Así que estamos enviando a Judas y a Silas para que les digan lo que hemos decidido en lo que concierne a la cuestión de ustedes.

Porque ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros no imponerles a ustedes ninguna carga más que estos requerimientos: Deben abstenerse de comer alimentos ofrecidos a ídolos, de consumir sangre y de comer carne de animales estrangulados, y de la sexualidad inmoral. Si ustedes hacen esto, bien harán. Adiós.



## C A P I T U L O

**A**l día siguiente partimos hacia una nación y una ciudad que yo no había visto nunca. Conmigo estaban Pablo, Bernabé, Tito y Judas Barsabás. Bernabé había invitado a su sobrino Juan Marcos a volver a Antioquía con él, de modo que Marcos también viajó con nosotros. Pese a la decepción que Pablo había sufrido con Marcos varios años atrás, no tuvo ninguna objeción a que él se nos uniese. Debo confesar que estuvimos conversando, riéndonos y alabando a Dios durante todo el viaje a Siria.

A lo largo de nuestro viaje hacia el norte, paramos en cada lugar donde había una congregación de creyentes. En cada población la asamblea entera se congregaba para escucharnos hablar de las trascendentales noticias de Jerusalén. Y en todos esos lugares los creyentes hebreos recibieron, con regocijo, la noticia de que los gentiles habían sido añadidos a los elegidos y habían sido recibidos como parte del cuerpo de El Ungido.

Durante ese viaje empezó a desarrollarse una íntima amistad entre Tito y Marcos. Siempre caminaban juntos detrás del grupo, conversando como sólo lo hacen los hombres jóvenes. Marcos pasaba

horas enteras contándole a Tito la historia de la vida de Jesús. Tito insistía en que Marcos escribiese algo de eso, a fin de que él, Tito, pudiera hacer una copia para sí. A Marcos le parecía que su tío debía hacer eso, pero Bernabé protestaba, diciendo: —Eso debe hacerlo un testigo ocular de la vida del Señor. —En breve todos nosotros estábamos discutiendo quién debía ser esa persona. Por supuesto, el nombre de Pedro nunca fue mencionado, puesto que él era analfabeto. (Por ese tiempo no sabíamos qué bien sabía escribir Marcos, ni sabíamos que Pedro estaría tan dispuesto a trabajar con él.)

A mí siempre me ha parecido que el tiempo que Marcos y Tito pasaron juntos durante ese viaje, fue la primera vez que Marcos pensó en escribir una sencilla historia de la vida de Jesús. Hoy, tantos años después, el libro de Marcos y la carta de Pablo a los Gálatas son los dos rollos que tienen más circulación entre las congregaciones.

Ahora, al escribir estas palabras, pienso en la ironía de aquella nuestra situación. Allí estábamos nosotros, viajando con rumbo a una iglesia gentil, con el propósito de confirmar la libertad en El Ungido que tienen los creyentes gentiles. Pero durante ese mismísimo tiempo Blastinio Drachrachma estaba en Galacia andando entre las asambleas gentiles de Derbe, Listra, Iconio y Pisidia, quitándoles su libertad, esclavizándolos a la ley y llevándolos a las reglas y al legalismo.

Al tiempo de entrar nosotros en Antioquía, ¿qué estaría haciendo Blastinio allá arriba, en Galacia? ¿Qué estaba diciendo en las reuniones de aquellas cuatro congregaciones? Tenemos que saber la respuesta a estas preguntas, si es que hemos de comprender por qué Pablo escribió una carta tan audaz a esas cuatro *eklesías*. Si se llega a comprender lo que Blastinio hizo, se entenderá la carta a los Gálatas. Compréndase lo que hizo Blastinio y se comprenderá por qué Pablo actuó de la manera que actuó. Hoy en día esa carta de Pablo está en el centro de la controversia que aún envuelve a las congregaciones en todo el Imperio Romano. Es hora de arrojar luz sobre esos acontecimientos.

Tal vez si yo explico esa historia, eso pueda ayudar a terminar la controversia que rodea a esa carta.

## C A P I T U L O

**D**erbe. Ese fue el primer lugar donde la *eklesía* recibió a Blastinio. ¿Habría de sobrevivir a la presencia de Blastinio el fundamento que Pablo había puesto unos dos años antes? Si usted hubiese conocido a Blastinio, habría dado por seguro que no y que Blastinio habría de prevalecer. Este hombre había realizado un peligroso viaje de cientos de millas con el solo propósito de ganarse el corazón de esas iglesias —o destruirlas.

Yo, Silas, he hecho el mismo viaje que Blastinio hizo. Requiere una gran pasión de propósito realizar esa jornada larga y difícil. Largos y calurosos días, dormir en el campo, parar en posadas infestadas de ratas, lluvia, frío, calor, montañas. A Blastinio lo compelia una pasión que muchos de nosotros nunca conocerá, una pasión impelida por la religión y el odio. Se supo que ese hombre se sacrificaba y sufría tanto como Pablo. Todo ello para predicar su evangelio —sus 'buenas nuevas' de obediencia a la ley. Lo predicaba tan fervientemente como Pablo el evangelio de Jesucristo.

Un líder nato, Blastinio era tan sagaz y magnético como nadie nacido jamás. Un formidable oponente para cualquiera, desde todo

punto de vista. Ese era el hombre que Dios había puesto en la vida de Pablo, para que estuviera ahí todo el tiempo que Pablo vivió.

Al llegar a Derbe, Blastinio y Zebulún se presentaron como mensajeros de la iglesia de Jerusalén y de Jacobo. ¡Tenían una carta de parte de Jacobo para probarlo! Los creyentes estaban extáticos. "¡Al fin, llegaron visitantes de Jerusalén! Figúrense, ahora podremos oír de primera mano a alguien de nuestra iglesia hermana." Tales fueron las consideraciones de esos inocentes creyentes.

Blastinio recibió una gran honra de parte de todos en la *eklesía*. Cuando hablaba en las reuniones, estaban pendientes de todas sus palabras. Aquellos amados hermanos eran la simplicidad misma, y Blastinio se lució.

—Alguien procedente de Jerusalén se ha interesado lo suficiente como para venir a visitarnos. Y, ah, las cosas que dice... y qué santo que es. —En cuestión de horas Blastinio estaba recibiendo un trato con tanto honor como Pablo. Nadie sabía que, esperando en su equipaje, había un cuchillo usado para circuncidar.

Blastinio había presentado con un gran prelude su carta procedente de Jacobo y de la iglesia de Jerusalén, explicando que Jacobo era el hermano del Señor Jesús. —¡Y Jacobo me pidió que les trajera saludos de parte de él y de toda la iglesia de Jerusalén! —La congregación era como arcilla en las manos de Blastinio.

Pablo había levantado un pueblo en pureza y gran inocencia. Pero Blastinio, quien nunca habría sido tan simple, se estaba aprovechando plenamente de la asombrosa debilidad de Pablo. Blastinio les dijo a los creyentes de Derbe exactamente lo que sabía que querrían oír. Les habló de la vida del Señor y de la *eklesía* de Jerusalén. Exaltó a Jacobo y a Pedro en todas las maneras y se refirió a Jerusalén constantemente como la iglesia madre. Puso un marcado énfasis en la persecución que Pablo había causado, rememorando vívidamente la crueldad de Pablo. Nunca mencionó la conversión de Pablo, pero sí habló de su propia conversión en términos brillantes, dejando claramente la impresión de que él era uno de los líderes más respetados y dignos de confianza en todas las iglesias.

La congregación de Derbe fue seducida. En breve empezaron a preocuparse por lo renuente que era este hombre bueno para hablar bien de Pablo. Una vez más fue hábil en comunicar, sin palabras, la impresión de que él era un hombre demasiado piadoso como para hablar mal de algún otro. Eso no hacía más que avivar la curiosidad de todos, y llevaba a dudar de Pablo en silencio. Dudas silenciosas... ¡las más fuertes de todas las dudas! Blastinio sabía exactamente lo que estaba haciendo, y lo que estaba haciendo estaba funcionando. Su evangelio estaba ganando una iglesia.

Con frecuencia he dicho: "Nadie ha tenido jamás un oponente tal como el que tuvo Pablo en ese Blastinio." Las sutiles insinuaciones continuaron. El pueblo del Señor se tornó cada vez

más curioso y dubitativo. Aparentemente siempre renuente a hablar mal de otro, Blastinio simuló estar dolido cada vez que añadía una palabra desacreditativa respecto de Pablo. Paso a paso, Blastinio se exaltó a sí mismo y degradó a Pablo. Tal es el poder de la religión, cuando la religión apela a la naturaleza religiosa de todos los hombres.

Por último, el siempre piadoso Blastinio se suavizó renuente y penosamente y les dijo su verdad acerca de Pablo. -Ustedes ven... Pablo es un cobarde, -dijo en confianza. Los creyentes quedaron pasmados. -No fue bastante hombre para decirles *todo* el evangelio. Tuvo miedo de que ustedes pudieran volverse de seguirlo a él. Si ustedes hubiesen escuchado todo el evangelio de Jesucristo, ustedes pudieran no haber tenido el valor de responder al evangelio. Pero yo confío en ustedes. Yo creo que sí tienen este valor.

Blastinio había ganado. Empezó a contarles a los creyentes de Derbe la historia entera de los hebreos, incluso los relatos respecto de Moisés y los seiscientos estatutos de Moisés. -Y la circuncisión, que, -dijo, -es el resto del evangelio, la parte que el cobarde de Pablo omitió, la parte dolorosa. -Blastinio quería asegurarse de que Pablo quedara totalmente destruido a los ojos de los creyentes.

-Antes de invitarlos a responder a todo el evangelio, ustedes deben entender una cosa más. Aun cuando me duele hacerlo, debo decirles qué hizo Pablo mientras estuvo entre ustedes y qué clase de hombre es realmente. Y si ustedes insisten en saberlo, les diré qué hizo en Antioquía de Siria. Entonces ustedes sabrán también por qué Jacobo me envió aquí. Pablo no se gana el respeto en las iglesias. ¿Cómo podrían respetarlo las congregaciones después de lo que hizo? Terrible.

-¿Qué fue lo que hizo? -todos querían saberlo.

-¿No lo han oído? Yo vi con mis propios ojos lo que hizo.

-¿Qué?

Gesticulando, retorciendo el rostro para dar la apariencia de que estaba luchando dentro de sí, por último Blastinio reveló la terrible verdad. -¡Pablo reprendió a Pedro!

Los santos de Derbe no estaban del todo seguros de lo que eso significaba, ¡pero, no obstante, parecían escandalizados! Blastinio realizó una excelente labor explicativa. -Jesús designó a Pedro como líder de los Doce. Todos lo reverencian. El representa el verdadero evangelio de Jesús. Pablo no cree en ese evangelio. Pablo es arrogante, y ha colocado su opinión por encima de la de Pedro. Allí en Antioquía yo lo vi atreverse a reprender a Pedro en público, y lo hizo en presencia de unas dos mil personas. En esa ocasión Pedro estaba sentado a *mi* lado.

Blastinio dejó que calara bien hondo el hecho de que *Pedro* estaba sentado junto a él. -¡A continuación, me reprendió a *mí*!

La sala entera quedó en silencio. Los santos estaban horrorizados. —Por esta razón, la iglesia de Jerusalén no tendrá que ver nunca nada más con Pablo. El está del todo aniquilado entre las verdaderas iglesias.

Los santos de Derbe permanecían sentados en silencio, desilusionados. Una sensación de desesperanza invadió a todos.

—Déjenme darles una ilustración. Cuando Pablo vino aquí a ustedes, ¿tenía consigo una carta de Jerusalén? —Todos se miraron aturcidos. La mayoría de ellos no estaban siquiera familiarizados con qué era realmente una carta, pues nunca habían ni recibido ni enviado ninguna.

—No, —respondió uno de los comerciantes griegos.

—¿Cómo? ¿No tenía *ninguna* carta? —preguntó Blastinio abochornado. (Por la forma en que dijo eso, uno habría pensado que él había recibido lecciones de la serpiente en el Huerto.) Todos estaban consternados. Algunos empezaron a llorar.

Yo, Silas, pregunto: ¿podía una iglesia sobrevivir esto?

—Una última cosa, —insistió Blastinio. —Este Pablo ¿se llamaba *apóstol* a sí mismo?

Varios creyentes hicieron señas afirmativas, decididos a oír más palabras tenebrosas acerca de Pablo, el hombre que los había embaucado de esa manera.

—Tan sólo la iglesia de Jerusalén puede enviar apóstoles, —dijo Blastinio pomposamente. —Por lo tanto, él no es apóstol. Me temo que Pablo les ha mentado.

La destrucción era completa. Sabiendo que había ganado, Blastinio se enfrascó en una grandiosa explicación de la centralidad de Jerusalén, volviendo retrospectivamente hasta David y los jebuseos. Una y otra vez puso de relieve "la madre Jerusalén". Luego volvió a subrayar la prominencia de Pedro. —Sin la aprobación de Pedro y la aprobación de la iglesia de Jerusalén, en realidad ustedes no tienen *nada*. —Derbe tenía un nuevo y admirable héroe, que había venido para liberarlos del error.

Luego Blastinio explicó, con enfado, que la única razón por la que Pablo había venido a Galacia, era que no se lo estimaba en ninguna otra parte. Algunos seguían llorando, en tanto que otros, entristecidos, movían la cabeza silenciosamente. —Este hombre nunca se dejó enseñar. Nunca se ha sometido a Jerusalén ni a los Once para recibir instrucción. ¿Por qué nunca ha ido a Jerusalén? ¿Por qué no se sometería a la iglesia madre?

—Ahora esta plaga llamada Pablo ha venido aquí. Mi presencia aquí es para darles el evangelio completo, ¡algo que los que complacen a los hombres no osan hacer! —Blastinio hizo una pausa. —Tal vez Pablo teme ser perseguido, —dijo Blastinio con una voz apagada. Sin embargo, eso dejó confundidos a sus oyentes. Pablo no parecía temer la persecución. Obviamente, Blastinio no conocía muy bien a Pablo, pensaron.

No obstante, Blastinio continuó apremiando. —Ustedes deben ser hijos de Abraham para ser justos a los ojos de Dios. Moisés nos dio más de seiscientas leyes, ordenanzas, mandamientos y reglamentos para que los obedezcamos. Es tan sólo cuando obedecemos esas leyes que Dios se complace en nosotros. ¡Y sólo entonces!

—¿Seiscientas y cuántas? —preguntó Gayo.

—Aproximadamente 633, dependiendo de quién las cuente, —respondió Blastinio.

Entonces Gayo se inclinó hacia delante. —¿Y qué decir de Bernabé? —contradijo Gayo. —El vivió en Jerusalén alrededor de trece años, ¿cierto? El dijo que así es. ¿Nos mintió Bernabé?

Por un instante esto tomó a Blastinio fuera de guardia. Todos percibieron su incertidumbre momentánea. Pero Blastinio sorteó la pregunta arguyendo que Pablo pudo haber seducido a Bernabé.

Sin embargo, eso suscitó más incertidumbre, porque tratar de imaginarse que Bernabé se dejara seducir por Pablo, o por alguien, era difícil para los Gálatas.

Impávido, Blastinio continuó hacia su objetivo, para lograr el cual él había viajado cientos de millas. Finalmente lo dijo. —Para ser hijos de Abraham, ustedes deben ser circuncidados. Es una experiencia *dolorosa*, que les habrá de doler durante varios días. Tal vez incluso les producirá una infección. Esto es lo que Pablo temió decirles a ustedes, no fuera que rehusaran seguirlo. Con todo, deben ser circuncidados, como lo fue Abraham, para tener la posición de justos a los ojos de Dios.

—¿Qué es circuncisión? —preguntó alguien.

Blastinio parpadeó con incredulidad frente a la ignorancia de ellos y les explicó el procedimiento. Luego continuó: —Hay diferencia entre un griego y un judío. La diferencia es de ser limpio o inmundo. Estando incircunciso, un griego es *inmundo*. Circuncidados y obedeciendo la ley de Dios, dada por medio de Moisés, ustedes *pueden* llegar a ser limpios y aceptables a Dios.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó un hermano con vehemencia.

—El próximo día de *Sabbath* observaremos el rito de la circuncisión. Aquellos de ustedes que desean ser contados como hijos de Abraham y como justos delante de Dios, podrán encontrarse conmigo junto a la corriente que está al norte de la ciudad, para ser circuncidados allí.

Se hicieron algunas preguntas más. Luego Blastinio recitó una oración aprendida de memoria y despidió la reunión —una reunión de la cual él estuvo totalmente a cargo. Los creyentes, turbados y frustrados, regresaron a sus casas esa noche.

Gayo se quedó para hacer algunas preguntas más. Un puñado de hermanos que aún estaban en la sala tardaron en irse para escuchar. El intercambio entre los dos hombres fue intenso. Blastinio tomó la posición de un padre paciente para con un hijo renegado. Gayo no accedía a desempeñar un papel inferior.

Esa noche, de vuelta en su cuarto, Gayo tomó una denodada decisión. En la *eklesía* de Derbe no había ni una sola alma que fuera de linaje judío. Gayo necesitaba poder hablar con alguien que lo fuera. Les pidió a otros dos hermanos que fueran con él *esa misma noche* a visitar Listra. Los tres partieron de Derbe y mientras caminaban esas veinte millas, analizaron sus dudas y formularon preguntas. Justo antes del amanecer llegaron a la casa de Eunice.

Durante todo el día acosaron a Eunice con preguntas. Loida y Timoteo (que ahora tenía veintiún años) escucharon en silencio. Eunice ayudó a los tres hombres a entender muchos de los relatos de las Escrituras hebreas, pero no pudo proporcionarles una conclusión final en cuanto a qué hacer.

-Tenemos tan sólo tres días antes del *Sabbath*, -observó Gayo exasperado. Entonces levantó la vista. Timoteo estaba de pie. -¿Sí? -dijo Gayo, tratando de descubrir qué estaba haciendo Timoteo.

-Convoca a todos los hermanos. Ahora. A todos ellos. -Esto fue todo lo que Timoteo dijo.

Así se hizo. Todos los hombres de la congregación se reunieron en la casa de Eunice. Acaloradamente y con una esperanza del tamaño de una semilla de mostaza, Gayo refirió a todos los hermanos de Listra todo lo que había sucedido en Derbe. Siguió una hora o más de debate, pero todavía nadie estaba seguro de qué se debía hacer.

Una vez más Timoteo se puso en pie. -Todos los hermanos que puedan, deben partir de aquí inmediatamente e ir a Derbe. -Había determinación en su voz. Todos percibieron un total e inmediato acuerdo. Sus palabras fueron las que necesitaban oír.

-Cuando lleguemos, ¿qué vamos a hacer?

-Les diremos a todos los hermanos de Derbe que no hagan eso. Aún no. *Que esperen*. -Timoteo hizo una pausa. -Les diremos que si podemos ser seducidos por hombres tales como Bernabé y Pablo, sin duda alguna podemos ser seducidos igualmente por Blastinio.

El silencio retumbó. Eso fue todo lo que Timoteo dijo. Cuatro frases en una noche. ¡Pero esas frases cambiaron todo!

Otro hermano se puso de pie. -Sí. Tantos como podamos, partamos de aquí y vayamos a Derbe, *ahora*. Si nos apuramos, podemos llegar antes de que caiga la noche.

A la noche siguiente los hermanos de Derbe se encontraban aglomerados en una pequeña sala junto con los hermanos de Listra. Nadie sabía realmente qué habían de hacer ni con quién estar. Esto es, nadie excepto Timoteo. -Puede hacerle mucho daño a las dos congregaciones -dijo él -si alguno de nosotros obra por la palabra de este hombre. No nos hará ningún daño esperar. -Palabras tan sencillas, y sin embargo tan ciertas. Se tomó una decisión.

Esa misma noche los hermanos de Derbe, acompañados por Timoteo, de veintiún años, procedente de Listra, fueron a la hospedería en



que Blastinio se alojaba, para decirle la decisión que habían tomado: —Esperaremos.

Blastinio hizo un gran esfuerzo por contener su ira y mantener su apariencia de piedad. Cuando comenzó su actuación, y fue una actuación muy constrictiva, Timoteo no se dejó embaucar. Cuando Blastinio empezó a tratar con desdén al joven Timoteo, Timoteo creció en edad. Cuando discutió con Timoteo, el joven griego se mantuvo firme. Cuando Blastinio comentó la ignorancia de Timoteo, éste sacó a relucir una inteligencia que nadie sabía que él tenía. Y cuando Blastinio le ordenó a Timoteo que lo obedeciera, ¡Timoteo fue abiertamente desafiante!

Al principio Blastinio se puso furioso con un joven tan obstinado, pero luego recobró su compostura y concluyó la reunión de esa noche con palabras que sonaban a sacerdotales. —Desde luego, lo que yo les traje a ustedes, estas palabras, son todas nuevas para ustedes. El Dios de Abraham y de Moisés estará con ustedes y les hará ver estas cosas. Los dejaré a ustedes con su decisión. Volveré de aquí a un mes para saber de su decisión... Pablo o Moisés.

Los hermanos de Derbe dieron un suspiro de alivio. No tendrían que experimentar una fea confrontación o debate en la iglesia. Y los hombres de ambas iglesias seguían mirando de soslayo a Timoteo, preguntándose de dónde había salido súbitamente ese joven.

Pero aun mientras los creyentes gálatas estaban tranquilizándose, Blastinio y Zebulún tenían otros planes para otros lugares. Al amanecer estaban encaminándose hacia Iconio. Allí no habría ningún Timoteo para detenerlos.

¿Había fallado Blastinio? No, Blastinio había realizado su obra. Había sembrado la confusión en dos iglesias, y muchos hermanos habían perdido toda confianza en Pablo. Para Blastinio, ésa era suficiente victoria. Y como Blastinio había predicho, no había nadie como Timoteo para detenerlo ni en Iconio ni en Pisidia. Lo que sigue, ciertamente es una historia triste.

## C A P I T U L O

**B**lastinio sedujo a Iconio de la misma manera que había seducido a Derbe. Siguiendo el mismo método, socavó las enseñanzas de Pablo predicando su evangelio de fe en El Ungido, así como la circuncisión y la ley hebrea. La única diferencia era que él introducía el evangelio de la circuncisión de modo tal, que aquellos que creían lo que él decía, eran circuncidados el día siguiente mismo. Muchos creyeron, y muchos fueron circuncidados, pero surgieron dudas acerca de este hombre y de su evangelio.

Blastinio tenía una manera de nutrir esa disensión. En realidad no le importaba si eso destruía a la congregación. ¿Qué fue lo que salvó la situación?

¡Timoteo! Ese joven varón hizo a pie todo el viaje desde Listra hasta Iconio. Al llegar, convocó a los hermanos a una reunión y, aún más denodadamente que en Derbe, les habló con inequívocas palabras. Los hermanos le pidieron que le hablara a la congregación entera, porque la opinión de la iglesia estaba dividida.

Timoteo les pidió amor por encima de las opiniones, y paciencia. -Esperen, -les dijo, -y pongan solicitud por encima de las doctrinas divisivas.

Cuando Timoteo partió de Iconio, la iglesia de allí estaba sobre sus rodillas delante del Señor, buscando su dirección. Era una situación incierta. ¿Y Blastinio? Estaba bien avanzado en su viaje a Antioquía de Pisidia. Fue allí donde tuvo su mayor éxito.

Recuérdese que nadie en Jerusalén ni en Antioquía de Siria sabía lo que estaba sucediendo en Galacia. Pablo y Bernabé habían regresado a Antioquía regodeándose en el gozo de la victoria. Pablo no tenía ni idea de que Blastinio estaba en Galacia, ni podía haberse imaginado las profundidades del talento de Blastinio para seducir a esos creyentes.

Ahora debemos volver a Antioquía de Siria -y a la parte más triste de nuestro relato.

## C A P I T U L O

**N**uestro grupo de seis —Pablo, Bernabé, Juan Marcos, Tito, Judas y yo— llegamos de regreso a Antioquía al caer la tarde. En ninguna parte había yo visto una ciudad tan bella, con vías públicas tan anchas. Tampoco había visto tantos gentiles y tan pocos de mi propio pueblo. Los sonidos, los acentos, los rasgos de la gente, sus maneras y costumbres, y hasta el olor de la ciudad eran todos nuevos para mí. No obstante, tuve la impresión de que Pablo suspiró con alivio al estar de vuelta en ese mundo pagano.

Muchos me han preguntado cuál fue mi primera impresión de la iglesia de Antioquía. En una palabra: *libertad*. Los creyentes se interrumpían uno al otro; había risa y un cantar espontáneo. Yo había visto algo de eso, pero nunca con tanta vivacidad. Asimismo, su intimidad y su *contacto* —eso era muy contrario a las maneras hebreas. Cuando inquirí acerca de esa intimidad, la alegre respuesta fue: —Somos parientes.

Por supuesto, todos querían saber cómo nos había ido en Jerusalén. —Muchísimo mejor que lo que cualquiera hubiese esperado, —fue nuestra respuesta.

Fue mi privilegio abrir delante de toda la congregación la carta de Jacobo, Pedro y los demás apóstoles. A continuación, todos quisieron ver la firma de Pedro, sabiendo que él no sabía leer ni escribir. Lo que Pedro había escrito no era más que un insignificante garabato.

—Pedro es tan analfabeto como él mismo alega.

—Sí, —respondí, —pero él me dijo que está determinado a aprender a leer.

—¿Aprenderá a escribir también?

—El no está seguro de eso. Dice que tal vez ya está demasiado viejo para aprender algo tan difícil.

Pablo y Bernabé contaron con mucho detalle todo lo que había ocurrido en Jerusalén. Cuando llegaron a la parte en que Tito fue espiado, dejaron que Tito mismo contara el acontecimiento, porque para entonces ¡él ya sabía contarlos como nadie más podía! Una y otra vez la congregación se rió alegremente. Luego Judas y yo atestiguamos que la carta y las firmas eran auténticas y que el relato de lo que ocurrió en Jerusalén, conforme cada hombre lo contó, era del todo cierto.

Todos en la iglesia comprendieron la gravedad de la crisis y el resultado final milagroso que la misma había tenido. Ciertamente ahora —por fin— Antioquía era una iglesia hermana de la de

Jerusalén y de la *eklesía* de Judea. Y no era necesario que los gentiles fueran circuncidados.

Hubo preguntas en abundancia. Pero lo que me asombró fue cómo todos se interrumpían uno al otro, y a nadie parecía importarle eso. Esa fue mi primera experiencia de ser interrumpido. Y la risa nunca estaba lejos. Asimismo noté que a Pablo y Bernabé, aun cuando se los respetaba, no se los tenía en tanto temor reverente como a los Once allá en Judea.

No pasé mucho tiempo en Antioquía antes de empezar a notar algunas cadenas e inhibiciones de mi propio desliz. ¡Se me había advertido que eso habría de ocurrir! También empecé a darme cuenta de la vasta implicación de dejar que las puertas de salvación fueran abiertas a los paganos. El evangelio y la iglesia estaban perdiendo su aislacionismo, sus prejuicios. Sobre todo, la fe estaba perdiendo su cultura judía. Esto nunca había sucedido antes. En toda ciudad, en todas las provincias, en todo el mundo a donde habían ido creyentes judíos, había una judaización de la fe. Pero ahora el evangelio y la *eklesía* estaban perdiendo esa expresión singular, universal. La *eklesía* habría de ser diferente en cada cultura y cada provincia, y reflejaría fuertemente las diversas culturas dondequiera que era plantada. Mi corazón se regocijó, aun cuando mi mente estaba un poco renuente.

Por varios días pareció que casi lo único que yo hacía, era mostrar la carta de Jerusalén a hermanos y hermanas curiosos. La pregunta siempre era la misma: "¿Cuál es la firma de Pedro? Pedro era un hombre aún muy amado y admirado, especialmente por los hebreos que había entre los de Antioquía.

A veces pienso que ojalá yo hubiese regresado a Jerusalén por ese entonces, para haberme evitado ver lo que sucedió luego, porque eso nos dolió tan hondamente a todos.

Usted ha oído hablar del conflicto que hubo entre Bernabé y Pablo. Yo estaba presente cuando eso ocurrió. La desavenencia comenzó con una simple proposición. —Vayamos a Galacia para ver cómo les va a las cuatro congregaciones. —Estas fueron palabras de Pablo. (Recuérdese que cuando Pablo hizo esa sugerencia, él no sabía absolutamente que Blastinio se encontraba en Galacia asolando las iglesias de allí.) —Les podemos enseñar la carta que los apóstoles nos dieron en Jerusalén. Desde luego, es probable que ellos no vean ningún significado en la carta, ya que la mayoría no sabe qué es la circuncisión.

Entonces ocurrió el desacuerdo. Bernabé propuso que volvieran a Chipre primero. El quería enseñar la carta a las iglesias de allí, con la esperanza de que las iglesias de Chipre se abriesen finalmente a los gentiles incircuncisos. A Pablo no le gustó la idea.

—Desde que salimos de Jerusalén he venido pensando: *Esto va a cambiar todo en Chipre*, —dijo Bernabé. —Ahora puedo volver a mi patria isleña, contarles lo que ocurrió en Jerusalén y mostrarles

esta carta. Y entonces podremos predicarles a los gentiles de Chipre y traerlos a la congregación del cuerpo de El Ungido. Pablo guardaba silencio.

-¿Por qué no?

-¿Eso habría de cambiar algo realmente? -preguntó Pablo.

La pregunta tomó desprevenido a Bernabé. -¡Pablo, podremos proclamar a Jesucristo a los *gentiles* en Chipre!

-¿Pero liberará eso a la *eklesía* judía? ¿O seguirán como están?

-¿Quieres decir...?

-Quiero decir que las iglesias de Chipre están atadas en un sentido que va mucho más allá de la circuncisión. Sabemos que nosotros los hebreos no cambiamos fácilmente. Los gentiles se sentirían miserables al tener que ir a una sinagoga y cumplir todos esos rituales: ahora pónganse de pie, ahora siéntense, ahora escuchen, ahora váyanse a casa. Nosotros fuimos llamados y enviados a los gentiles, pero no a gentiles que luego fueran incluidos en la cultura judía.

-Ellos pueden cambiar. Ellos cambiarán, -razonó Bernabé.

Así comenzó la controversia. Después de mucha acalorada discusión Pablo accedió de mala gana, pero con el entendimiento de que irían *primero* a Galacia y *luego* a Chipre. El asunto parecía concluido, si bien el acuerdo era frágil.

Entonces vino la explosión. Bernabé insistió en que Marcos fuese con ellos. Pablo no quería saber nada de eso. La contienda entre los dos rompió los límites de la urbanidad. Los dos se dijeron cosas que luego deploraron.

Pablo le hizo una observación a Bernabé que yo nunca habré de olvidar. -Bernabé, -le dijo, -es el sentir de todo creyente volver al lugar de su juventud para proclamar el evangelio a parientes y viejos amigos. Yo tengo ese sentir con respecto a Tarso. Pero no es sabio acceder al mismo. En la mayoría de los casos es algo que se debe denegar.

Esas fueron palabras sabias, pero la cuestión de Marcos no se pudo evadir. Finalmente, llegaron a una decisión, pero llegaron a ella en medio de un acalorado enojo y palabras indiscretas. Los dos hombres decidieron ir a lugares separados -uno a Chipre, el otro a Galacia y más allá.

Debo decir esto para crédito de Bernabé. El dejó gratamente que Pablo se llevara consigo la carta original de Jerusalén. Resultó ser una sabia capitulación. Bernabé no necesitaba el original. Para Galacia, la carta original habría de resultar conclusiva.

Al considerar el rompimiento de esa amistad legendaria, recuérdese que esos dos hombres habían vivido en paz uno con el otro durante cuatro años importantes en Antioquía. Además, fueron como un solo hombre durante esos dos años en Galacia. Luego, al regresar a Antioquia otra vez, continuaron trabajando juntos. Después de eso, fueron un muro de unidad cuando fueron a Jerusalén juntos.

Recuérdese también, que nunca existió un hombre más dedicado a un solo propósito que Pablo. Era un hombre indescriptible, que no reparaba en peligros, sufrimientos ni inconveniencias. Lo digo de veras, dos años de levantar iglesias con Pablo pondría a prueba los límites de cualquier hombre. ¡Lo sé, porque yo lo acompañé en su segundo viaje!

Bernabé hizo una copia de la carta de Jerusalén, y unos días después zarpó con rumbo a la tierra de su juventud, con su sobrino a su lado.

Bernabé realizó una maravillosa obra en Chipre. Ningún otro hombre hubiera podido hacer lo que él llevó a cabo allí. Pero como Pablo le había predicho, las congregaciones más antiguas no cambiaron. Bernabé no logró ningún adelanto allí, ni una pulgada. Pero entonces fue a los poblados y aldeas en los cuales no había congregaciones, y muy pocos judíos. Esas nuevas congregaciones eran vibrantes y enteramente gentiles.

He oído decir que estos dos hombres —Pablo y Bernabé— nunca volvieron a trabajar juntos. Eso no es verdad. Años más tarde, Pablo invitó a Bernabé a venir a Grecia para ministrar a la *eklesía* de Corinto, en un tiempo en que necesitó toda la ayuda de calidad que podía hallar. Bernabé convino y navegó a Corinto desde Chipre para prestar su ayuda en la situación corintia. Pedro, Apolos y Bernabé ministraron en Corinto, pero tan sólo la presencia de Bernabé resultó ser de ayuda, más bien que un obstáculo.

Como Lucas observa en su historia, Bernabé era un hombre bueno, lleno del Espíritu Santo. Lo extraño muy apenado.

En cuanto a Marcos, cuando maduró, vino a ser un hombre de estatura. Años después, cuando Pablo era ya anciano, él y Marcos se hicieron amigos otra vez y trabajaron juntos.

¡Ahora debo relatar qué aconteció cuando Pablo descubrió que Blastinio estaba en Galacia!

## C A P I T U L O

**A**penas Bernabé había partido de Antioquía hacia Chipre, cuando llegó una carta para Pablo desde Galacia. Esa carta llegó en la mañana misma en que Judas Barsabás y yo nos estábamos preparando para regresar a Jerusalén. Cuando Pablo leyó la carta, se puso lívido. —Algún fariseo en Galacia está destruyendo las congregaciones de Dios allí, —gimió.

—¿Y quién es? —preguntamos todos.

—La carta no lo dice, —respondió Pablo, frustrado. —Quienquiera que sea, ¡está circuncidando a los gentiles del Señor!

Pablo, encolerizado pero, no obstante, sensato, tomó varias decisiones inusitadas. Una fue escribirles una carta a las cuatro jóvenes iglesias. Recibí mi primera sorpresa grande cuando Pablo me dijo que pospondría su viaje a Galacia. —No iré hasta que sepa que mi carta ha tenido tiempo para llegar a todas las cuatro iglesias gálatas. Iré a ellas tan sólo *después* que la hayan recibido.

Pablo se volvió a los creyentes de Antioquía y les dijo: —Voy a necesitar un compañero de viaje. ¿Quién deberá ir conmigo cuando me vaya?

La respuesta fue inmediata y determinada: —Silas es quien debe ir contigo a Galacia. El fue el que trajo la carta desde Jerusalén; él fue quien nos leyó esa carta; él estuvo contigo en la reunión en Jerusalén; por tanto, Silas debe ser el que vaya contigo a Galacia para que atestigüe la autenticidad de la carta.

Yo convine con renuencia.



Ahora llegamos a la polémica carta de Pablo. Fue una carta que, conforme miro atrás, puede muy bien haber llevado a la muerte de Pablo unos quince años más tarde.

¡La carta a los Gálatas! La epístola más conocida de Pablo. La que se copió más y se leyó más. Hasta este día se la copia y circula. Fue escrita en griego, pero ha sido traducida al arameo para su distribución en Judea. Y, desde luego, se la circula ampliamente entre los gentiles por todas partes.

Al relatar aquí cómo Pablo escribió esa carta, le recuerdo al lector que yo, Silas, estaba en el cuarto con Pablo el día que él la escribió.

## C A P I T U L O

-Un fariseo allá arriba en Galacia visitando las iglesias, -gimió Pablo. -¿Quién? ¿Por qué? Silas, ¿cómo he de proceder? ¿Cómo he de habérmelas con esto? -Pablo estaba lleno de interrogantes y de temores.

Esto fue lo que finalmente Pablo y yo pudimos juntar pieza por pieza: Alguien procedente de Jerusalén había ido a Galacia. Allí visitó todas las iglesias y les dijo que tenía una carta de parte de Jacobo. Les dijo a las congregaciones que Pablo estuvo meramente tratando de ganarse el favor de ellos, y llamó cobarde a Pablo. Les dijo que Pablo no gozaba de la confianza de las otras iglesias, que él no era un apóstol y que no había sido enviado por los Once. La iglesia madre, dijo él, no tenía nada que ver con Pablo, y que Pablo evitaba visitarla. Pablo tenía miedo de predicar el evangelio completo. Desdeñaba a Jerusalén y era un proscrito porque ha-bía reprendido públicamente a Pedro.

Ese hombre hasta hizo que los gentiles obedecieran todas las leyes del Sabbath y observaran las fases de la luna para que supieran cuándo debían guardar las festividades judías. Todo esto, y además la circuncisión. Les dijo que Pablo había dejado de presentarles todo este 'evangelio'.

-He sido denigrado del todo, y el pueblo de Dios ha sido perjudicado, -susurró Pablo.

El ultraje conclusivo para Pablo fue la afirmación: "Antioquía no está autorizada para enviar apóstoles; sólo Jerusalén tiene esa autoridad."

Una cosa era obvia: Este genio en torcer la verdad había predicado un evangelio de que los hombres sólo podían ser justificados a los ojos de Dios, creyendo en El Ungido y obedeciendo todos los mandamientos de Moisés y siendo circuncidados. Pablo estaba devastado porque los gentiles hubiesen siquiera oído esas palabras. Urgía escribir una carta y enviarla a Derbe, la más cercana de las iglesias de Galacia.

Pablo se consolaba con un pensamiento. Ese fariseo en Galacia, quienquiera que fuese, no estaba al día en su información. La cuestión de la circuncisión había quedado resuelta. En cuanto a que el hombre tenía cierta carta importante de parte de Jacobo, Pablo estaba furioso. -El tiene una carta de parte de Jacobo, ¿no



es así? Bueno, yo también tengo una carta de parte de Jacobo... firmada no sólo por Jacobo, sino por *todos* los apóstoles.

Pablo empezó varias veces a escribir a Galacia, luego decidió esperar hasta que su ira se hubiese calmado completamente. (Un primer borrador resultó fustigante; lo tiró y esperó más.)

Durante ese tiempo de espera, Pablo fue delante de su Señor y rindió su propia voluntad, así como las cuatro iglesias a Dios. Entonces, aún inseguro en cuanto al estado de su corazón, le dijo al Señor que estaba dispuesto a ver que todas esas iglesias quedaran destruidas. -Lo que te plazca, Señor.

Yo he visto a Pablo hacer muchas cosas desinteresadas, pero uno de los recuerdos de él que más atesoro es haberlo visto rendir su voluntad a lo peor que él pudiese imaginar: la destrucción de las iglesias de Galacia.

Por último, Pablo se sintió seguro de que su ira estaba bajo control. Entonces me pidió que pasara el día con él. Cuando entré en su habitación, vi que había también un amanuense presente. Era uno de los hermanos de la *eklesía* de Antioquía. ¿Y por qué un amanuense? ¿Por qué Pablo no escribió su carta con su propia mano?

Hay un dicho entre aquellos que no saben leer:

¿Para qué aprender a *leer*?  
Para cuando tengas treinta y cinco  
tus ojos no podrán ver  
lo que está escrito en el papel.  
¿Para qué aprender a *escribir*?  
¡Para cuando tengas cuarenta  
ya no podrás ver el papel!

Pablo tenía más de cuarenta y cuatro años, por eso estaba allí el amanuense.

Me senté, pues, y Pablo empezó a hablar suavemente. Debemos de haber estado hablando durante horas. Esa fue su manera, al menos ese día, de prepararse para escribir una carta. Pablo y yo también le hablamos al amanuense para que él pudiese tener alguna idea acerca de lo que se iba a escribir y por qué.

-Silas, no es verdad que Jerusalén es nuestra madre. No la Jerusalén que vemos aquí en la tierra. Nuestra Jerusalén está arriba. Está en ámbitos invisibles. Allá arriba. Invisible, en lugares celestiales. Tenemos una Jerusalén, pero no ésta. Nuestra Jerusalén se encuentra allá arriba.

-Sinaí no es nuestra montaña. Ni es nuestro pacto el pacto que Dios hizo con Moisés. Tenemos una montaña, pero no el Sinaí. Abraham era un babilonio incircunciso cuando fue declarado justo por Dios. Todos los apóstoles convinieron en esto. Abraham vivió cuatrocientos años antes de Moisés. Ellos nunca se conocieron. *Aquel* pacto, el que Dios hizo con Abraham, es el primer pacto. Es espiritual, y ése es el pacto que es *nuestro*.

-En cuanto a libertad, más de la mitad de nuestros hermanos y hermanas son esclavos, y muchos de los otros lo fueron una vez. La

libertad invadió su vida cuando creyeron que esa libertad es El Ungido mismo. Ellos cambiaron. Hoy aun los esclavos son libres.

-Si no comienzas teniendo una absoluta libertad de la ley, si hay una sola jota de la ley donde no estás libre, vives toda tu vida cristiana en temor de ese único precepto. Sí, temeroso. Temeroso de que Dios no te va a aceptar si fallas en ese solo punto. No puede haber excepción. Si estás libre de la ley, entonces estás libre para ser del Señor. *Sólo* entonces estás completamente libre para ser del Señor. De toda la ley, Silas. De todos los preceptos, Silas. De toda rectitud, Silas. De todo.

-¿Y eso no es peligroso?

-¿Peligroso? Tal vez. Pero presentar algo que pudiera quitarte de su gracia... eso es peligroso. Un evangelio que presenta como solución a Jesucristo más una jota de la ley... es mucho menos que una solución absoluta. Su solución, la del Señor, es una solución absoluta. Si es El Ungido más el punto de una *i*, entonces Jesucristo murió en vano... porque entonces su liberación no es una liberación absoluta. La solución de mi Señor, la salvación de mi Señor, es *absoluta*. Silas, una libertad que es libertad de toda posible prohibición, no hace que un creyente peque. Es una libertad que hace libre al creyente para que Lo ame... junto con todos los demás de la congregación... para que Lo amen con todo su corazón.

Yo tragué en seco. -Pablo, ¿realmente les dices esto a los creyentes? -le pregunté admirado.

-Sí, Silas, por dondequiera que voy. Eso es lo que hace que su pueblo lo ame. "Un Señor tan maravilloso", exclaman. "¿Cómo podría yo no amar a un Señor tan maravilloso como El!" Están admirados de un Señor tan maravilloso.

Las palabras de Pablo me aterraron. Pero un día conocí a los creyentes que habían escuchado su evangelio audaz y aparentemente peligroso. Amaban al Señor, como ningunos otros creyentes que yo hubiese visto o de quienes hubiese oído hablar. Eran tan devotos en la vida como cualquier otro judío. Tengo que decir que nunca vi otros que los igualaran en amor y pureza de vida. Con todo, por toda la iglesia, estos santos verdaderamente libres ni siquiera tenían conciencia de que tuvieran libertad o pureza. Tenían una manera de vivir cristocéntrica que yo nunca había visto. El Ungido era su punto de referencia en todas las cosas. No era *rectitud* lo que se estaba viviendo en Galacia. El *amor de El Ungido* fue lo que yo experimenté en Galacia.

Esos gentiles sin leyes pero con El Ungido, eran tan rectos en la vida como cualquier hombre que viviese en la obediencia y en la inacabable atadura que acompaña el tratar de guardar una interminable lista de preceptos.

A continuación, Pablo cambió de tema. Por largo tiempo habló acerca de la carne y el espíritu y la Cruz -y de todo lo que esa Cruz había destruido. Escuchar a ese hombre hablar de lo que ya

había sido crucificado, me sacudió hasta los cimientos. Algunas más de mis cadenas cayeron. No obstante, me estremecí al pensar qué era lo que esa carta iba a decir.

Había una profundidad, un sentido de ultramundanalidad, un algo del otro ámbito en cuanto al evangelio de Pablo, que era único a diferencia del de todo el resto de nosotros. Ese hombre había visto realmente lo invisible y había tocado lo no visto. Su evangelio era un evangelio que veía a través de los ojos de Dios, no de ojos humanos. El hecho de que Pablo estuviese sentado allí y me dijese cómo Dios me veía, me dejó sobrecogido. No es de extrañar que con tanta frecuencia Pablo llamase santos a los creyentes. El veía a los santos como Dios nos ve a nosotros.

Así, el día fue pasando. De pronto Pablo se detuvo. Estaba listo para dictar.

¡Y ahora, esa carta de oprobiosa reputación!

## C A P I T U L O

**P**ablo respiró profundamente y entonces empezó a dictar la increíble carta. No era una carta a individuos, digamos. Nunca se la ha de leer de esa manera. Esa carta era para una iglesia. (Bueno, para cuatro iglesias.) No para usted. No para mí. Pablo escribió esa carta a un grupo de personas de una congregación —una congregación de ex paganos incircuncisos. La escribió a una comunidad.

Yo no me moví ni hablé durante todo el tiempo que Pablo dictó la carta; antes bien, permanecí sentado, suspenso. El nunca paró, ni corrigió nada, ni cambió nada. Sabía cada palabra que quería decir. Se había esforzado con un borrador anterior, pero esta vez ¡el hombre estaba inspirado!

Entonces, cuando Pablo se acercaba a la conclusión de la carta, tomó la pluma de manos del amanuense, apretó los ojos forzando la vista, y escribió la parte final con su propia mano, con letras grandes, tan grandes que hasta un hombre de más de cincuenta años pudiese leerlas.

Cuando pareció haber terminado, le pregunté: —¿Acabaste? —Estoy seguro de que mi voz sonó dudosa.

—Sí, —contestó Pablo. —¿Por qué? ¿Acaso dejé algo fuera?

—Seguro que sí, Pablo. ¡Dejaste fuera el punto principal!

—¿Quéeee?

—Pablo, en ningún momento mencionas que tienes una carta de parte de Jacobo y de los apóstoles, que aprueban tu enseñanza. ¡¿Cómo pudiste olvidarte de mencionarlo?!

Pablo sonrió. —No me olvidé, —dijo.

Balbuceando, proseguí: —Y en ningún lugar les dices que pronto irás a visitarlos. Ni una sola palabra. Aquí estamos empacados para partir, y ellos no saben que vamos a ir. ¿Cómo has podido olvidar eso?

—No me olvidé, —dijo él, con una risita.

—¡¿Qué?!

—Sería muy poco sabio mencionar que estamos por ir a visitarlos.

—¿Poco sabio? —protesté. —Pablo, alguien te ha atacado despiadadamente. Ese individuo les está diciendo a los gálatas que tú reprendiste a Pedro y que Pedro ya no tiene nada que ver contigo. Pero aquí mismo en mi mano hay una carta en que se te recomienda, con la firma de Pedro en ella. ¡Y la de Jacobo!

¡Pablo, en nombre de la sabiduría, díles eso! Díles que todos los apóstoles han convenido en que los gentiles no tienen que ser circuncidados. Y díles que estamos por ir a visitarlos.

Los ojos de Pablo destellaron. —Silas, no importa lo que contenga esta carta a los gálatas, algunos la rechazarán. Algunos no creerán ni una palabra de ella. Un hombre del grupo de los de la circuncisión ha hecho mucho daño. Ha hecho verdaderos conversos en Galacia. Algunos creen sus mentiras y las creen muy fervientemente. Una carta de mi parte, no importa lo que diga, será rechazada por ellos. Un buen general siempre retiene a algunos de sus mejores soldados como reserva. Mi carta hará que casi todos retornen a Jesucristo... pero no todos retornarán. No importa que les hable de la aprobación que tengo de parte de los once apóstoles, o de la carta de Jerusalén. Pero cuando la noticia de mi llegada allá pase de una iglesia a otra, algunos que han dudado empezarán a dudar de sus dudas. Cuando les llegue la noticia de que tengo una carta de Pedro... y cuando tú te pongas de pie en la reunión y les cuentes a todos el relato de lo que aconteció en Jerusalén y les leas la mismísima carta firmada por Jacobo y por Pedro... eso habrá de cambiar todo.

Después de escucharlo, ¿qué podía decir yo? Este león entre los hombres poseía una perspicacia, una introversión en los modos de obrar de los hombres, que la mayoría de nosotros nunca tendremos. Ese era un golpe maestro de Pablo.

La carta, cuatro copias por todo, salió de Antioquía al día siguiente. Los hermanos habían contratado a un hombre de a caballo para que las llevase a Derbe. Los hermanos de Derbe se encargarían de que las otras copias fueran enviadas a las otras iglesias tan rápido como sus medios pudiesen facilitarlos.

Al día siguiente Pablo y yo partimos de Antioquía a pie. Aunque parezca extraño, pero mi hermano Pablo, como era a veces su índole, se deprimió más allá de toda consolación.

Con cuánta frecuencia lo oí susurrar: "Sólo cuatro meses. Estuve con cada una de ellas tan sólo cuatro meses. ¿Se ha conservado mi evangelio? ¿Qué pudiera haberles dicho si hubiese sabido que habría de venir semejante crisis? ¿Qué advertencia debí haberles dado? ¿O de ningún modo debí haberles advertido?

"¿Habrá todavía iglesias gálatas cuando lleguemos allá? Por favor, Dios, ¿seré bienvenido? Después de todo, es una carta severa. Quizá demasiado severa. ¿Los habré perdido a todos? Tal vez edificué con paja. Por favor, Señor, espero que haya edificado con oro incombustible."

Oír hablar a Pablo de esa manera llenó mi propio corazón de ansiedad. Y si yo hubiese sabido que era Blastinio quien había ido a Galacia, yo habría sabido de seguro que todo era irreparable. ¿Estaba aún la iglesia de Jesucristo en Galacia? ¿Era Pablo aún bienvenido? Estas preguntas ardían ahora tanto en el corazón de Pablo como en el mío.

-¡Estuve allí tan sólo unos cuatro meses con cada congregación, Silas! -se lamentó. -Mi evangelio no puede ser confirmado por otros como que es el verdadero evangelio, pero si ellos no lo aprueban, aun así es *Su* evangelio. Yo proclamo a Jesucristo. Y *Jesucristo es el evangelio.*"

En breve empezamos a hablar acerca de la carta de Pablo. -Pablo, -dije, -¿te das cuenta de que mencionaste la reunión de Jerusalén con Jacobo y los apóstoles, y *más adelante* en la carta escribiste acerca de haber confrontado a Pedro? Mencionaste esos dos acontecimientos en orden inversa. Tú confrontaste a Pedro en Antioquía; luego fuiste a Jerusalén. ¿Esto no confundirá a algunos?

-Yo creo que no. Pero, como quiera que sea, ¿quiénes habrán de leer la carta? Solamente los gentiles de Galacia. Yo les explicaré eso si se sienten confundidos. Después de todo, esta carta no irá a ninguna otra parte sino a cuatro lugares. Dudo que alguien más la haya de leer alguna vez. En unos pocos meses nadie recordará siquiera que yo la escribí.

Cuán equivocados estábamos los dos. Parece que todos en la tierra han leído esa carta. Y ha habido mucha confusión en cuanto a cuál acontecimiento tuvo lugar primero. Lucas procuró aclarar este punto en su narración de los plantadores de iglesias. Espero que estas memorias hayan de aclarar finalmente este punto.

Mientras Pablo y yo avanzábamos caminando, vi una ventana para ver dentro de la humanidad de Pablo. El estaba de veras atemorizado de que ya hubiese perdido todas las cuatro iglesias. -Yo sólo espero que no lleguemos demasiado tarde. Silas, puede que no encontremos ninguna iglesia en Galacia. O puede que hallemos que hay iglesias, pero que me hayan rechazado para siempre. -Pablo repetía sus ansiedades una y otra vez con muchas lágrimas. Era, a la verdad, un hombre triste y agobiado quien ahora se acercaba a Derbe.

## C A P I T U L O

**E**n el año noveno del reinado del emperador Claudio, Pablo de Tarso y yo, Silas, pasamos a la región de Asia Menor llamada Galacia. Nuestros temores crecían con cada paso. En los últimos dos días apenas pronunciamos palabra alguna. Finalmente, al llegar a las puertas de Derbe, hicimos un alto antes de entrar. Pusimos todo a los pies de nuestro Señor. Entonces, conteniendo nuestro aliento, entramos caminando a la plaza de mercado. Estábamos muertos de miedo de lo desconocido, y ciertamente no estábamos preparados para lo que sucedió a continuación.

Resonó un grito. Alguien vino corriendo hacia nosotros, gritando a todo pulmón al venir. El hermano agarró a Pablo con los dos brazos y empezó a dar vueltas con él. A su vez, Pablo estaba tratando de comprender el momento, pero estaba sonriendo esperanzadamente. Debido a la incesante algarabía de ese hermano, otros que estaban en la plaza de mercado empezaron a mirarnos. Apareció otro hermano. Entonces los dos envolvieron a Pablo abrazándolo. Uno de los hermanos era Gayo.

-¡Pablo! ¡¿Cómo estás?!

-¡Te lo diré en cuanto me dejes recuperar el aliento! ¿Ha llegado la carta?

-Oh, sí, sí. ¡Fue maravillosa!

-¿Qué?

-Fue maravillosa.

-¿Fue qué? -preguntó otra vez Pablo, porque la primera respuesta no encajaba. La carta había sido escrita para salvar una iglesia, cierto, pero 'maravillosa' no encajaba. Simplemente Pablo había fallado en contar con lo que el amor podía hacer. (Tampoco sabía nada de la tremenda intervención de Timoteo.)

-La hemos leído tres o cuatro veces en las reuniones. No sabíamos que fueras un escritor tan bueno.

Pablo era una mezcla de confusión y sorpresa. -A ustedes... a ustedes ¿les gustó?

-Sí, ¡y tenemos un tremendo relato que contarte! Algo maravilloso ha ocurrido aquí.

-¿Qué? -preguntó Pablo todavía pasmado.

-Verás; cuando finalmente Blastinio se fue, uno de los hermanos...

-¡Blastinio! ¿Quieres decir Blastinio Drachrachma? ¿Fue él el que vino aquí? -El rostro de Pablo se puso ceniciento. Mi corazón dio un vuelco.

-¡Sí, el viejo *Blasfemio* es como lo llamamos aquí ahora!

A Pablo se le aflojaron las piernas. -¿Dónde está él ahora?

-Yo no sé.

-¡No lo sabes!

-No nos importa. Como quiera que sea, después que Blastinio se fue de aquí, Timoteo vino de Listra y empezó a ayudarnos. ¡Oh, qué hermano es él!

-¡Por amor de Dios! ¿Dónde está Blastinio? ¿Cómo están las iglesias? ¿Timoteo? ¿Timoteo quién?

Ambos hermanos de Derbe quedaron silenciosos por unos momentos.

-¿No conoces a Timoteo?

-¿El hijo de Eunice?

-Sí, él es un hombre ahora. -Había un sentido de orgullo en la voz de Gayo.

-¿Y qué fue lo que él hizo?

-Hizo que la iglesia de Listra y la de Derbe volvieran a tomar el camino a Jesucristo, eso fue lo que él hizo. Y la de Iconio también. ¡Aleluya!

Por un momento Pablo empezó a desvariar. No podía abarcar tantas buenas noticias tan rápidamente. Volviéndose a Gayo, Pablo preguntó otra vez: -¿Están bien todos?

-¡Sí!

Pablo se permitió un momento de relajamiento. Enseguida susurró quedamente: -¡Alabado sea el Señor! Entonces, aún sin poder entender todo, preguntó: -¿Estás seguro?

-Sí, Pablo. Aquí todo es maravilloso. ¡Y qué carta! Espero que el viejo Blasfemio la lea.

-¿Qué me dices de Listra?

-Muy bien.

-¿E Iconio?

-No estamos del todo seguros, sino esperanzados.

-¿Y Antioquía de Pisidia?

Gayo sacudió la cabeza. -No sabemos. Al principio cayeron por completo bajo el hechizo de Blastinio. Desde que tu carta fue enviada allá, no hemos oído nada.

Pablo respiró con dificultad. Sin embargo, no pasó por alto la realidad. Dos iglesias habían sobrevivido a Blastinio. Además, habían sobrevivido a la incisiva carta de Pablo.

En cuestión de una hora, más de la mitad del pueblo de Dios estaba en la casa de Gayo, abrazándonos furiosamente a Pablo y a mí. Esa noche estuvimos todos reunidos durante horas. De hecho, no dormimos en toda la noche. Les leí la carta procedente de Jerusalén. Para ser franco, nadie pareció quedar muy impresionado.



Sólo hubo mucha risa porque finalmente Pablo se las había arreglado para tener una carta que lo recomendara. Resultaba claro que la crisis de Derbe había terminado y estaba casi olvidado.

Después de dormir algunas horas, Pablo y yo partimos hacia Listra, acompañados por varios exuberantes hermanos.

La congregación de Listra era tan fuerte como la de Derbe, tal vez hasta más fuerte. Todos reventaban de orgullo a causa de Timoteo. Y con buena razón.

Cuando Timoteo se adelantó para saludarnos, Pablo miró de hito en hito al joven como si lo estuviera viendo por primera vez. Pasamos la noche en casa de Eunice. Pero una vez más dormimos poco. Y fue así por varios días. Pablo le hizo pregunta tras pregunta a Timoteo, todo el día y luego hasta entrada la noche. Hermanos y hermanas se amontonaron alrededor de nosotros, tan sólo para escuchar y resplandecer. Más adelante se involucraron, deleitándonos con relatos de hechos ocurridos en los últimos meses, riéndose bulliciosamente al continuar sus relatos.

En algún punto en todo eso, Pablo descubrió que Timoteo también había viajado a Iconio. —¿Has estado en Iconio? ¿Cuándo?

—Sí, varias veces. Ellos me siguen pidiendo que vuelva. Me han hecho muchas preguntas.

—¿Desde que llegó mi carta?

—Oh, no, antes de recibir tu carta. Supongo que la carta habrá llegado allá ahora, pero ellos lo estaban pasando bien aun antes de recibir tu carta.

Pablo movió la cabeza lentamente mientras observaba la forma en que Timoteo se comportaba. —Tú has cambiado, —le dijo.

—Simplemente floreció un día, —declaró Eunice.

Pablo siguió mirando al joven. —¿Cuántos años tienes? ¿Veinte?

Timoteo hizo una seña negativa con la cabeza. —Veintiuno, —dijo.

—¿Sabes leer?

—Desde luego. Eunice se encargó de eso.

—¿Sabes algo acerca de la situación en que se encuentra Antioquía de Pisidia?

Timoteo se puso serio. —No tengo idea de ello. Sólo que se me ha dicho que Blastinio logró un gran progreso allí, que algunos fueron circuncidados, y que ha habido mucha disensión.

Pablo miró a Eunice. —¿Puedo hablar contigo privadamente? —Eunice y Pablo confirieron por un momento susurrando. Entonces Pablo volvió y le dijo a Timoteo: Mañana Silas y yo partiremos hacia Iconio. ¿Vendrás con nosotros? Será por varias semanas nada más.

Timoteo miró a Eunice. Ella estaba radiante. —¡Seguramente!

Timoteo estudió el rostro de Pablo. —¿Y de Iconio a dónde irás?

—A Pisidia.

—¿Y de allí?

—A alguna parte donde el nombre de Jesús no sea conocido. Pero no sé dónde.

—¡Quiero ir contigo!

-¿Qué?

-Sí; no sólo a Iconio. Quiero ir contigo por todo el resto de tu viaje.

Yo no estaba seguro de que oía bien lo que oía. Pablo me miró, luego miró a Eunice. -El es llamado, Pablo, -dijo ella quedamente.

-¿Lo eres? -le preguntó Pablo.

La respuesta de Timoteo fue denodada: -Tanto como tú, Pablo.

Por unos momentos Pablo miró fijamente y en silencio a Timoteo. -Entonces, no tengo alternativa. Ni tú tampoco, Timoteo.

Timoteo esbozó una amplia sonrisa y abrazó a Pablo.

-Hay penalidades, tú lo sabes, -advirtió Pablo.

-Lo sé. Entonces ¿los dos hemos dicho sí?

-Así parece.

Los cuatro nos quedamos conversando hasta el amanecer.



Más tarde Pablo convocó a la *eklesía* y separó a Timoteo para el ministerio al cual él había sido llamado. Tanto sería como gozosamente, todos los santos le impusieron las manos. ¡Todos lloraban, pero nadie tanto como Timoteo, aun cuando Eunice andaba cerca! La comisión de Pablo y sus palabras de admonición a Timoteo habrían enervado a un arcángel. Estableció elevadas normas para Timoteo y, al hacerlo, también para todos los demás obreros gentiles que han venido después de él. Nunca he visto ninguna ordenación para un ministerio comparable con la de Timoteo. Y debido a que ningún gentil había visto nunca un momento semejante, todos estaban aterrados: sentían un temor reverente. Conservo un recuerdo muy claro de la presencia del Espíritu Santo.

Al terminar la reunión, Pablo dijo: -Ahora Timoteo debe ser circuncidado. -Pablo era experto en decir paradojas, pero nunca tan grande como en ese momento.

Quedamos pasmados. Cuatro iglesias habían estado en una total confusión respecto de este asunto, y aquí estaba ahora el más furioso oponente de la circuncisión, ¡diciendo que alguien tenía que ser circuncidado!

-En el nombre del cielo, ¿por qué? -dijo Gayo abruptamente. Y si él no hubiese hablado, ¡lo habría hecho yo!

Timoteo respondió. Sus palabras fueron prontas y sabias e irrefutables. -Pablo y yo hemos hablado de esto previamente. Tal vez tú no sabes esto, Gayo, pero según la tradición judía, el hijo de un matrimonio mixto no puede alegar que es judío, a menos que su madre sea judía. De modo que, técnicamente, yo soy judío, pero mi cultura es griega, y todos ustedes me conocen como griego. Mi padre fue griego. Yo pienso como griego, y he sido instruido como griego. Pero he aprendido de mi abuela los caminos de Dios tan escrupulosamente como cualquier muchacho judío en la tierra. Si hoy yo escojo seguir siendo del todo griego, podré proclamar a Jesucristo tan sólo a los griegos. Pero si soy circuncidado,

vendré a ser del todo judío, y entonces podré proclamar a Jesucristo tanto a judíos como a griegos.

Sacudí la cabeza maravillado. "¿Cuándo termina el asombro?" me pregunté.

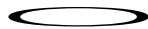
—En El Ungido no hay tal cosa como judío o griego, —siguió diciendo Timoteo. —Yo sé eso. Pero los hebreos no saben eso. Por tanto, trataré de encontrar una base común de acuerdo con todos, a fin de que pueda ganarlos para El Ungido.

Timoteo sonrió, y luego añadió: —Yo aprendí estas palabras de un judío que se crió en una ciudad griega llamada Tarso.

—¿Ven ustedes? —dijo Pablo al resto de nosotros. —He quedado arruinado. ¿Osaré hablar contra mis propias palabras? —Retrocedió contra la pared, como en un gesto de rendición.

—Dime, estimado joven, —pregunté a Timoteo, —¿fuiste tan severo con Blastinio?

—Más severo. Mucho más severo, —respondió Loida, con sus ancianos ojos llenos de lágrimas.



Al irnos de Listra, le dije a Pablo: —Hermano, eres extraño. Estas cuatro iglesias no han tenido ayuda de afuera desde que las dejaste hace dos años, y ahora les quitas uno de los únicos hombres entre estos creyentes que sabe leer, escribir, predicar y dirigir.

—Si le dejas una iglesia a Jesucristo, su cuerpo, el pueblo de Dios, hallará maneras de ministrarse. Ahora Timoteo no es necesario aquí. Nosotros no tenemos sacerdotes. La iglesia se edifica a sí misma en el Señor.

Quiera Dios que otros crean esto. Aquel día quedé maravillado de todo ese mundo gentil de Galacia, donde todo era tan diferente de otros lugares. "Tal hombre; tal pueblo", me oí decir a menudo.

Después de caminar unos minutos, me detuve y miré atrás hacia Listra. *¿Quién sabe cuándo Pablo volverá aquí?* —pensé. *Tan poca ayuda, una iglesia tan fuerte, no obstante, una gente tan inculta y pobre. ¡Con todo y eso, sobreviviste a Blastinio! No, amada desposada de El Ungido, ¡lo aventajaste! ¡Lo venciste!*

Llegamos a Iconio en medio de la noche, porque Pablo todavía era un proscrito en esa ciudad.

En Iconio, al igual que en Listra y Derbe, encontramos que habían recibido bien la carta de Pablo. Todos hablaban encarecidamente de Timoteo y de la ayuda que les había traído en su hora más oscura. —Tal vez él no sea un contrincante para Blastinio, pero ciertamente fue una gran fortaleza para nosotros en una noche oscura, —observó uno de ellos.

La iglesia entera se congregó a la noche siguiente. Pablo les trajo palabras de confortación. Yo leí en voz alta una vez más la carta procedente de Jerusalén, y de nuevo no pareció que fuera de gran importancia para los oyentes. Todo lo que ellos parecían querer o necesitar era que Pablo los aceptara. Las palabras de

confortación que les llevamos, parecieron terminar el asunto entero. Yo habré de amar siempre a los hermanos de esa congregación. Ellos pasaron por muchas inquietudes, pero salieron de todo eso más sabios, más prudentes, más maduros. Y a pesar de todo eso, nunca perdieron su inocencia.

También se me recordó que todavía entonces la gente de esa ciudad seguía persiguiendo a la iglesia de Iconio. Pablo era aún un proscrito, de manera que nuestras reuniones con la *eklesía* eran clandestinas. Pero nunca se habría sabido eso, si no se hubiese dicho. Esos apreciados creyentes tenían un espíritu indomable.

—¿Y Antioquía de Pisidia? —preguntó Pablo públicamente en la reunión. —¿Ha oído alguien algo respecto de Pisidia?

Nadie sabía nada, excepto que la carta de Pablo había llegado allí y que los creyentes de Pisidia sabían que Pablo venía. La ansiedad de Pablo aumentó. Este hombre sufría verdaderos dolores de parto por las congregaciones. Con todas las cosas pesando tan excesivamente sobre él, apenas podía dormir.

Unos días más tarde Pablo, Timoteo y yo nos despedimos con renuencia de la congregación de Iconio y partimos hacia Pisidia. Tuvimos un gran presentimiento adverso, y resultó ser un largo y difícil viaje.

Finalmente llegamos a una posada como a unas diez millas antes de Antioquía de Pisidia. Era ya cayendo la tarde. El posadero miró fijamente a Pablo por unos momentos, y luego le preguntó: —¿Eres Pablo de Tarso?

Pablo titubeó. Yo quedé como paralizado. Sólo unas millas camino arriba Pablo era considerado como un criminal. Pablo respiró profundamente. —Sí, yo soy. —Sabíamos que el identificarse podría significar muy bien, que en cualquier momento habríamos de salir precipitadamente por la puerta para internarnos en el bosque.

Al oír la respuesta de Pablo, el posadero mostró una amplia sonrisa. Una extraña reacción, pensamos los dos. Entonces el posadero salió afuera y le dijo algo a un muchacho. El muchacho nos miró, sonrió, y enseguida arrancó a correr. El posadero no dio indicio alguno respecto de lo que estaba ocurriendo, de manera que comimos apresuradamente y nos fuimos.

Ya afuera, rápidamente ideamos un plan. Los tres seguiríamos hacia Antioquía, pero sólo Timoteo y yo caminaríamos en la carretera. (A diferencia de Pablo, nosotros no éramos proscritos. Nunca habíamos siquiera pasado por esa región.) Pablo seguiría caminando en el bosque, a lo largo del camino, manteniéndose fuera de la vista pero teniéndonos él a la vista.

—Cuando lleguemos cerca de Antioquía, —dijo Pablo, —me detendré y permaneceré oculto en el bosque. Ustedes dos entren en la ciudad y hallen a algunos de los creyentes; esto es, hallen a un hermano que todavía esté dispuesto a recibirme. Sáquenlo de la ciudad y

tráiganmelo, y trataremos de idear una forma en que me metan de contrabando en la ciudad... si es que hay suficiente razón para que yo entre.

Pablo hizo una pausa. —Supongo que los hermanos y hermanas aún se congregan y que algunos reciban con agrado mi presencia. Averigüen si esto es verdad y vuelvan a mí.

Pablo se internó en el bosque ya que iba anocheciendo. Timoteo y yo caminamos despacio y en silencio en la noche, hasta que una señal en el camino indicó que estábamos a sólo tres millas de Antioquía de Pisidia. Nos pusimos tensos cuando vimos a dos hombres sentados junto al camino. Aun cuando tenían un aspecto bastante inocente, estábamos recelosos.

Uno de ellos nos llamó en voz alta: —¿Han visto a un hombre en el camino esta noche? Es más bien bajito, bastante flaco. Algo viejo ya, con cabellos grises y una frente muy alta. Luce como un típico judío. Y siempre lleva consigo una gran bolsa de cuero. Oh, y es un poco zambo.

A pesar suyo, Timoteo se rió. Afortunadamente, Pablo estaba bastante lejos como para que pudiese oír esa descripción bastante exacta de él.

Yo estaba indeciso en cuanto a cómo contestar la pregunta de ese hombre. —¿Es un salteador? —preguntó Timoteo.

—Oh, no, —respondió el hombre. —El es mi hermano.

Timoteo se rió. Yo lloré. —Sí, él está un poco detrás de nosotros, caminando en el bosque.

—Oh, no le digan que nos vieron. —Diciendo eso, los dos hombres empezaron a correr hacia la ciudad.

Unos momentos después Pablo apareció. —¿Respecto de qué fue todo ese bullicio?

Le contamos lo que había ocurrido. El quedó tan desconcertado como lo estábamos nosotros dos. Pero para entonces habíamos perdido algo de nuestra aprensión. Unos momentos después Pablo regresó al bosque, y nosotros continuamos nuestro camino. Al poco rato la noche nos reveló el contorno de la ciudad. Entonces empezamos a oír sonidos extraños. Finalmente, llegamos a la conclusión de que debía de ser una guarnición de soldados romanos que venía hacia nosotros. Avisamos a Pablo que se mantuviera oculto.

De repente alguien encendió una antorcha. Luego otra y otra. Toda el área delante de nosotros estalló en luz. Cuando las antorchas alumbraron, una voz prorrumpió en canto. ¡Cristianos! Veintenas de ellos. Y como es usual entre estos gentiles, empezaron a alegrarse, a gritar y a reír todos al mismo tiempo.

—¡Pablo! —gritó alguien. El canto cambió. Era la congregación entera que había salido para darnos la bienvenida. Ahora estaban cantando un saludo. Yo empecé a llorar otra vez.

Pablo salió del bosque dando traspiés, y al salir, de inmediato quedó rodeado apretadamente. Pobre Pablo. Empezó a llorar

incontrolablemente. Yo nunca lo vi así, ni antes ni después. Estaba completamente quebrantado.

Timoteo y yo estábamos a punto de sentirnos desconcertados por esa actitud de Pablo, cuando de repente cayó de rodillas. Todos se arrodillaron con él. Después de unos momentos de sollozar, Pablo empezó a orar. Sus palabras no eran del todo coherentes, pero esa oración fue una de las más hermosas efusiones de acción de gracias que yo haya tenido nunca el privilegio de escuchar. Otros lo acompañaron con oraciones sencillas, como las que me había acostumbrado a oír de esos ex paganos. En breve, todos estábamos llorando.

¡Oh, esos preciosos gentiles! Nos pusimos a cantar, y luego cantamos un poco más. A continuación, varios hermanos alzando la voz para que todos pudieran oírlos, empezaron a contarle a Pablo todo lo que les había sucedido desde la llegada de Blastinio. Fue la carta de Pablo, y únicamente esa carta, lo que había convencido a todos en cuanto a quién era Pablo realmente y dónde descansaba la verdad del evangelio.

-Cuando todo quedó aclarado, -dijo uno de los hermanos, -todos decidimos que realmente preferíamos no renunciar a nuestra libertad en El Ungido.

El rostro de Pablo, rojo e hinchado, estaba fulgurante. Cada palabra era un bálsamo para su corazón.

-Que todo esto le sea acreditado a la cuenta del Espíritu Santo y al Señor que mora en nosotros. *El* ha salvado a su pueblo, y ningún otro, -exclamó Timoteo.

Allí mismo, en la profundidad de la noche, a la luz de antorchas, todos nos sentamos en medio de la carretera Augusta y tuvimos una gloriosa reunión. Hubo tantas lágrimas, tantos relatos de la gracia de Dios, tanta presencia de Dios. Todos tuvieron un relato que contar. Fue la mejor reunión en que he estado nunca.

Y siempre se escuchaban las roncadas risas de los gentiles.

¿Puede usted imaginárselo? Allí en el profundo silencio de la noche, las hermanas empezaron a repartir comida. Tuvimos un banquete allí mismo en medio de una carretera romana.

Mientras yo estaba sentado allí en ese camino de piedra, miré la bolsita que colgaba de una delgada correa desde mi cuello. Y pensé: *Una carta procedente de Jerusalén, firmada por todos los grandes líderes de Judea.* Entonces murmuré: "Bueno, apreciada carta, todos creíamos que eras tan importante, pero resulta ser ¡que no has sido de ningún valor en todo este viaje!"

La sola carta de Pablo ha sido suficiente. Dios ha cuidado de su pueblo por medio de la vida de un hombre llamado Pablo. Ese hombre edificó con cosas que no pueden quemarse. Cuando el fuego cayó, como siempre debe caer, las cosas imperecederas no se quemaron.

"Pablo", murmuré para mí mismo, "edificaste con oro. Tus obras han sido probadas, y el oro ha emergido del horno, resplandeciente de gloria."

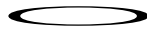
Un poco después un hermano vino a mi lado con una antorcha en la mano. —Hemos oído que tienes una carta. Por favor, léela.

Traté de leer la carta, pero yo también tenía ya más de treinta y cinco años y encontré difícil leer a la luz de una antorcha. Entonces Timoteo vino a mi lado. Qué escena tan hermosa. En lo más oscuro de la noche, con antorchas encendidas por todas partes, y rostros resplandecientes de vida y por las lágrimas, Timoteo tomó la carta y empezó a leer. No habré de olvidar nunca aquella escena ni el sonido de la voz de Timoteo.

No hubo vítores. La carta de Jerusalén fue simplemente una verificación de lo que el Espíritu Santo ya había dicho a cada corazón. Era sólo un singular apéndice de una dramática serie de acontecimientos, que habían servido para establecer a Jesucristo y su maravillosa gracia en lo profundo de la vida de la iglesia.

*Blastinio, necesitamos más visitas semejantes de tu parte, pensé. Regresa, por favor. Fuiste de gran ayuda para el evangelio y para la edificación de la iglesia.*

Llegamos a Antioquía de Pisidia al amanecer y permanecemos allí más de una semana.



¿Qué sucedió a continuación? Nos despedimos de Pisidia. Y sí, Pablo, Timoteo y yo viajamos eventualmente a Grecia. Y sí, yo habría de descubrir allí en Grecia a qué sabía recibir una paliza, a qué sabía una vara de abedul, a qué sabía estar en una cárcel, y qué se sentía durante un terremoto.

Pero ahora concluyo, porque he logrado mi objetivo: contar lo que sucedió realmente en Galacia.

Aquí usted ha conocido a Pablo así como yo lo conocía. Ha visto el método de Dios para levantar una *eklesía*. Así es como se supone que se debe plantar una iglesia. Un proceso loco, ¿verdad? ¡Con todo, tiene las huellas digitales de Dios por todas partes!

Usted también ha presenciado en esta historia el continuo drama de lo que todos nosotros debemos descubrir: que Dios se agrada de nosotros —aparte de las cosas que hacemos para complacerlo.

Esta es mi oración para usted que lee este relato: que abra el rollo de la carta a los gálatas —hoy en día tan ampliamente divulgada— y lo lea otra vez. Y confío en que ahora comprenderá cuál fue el origen de esa carta. Y comprenderá qué es lo que esa carta dice a todo el pueblo de Dios que escucha el evangelio, tal y como estaba destinado a ser conocido. Y no lo olvide nunca, esa carta es para *iglesias*, para una *comunidad* de creyentes.

Quiera Dios que usted descubra la libertad, y que las cadenas caigan y no lo aprisionen nunca más. Quiera Dios que usted llegue a apreciar ese maravilloso libro de libertad e, igual que los

gálatas, sea de veras libre -en la libertad que es El Ungido, porque El es el más libre de todos.

Salude a los santos -santos no por ningún esfuerzo propio.

La abundante gracia y el aún más abundante amor del Señor Jesucristo sean con usted.

¡Amén!

## **E P I L O G O**

**A**l empezar, cuando tomé la pluma para escribir esta epopeya, dije que Timoteo estaba escondido, se encontraba enfermo y a punto de morir. No se esperaba que viviese. Por la misericordia de Dios que intervino, Timoteo ha vuelto a nosotros desde el borde mismo de la muerte. Entiendo que está débil, pero está recuperando fuerzas. ¡Tito está vivo! Ha retornado a nosotros luego de un horripilante roce con la muerte.

Les he escrito a los dos, a Timoteo y a Tito, hablándoles de este diario. Les expliqué que no seguiré escribiendo más allá de este punto de este tremendo relato. No obstante, he instado a los dos que consideren retomar la narración desde donde yo lo estoy dejando. Timoteo contestó que todavía estaba demasiado débil para pensar en semejantes cosas. (No piense en un Timoteo aún joven. No lo es. Los acontecimientos que anoté en estas páginas tuvieron lugar hace mucho.)

Tito respondió diciendo que estaba renuente a hacerlo. Pero añadió: -Silas, si el diario que has escrito es bien recibido por el pueblo del Señor, yo pudiera considerar continuar el relato de ese magnífico viaje más allá de donde tú lo dejaste interrumpido, porque hay mucho que contar.

¡Sí, ciertamente hay mucho!





## *La Carta de Pablo a los* **G A L A T A S**

**E**sta carta es de Pablo, apóstol. Yo no fui designado por ningún grupo ni por autoridad humana. Mi llamado es de parte de Jesucristo mismo y de Dios Padre, que resucitó a Jesús de los muertos.

Todos los hermanos y hermanas de aquí se unen a mí en enviarles saludos a las iglesias de Galacia.

Gracia y paz a ustedes de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo, que murió por nuestros pecados, conforme Dios nuestro Padre lo planeó, a fin de rescatarnos de este mundo perverso en que vivimos. Es por eso que toda la gloria le pertenece a Dios por todas las edades de la eternidad. Amén.

Estoy asombrado de que tan pronto ustedes se estén apartando de Dios, quien en su amor y misericordia los llamó para compartir la vida eterna que El da por medio de Jesucristo. Ustedes ya están siguiendo un camino diferente que pretende ser el Evangelio, pero que no es en modo alguno el Evangelio. Ustedes están siendo embaucados por aquellos que tergiversan y alteran la verdad en lo que concierne a Jesucristo.

Que la maldición de Dios caiga sobre cualquiera, incluso si soy yo mismo, que predique algún otro mensaje que no sea el que les entregamos a ustedes. Aunque un ángel venga del cielo y predique cualquier otro mensaje, sea maldito por siempre. Lo digo una vez más: Si alguien les predica algún evangelio distinto del que ustedes recibieron, que la maldición de Dios caiga sobre esa persona.

Obviamente, no estoy tratando de agradar a los hombres. No, estoy tratando de agradar a Dios. Si yo aún estuviese tratando de agradar a los hombres, no sería siervo de El Ungido.

Amados hermanos y hermanas, les aseguro solemnemente que las Buenas Nuevas de salvación que predico, no están basadas en un mero razonamiento o lógica humanos. Porque mi mensaje vino de Jesucristo mismo por una revelación directa. Nadie más me enseñó.

Ustedes saben cómo era yo cuando seguía la religión judía —cuán implacablemente perseguía a los cristianos. Hacía mi mejor esfuerzo para erradicarlos. Yo era uno de los judíos más religiosos de mi época, y procuraba por todos los medios cumplir todas las antiguas tradiciones de mi religión.

¡Pero entonces sucedió algo! Porque agradó a Dios en su gracia escogermé y llamarme, ¡aun antes de nacer yo! ¡Qué misericordia inmerecida! Entonces El me reveló a su Hijo, para que yo pudiera

proclamar las Buenas Nuevas de Jesús a los gentiles. Cuando todo esto me aconteció, no salí corriendo a consultar con nadie más; ni subí a Jerusalén a consultar con los que eran apóstoles antes que yo. No, me fui a Arabia y después volví a la ciudad de Damasco. No fue sino tres años después que finalmente fui a Jerusalén para visitar a Pedro, y permanecí allí quince días con él. Pero a ningún otro de los apóstoles vi entonces sino a Jacobo, el hermano del Señor. Ustedes deben creer lo que les digo, porque delante de Dios declaro que no miento. Luego, después de esa visita, fui al norte a las provincias de Siria y Cilicia. Y los cristianos de las iglesias de Judea todavía no me conocían personalmente. Todo lo que sabían, era que la gente decía: "¡Aquel que nos perseguía, ahora predica la mismísima fe que antes trataba de destruir!" Y glorificaban a Dios por causa mía.

Después, pasados catorce años, volví a Jerusalén nuevamente, esta vez con Bernabé; y Tito me acompañó también. Fui allá porque Dios me reveló que debía ir. Mientras estuve allí, hablé en privado con los líderes de la iglesia. Quería que ellos entendieran lo que yo había estado predicando entre los gentiles. Yo quería estar seguro de que estuvieran de acuerdo, o mi ministerio habría sido inútil. Y lo estuvieron. Ni siquiera requirieron que mi compañero Tito fuera circuncidado, a pesar de que era gentil.

Y este tema ni se habría tocado, a no haber sido por algunos mal llamados cristianos de allí —en realidad, falsos hermanos— que vinieron para espiarnos y ver nuestra libertad en El Ungido Jesús. Querían forzarnos, como a esclavos, a guardar sus ordenanzas judías. Pero rehusamos escucharlos ni por un solo momento. Quisimos preservar la verdad del Evangelio para ustedes.

Y los líderes de la iglesia que estaban allí, no tuvieron nada que añadir a lo que yo estaba predicando. (Dicho sea de paso, su reputación como grandes líderes nada me importa, porque Dios no tiene favoritos.) Ellos vieron que Dios me había dado la responsabilidad de predicar las Buenas Nuevas a los gentiles, así como El había dado a Pedro la responsabilidad de predicar a los judíos. Porque el mismo Dios que actuó en Pedro para beneficio de los judíos, actuó en mí para beneficio de los gentiles. Efectivamente, Jacobo, Pedro y Juan, que eran considerados como columnas de la iglesia, reconocieron la gracia que Dios me había dado, y nos aceptaron a Bernabé y a mí como colaboradores suyos. Nos alentaron a seguir predicando a los gentiles, en tanto que ellos continuaban su labor con los judíos. Solamente nos sugirieron que nos acordáramos de ayudar a los pobres, y ciertamente he procurado hacer eso con diligencia.

Pero cuando Pedro vino a Antioquía, tuve que oponérmele públicamente, hablándole en forma enérgica contra lo que él estaba haciendo, ya que era muy reprochable. Cuando llegó, al principio él comía con los cristianos gentiles, a quienes no les preocupa la

circuncisión. Pero luego, cuando llegaron ciertos amigos judíos de Jacobo, Pedro ya no comía con los gentiles porque tenía miedo de lo que esos legalistas habrían de decir. Entonces los demás cristianos judíos siguieron la hipocresía de Pedro, y hasta Bernabé fue inducido a unírseles en su hipocresía.

Cuando vi que no andaban conforme a la verdad del Evangelio, le dije a Pedro delante de todos los demás: "Si tú, siendo judío de nacimiento, has descartado las leyes judías y vives como gentil, ¿por qué estás tratando de hacer que estos gentiles obedezcan las leyes judías que tú abandonaste? Tú y yo somos judíos de nacimiento, no 'pecadores' como los gentiles. Y sin embargo, nosotros cristianos judíos sabemos que somos justificados ante Dios, no por hacer lo que la ley manda, sino por la fe de Jesucristo. De modo que también nosotros hemos creído en El Ungido Jesús, para ser aceptados por Dios debido a nuestra fe en El Ungido, y no porque hayamos obedecido la ley. Porque nadie habrá de ser salvo por obedecer la ley.

¿Pero qué si buscamos ser justificados ante Dios por la fe en El Ungido y luego hallamos que aún somos pecadores? ¿Es que El Ungido nos ha llevado al pecado? ¡Desde luego que no! Antes bien, yo mismo me hago transgresor si reedifico el antiguo sistema que ya destruí. Porque cuando yo procuraba guardar la ley, comprendí que jamás podría ganarme la aprobación de Dios. De manera que morí para la ley, a fin de vivir para Dios. He sido crucificado juntamente con El Ungido. Ya no vivo yo, sino que es El Ungido quien vive en mí. De modo que ahora vivo en este cuerpo terrenal creyendo en el Hijo de Dios, quien me amó y se entregó por mí. No soy de los que toman la gracia de Dios como insignificante. Porque si pudiéramos ser salvos guardando la ley, entonces no había necesidad de que El Ungido muriese.

¡Oh, gálatas insensatos! ¿Qué mago les ha echado un maleficio a ustedes? Porque ustedes veían el significado de la muerte de Jesucristo tan claramente como si yo les hubiese mostrado un anuncio con el retrato de El Ungido cuando moría en la cruz. Déjenme hacerles esta sola pregunta: ¿Recibieron ustedes el Espíritu Santo por guardar la ley? Por supuesto que no, porque el Espíritu Santo vino sobre ustedes sólo después que creyeron el mensaje que escucharon acerca de El Ungido. ¿Han perdido el juicio? Habiendo comenzado su vida cristiana en el Espíritu, ¿por qué están tratando de hacerse perfectos por su propio esfuerzo humano? Ustedes han sufrido tanto por el Evangelio. Indudablemente no fue en vano, ¿o lo fue? ¿Es que ahora van a desechar todo así no más?

Les pregunto otra vez, ¿les otorga Dios el Espíritu Santo y obra milagros entre ustedes porque obedecen la ley de Moisés? ¡Por supuesto que no! Es porque ustedes creen el mensaje que escucharon acerca de El Ungido.

De la misma manera, "Abraham creyó a Dios, y Dios lo declaró justo por su fe". Luego, los verdaderos hijos de Abraham son todos aquellos que ponen su fe en Dios.

Además, las Escrituras previeron este tiempo en que Dios habría de aceptar a los gentiles también, por su fe. Dios prometió esta buena nueva a Abraham cuando le dijo: "Todas las naciones habrán de ser bendecidas en ti." Y así mismo es: Todos los que ponen su fe en El Ungido, comparten la misma bendición que Abraham recibió debido a su fe.

Pero aquellos que dependen de la ley para ser justificados ante Dios, están bajo la maldición de Dios, porque las Escrituras dicen: "Maldito todo aquel que no guarda y obedece todos estos mandamientos que están escritos en el Libro de la Ley de Dios." Así pues, resulta evidente que nadie puede ser justificado jamás ante Dios por procurar guardar la ley. Porque las Escrituras dicen: "Es por la fe que el justo ha de vivir." Cuán diferente de este andar por fe es el andar por la ley, el cual dice: "Si deseas hallar la vida por obedecer la ley, debes obedecer todos sus mandamientos." Pero Jesucristo nos redimió de la maldición dictada por la ley. Cuando El estaba colgado en la cruz, tomó sobre Sí la maldición de nuestra transgresión. Porque las Escrituras dicen: "Maldito todo el que es colgado en un madero." Gracias a la obra de Jesucristo, Dios ha bendecido a los gentiles con la misma bendición que prometió a Abraham, y nosotros los cristianos recibimos por medio de la fe el Espíritu Santo prometido.

Amados hermanos y hermanas, aquí tenemos un ejemplo de la vida diaria. Así como nadie puede desechar ni modificar un pacto irrevocable, asimismo es en este caso. Dios hizo la promesa a Abraham y a su descendencia. Y noten ustedes que no dice que la promesa era para sus descendientes, como hablando de muchos. Sino que la promesa era para su descendencia -y ése, desde luego, es Jesucristo. Esto es lo que estoy tratando de decir: El pacto que Dios hizo con Abraham no podía ser cancelado 430 años más tarde, cuando Dios le dio la ley a Moisés. Dios estaría anulando su promesa. Porque si la herencia sólo se pudiera recibir guardando la ley, entonces no sería el resultado de aceptar la promesa de Dios. Pero Dios la otorgó a Abraham como una promesa.

Entonces, ¿para qué fue dada la ley? Fue dada para mostrarles a los hombres cuán culpables son. Pero ese sistema de la ley habría de estar en vigor solamente hasta que viniese el descendiente a quien la promesa de Dios fue hecha. Además, hay esta diferencia. Dios encomendó sus leyes a ángeles para que se las diesen a Moisés, que era el mediador entre Dios y el pueblo. Ahora bien, es necesario un mediador si dos personas celebran un convenio, pero Dios actuó por su propia cuenta, cuando hizo su promesa a Abraham.

Luego entonces, ¿hay conflicto entre la ley de Dios y las promesas de Dios? ¡Absolutamente no! Si la ley hubiera podido darnos vida nueva, habríamos podido ser justificados ante Dios

obedeciendo esa ley. Pero las Escrituras han declarado que todos somos prisioneros del pecado, para que la única manera de recibir la promesa de Dios sea creyendo en Jesucristo.

Hasta que la fe en Jesucristo nos fue mostrada como la manera de llegar a ser justificados ante Dios, éramos guardados bajo la ley, mantenidos en custodia protectora, por así decirlo, hasta que pudiéramos creer en el Salvador que venía.

Déjeme expresarlo de otra manera. La ley fue nuestro guardián y maestro que nos había de guiar hasta que El Ungido viniese. De modo que ahora, por medio de la fe en El Ungido, somos justificados ante Dios. Pero ahora que la fe en Jesucristo ha venido, ya no necesitamos que la ley sea nuestro guardián. Así pues, todos ustedes son hijos de Dios por la fe en Jesucristo. Y todos los que han sido unidos con El Ungido en el bautismo, ha sido identificados con El. Ya no hay judío ni gentil, ni esclavo ni libre, ni varón ni hembra. Porque todos ustedes son cristianos —son uno en El Ungido Jesús. Y ahora que pertenecen a Jesucristo, ustedes son los verdaderos hijos de Abraham. Son sus herederos, y ahora todas las promesas que Dios le hizo, pertenecen a ustedes.

Considérenlo de esta manera. Si un padre muere y deja una gran fortuna a sus hijos pequeños, esos niños no están en una posición mucho mejor que los esclavos hasta que crezcan, aun cuando en realidad poseen todo lo que su padre tenía. Tienen que obedecer a sus tutores hasta que alcancen la edad señalada por su padre.

Y ésa era la situación en que estábamos antes de que El Ungido viniera. Eramos esclavos de las fuerzas espirituales de este mundo. Pero cuando llegó el tiempo debido, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer y sujeto a la ley. Dios lo envió para que nos redimiera, a nosotros que éramos esclavos de la ley, a fin de que pudiese adoptarnos como sus propios hijos. Y debido a que ustedes gentiles han venido a ser sus hijos, Dios envió a su corazón el Espíritu de su Hijo, y ahora ustedes pueden llamar a Dios su querido Padre. Ahora ustedes ya no son esclavos sino hijos de Dios. Y puesto que son sus hijos, todo lo que El tiene, les pertenece.

Antes de que ustedes, gentiles, conociesen a Dios, eran esclavos de los así llamados dioses que ni siquiera existen. Y ahora que han hallado a Dios (o debiera yo decir, ahora que Dios los ha hallado), ¿por qué quieren volverse atrás otra vez y venir a ser una vez más esclavos de las débiles e inútiles fuerzas de este mundo? Ustedes están tratando de ganar el favor de Dios con lo que hacen o no hacen en ciertos días, o meses o estaciones o años. Temo por ustedes. Me temo que todo mi duro trabajo entre ustedes haya sido en vano. Amados hermanos y hermanas, les suplico que vivan como yo, libres de estas cosas, porque me he hecho como ustedes los gentiles eran —libres de la ley.

Ustedes no me agraviaron cuando les prediqué la primera vez. De seguro ustedes recuerdan que al principio yo estaba enfermo,

cuando les traje el Evangelio de Jesucristo. Pero aun cuando mi enfermedad les era repugnante, ustedes no me rechazaron ni me echaron de entre ustedes. No, ustedes me recibieron y cuidaron de mí como si yo hubiera sido un ángel de Dios o incluso El Ungido Jesús mismo. ¿Dónde está ese espíritu de gozo que experimentábamos juntos entonces? Me consta que en aquellos días ustedes se habrían sacado con gusto sus propios ojos para dármelos, de haber sido posible. ¿Ahora me he hecho enemigo de ustedes porque les estoy diciendo la verdad?

Esos falsos maestros que tan ansiosos están de ganar el favor de ustedes, no lo hacen por el bien de ustedes. Están tratando de apartarlos de mí para que presten más atención a ellos. Ahora, es maravilloso que ustedes estén deseosos de hacer el bien, de modo especial cuando no estoy con ustedes. Pero ¡oh, mis amados hijos! Siento como si estuviese sufriendo otra vez dolores de parto por ustedes, y los mismos continuarán hasta que El Ungido esté plenamente formado en ustedes. Cuánto quisiera estar allí con ustedes ahora mismo, para poder ser más benévolo con ustedes. Pero a esta distancia, francamente no sé qué otra cosa hacer.

Escúchenme, ustedes que quieren vivir bajo la ley. ¿Saben ustedes qué dice realmente la ley? Las Escrituras dicen que Abraham tuvo dos hijos, uno de su mujer esclava y otro de la esposa libre. El hijo de su mujer esclava nació en un intento humano de dar lugar al cumplimiento de la promesa de Dios. Pero el hijo de la esposa libre nació como cumplimiento propio de la promesa de Dios.

Ahora bien, estas dos mujeres sirven como una ilustración de los dos pactos de Dios. Agar, la mujer esclava, representa al monte Sinaí donde al principio los hombres quedaron esclavizados a la ley. Y ahora Jerusalén es justamente como el monte Sinaí en Arabia, porque ella y sus hijos viven en esclavitud. Pero Sara, la mujer libre, representa la Jerusalén celestial, la cual es nuestra madre. Eso es lo que Isaías quiso decir cuando profetizó:

*¡Regocíjate, oh mujer estéril!  
Prorrumpes en gozosa canción en alta voz,  
aun cuando nunca estuviste de parto.  
¡Porque la mujer que no podía tener hijos  
ahora tiene más que todas las demás mujeres!*

Y ustedes, amados hermanos y hermanas, son hijos de la promesa, al igual que Isaac. Y nosotros que somos nacidos del Espíritu Santo, somos perseguidos por aquellos que quieren que guardemos la ley, así como Ismael, el hijo de la mujer esclava perseguía a Isaac, el hijo de la promesa.

Pero ¿qué dicen las Escrituras acerca de eso? "Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque el hijo de la mujer esclava no compartirá la herencia de la familia con el hijo de la mujer libre." De manera que, amados hermanos y hermanas, no somos hijos

de la esclava, sujeta a la ley. Somos hijos de la libre, aceptos a Dios por nuestra fe.

De modo que Jesucristo realmente nos hizo libres. Estén, pues, firmes en esta libertad, y no se dejen someter otra vez a la esclavitud de la ley.

¡Escúchenme! Yo, Pablo, les digo esto: Si cuentan con la circuncisión para ser justificados ante Dios, entonces Jesucristo de nada les aprovechará. Lo voy a decir otra vez. Si ustedes tratan de ganar el favor de Dios circuncidándose, tienen que obedecer todas las ordenanzas de toda la ley de Moisés. Porque si tratan de justificarse ante Dios guardando la ley, ¡ustedes se han desligado de Jesucristo! Han caído de la gracia de Dios.

Pero nosotros que vivimos por el Espíritu, aguardamos ansiosamente recibir todo lo que se nos ha prometido, a nosotros que hemos sido justificados ante Dios por la fe. Porque cuando ponemos nuestra fe en El Ungido Jesús, a Dios no le importa si estamos circuncidados o si no lo estamos. Lo que importa es la fe que se expresa mediante el amor.

Ustedes iban tan bien. ¿Quién ha interferido con ustedes para impedirles seguir la verdad? Ciertamente Dios no ha sido, porque El es el que los llamó a ser libres. Pero se requiere una sola persona inicua entre ustedes para contagiar a todas las demás —¡un poco de levadura se extiende pronto por toda la hornada de masa! Confío en que el Señor los hará volver a que crean como yo creo respecto de estas cosas. Dios habrá de juzgar a esa persona, quienquiera que sea, que los ha estado perturbando y confundiendo.

Amados hermanos y hermanas, si yo aún predicara que ustedes deben circuncidarse —como algunos dicen que hago— ¿por qué me persiguen los judíos? El hecho de que todavía me están persiguiendo, prueba que aún predico la salvación mediante la cruz de Jesucristo solamente. ¡Ojalá que esos perturbadores que quieren mutilarlos a ustedes circuncidándolos, se mutilasen a sí mismos!

Porque ustedes fueron llamados a vivir en libertad —no en libertad para satisfacer su naturaleza pecaminosa, sino en libertad para servir unos a otros en amor. Porque toda la ley puede ser resumida en este solo mandamiento: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo." Pero si en vez de amarse unos a otros, ustedes están siempre mordiéndose y comiéndose unos a otros ¡tengan cuidado! No se vayan a consumir unos a otros.

De manera que les aconsejo que vivan conforme a su nueva vida en el Espíritu Santo. Entonces no estarán haciendo lo que su naturaleza pecaminosa desea. A nuestra vieja naturaleza pecaminosa le gusta hacer lo malo, cosa que es exactamente opuesto a lo que el Espíritu Santo quiere. Y el Espíritu nos da deseos que son contrarios a lo que la naturaleza pecaminosa desea. Estas dos fuerzas están constantemente combatiendo una a la otra, y las alternativas que ustedes tienen, nunca están libres de este



conflicto. Pero cuando ustedes son guiados por el Espíritu Santo, ya no están sujetos a la ley.

Cuando ustedes siguen los deseos de su naturaleza pecaminosa, la misma habrá de producir resultados perversos como éstos: inmoralidad sexual, pensamientos impuros, ansia de placer lascivo, idolatría, participación en actividades demoníacas, hostilidad, celos, pleitos, arrebatos de ira, ambición egoísta, disensiones, una convicción de que todos están equivocados excepto los de nuestro propio pequeño grupo, envidias, borracheras, orgías y otras clases de pecados. Déjenme decirles otra vez, como lo he hecho antes, que los que viven esa clase de vida, no heredarán el Reino de Dios.

Pero cuando el Espíritu Santo controla nuestra vida, El habrá de producir en nosotros esta clase de fruto: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio propio. En estas cosas no hay conflicto con la ley.

Los que pertenecen a Jesucristo, han clavado a su cruz las pasiones y deseos de su naturaleza pecaminosa. Los crucificaron allí. Si ahora vivimos por el Espíritu Santo, sigamos la dirección del Espíritu Santo en cada aspecto de nuestra vida. No nos hagamos vanagloriosos, ni nos irriteemos unos a otros, ni seamos envidiosos unos de otros.

Amados hermanos y hermanas, si alguien es vencido por algún pecado, ustedes que son espirituales, deben ayudar con espíritu de mansedumbre a esa persona a volver al camino recto. Y tengan cuidado de no caer ustedes también en la misma tentación. Compartan los unos las cargas y problemas de los otros y cumplan así la ley de Jesucristo. Si alguno cree que es demasiado importante para ayudar a alguien que está en necesidad, sólo se engaña a sí mismo. En realidad el tal es un don nadie.

Estén ustedes seguros de hacer lo que deben, porque entonces habrán de disfrutar la satisfacción personal de haber hecho bien su obra, sin tener que andar comparándose con nadie. Porque cada uno de nosotros es responsable de su propia conducta.

Aquellos a quienes se les enseña la palabra de Dios, deben ayudar a sus maestros pagándoles.

No se engañen. Recuerden ustedes que no pueden ignorar a Dios y salirse con la suya. ¡Siempre habrán de recoger lo que siembran! Los que viven tan sólo para satisfacer sus propios deseos pecaminosos, recogerán las consecuencias de corrupción y muerte. Pero los que viven para agradar al Espíritu, del Espíritu cosecharán vida eterna. No se cansen, pues, de hacer lo que es bueno. No se desanimen ni desistan, porque a su tiempo recogeremos una cosecha de bendiciones. Cuando quiera que tengamos la oportunidad, debemos hacer el bien a todos, y de manera especial a nuestros hermanos y hermanas.

Veán qué letras tan grandes uso al escribir de mi puño y letra estas palabras finales. Aquellos que están tratando de forzarlos a

ustedes a circuncidarse lo hacen por una sola razón. No quieren sufrir persecución por enseñar que la cruz de Jesucristo por sí sola puede salvar. Pero ni aun los mismos que propugnan la circuncisión guardan realmente toda la ley. Quieren que ustedes se circunciden tan sólo para que ellos puedan jactarse y pretender que ustedes son sus discípulos.

En cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme acerca de nada que no sea la cruz de nuestro Señor Jesucristo. A causa de esa cruz, mi interés por este mundo murió hace tiempo, y el interés que el mundo pueda tener en mí está igualmente muerto desde hace tiempo. Ahora ya no importa nada si estamos circuncidados o no. Lo que importa es si realmente hemos sido transformados en personas nuevas y diferentes. Que la misericordia y la paz de Dios reposen sobre todos aquellos que viven conforme a este principio. Ellos son el nuevo pueblo de Dios.

De ahora en adelante no dejen que nadie me cause molestias con estas cosas. Porque llevo en mi cuerpo las cicatrices que muestran que pertenezco a Jesús.

Mis amados hermanos y hermanas, que la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos ustedes. Amén.

-VIENE PRONTO-

El  
D I A R I O  
De  
T ito

Continuación de la epopeya de la iglesia del primer siglo, como viéndola a través de los ojos de Tito. Siguiendo la narración a partir de *El Diario de Silas*, en un viaje que cambió la historia del mundo.



(Contraportada)

## *¿Cómo se vivía realmente en la época neotestamentaria?*

Esta narración novelesca corre parejas con el libro de Los Hechos de los Apóstoles, proporcionando un relato de primera mano del primer viaje misionero de Pablo. Lo vemos a través de los ojos de Silas, un amigo y compañero de viaje del apóstol.

Usted se verá a sí mismo padeciendo naufragio en las frías aguas del mar Mediterráneo, luchando por su vida junto con Pablo y Juan Marcos, conforme ellos buscan algo de que agarrarse en las heladas ráfagas de una tempestad etesia. Usted descubrirá qué es vadear un río en medio de una tormenta de granizo, tan sólo para ser arrastrado a la ribera opuesta, con la ropa empapada en agua fría, lejos de cualquier refugio o de amigos.

*El Diario de Silas* es una invitación a que usted se una a Silas, Pablo y sus compañeros, en un viaje preñado de peligros y de aventura —un viaje que cambió la historia del mundo. Aprenda con los cristianos del primer siglo qué significa realmente la libertad en El Ungido.

ART WORK HERE

---

Gene Edwards es el autor de muchos libros, incluso *Perfil de tres monarcas*, *La vida suprema*, *El divino romance*, y la serie de *Las crónicas de la puerta*. Gene y su esposa Helen viven en Georgia. (¿Florida?)

---